

EL RASTRO DE LA SANGRE

(Serie: "La Saga de la Sangre", vol.02)
Tanya Huff

Blood Trail
Traducción: Manuel Mata Álvarez

_____ 1 _____

La luna, en cuarto creciente, pendía a baja altura en el cielo de la noche, convirtiendo aquellos vulgares y apacibles campos de cultivo en un paisaje misterioso de sombras y luz plateada. Cada brizna de hierba, dorada por dos meses de calor estival, proyectaba detrás de sí una réplica alargada y negra. Los matorrales alineados al pie de la cerca, verdaderas autopistas para quienes no se atrevían a salir a campo abierto, se agitaron un instante y volvieron a sumirse en el silencio mientras alguna criatura nocturna seguía adelante con sus menesteres.

Un rebaño numeroso se había aposentado en una esquina del prado para pasar la noche. La luz de la luna tornaba a las ovejas, esquiladas hacía poco, del blanco color de la nieve. De no ser por el movimiento rítmico de muchas quijadas, del agitar ocasional de una oreja o de la sacudida nerviosa de algún cordero incapaz de permanecer inmóvil en medio del sueño, se las hubiera podido tomar por un afloramiento de roca pálida. Un afloramiento que cobraba vida de pronto mientras, al unísono, varias cabezas se alzaban y giraban sus aristocráticos morros en dirección a la brisa.

Sin duda estaban familiarizadas con la criatura que estaba saltando sobre la cerca y se introducía en el prado, porque a pesar de que permanecían alerta, observaban su aproximación con más curiosidad que alarma.

La enorme bestia negra se detuvo un instante para marcar un poste de la cerca y entonces trotó algunos pasos hacia el interior del campo, se sentó y observó a las ovejas con aire de propietario. Había algo en su figura y en la forma de su cabeza que decía lobo, del

mismo modo que su color, su tamaño, la anchura de sus cuartos delanteros y la reacción del rebaño decían perro.

Convencido de que todo estaba en orden, comenzó a alejarse a grandes zancadas a lo largo de la línea del cercado, ondeando en alto la cola como si fuera un estandarte. Con cada movimiento, la luz de la luna le arrancaba destellos plateados a su espeso pelaje. Después de ganar velocidad, saltó un cardo, más por el mero placer de saltar que porque la planta se encontrara en su camino, y cortó en diagonal hacia el otro extremo del cercado.

Sin otro aviso que un sonido apagado y distante, la cabeza negra y reluciente estalló en un chaparrón de sangre y huesos. El cuerpo, alzado en vilo por el impacto, cayó al suelo, se agitó espasmódicamente unos instantes y luego permaneció inmóvil.

Al inesperado olor de la sangre, el rebaño estalló en balidos de terror, huyó presa del pánico hacia el otro extremo del campo y se agolpó, formando una ruidosa masa, contra la cerca. Afortunadamente, la dirección que había tomado lo había llevado en dirección contraria a la del viento. Pasaron unos segundos y, como nada nuevo ocurriera, las ovejas comenzaron a calmarse y algunas de las más viejas se apartaron junto a sus corderos y comenzaron a tenderse de nuevo.

Es poco probable que los tres animales que saltaron la cerca al cabo de unos instantes advirtieran siquiera la presencia del rebaño. Mientras se dirigían a toda prisa hacia el cuerpo caído, sus enormes patas apenas parecían tocar el suelo. Uno de ellos, el rojizo pelaje erizado, comenzó a seguir el rastro del animal asesinado pero el gruñido del más grande lo hizo regresar al punto.

Tres hocicos se alzaron y el aullido que los acompañaba hizo que el pánico volviera a cundir en el rebaño. Mientras el sonido crecía y se desvanecía, su primaria cadencia borró cualquier parecido que las tres bestias pudieran tener con perros.

* * *

Vicky odiaba agosto. Era el mes en el que Toronto demostraba la clase de ciudad inmensa en la que había llegado a convertirse, en el que el calor y la humedad se sumaban al humo del tráfico y el aire en el cartón de cemento y cristal que era Yonge y Bloor adoptaba un tono entre amarillento y marrón que se pegaba al fondo de la garganta y dejaba allí un sabor amargo; era el mes en el que todos los locos de la

ciudad decidían dar rienda suelta a sus locuras y los ánimos de todo el mundo se exaltaban. Los policías, ataviados con sus pantalones azul marino y sus gorras y sus pesadas botas, odiaban agosto por razones personales y profesionales. Vicky no había tardado mucho en dejar atrás su etapa de agente de uniforme y había abandonado el Cuerpo hacía ya un año, pero seguía odiando los agostos. De hecho, dado que lo asociaba con la pérdida de un trabajo que le encantaba, este mes, odioso por sí mismo, estaba ahora condenado en su ánimo más allá de toda posibilidad de redención.

Mientras abría la puerta de su apartamento, trató de ignorar su olor corporal. Había pasado el día entero, y con éste hacían ya tres, trabajando en la sección de pedidos de una planta productora de café en Railside Drive. Durante el último mes, la empresa había sufrido una serie de averías en sus equipos y finalmente, los propietarios habían comenzado a sospechar que estaba sabotando las instalaciones. Desesperados --una pequeña compañía como aquella no podía permitirse demoras si pretendía competir con las multinacionales--, habían decidido contratar a Vicky para que descubriera lo que estaba ocurriendo.

--Y Vicky Nelson, investigadora privada, vuelve a salir triunfante -- cerró la puerta detrás de sí y se quitó con gusto la empapada camiseta. Había descubierto desde el primer día la identidad del tipo que estaba sabotando la maquinaria pero, a pesar de saberlo, le había costado otros dos días averiguar cómo lo estaba haciendo y reunir las pruebas suficientes para que pudieran formularse cargos en su contra. Al día siguiente volvería al lugar, dejaría su informe sobre la mesa del señor Glassman y lo abandonaría para siempre.

Para esta noche no deseaba otra cosa que una ducha, algo para comer que no oliera a café y unas horas insípidas y apacibles en compañía de algunas series de televisión.

Envío de una patada la camiseta a un rincón al tiempo que se quitaba los pantalones. Lo único positivo de la experiencia era que, oliendo como olía, había conseguido un asiento en el metro de vuelta a casa y nadie se había acercado a ella.

El agua caliente había empezado a arrancarle del cuerpo el hedor y la tensión cuando sonó el teléfono. Y volvió a sonar. Trató de ignorarlo, de dejar que la ducha ahogara el sonido, pero fue en vano. Siempre había sido una compulsión para ella. Tenía que contestar el teléfono. Mascullando entre dientes, cerró el grifo, se envolvió rápidamente en toallas y se dirigió hacia el aparato.

--Oh, vaya, cariño. Estás ahí. ¿Por qué has tardado tanto?

--Es un apartamento muy pequeño, mamá --Vicky suspiró. Debía haberlo sabido--. ¿No se te ha ocurrido al séptimo tono que no iba a contestar?

--Por supuesto que no. Sabía que estabas en casa. Si no, habrías conectado el contestador automático.

Nunca conectaba el contestador cuando se encontraba en casa. Lo consideraba una grosería. Quizá tendría que reconsiderarlo. La toalla se desató, comenzó a deslizarse hacia abajo y se apresuró a cogerla. Un segundo piso no estaba lo suficientemente alto como para andar desnuda.

--Estaba en el baño, mamá.

--Bien, entonces no he interrumpido nada importante. Quería llamarte antes de salir del trabajo...

Para que el Departamento de Biología pague la llamada, añadió Vicky para sus adentros. Su madre llevaba más tiempo trabajando en la Universidad Queens de Kingston que la mayoría de los profesores titulares y jamás dejaba pasar la oportunidad de aprovecharse de las pequeñas ventajas que le ofrecía.

--... para saber cuándo ibas a tomarte las vacaciones este año. Pensé que tal vez pudiéramos pasar algún tiempo juntas.

Bien. Vicky quería a su madre pero, normalmente, después de pasar más de tres días en su compañía se sentía preparada para cometer un matricidio.

--Ya no cojo vacaciones mamá. Ahora trabajo por mi cuenta y tengo que amoldarme a los trabajos que me salen. Y, aparte, ya estuviste aquí en abril.

--Estabas en el hospital, Vicky. No fue lo que se dice una visita social.

Las dos cicatrices verticales de su muñeca derecha casi habían desaparecido y ahora sólo eran delgadas líneas rojizas contra la pálida piel. Parecían ser las consecuencias de un intento de suicidio y a Vicky le había hecho falta gran habilidad para no contarle a su madre cómo se las había hecho. No le hubiera gustado saber que un pirata informático sociópata había ofrecido a su hija en sacrificio a un demonio.

--En cuanto tenga una semana libre iré a visitarte. Te lo prometo. Ahora tengo que dejarte. Estoy empapando la alfombra.

--Tráete a ese tal Henry Fitzroy. Me gustaría conocerlo.

Vicky sonrió. Henry Fitzroy y su madre. Sólo por eso, un fin de

semana en Kingston podría valer la pena.

--No sé, mamá.

--¿Por qué no? ¿Qué le pasa? ¿Por qué me evitaba en el hospital?

--No te evitaba en el hospital, mamá, y no le pasa nada --*Vale, murió en 1536, pero eso no le ha cambiado*--. Es escritor. Es un poco... *raro*.

--¿Más raro que Mike Cellucci?

--¡Madre!

Casi pudo oír cómo se alzaban las cejas de su madre.

--Cariño, es posible que no lo recuerdes, pero en su momento saliste con un buen número de chicos *raros*.

--Ya no salgo con chicos, mamá. Tengo casi treinta y dos años.

--Ya sabes a qué me refiero. ¿Te acuerdas de aquel chico del instituto? No recuerdo su nombre, pero tenía un verdadero harén...

--Ya te llamaré, mamá.

--No tardes.

--No tardaré --concedió Vicky, al tiempo que volvía a coger y subir la toalla--. Un buen número de chicos raros... --dejó escapar un bufido y se encaminó de vuelta al baño. Es cierto, posiblemente uno o dos de ellos eran un poco raros pero casi podía asegurar que ninguno era un vampiro.

Volvió a abrir el grifo y sonrió imaginando la escena. *Mamá, me gustaría presentarte a Henry Fitzroy. Bebe sangre*. Su sonrisa se ensanchó mientras se colocaba bajo el chorro de agua. Su madre, infinitamente práctica, preguntaría probablemente de qué tipo. Hacía falta mucho para perturbar su visión del mudo.

Acababa de servirse un par de huevos revueltos en un plato cuando el teléfono volvió a sonar.

--Se diría --musitó mientras tomaba un tenedor y atravesaba el salón-- que el maldito aparato nunca suena cuando no estoy haciendo nada. --Todavía faltaba un par de horas para la puesta de sol. No podía ser Henry.

--¿Vicky? Cellucci --con tantos Michaels como había en el Cuerpo de Policía Metropolitana de Toronto, la mayoría de ellos había adoptado el hábito de referirse a sí mismo por su apellido, un hábito que se había transmitido a los momentos en los que no se encontraban de servicio--. ¿Te acuerdas del nombre del supuesto cómplice de Quest, el que nunca fue acusado?

--Buenas tardes, Mike. Me alegro de oírte. Estoy bien, gracias por

preguntar --tomó un bocado de huevos revueltos y esperó la explosión.

--Déjate de chorradas, Vicky. Tenía un nombre de mujer... Marión, Marilyn...

--Margot, Alan Margot. ¿Por qué?

Por encima del sonido del tráfico, ella pudo escuchar la sonrisa de satisfacción que había en su voz.

--Es información clasificada.

--Escúchame, hijo de perra, cuando decidas aprovecharte de mi cerebro porque eres demasiado vago para mirar los archivos por ti mismo, no me salgas con esa idiotez de "es información clasificada". No, si pretendes vivir lo suficiente para cobrar tu pensión.

Él suspiró.

--Haz algo con ese cerebro que me estás acusando de utilizar.

--¿Habéis sacado otro cuerpo del lago?

--Hace apenas unos minutos.

De modo que él se encontraba todavía en el escenario del crimen. Eso explicaba los ruidos de fondo.

--¿El mismo patrón de contusiones?

--Por lo que he podido ver, sí. El forense acaba de llevarse el cuerpo.

--Coge a ese bastardo.

--Ese --dijo él-- es precisamente el plan.

Vicky colgó y se recostó sobre su sillón de cuero, con el plato de huevos en precario equilibrio sobre el brazo. Dos años atrás, el caso había sido suyo. Como suya había sido la responsabilidad de encontrar al degenerado que había dado una paliza de muerte a una chica de quince años y había arrojado su cuerpo inconsciente al lago. Después de seis semanas de trabajo, habían logrado dar con un hombre llamado Quest, lo habían arrestado, habían presentado cargos contra él y lo habían encerrado. Sin embargo, Vicky estaba segura de que otro hombre estaba implicado en el crimen, pero Quest no habló y no pudieron presentar cargos.

Esta vez...

Se quitó las gafas. Esta vez, Cellucci lo cogería mientras Vicky Nelson, antigua estrella de la Policía Metropolitana, esperaba sentada como una inútil. La habitación que tenía delante se disolvió en una masa indistinta de colores borrosos y contornos imprecisos y volvió a ponerse las gafas.

--¡Mierda!

Respirando profundamente, se obligó a calmarse. Al fin y al cabo, lo que importaba era que cogieran a Margot, no quién se colgaba la medalla. Recogió el mando a distancia y encendió la televisión. Los Jays estaban en Milwaukee.

--Los chicos del verano --suspiró y dedicó toda su atención a los huevos revueltos, mientras se sumía en los hipnóticos acentos de los locutores que presentaban el programa previo al partido. Como la mayoría de los canadienses de una cierta edad, Vicky era ante todo una fan del hockey, pero era casi imposible vivir en Toronto sin que el béisbol se hiciese un sitio en tu afecto.

Estaban llegando al final de la séptima entrada. El marcador señalaba tres a cinco, los Jays perdían por dos carreras. Dos jugadores habían sido eliminados y tenían a otro en segunda base. Mookie Wilson al bate. Aquella temporada, Wilson estaba puntuando por encima de trescientos contra diestros y Vicky podía ver que el lanzador de los Brewers estaba sudando. En aquel preciso instante, sonó el teléfono.

--Hay que fastidiarse --extendió el brazo y colocó el teléfono sobre su regazo. El sol se había puesto a las ocho cuarenta y uno. Eran las nueve y... eh... cinco. Tenía que ser Henry.

Bola uno.

--¿Sí? ¿Qué?

--¿Vicky? Soy Henry. ¿Estás bien?

Strike uno.

--Sí, perfectamente. Es sólo que no llamas en buen momento.

--Lo siento, pero unos amigos míos necesitan tu ayuda.

--¿Mi ayuda?

--Bueno, necesitan la ayuda de un investigador privado y tú eres el único que conozco.

Strike dos.

--¿Necesitan ayuda ahora mismo? --al partido sólo le quedaban dos entradas. ¿Cuan desesperados podían estar?

--Vicky, es importante --y, a juzgar por su tono de voz, ella estaba segura de que lo era.

Suspiró mientras Wilson salía del campo poniendo fin a la entrada y apagó la televisión.

--Bueno, si es tan importante...

--Lo es.

--...estaré allí enseguida --cuando el receptor se encontraba a medio camino del aparato, tuvo una ocurrencia repentina y volvió a

llevarlo a sus labios--. ¿Henry?

Todavía estaba al aparato.

--¿Sí?

--Esos amigos tuyos, ¿no serán vampiros, verdad?

--No --a pesar de su preocupación, su voz pareció divertida por un momento--. No son vampiros.

* * *

Greg saludó a la mujer con un asentimiento distante mientras le franqueaba la entrada de seguridad y la dejaba pasar al vestíbulo. Se llamaba Vicky Nelson y había pasado por allí varias veces a lo largo de aquel verano, mientras él estaba de guardia. Aunque parecía la clase de persona que, en otras circunstancias, le hubiera gustado, no podía ignorar la impresión que le había causado cuando se conocieran, la pasada primavera. Y el hecho de que la observación hubiera confirmado que el abrir la puerta medio desnuda no era propio de ella no había ayudado, pues demostraba, o eso creía él, que aquella noche ella estaba escondiendo algo.

Pero, ¿el qué?

Durante los dos últimos meses, sus sospechas de que Henry Fitzroy era en realidad un vampiro habían comenzado a desvanecerse. Le gustaba el señor Fitzroy, lo respetaba y estaba casi seguro de que todas sus rarezas podían atribuirse al hecho de que era escritor, no una criatura de la noche. Sin embargo, una última duda se negaba a abandonarlo.

¿Qué había tratado de esconder la joven aquella noche? ¿Y por qué?

De vez en cuando, sólo para tratar de calmar sus sospechas, Greg consideraba la posibilidad de preguntárselo directamente, pero había algo, un cierto aire resuelto en la expresión de la mujer, que se lo había impedido siempre. Así que seguía haciéndose preguntas. Y mantenía los ojos muy abiertos. Por si acaso.

Vicky experimentó una sensación de alivio cuando las puertas del ascensor se cerraron detrás de ella. La mirada de aquel guardia de seguridad la hacía siempre sentirse... vaya, sucia. *Y, sin embargo, es culpa mía. Fui yo quien le abrió la puerta medio desnuda.* En aquel momento fue la única solución que se le ocurrió y, dado que había funcionado, al distraer al viejo de sus intenciones de atravesar el corazón de Henry con un palo de croquet, lo cierto es que no tenía por

qué quejarse de las consecuencias.

Apretó el botón del piso decimocuarto y se colocó con cuidado la camisa por dentro de los pantalones cortos. La pequeña "aventura" de la pasada primavera le había hecho perder algunos kilos y hasta el momento había logrado impedir que volvieran. Era demasiado musculosa para que se la pudiera considerar esbelta --un deseo secreto que no había confesado a nadie--, pero le gustaba tener un talle un poco más pronunciado. Entornando los ojos bajo la luz de los fluorescentes, examinó su figura en la pared de acero inoxidable del ascensor.

No está mal para una tía vieja como yo, decidió, mientras subía las odiadas gafas por su nariz. Se preguntó por un breve instante si hubiera debido vestirse con más formalidad e inmediatamente decidió que a ningún amigo de Henry Fitzroy, hijo bastardo de Enrique VIII, ex Duque de Richmond, etcétera, podía importarle que la investigadora privada se presentara en pantalones cortos.

Cuando el ascensor llegó al piso de Henry, Vicky se colocó el bolso sobre el hombro y adoptó la expresión más profesional que tenía. La mantuvo hasta el preciso instante en que la puerta del apartamento se abrió de par en par y descubrió que la única criatura que la esperaba el pasillo de entrada era un enorme perro de color bermejo.

Tiene que ser un perro. Vicky extendió la mano y dejó que el animal la olisqueara. *Los lobos no son de este color. Ni de este tamaño. ¿O si lo son?* Podría haber añadido que los lobos no suelen encontrarse en apartamentos del centro de Toronto, pero dado que se trataba del apartamento *de Henry*, todas las suposiciones estaban fuera de lugar.

Los contornos de los ojos del animal eran negros, lo que contribuía a aumentar la expresividad de su cara. Olisqueó con entusiasmo la mano que se le ofrecía y entonces apretó exigente la cabeza contra los dedos de Vicky.

Vicky sonrió, cerró la puerta y con toda diligencia comenzó a rascar el espeso pelaje del animal bajo las puntiagudas orejas.

--¿Henry? --dijo en voz alta mientras una cola lo suficientemente gruesa para derribar a un hombre adulto golpeaba rítmicamente contra la pared--. ¿Estás en casa?

--Estoy en el salón.

Algo en el tono de su voz hizo que ella frunciera el entrecejo pero, casi al instante, el contacto de una enorme pata sobre el empeine de

su pie la distrajo.

--Quita, pedazo de bruto --el perro obedeció y se apartó. Ella tomó su hocico con suavidad y sacudió la enorme cabeza de un lado a otro--. Vamos, muchacho, nos están esperando.

Él sonrió (no había otra palabra para describir su expresión), giró sobre sí mismo y entró de un salto en el salón. Vicky lo siguió con un andar más tranquilo.

Henry se encontraba en el lugar de costumbre, junto al gran ventanal que se asomaba a la ciudad. Las luces que utilizaba en las raras ocasiones en las que tenía visita proyectaban destellos luminosos sobre su cabello rubio y trocaban el color avellana de sus ojos por un dorado casi puro. En realidad, Vicky sólo podía imaginar este efecto en su mirada, puesto que a tal distancia era incapaz de percibir los detalles. Pero nunca se cansaba de mirarlo. Poseía una presencia que convertía una apariencia meramente agradable en algo extraordinario y, ciertamente, a ella no le costaba comprender por qué las pobres Mina y Lucy no habían tenido oportunidad alguna frente a su afamado equivalente de ficción.

No estaba solo. Una mujer joven jugueteaba con la cadena de música y se volvió cuando Vicky entró en el salón. La examinó concienzudamente, sin molestarse en ocultarlo y Vicky tuvo que reprimir una sonrisa. A cambio, también ella le ofreció una mirada prolongada.

¿Una bailarina?, se preguntó Vicky. Aunque de baja estatura, la muchacha poseía una musculatura lustrosa y su porte y su postura resultaban casi desafiantes. *Ni lo intentes, niña. Además de que te doblo la edad* (la chica no podía tener más de diecisiete o dieciocho años) *soy mucho más astuta*. El color rubio platino de su corta melena, advirtió Vicky con cierta sorpresa, era natural; las cejas podían haber sido teñidas, pero no las pestañas. Aunque no podía decirse que fuera bonita, la palidez de sus cabellos provocaba un contraste exótico con el intenso moreno de su piel. *Y ese trajecito veraniego no deja demasiado moreno para la imaginación*.

Sus ojos se encontraron y Vicky alzó las cejas. Sólo por un instante, vislumbró lo que de verdad estaba ocurriendo; entonces, el instante pasó y, de pronto, la muchacha la miraba con cierta timidez.

El gran perro rojizo se había sentado a los pies de Henry y su cabeza estaba a la altura de la cintura de éste. Al verla aparecer, los dos caminaron hacia ella. Henry lucía una expresión inescrutable. El perro parecía divertido.

--Vicky, me gustaría presentarte a Rose Heerkens. Su familia está pasando por algunos problemas respecto a los cuales creo que podrías ayudar.

--Encantada de conocerla --Vicky extendió la mano y la jovencita, después de lanzar una rápida mirada a Henry, se la estrechó. *¿Qué le ha contado sobre mí?* Pocas mujeres saben cómo dar un apretón de manos pues en general no han sido educadas para ello. En esta ocasión, Vicky se vio sorprendida por un apretón que rivalizaba en vigor con el suyo y por una mano llena de callos.

Después de soltarla, Rose prolongó el movimiento del brazo y señaló al perro, que ahora se apoyaba contra sus piernas.

--Éste es Huracán.

Huracán levantó una pata.

Vicky sonrió mientras se inclinaba para tomarla.

--Encantada de conocerte también a ti, Huracán.

El gran perro soltó un ladrido corto, se inclinó hacia delante y pasó la lengua por el rostro de Vicky con tanto entusiasmo que estuvo a punto de tirar sus gafas al suelo.

--¡Huracán, basta! --con ambas manos enterradas en el cuello bermejo del animal, Rose lo apartó de un tirón--. Es posible que a la señora no le guste que la llenen de babas.

--Oh, no me importa --se limpió el rostro con la palma de la mano y volvió a colocar las gafas en lo alto de la nariz--. *¿De qué raza es?* Es precioso --entonces se rió porque saltaba a la vista que Huracán había comprendido el elogio y parecía envanecido.

--No lo halague, señorita Nelson, se lo ruego. Ya es suficientemente vanidoso --Rose enterró la rodilla bajo los grandes hombros del perro y empujó hasta hacerlo caer--. Y por lo que se refiere a su raza... es un pesado.

No pareció que a Huracán lo fastidiara un trato tan poco delicado. Con la lengua fuera, giró sobre la espalda y, con las cuatro patas en el aire, miró a Vicky de forma expectante.

--Quieres que te rasquen la tripa, ¿eh?

--Huracán --la imperiosa voz de Henry hizo que el animal se tumbara de inmediato, con aire escarmentado.

Vicky miró a Henry con sorpresa. *¿Qué le ocurría?*

--Quizá --sus ojos se encontraron con los de Vicky un instante y entonces desvió la mirada hacia la chica y el perro-- sería mejor que fuéramos al asunto que nos ocupa.

Vicky se encontró dirigiéndose hacia el sillón sin haber tomado

siquiera la decisión consciente de hacerlo. Lo odiaba cuando hacía esa clase de cosas. Odiaba la forma en que su cuerpo las obedecía. Y, sobre todo, odiaba el no saber si al hacerlo estaba respondiendo al vampiro o al príncipe. Por alguna razón, someterse a una capacidad sobrenatural le parecía menos vergonzoso que hacerlo frente a un insignificante dictador del Medioevo. *Su Alteza no muerta y yo tendremos que hablar sobre esto...*

Después de dejar su bolso en el suelo, se acomodó sobre la tapicería de seda roja, al tiempo que observaba a Rose hacerse un ovillo en el sillón y a Huracán tumbarse en el suelo, a sus pies. El animal tenía un aspecto espléndido contra la alfombra color crema pero su pelaje rojizo contrastaba en desventaja con los tonos escarlata del sillón. Henry posó una pierna sobre el brazo del sillón y se apoyó detrás de ella, tan cerca que, durante un instante, Vicky no fue consciente más que de su presencia.

--Es demasiado pronto Vicky, has perdido mucha sangre.

Ella sintió que su rostro le ardía. Nunca se le había ocurrido que él pudiera no querer... Se habían encaminado a ello desde el principio, ¿no?

--Me recuperé casi por completo en el hospital, Henry. Estoy bien. De veras.

--Te creo --asintió y para ella, de pronto, el aire del pasillo resultó demasiado escaso.

Él ha tenido casi cuatrocientos cincuenta años para practicar esa sonrisa, se recordó Vicky. Respira.

--Tenemos que tener mucho cuidado --continuó Henry, mientras apoyaba con suavidad los brazos sobre los hombros de ella--. No quiero hacerte daño.

Se parecía tanto a un diálogo de telenovela que Vicky tuvo que sonreír.

--Siempre que recuerdes que yo no cuento con un par de siglos de sobra --dijo, mientras buscaba las llaves en el bolso--, trataré de no meterte prisa.

Esto había ocurrido apenas cuatro meses atrás, la primera vez que habían salido desde que a ella le dieran el alta en el hospital. Y todavía no habían seguido adelante. Vicky había tratado de ser paciente pero había ocasiones --y ésta, con él sentado a su lado y tan cerca, era una de ellas-- en que deseaba tenderlo furiosamente sobre el suelo. Haciendo un esfuerzo, logró devolver su atención al asunto que se traían entre manos.

Dado que todo el mundo parecía esperar que ella empezase a hablar, adoptó su mejor expresión del tipo "el agente de policía es tu amigo" y se volvió hacia Rose.

--¿Con qué necesita que la ayude?

Una vez más, Rose miró a Henry. Aunque Vicky no podía ver la respuesta del vampiro, debió de tranquilizar a la joven porque la muchacha respiró profundamente, se apartó el cabello del rostro con mano temblorosa y dijo:

--En el último mes han matado a tiros a dos miembros de mi familia...

Tuvo que parar y tragarse su dolor antes de poder continuar.

--...Necesitamos que nos ayude a encontrar al asesino, señorita Nelson.

Asesinato. Ciertamente era algo más serio de lo que Vicky había esperado.

--¿La policía está siguiendo alguna pista?

--La verdad es que no lo saben todo.

--¿Qué quiere decir con "no lo saben todo"? --a Vicky se le ocurrían varios significados diferentes y ninguno de ellos le gustaba demasiado.

--¿Por qué no se lo muestras, Rose? --dijo Henry con voz tranquila.

Vicky se volvió para mirarlo directamente, pues su visión periférica era demasiado pobre para permitirle hacerlo con el rabillo del ojo. La expresión de su rostro secundaba su tono de voz. Lo que quiera que Rose tuviera que mostrarle era muy importante. Sintiendo algo más que una leve aprensión, se volvió de nuevo hacia ella.

Rose, que había esperado a contar con su atención, se quitó las sandalias y se puso en pie. Huracán, después de olisquear rápidamente las sandalias, se incorporó a su lado. Con un movimiento rápido, ella dejó caer el vestido que llevaba. Permaneció allí, de pie y desnuda, por un brevísimo instante y entonces, donde antes hubiera una mujer de cabello pálido y un gran perro rojizo, hubo de pronto un joven pelirrojo y un gran perro blanco.

El joven guardaba gran parecido con la muchacha; tenían los mismos pómulos erguidos, los mismos ojos grandes y las mismas barbillas afiladas. *Y el mismo cuerpo ágil de bailarines*, señaló Vicky mentalmente después de una rápido vistazo a la más obvia de sus diferencias.

--Hombres lobo --Vicky se escuchó pronunciar esta palabra en

voz alta y la compostura de su voz la asombró. *Supongo que es la influencia de Henry. Eso es lo que pasa cuando una se junta con vampiros... ¡Ese bastardo me las va a pagar!*

El joven, a quien no parecían provocar el menor apuro el examen de ella ni su propia desnudez, pestañeó.

Vicky, considerablemente confusa, en especial al recordar la manera en que había tratado al perro --*No, lobo. No, licántro... Oh, demonios*-- apenas unos instantes antes, sintió que se ruborizaba y apartó la mirada un momento. Cuando se volvió, descubrió que la transformación había vuelto a producirse y Rose se estaba poniendo el vestido por la cabeza. El joven --¿Huracán?-- se vestía resignadamente con unos pantalones cortos de color azul brillante que apenas bastaban para ofrecer un mínimo de decencia.

Sintiendo la mirada de Vicky sobre él levantó los ojos, sonrió y dio un paso al frente con la mano extendida.

--Hola. Me parece que es conveniente una presentación más apropiada. Me llamo Peter.

--Eh... hola --aparentemente, un cambio de nombres acompañaba a la transformación física. Un poco confundida, Vicky aceptó la mano que se le tendía. Tenía los mismo callos gruesos que la de Rose. Lo cual tenía sentido, de hecho, considerando que pasaban parte de su tiempo caminado a cuatro patas--. ¿Es usted el... eh... hermano de Rose?

--Somos gemelos --sonrió. Su expresión le recordó tanto a Vicky la que había visto en la cara del perro bermejo que no pudo evitar devolverle la sonrisa--. Ella es mayor. Yo soy más guapo.

--Tú eres más bocazas --le corrigió ella mientras volvía a hacerse un ovillo en el sillón--. Ven y siéntate --con aire de mártir, Peter hizo lo que se le ordenaba y se arrojó con elegancia sobre el mismo lugar que había ocupado cuando era Huracán, con la espalda apoyada contra las rodillas de su hermana.

--Sentimos la teatralidad de todo esto, señorita Wilson --continuó Rose--, pero Henry sugirió que sería la mejor manera de presentarnos, que usted...

Vaciló y Henry completó la frase al punto.

--...Que no eres una persona que niegue las evidencias que ven sus ojos.

Vicky supuso que lo había dicho como un cumplido, de modo que se limitó a gruñir y a decir, con cierto aire sarcástico:

--Bueno, tú deberías saberlo.

--Nos ayudará, ¿verdad? --Peter se inclinó hacia delante y colocó una mano con suavidad sobre la rodilla de Vicky. No había nada sexual en aquel contacto y la expresión que lo acompañaba no contenía más que una mezcla de preocupación y esperanza.

Hombres lobo, Vicky suspiró. *Primero vampiros y demonios y luego hombres lobo. ¿Qué vendrá después?* Apartó la mano de Peter cruzando las piernas y adoptó una postura más cómoda. Todo indicaba que sería una historia larga.

--Lo mejor será que empiecen por el principio.

_____ 2 _____

--El principio... --respondió Rose, convirtiendo con su tono la afirmación en pregunta. Suspiró y se apartó un mechón de cabello pálido del rostro--. Supongo que todo comenzó cuando dispararon a Plata.

--¿Plata? --preguntó Vicky. Tenía la sensación de que si no seguía la historia con lupa, se le escaparía de las manos a toda velocidad.

--Nuestra tía --comenzó a decir Rose. Pero Peter la interrumpió al ver la expresión del rostro de Vicky.

--Se llamaba Sylvia. Nosotros tenemos dos nombres --le explicó--. Uno para cada forma --apoyó una mano de dedos cortos sobre los músculos morenos de su pecho--. Este es Peter pero el que la recibió en la puerta era Huracán. Y, en su forma animal, Rose se llama Nube. Es más sencillo que explicar a los extraños por qué los perros de la granja tienen los mismos nombres que los miembros de la familia.

--Ya lo supongo --dijo Vicky, complacida por el hecho de que su anterior suposición respecto a los nombres hubiera resultado acertada--. Pero, ¿no resulta un poco confuso?

Peter se encogió de hombros.

--¿Y por qué debería serlo? Usted misma posee más de un nombre. Es la señorita Nelson para algunos y Vicky para otros y no creo que le resulte confuso.

--No, normalmente no --reconoció Vicky--. Así que dispararon a su tía cuando se encontraba en su... eh... forma de lobo --bueno, los llamaban hombres lobo así que era de suponer que "lobo" era el

término que preferían. La verdad es que socialmente parecía más aceptable que "perro". *Y, por cierto, antes de que Henry entrara en mi vida, no solía tener que preocuparme por cosas como ésta...* Tendría que acordarse de darle las gracias por ello.

--Exacto --asintió Peter--. Nuestra familia posee una granja de ovejas justo al norte de Londres, en Ontario...

La pausa invitaba a hacer algún comentario, pero Vicky se limitó a mantener una expresión de interés y la boca cerrada.

--...y Plata recibió un disparo en la cabeza mientras estaba fuera, ocupándose del ganado.

--¿De noche?

--Sí.

--Pensamos en decirle a la policía que alguien había disparado a uno de nuestros perros --continuó Rose-- y en aquel momento eso fue lo que creímos que había ocurrido, algún tarado con un arma que no tenía manera de saber que ella era algo más. Estas cosas pasan, la gente pierde a sus perros a todas horas --su voz se quebró al llegar a esta última palabra y Peter apoyó la cabeza contra sus rodillas. Ella pasó los dedos por sus cabellos y continuó. Vicky advirtió que el contacto directo parecía ser algo muy importante para ellos--. Pero lo último que necesitamos es a la Policía rondando por ahí, haciendo preguntas y... ya sabe... viendo cosas, así que decidimos que la familia tendría que ocuparse de ello.

Peter frunció los labios y Vicky pudo ver sus dientes: blancos y alargados, eran el menos humano de sus rasgos.

Si "la familia" daba con el asesino de Plata, advirtió Vicky, su justicia tendría poco que ver con la ley y los tribunales. Apenas un año antes, la idea la hubiera horrorizado, pero es que un año antes ella tenía una placa y las cosas parecían mucho más sencillas.

--Entonces, ¿qué le dijeron a la gente que preguntó qué había sido de su tía Sylvia?

--Les contamos que por fin se había decidido a reunirse con el tío Robert en el Yukón. Siempre estaba hablando de ello, así que nadie se sorprendió demasiado. La tía Nadine... era la gemela de la tía Sylvia... --Rose volvió a tragar. Le estaba costando. Peter se apretó contra ella con más fuerza--. Bueno, decidió apartarse por algún tiempo. Entre los nuestros, los lazos que unen a los gemelos son muy fuertes y ella no podía dejar de aullar. En cualquier caso, la noche del lunes, Ebon, el tío Jason, recibió un disparo en la cabeza mientras estaba examinando a las ovejas que acababan de tener corderos.

Nadie escuchó nada y no pudimos encontrar ningún rastro cerca del cuerpo.

--Un rifle de alta velocidad, posiblemente con silenciador y una mira --se aventuró Vicky. Frunció el ceño--. Parece cosa de un tirador; acertar a un objetivo móvil en plena noche...

--El lunes hubo luna llena --la interrumpió Henry--. Había mucha luz.

--Eso no importaría si el tirador utilizaba una mira telescópica. Y no había luna llena la noche que asesinaron a Plata --sacudió la cabeza--. Un disparo como ese, dos disparos...

--Eso no es todo --la interrumpió Rose mientras le arrojaba algo--. Padre encontró esto cerca del cuerpo.

Vicky agitó los brazos en el aire y un pequeño pedazo de metal aterrizó en su regazo. Maldiciendo en silencio la falta de profundidad de su visión, rebuscó entre los pliegues de sus pantalones cortos hasta encontrarlo y, sumida en un silencio asombrado, contempló lo que, a pesar de su apariencia aplastada, no podía ser sino una bala de plata. Apretó los dientes con fuerza para tragarse su respuesta instintiva. *¿Su tío fue asesinado por el Llanero Solitario?*

Henry alargó el brazo por encima de su hombro y tomó de la palma de su mano el objeto, que despedía un brillo apagado. Lo levantó y lo sostuvo bajo la luz entre el índice y el pulgar.

--Una bala de plata --le explicó-- es uno de los medios tradicionales para matar a un hombre lobo. Lo de la plata es un mito. La bala suele bastar para hacer el trabajo.

--Ya me lo imagino --para haber mantenido alguna clase de forma después de atravesar carne y huesos y haberse hundido en la tierra, el cartucho debía de ser por lo menos del calibre .30. Y Vicky sabía que una bala de ese calibre, disparada con un rifle de alta velocidad habría dejado bien poco de la cabeza de Ebon al atravesarla. Se volvió hacia Rose y Peter, que la habían estado observando con sendas expresiones vacías--. Es de suponer que no encontraron una bala similar en el cuerpo de su tía. De no ser así, lo habrían mencionado.

Rose miró a su hermano con el ceño fruncido y luego ambos sacudieron la cabeza al unísono.

--En realidad no importa. Incluso con una sola bala, todo apunta a un mismo tirador --Vicky suspiró, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre los muslos--. Pero hay otra cosa sobre la que pensar; quienquiera que disparase a Ebon sabía que lo estaba haciendo específicamente contra un hombre lobo. Si una persona

sabe lo que ustedes son, otras también lo sabrán; es un hecho. Estas muertes podrían ser el resultado de un acto comunitario, una verdadera...

--Caza de brujas --concluyó Henry mientras Vicky hacía una pausa.

Ella asintió, sin apartar la mirada de los gemelos y entonces continuó:

--Ustedes son diferentes y la diferencia asusta a la mayoría de la gente. Es posible que estén desquitándose de sus miedos con ustedes.

Peter intercambió una mirada con su hermana.

--No creo que sea tan complicado --dijo--. Nuestro hermano mayor es miembro de la policía de Londres y Barry, su compañero, sabe que es un hombre lobo.

--¿Y ese compañero es un tirador? --considerándolo todo, no era una suposición tan absurda. Ni tampoco lo sería el que dicho compañero poseyera un rifle del calibre .30 cuando, en cualquier pueblo pequeño de Canadá, lo más probable era que seis personas cualesquiera poseyeran entre todos media docena de ellos.

Los gemelos asintieron.

Vicky dejó escapar el aire en un largo y bajo suspiro.

--Un asunto feo. ¿Su hermano ha hablado con su compañero sobre el tema?

--No, el tío Stuart nunca lo permitiría. Dice que los problemas de la manada deben arreglarse en el seno de la manada. La tía Nadine logró convencerlo de que llamara a Henry y Henry los convenció a ambos de que deberíamos hablar con usted. De que usted podría ser nuestra única posibilidad. ¿Va a ayudarnos, señorita Nelson? El tío Stuart ha dicho que pagaría sus honorarios, fuesen los que fuesen.

La mano de Peter volvía a estar sobre sus rodillas y el muchacho la miraba con un aire de súplica tan intenso que dijo sin pensar:

--Queréis que descubra que Barry no lo hizo.

--Queremos que encuentre a quien lo hizo --la corrigió Rose--. A quien lo *está* haciendo --entonces, sólo por un instante, emergió el miedo--. Alguien nos está matando, señorita Nelson. No quiero morir.

Lo que arrebató toda la discusión del reino de los cuentos de hadas.

--Yo tampoco quiero que muera --le dijo Vicky con voz amable--. Pero podría no ser la persona idónea para este trabajo --empujó las gafas hasta lo más alto de su nariz y respiró profundamente. Ambas

mueres se habían producido después de la caída de la noche y la verdad era que sus ojos no le permitían trabajar en la oscuridad. Ya era bastante malo en la ciudad pero en el campo, sin la luz de las farolas para orientarse, estaba ciega por completo.

Por otro lado, ¿qué otras posibilidades tenían? Sin duda, ella sería mejor que nada. Y su falta de visión no afectaba a su mente, o a su entrenamiento, o a sus años de experiencia. Y este era un trabajo que podía suponer una diferencia. Era algo importante, un asunto de vida o muerte. *La clase de trabajo que Cellucci sigue haciendo.* ¡Maldita sea! Podía superar su discapacidad.

--Ahora mismo no puedo marcharme --las expresiones de alivio mezclada con una esperanza incipiente le confirmaron que había tomado la decisión correcta--. Desgraciadamente, tengo obligaciones que no puedo ignorar. ¿Qué tal el viernes?

--El viernes a última hora --la interrumpió Henry con voz suave--. Después de la puesta de sol. Mientras tanto, nadie irá a ninguna parte solo. Nadie. Tanto Ebon como Plata estaban a solas cuando fueron asesinados, y ese es el único elemento del patrón que podéis cambiar. Aseguraos de que el resto de la familia lo comprende. Y, siempre que sea posible, permaneced cerca de la casa. De hecho, siempre que sea posible, permaneced a la vista de seres humanos. Quienquiera que esté haciendo esto cuenta con que no se lo vais a contar a nadie, de manera que cuando haya testigos cerca estaréis a salvo. ¿Se me olvida algo, Vicky?

--No, creo que no --se había olvidado de pedirle su opinión antes de dar comienzo a su pequeña lección pero ya tendrían tiempo para discutir eso más tarde. En cuanto a su presunción de que iría con ella... bien, eso resolvía su problema de transporte al tiempo que creaba toda clase de problemas nuevos de los que también tendrían que ocuparse más adelante. La verdad es que no esperaba con demasiada ilusión ese "más adelante".

--Durante los dos siguientes días --dijo a los gemelos. Ahora que había aceptado el caso se sentía con derecho a tratarlos con más familiaridad-- quiero que me escribáis una lista... dos listas, de hecho. Una con la gente que sabe lo que sois y otra con la gente que podría sospecharlo. Quiero que consultéis con toda la familia para elaborarlas.

--Eso podemos hacerlo, no habrá problema --Peter dejó escapar un suspiro de alivio y se puso en pie de un salto.

Aparentemente, el hecho de que Henry y ella operaran como un

equipo no resultaba ninguna sorpresa para él. Vicky se preguntó lo que les habría contado antes de su llegada.

--Lo primero que haré mañana --envolvió la bala en pañuelos de papel y la introdujo en una de las pequeñas bolsas para congelados que siempre llevaba en el bolso-- será llevar esto a Balística y ver si pueden decirme algo sobre el rifle desde el que fue disparado.

--Pero Colin dijo... --comenzó a decir Rose.

Vicky la cortó en seco.

--Colin dijo que ello podría provocar preguntas incómodas. Bueno, así sería en Londres y, considerando la situación de vuestra familia, no es la clase de cosas de la que os gustaría que se hablara. Los buenos polis recuerdan hasta el más insignificante de los detalles y el que Colin anduviese por ahí haciendo preguntas sobre balas de plata podría provocar que fuerais descubiertos más adelante. Sin embargo --subió el tono de voz para darle mayor énfasis a sus palabras-- esto es Toronto. Por desgracia nuestra base criminal es mucho más amplia y el hecho de que yo ande haciendo preguntas sobre una bala de plata no significará una mierda aun en el caso de que alguien lo recuerde.

Se detuvo para recuperar el aliento y depositó la pequeña bolsa de plástico que contenía los pañuelos de papel y lo que quedaba de la bala en un rincón seguro de su bolso.

--Pero no esperéis demasiado. Todo este asunto es un embrollo.

--No lo haremos. Y le diremos a la tía Nadine que la espere para el viernes por la noche --Peter la sonrió con una gratitud tan franca y completa que Vicky se sintió como una anguila por haber considerado siquiera la posibilidad de negarse a ayudarlos--. Gracias señorita Nelson.

--Sí, gracias --Rose se puso en pie y añadió su sonrisa, más apacible, al resplandor de la de su hermano--. Le estamos muy agradecidos. Henry tenía razón.

En lo que Henry pudiera tener razón *esta vez* perdió parte de su importancia mientras Peter volvía a quitarse los pantalones cortos. Vicky supuso que acabaría por acostumbrarse, pero por el momento la presencia del joven desnudo la distrajo. La reaparición de Huracán supuso un indudable alivio para ella.

El animal se sacudió enérgicamente y se dirigió a saltos hacia la puerta.

--¿Por qué...? --comenzó a preguntar Vicky.

Rose comprendió y sonrió.

--Porque le gusta ir con la cabeza fuera de la ventanilla del coche

--suspiró y volvió a meter en su bolso los pantalones cortos que el otro había abandonado--. Es una compañía horrible cuando vamos en coche.

--Bueno, la verdad es que parece ansioso por marcharse.

--No nos gusta demasiado la ciudad --se explicó Rose mientras arrugaba la nariz--. Apesta. Gracias de nuevo, señorita Nelson. Nos veremos el viernes.

--De nada --observó cómo Henry la acompañaba hasta la puerta, le advertía que tuviera cuidado y volvía al salón. La expresión de su rostro puso en fuga la acusación de despotismo que estaba a punto de formular--. ¿Qué ocurre?

Dos cejas dorado-rojizas se alzaron.

--Están asesinando a mis amigos --le recordó con voz pausada.

Vicky se ruborizó.

--Lo siento --dijo--. Es duro encontrarse en medio de todo esto. Resulta... --agitó una mano mientras buscaba a tientas la palabra adecuada-- insólito.

--Y, sin embargo, es muy importante.

--Lo sé. Lo sé --se esforzó por no parecer enfadada. No se lo tendría que haber recordado--. No se te ocurrió pensar por un momento que podría negarme, ¿verdad?

--He llegado a conocerte un poco en el transcurso de estos últimos meses --su expresión se suavizó--. Necesitas que te necesiten, Vicky, y ellos te necesitan. No hay demasiados investigadores privados a los que puedan confiar un caso como éste.

Esto último era fácil de creer. En cuanto a su necesidad de ser necesitada, no era más que una observación chistosa que podía ignorarse con facilidad.

--¿Todos los hombres lobo son tan --buscó la palabra apropiada un instante y por fin se decidió-- sosegados? Si mi familia estuviese pasando por lo que la de ellos, estaría con los nervios destrozados.

Él dudaba que fuera así, pero a pesar de ello seguía siendo una pregunta que merecía respuesta.

--Desde muy jóvenes se les enseña a esconder lo que son; y no sólo físicamente. Por el bien de la jauría, nunca pueden mostrar debilidad ante los extraños. Puedes considerarte honrada por haber visto tanto. Además, los hombres lobo viven mucho más en el presente que los humanos. Lloran la muerte de sus seres queridos y luego siguen con sus vidas. No arrastran la carga del ayer y no anticipan lo que les deparará el mañana.

Vicky bufó.

--Qué poético. Pero todo eso hace que les sea prácticamente imposible enfrentarse a una situación como esta, ¿no es cierto?

--Por eso han recurrido a ti.

--¿Y si yo no hubiera estado?

--Entonces habrían muerto.

Ella frunció el ceño.

--¿Y por qué no podrías ser tú el que los salvara?

Él volvió al lugar que solía ocupar junto a la ventana y se apoyó sobre el cristal.

--Porque no me dejarían.

--¿Porque eres un vampiro?

--Porque Stuart no toleraría el desafío a su autoridad. Si él no puede salvar a la jauría, tampoco debo poder yo. Tú eres una mujer, eres problema de Nadine y, por el momento, ella está desolada por la muerte de su gemelo. Si fueras una mujer lobo, probablemente podrías hacerte con su posición ahora mismo pero, dado que no lo eres, es posible que podáis lograr algo juntas --sacudió la cabeza al reparar en la expresión de ella--. No debes juzgarlos con parámetros humanos, Vicky, al margen de lo humanos que parezcan la mayor parte del tiempo. Y ya es demasiado tarde para echarse atrás. Le dijiste a Rose y a Peter que los ayudarías.

Ella alzó la barbilla.

--¿Acaso te he dado la impresión de querer echarme atrás?

--No.

--Exactamente, no lo he hecho --respiró profundamente. Había trabajado con el Consejo Municipal de Toronto. Podría trabajar con hombres lobo. Al menos con éstos, los gruñidos y los mordiscos tendrían algún sentido. De hecho, sospechaba que los hombres lobo iban a ser el menor de sus problemas--. Podría haber dificultades. Me refiero al hecho de que yo me haga cargo del caso.

--Como, por ejemplo, que no sabes conducir --ella podía oír la burla en su voz.

--No. Problemas de verdad.

Él se volvió y extendió los brazos. El movimiento provocó que sus cabellos despidieran destellos dorados bajo la luz de la lámpara.

--Cuéntame.

Se llama retinitis pigmentosa. Me estoy quedando ciega. No puedo ver de noche. Casi no tengo visión periférica. No podía contárselo. No podría soportar la lástima. No la de él. No después de

lo que había pasado con Cellucci. *Joder*. Empujó las gafas hasta lo alto de su nariz y sacudió la cabeza.

Henry dejó caer los brazos. Al cabo de un momento, cuando el silencio amenazaba con cobrar dimensiones incómodas, dijo:

--Espero que no te haya molestado que me haya invitado a mí mismo. Creo que formamos un buen equipo la última vez. Y, además, pensé que podrías necesitar un poco de ayuda para tratar con lo... insólito.

Ella logró fingir una risa casi realista.

--¿Así que yo me ocupo del turno de día y tú del de noche?

--Exactamente igual que la última vez, sí --apoyó la espalda contra la ventana y la observó considerando la cuestión y preocupándose hasta el agotamiento. Era una de las mujeres más obstinadas e independiente que había conocido en el transcurso de cuatro siglos y medio y deseaba que confiara en él. Fuera cual fuese el problema, podrían resolverlo porque nada podía ser tan importante como para impedir que ella lo diera todo en un caso. Él no permitiría que flaqueara. Sus amigos estaban muriendo.

--*No quiero morir, señorita Nelson.*

--*Yo tampoco quiero que mueras, Rose* --Vicky se mordisqueó el labio inferior. Si trabajaban juntos, él acabaría por darse cuenta. Tenía que decidir si eso la importaba más que la pérdida de vidas inocentes. *Dicho así, la verdad es que no hay color, ¿verdad?* Si sola no les era de mucha utilidad, tendría que aceptar la ayuda de Henry. *No hay vuelta de hoja. Ya veremos lo que pasa.*

Henry observó el cambio de su expresión y sonrió. A lo largo de su prolongada existencia había desarrollado un talento para leer a la gente, para descubrir los pequeños matices de sus actitudes y expresiones que revelaban sus pensamientos. Con Vicky, la mayor parte del tiempo, no se trataba de matices; era tan fácil de leer como un cartel.

--El viernes después de que anochezca, entonces. Puedes pasar a recogerme.

Él hizo una reverencia, acompañada de una sonrisa que borraba el aire burlón del gesto.

--Como mi dama ordene.

Vicky le devolvió la sonrisa y entonces bostezó y se estiró, con la espalda arqueada y los brazos extendidos sobre el terciopelo rojo.

Henry observó el latir del pulso en la base de su garganta. No se había alimentado desde hacía tres días y la necesidad comenzaba a

hacerse sentir. Vicky lo quería. Podía sentir su deseo la mayoría de las ocasiones en que se encontraban juntos, pero se había contenido a causa de la pérdida de sangre que ella había sufrido en primavera. Y también, tenía que admitirlo, porque quería que el momento fuera el adecuado. La única vez que se había alimentado de ella estaban acuciados por una necesidad tan frenética que ella se había perdido el placer que el acto podía proporcionarles a ambos.

El aroma de la vida de la mujer llenó al apartamento y Henry caminó hacia ella, acompasando sus pasos al ritmo de sus latidos. Cuando llegó junto al sillón, le tendió una mano contenida.

Vicky la tomó y se puso trabajosamente en pie.

--Gracias --volvió a bostezar y lo soltó para llevarse la mano a la boca--. Chico, estoy destrozada. No sabes lo pronto que he tenido que levantarme esta mañana. Y todo para tener que hacer dos trabajos diferentes en una fábrica que por lo menos estaba a treinta grados --se colgó el bolso del hombro y se dirigió hacia la puerta--. No hace falta que me acompañes. Quedamos el viernes, después del anocheecer --se despidió con un gesto alegre y desapareció.

Henry abrió la boca para protestar, la cerró, volvió a abrirla y entonces suspiró.

* * *

Para cuando el ascensor llegó al vestíbulo, Vicky había conseguido dejar de reír. La expresión pasmada de Henry no había tenido precio y ella hubiera dado un año de vida por haber tenido una cámara en ese momento. *Si Su Majestad No Muerta piensa que tiene esta situación bajo control, será mejor que lo piense mejor.* Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para abandonar el apartamento, pero la verdad es que había merecido la pena.

--Lo que bien empieza, bien acaba --dijo con voz entrecortada, a modo de declaración, mientras se limpiaba las manos húmedas en los pantalones cortos--. Quizá los viejos dichos de mamá tengan más valor del que siempre había pensado.

Todavía sonreía cuando subió al taxi, todavía sentía la excitación de la victoria. Se reclinó sobre el asiento y levantó la mirada hacia los indistintos rectángulos de luz que eran las ventanas del edificio. No podía verlo. A decir verdad, ni siquiera estaba segura de cuál de los rectángulos difusos era el suyo. Pero él estaba allí. Observándola. Deseándola. Como ella lo deseaba a él... sintiéndose como una

adolescente con las hormonas desbocadas.

Entonces, ¿por qué demonios no estaba allí, con él?

Dejó caer la cabeza sobre el sudoroso respaldo de cuero del asiento y suspiró.

--Menuda idiota estoy hecha.

--Quizá la idiota --dijo el taxista mientras se volvía y le mostraba una sonrisa llena de oro-- quiera ponerse en marcha. El taxímetro está en marcha.

Vicky lo miró ferozmente.

--Calle Hurón --gruñó--. Al sur de la Universidad. Ya le indicaré.

Él bufó y se volvió hacia delante.

--Eh señora, si le va mal en el amor no hace falta que lo pague conmigo.

El murmullo del taxista se fundió con los sonidos del tráfico y, mientras recorrían toda la calle Bloor, Vicky pudo sentir la mirada de Henry prendida en su nuca. Sería una noche muy larga.

* * *

La cinta terminó y Rose buscó a tientas una nueva entre los asientos, pero no encontró nada. El largo viaje de vuelta desde Toronto la había dejado rígida, cansada y demasiado tensa para apartar la vista de la carretera... aunque ésta no fuera más que un tramo de grava apenas a un kilómetro de distancia de su casa.

--¡Eh! --dio un codazo a su hermano en la espalda--. ¿Por qué no haces algo útil y buscas...? ¡Huracán, sujétate! --apretó el freno con todas sus fuerzas. Mientras la parte trasera del coche patinaba sobre la grava y el volante se movía en sus manos como si tuviera vida propia, luchó por recuperar el control, apenas consciente de que Peter, y no Huracán, estaba a su lado.

¡No vamos a conseguirlo! Lo que acababa de ver, tendido sobre el camino, era una sombra cada vez más oscura y más próxima.

Más oscura. Más próxima.

Entonces, justo cuando empezaba a pensar que podrían detenerse a tiempo y el alivio permitía que su corazón volviera a latir, el parachoques delantero y la sombra se encontraron.

* * *

Bien. No estaban heridos. Su plan no incluía el que fueran heridos

en un accidente de coche. Era una lástima que el cambio del viento lo hubiese obligado a abandonar su territorio de caza habitual, pero eso no quería decir que la caza tuviese que detenerse por completo. Apoyó la mejilla contra el rifle y observó la escena con la mira telescópica. Estaban cerca de casa. Uno de ellos se marcharía a buscar ayuda y dejaría al otro para él.

* * *

--Supongo que Papá tenía razón en que este viejo árbol estaba podrido. Podrido hasta la raíz --Peter tomó asiento sobre el tronco. Bajo la luz de los faros, parecía un duende pelirrojo--. ¿Crees que podemos moverlo?

Rose sacudió la cabeza.

--Solos no. Será mejor que vayas a casa a buscar ayuda. Yo te esperaré aquí.

--¿Por qué no vamos los dos?

--Porque no quiero dejar el coche abandonado aquí --se apartó con un dedo el cabello de la cara--. Son cinco minutos, Peter. No me va a pasar nada. Últimamente te estás pasando de protector, ¿lo sabías?

Escucharon al mismo tiempo el ruido de la camioneta que se aproximaba y, un segundo más tarde, Rose y Huracán rodearon el coche para interponerse en su camino.

* * *

El camino sólo conducía a la granja de los Heerkens. Sólo ellos conducían por ella durante la noche. Apretó con más fuerza el metal empapado de sudor.

--Han asfaltado el cruce hoy mismo No sabéis cómo apesta --Frederick Kleinbein se subió los pantalones por encima de la curva de su barriga y sonrió afable a Rose--. Decidí tomar otro camino a casa para evitar la peste. Qué suerte, ¿eh? Vamos a sacar la cadena de la camioneta, lo atamos al tronco y lo quitamos del camino --extendió el brazo y acarició suavemente el lomo de Huracán, mientras sacudía la cabeza de lado a lado--. Podríamos atarte a ti también al tronco. Hay que trabajar un poco para ganarse el pan.

* * *

--No hay peor ciego que el que no quiere ver... --ahora no podría disparar.

* * *

--Gracias, señor Kleinbein.

--Eh, ¿gracias por qué? Vosotros habéis hecho la mitad del trabajo. La camioneta hizo la otra mitad --se asomó por la ventanilla al mismo tiempo que se limpiaba la frente con un pañuelo blanco como la nieve--. Ahora será mejor que este enorme cachorro y tú os vayáis a casa, ¿eh? Dile a tu padre que parte de la madera, cerca de la copa, todavía es buena el fuego. Si no la quiere, yo me la quedaré. Y dile que le devolveré la bomba del cárter antes de que acabe el mes.

Rose retrocedió un paso mientras la camioneta arrancaba y volvió a avanzar al mismo tiempo que él añadía algo que el sonido del motor le impidió comprender.

--¿Qué?

Pero él se despidió con la mano y desapareció.

--Ha dicho --le contó Peter una vez que la luz roja de los faros raseros hubo desaparecido y pudo transformarse sin peligro-- que le dieras recuerdos a tu hermano. Y luego se ha reído.

--¿Crees que te ha visto mientras se marchaba?

--Rose, no hay nada de raro en lo que ha dicho. Podía estarse refiriendo a Colin o a mí. Al fin y al cabo, Colin suele ayudarlo con el heno. Te preocupas demasiado.

--Es posible --reconoció ella. Pero mientras Huracán volvía a asomar la cabeza por la ventanilla, añadió en silencio, *Puede que no.*

* * *

Permaneció donde se encontraba, observando, hasta que se alejaron. Entonces sacó la bala de plata del rifle y la guardó en su bolsillo. Tendría que utilizarla en otra ocasión.

* * *

--¿Está usted segura? --el viejo señor Glassman dio varios golpecitos con una uña de manicura sobre el informe--. ¿Bastará en un juicio?

--Sin la menor duda. Todo lo que necesita está ahí --a su espalda, los dedos de la mano derecha de Vicky tamborileaban sobre su palma izquierda. Cada vez que se encontraba con el viejo señor Glassman, y sin razón aparente, se sentía como si le estuviesen pasando revista. No era un hombre que impusiera desde el punto de vista físico ni tenía un comportamiento autoritario, así que ella suponía que tenía que deberse a la simple fuerza de su personalidad. Aunque apenas era un niño en aquella época, no sólo había logrado sobrevivir a los campos de exterminio del Holocausto sino salvar también de aquel horror a su hermano pequeño, Joseph.

El hombre cerró el informe y suspiró.

--Harris --aquel nombre ponía fin a meses de pequeños sabotajes pero, al pronunciarlo, parecía más cansado que enfadado--. Tiene nuestro agradecimiento por un trabajo tan rápido, señorita Nelson --se puso en pie y le tendió la mano.

Vicky la aceptó y advirtió la fuerza que se escondía bajo la suave superficie de sus dedos.

--Me encargaré de que su factura se incluya en el informe --continuó él--. Le enviaremos un cheque a finales de semana. Supongo que estará disponible para testificar si llegara a ser necesario.

--Es parte del trabajo --le aseguró ella--. Si me necesita, allí estaré.

* * *

--¡Eh, tú, muñeca! --Harris pasaba el que sería el último de sus descansos para comer en el exterior, tomando el sol con un par de sus colegas. Mientras Vicky abandonaba el edificio, se puso en pie--. ¿Haciendo las maletas? Ya me parecía que éste no era tu lugar.

Vicky estaba decidida a ignorarlo por completo.

--Es una pena que vayas a menear ese precioso culito tuyo a otro sitio.

Pero, claro...

Él rió al ver su reacción y continuó haciéndolo mientras ella cruzaba el aparcamiento para encarársele. Deportista en sus años mozos, poseía la constitución voluminosa de alguien que alguna vez hubiera sido musculoso y la camiseta de los Blue Jays que llevaba se apretaba contra la barriga cervecera que tenía por cintura. Era la clase de camorrista payaso al que la gente suele disculpar sus burlas.

No le hagas caso, es su forma de ser.

Vicky consideraba que éstos eran los más peligrosos, pero en esta ocasión se había pasado de la raya. Era capaz de quejarse de la gente incapaz de aceptar un chiste mientras lo llevaban al juzgado.

--¿Qué pasa, muñeca? ¿No puedes irte sin un beso de despedida? --se volvió para asegurarse de que los dos hombres que permanecían sentados junto al edificio apreciaban su broma y no pudo ver la expresión en el rostro de Vicky.

Ella había pasado una mala noche. Estaba de mal humor. Y no le hacían falta demasiadas razones para enfrentarse a un hijo de puta racista y sexista. Él la superaba en más de diez centímetros y, probablemente, en unos cincuenta kilos, pero ella suponía que no tendría demasiadas dificultades para hacerle morder el polvo.

Tentador, pero no. Aunque entonó la mirada y apretó las mandíbulas, los años pasados al servicio de la ley le ayudaron a superar la tentación. *No vale la pena.*

Mientras se volvía para marcharse, Harris giró sobre sus talones y, con una amplia sonrisa en los labios, le dio una palmada en el trasero.

Vicky sonrió. *Oh, bueno, qué demonios...*

Pivotó y le dio una patada con menos fuerza de la que era capaz en la zona exterior de la rodilla izquierda. Él se derrumbó, encogido de dolor, como si ambos pies le acabasen de ser barridos del suelo. Un golpe por debajo de las costillas le arrebató el aire de los pulmones en un jadeo angustiado. Al verlo, ella resistió el impulso de golpearlo donde más dolía y se limitó a darle una buena patada en el trasero mientras él se llevaba las rodillas al pecho. Entonces dedicó una gran sonrisa a los dos compañeros de Harris y reemprendió su camino.

Podía denunciarla, pero ella no creía que lo hiciera. No estaba herido y para cuando hubiera recobrado el aliento, ya estaría deformando los hechos para adaptarlos a su particular visión del mundo... una visión en la que no cabía la posibilidad de recibir una paliza a manos de una mujer.

También sabía que la cosa hubiera sido diferente si ella todavía llevara una placa. La brutalidad policial era casi un banderín de enganche para los de su clase.

Sabes, se puso bien las gafas y corrió hacia el autobús que, ahora podía verlo, llegaba al paso elevado de la avenida Eglinton, podría acostumbrarme a esto de ser una civil.

Apenas a dos manzanas de distancia de la parada, la euforia se

desvaneció junto con la adrenalina, para dar paso a una crisis de conciencia. No era tanto la violencia lo que la enojaba como su reacción frente a ella; por mucho que lo intentara, sencillamente no conseguía convencerse de que Harris no se había merecido, en alguna medida, lo que le había ocurrido. Para cuando trataba de abrirse paso hasta la parte trasera del tranvía de Dundas y bajarse en su parada, estaba realmente harta de la cuestión.

La violencia no es nunca la respuesta pero algunas veces, como ocurre con las cucarachas, es la única respuesta posible. Apartando físicamente a dos adolescentes semi comatosos, logró alcanzar la puerta en el último segundo. *Harris es una cucaracha. Fin de la discusión.* Hacía demasiado calor para vérselas con la ética personal. Se prometió que volvería a considerar la cuestión cuando hubiese refrescado.

Podía sentir el calor del asfalto a través de las suelas de sus mocasines y, caminando tan deprisa como le permitían las abarrotadas calles, dobló la esquina de la calle Hurón y se dirigió hacia su casa. Dundas y Hurón se cruzaban en el centro mismo de Chinatown, rodeado de restaurantes y mercadillos en los que se vendían toda clase de verduras exóticas y pescados vivos. Cuando el tiempo era caluroso, los cubos de basura metálicos en los que acababan los deshechos de comida se calentaban y el olor que se extendía por el lugar resultaba cualquier cosa menos apetitoso. Vicky tenía que respirar pesadamente por la boca y no le costaba comprender por qué los licántropos se habían apresurado a abandonar la ciudad.

Mientras pasaba por allí, examinó *el charco*. Situado junto al bordillo, en un punto en el que el asfalto se había desgastado por completo y faltaban algunos de los ladrillos originales, el charco reunía el agua corriente del lugar junto a restos orgánicos varios. Cuando subía la temperatura, comenzaban a brotar de su repulsiva superficie ocasionales burbujas de hedor apestoso, añadiendo su pequeña contribución al aroma general. Vicky ignoraba lo profundo que podía ser el charco. En cinco años, jamás lo había visto seco. Tenía la teoría de que algún día, algo iba a arrastrarse desde aquel pequeño y olvidado resto del caldo primordial para aterrorizar al vecindario. Deseaba estar allí cuando ocurriera.

Cuando llegó a su apartamento, estaba cubierta por una pequeña película de sudor y todo cuanto deseaba era un baño frío y un trago aún más frío. Al meter la llave en la cerradura, pudo oler el olor del

café recién hecho y supo que pasaría bastante tiempo antes de que tomara cualquiera de ambos.

--Hace por lo menos cuarenta y cinco grados a la sombra --musitó mientras abría la puerta--. ¿Cómo demonios puedes estar tomando café caliente?

Fue una suerte que no esperara una respuesta, porque no obtuvo ninguna. Después de cerrar dando un portazo, dejó caer su bolso en el pasillo y se dirigió al diminuto salón.

--Qué bien que te hayas dejado caer por aquí, Cellucci --frunció el ceño--. Tienes un aspecto horrible.

--Gracias, Madre Teresa --levantó la taza y dio un largo sorbo, sin apenas alzar la cabeza del sillón. Cuando terminó de beber, la miró a los ojos--. Hemos cogido al hijo de puta.

--¿Margot?

Cellucci asintió.

--Con las manos en la masa. A mediodía.

A mediodía. Mientras yo estaba demostrando que era más macho que Billy Harris. Durante un instante, Vicky experimentó unos celos tan intensos que no fue capaz de hablar. Eso es lo que ella debiera estar haciendo con su vida, algo que de verdad supusiera un diferencia, no una estupidez en el aparcamiento de una empresa cafetera. Mordiéndose el labio inferior, logró devolver al monstruo a su jaula, pero su sonrisa no resultó demasiado lograda.

--Buen trabajo --cuando había permitido que Mike Cellucci volviera a entrar en su vida, también lo había hecho con el trabajo policial. Ahora sólo tenía que aprender a soportarlo.

Él asintió, con una expresión que revelaba cansancio y poco más. Vicky sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros. O bien él comprendía o bien estaba demasiado exhausto para hacer una escena. Sea cual fuera el caso, ella podía hacerle frente. Extendió el brazo y tomó la taza vacía de su mano.

--¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

--El martes.

--¿Y la última vez que comiste?

--Eh... --frunció el ceño y se frotó los ojos con la mano.

--Me refiero a comida de verdad --le espetó--. No algo sacado de una caja y cubierto de azúcar en polvo.

--No me acuerdo.

Ella sacudió la cabeza y se dirigió a la cocina.

--Te vas a tomar un sandwich y luego a dormir. Espero que te

guste la carne fría, porque es lo único que tengo --mientras metía la carne dentro del pan, sonrió abiertamente. Casi era como en los viejos tiempos. Años atrás, cuando iniciaron su relación, Cellucci y ella habían hecho un pacto; si uno de los dos no podía cuidar de sí mismo, el otro lo haría por él.

--Este trabajo puede devorarte el alma --había dicho ella mientras disolvía con un masaje la tensión de su espalda--. Creo que es buena idea tener una estructura de apoyo.

--¿Estás segura de que lo que quieres no es alguien con quien presumir después del trabajo? --se burló él.

El codo de ella se incrustó en su plexo solar. Sonrió con dulzura mientras él jadeaba tratando de recuperar el aliento.

--Eso también.

Y tan importante como contar con alguien que comprendiera cuando las cosas iban bien era tener a alguien que lo hiciera cuando iban mal. Alguien que no hiciera un montón de preguntas estúpidas para las que no había respuestas u ofreciera una simpatía que era como sal en la herida que el fracaso había dejado.

Alguien que se limitara a hacer un bocadillo, preparara la cama y después se marchara mientras su último juego de sábanas limpias se arrugaban y se manchaban de sudor.

Seis horas más tarde, Cellucci reapareció con paso vacilante en el salón y miró con ojos cansados la televisión.

--¿Qué ves?

--El final de la cuarta entrada.

Se derrumbó sobre la única silla libre de la habitación. Vicky estaba sólidamente atrincherada en el sillón.

--¿Algún gol? --preguntó mientras se rascaba el pelo del pecho.

--Son carreras, pedazo de burro, cosa que deberías saber perfectamente. Y hasta el momento, no.

El estómago de Cellucci rugió por encima del tumulto del público, que aplaudía una buena jugada.

--¿Pizza?

Vicky le arrojó el teléfono.

--La casa es mía. Tú pagas.

Una solitaria porción se enfriaba en la caja y los Jays habían logrado una ventaja de dos carreras cuando ella le contó por fin que se marchaba a Londres.

--¿Inglaterra?

--No. Ontario.

--¿Un nuevo caso?

--Exacto. Por primera vez.

--¿De qué va?

Estoy buscando a la persona o personas que están asesinando con balas de plata a una familia de hombres lobo granjeros. Al menos éste era un trabajo de verdad. Un trabajo importante.

--Eh... ahora mismo no puedo contártelo. Tal vez más tarde.

Tal vez dentro de un millón de años... Cellucci frunció el ceño. Ella le ocultaba algo. Siempre se daba cuenta cuando lo hacía.

--¿Cómo piensas ir? ¿En tren? ¿En autobús? --extendiendo la pierna, le dio un golpecito en el costado con el pie desnudo--.

¿Corriendo?

--No soy yo la que tiene una muleta ahora mismo...

Muy a su pesar, él tuvo que callarse.

Vicky sonrió mientras él trataba de fingir que no le pasaba lo que le pasaba, y se forzaba a relajarse de forma visible. *Una pena*, pensó Vicky, *porque ahora mismo va a ponerse tenso de nuevo.*

--Henry vendrá a recogerme mañana por la noche.

--¿Henry? --Cellucci se esforzó por mantener un tono de voz totalmente neutro. Por supuesto, ella tenía todo el derecho del mundo a pasar su tiempo con quien le placiera, pero había algo en Henry Fitzroy que a Cellucci no terminaba de gustarle. Unas pocas pesquisas no habían sacado a la luz nada que le hiciera cambiar de opinión... sobre todo porque no habían sacado *nada* a la luz--. Está implicado en el caso, ¿verdad? --el último de los casos de Vicky en el que Henry Fitzroy había estado implicado, ella había estado a punto de morir a manos de un monstruo de película de serie B. A Cellucci no le había impresionado demasiado.

Vicky empujó las gafas hasta lo alto de su nariz. ¿Cuánto podía decirle...?

--Es amigo de las personas para las que trabajo.

--¿Se quedará allí contigo? --interpretando acertadamente el fruncir de las cejas de Vicky, añadió--. Cálmate. Sabes tan bien como yo la de problemas que un civil puede causar en un caso. Sólo quiero asegurarme de que no te estás complicando las cosas.

Era evidente que ella no estaba convencida de la pureza de sus razones. Mala suerte.

--En primer lugar, Cellucci, trata de recordar que ahora yo soy una civil --él dejó escapar un bufido y ella le dedicó una mirada ceñuda--. En segundo lugar, sólo me va a llevar hasta allí y me pondrá al día con

los antecedentes. No va a interferir con nada.

Me ayudará. Trabajaremos juntos. No tenía la menor intención de permitir que Mike Cellucci supiera esto, no cuando ella misma no estaba demasiado segura de cómo se sentía al respecto. Además, ello implicaría una explicación que no le correspondía a ella dar. Y por encima de todo, si le daba la gana trabajar con Henry Fitzroy, eso no era asunto de Cellucci.

Cellucci leyó este último pensamiento en la expresión de su cara pero no lo interpretó bien.

--Estaba pensando en tu carrera, no en tu vida sexual --dio un gruñido y apuró el último trago de cerveza templada que quedaba en la botella--. Deberías dejar de pensar en esas cosas, Vicky.

--¿Yo? --ahora le tocó a ella el turno de bufar. Se levantó del sillón y al apartar la piel sudorosa del vinilo levantó un doloroso sonido de desgarró--. No soy yo la que ha sacado el tema. Pero ya que lo has hecho...

Él reconoció su siguiente movimiento como una distracción, un intento por apartar su atención de Henry Fitzroy. Para ser una distracción, no estaba nada mal, así que decidió cooperar. Ya habría tiempo más tarde para realizar algunas investigaciones sobre el pasado del esquivo señor Fitzroy.

A medio camino del dormitorio, él le preguntó con fingida seriedad (o al menos toda la seriedad que le permitía su aliento entrecortado):

--¿Qué hay del partido?

--Ganan por dos carreras y sólo queda una entrada y media por jugar --susurró ella--. Seguro que pueden ganar sin nosotros.

* * *

Mientras los dientes de Henry abrían la vena de la muñeca de Tony, levantó la mirada y descubrió los ojos del joven posados sobre él. Sus pupilas se dilataron y el orgasmo le hizo entornar la mirada pero ni un solo momento dejó de contemplar con avidez cómo bebía.

Cuando hubo terminado y estuvo seguro de que su saliva había coagulado la herida, Henry se incorporó apoyándose en un codo.

--¿Siempre miras? --preguntó.

Tony asintió como en trance.

--Es parte del colocón. El verte hacerlo.

Henry rió y apartó un húmedo mechón de cabello castaño de la frente de Tony. Durante los últimos cinco meses, desde que Vicky

convenciera al joven de que la ayudara a salvar su vida, se había estado alimentando de Tony tan a menudo como podía sin ponerlo en peligro.

--¿También me miras mientras hago otras cosas?

Tony sonrió.

--No me acuerdo. ¿Te molesta?

--No. Es agradable no tener que esconder lo que uno es.

Tony dejó que su mirada se deslizara por todo el cuerpo de Henry y bostezó.

--No escondes demasiado ahora --murmuró--. ¿Estarás por aquí el fin de semana?

--No --le dijo Henry--. Vicky y yo nos vamos a Londres. Unos amigos míos tienen problemas.

--¿Más vampiros?

--Hombres lobo.

--Asombroso --la palabra se apagó lentamente, pronunciada por una voz apenas audible. Entonces cerró los párpados mientras se rendía al sueño.

Era *muy* agradable no tener que esconder lo que era, reflexionó Henry mientras contemplaba cómo el pulso se iba acompasando en la garganta de Tony. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hubiera podido permitirse el lujo de quitarse todas las máscaras y ahora había, no sólo uno, sino dos mortales que sabían lo que era.

Sonrió y acarició con el pulgar la suave piel del interior de la muñeca de Tony. Dado que no podía alimentarse de los licántropos, antes de que terminara aquel viaje, Vicky y él llegarían por fina... conocerse mejor.

3

"LOS JAYS PIERDEN EN LA NOVENA".

--¡Mierda! --Vicky leyó el titular con la mirada entornada y decidió que el descubrir cómo se las habían ingeniado los Jays para fastidiarla esta vez no valía treinta centavos. No había ningún tranvía a la vista, de modo que se apoyó contra el cajetín de los periódicos.

Inmediatamente se arrepintió de ello, porque el cajetín había pasado un día entero bajo el tórrido sol de agosto y estaba lo suficientemente

caliente como para que se pudiera freír un bistec sobre él.

--Bueno. *Esto* sí que es lo que de verdad necesitaba --gruñó mientras se frotaba el enrojecido antebrazo. Le dolían y le picaban los ojos como consecuencia de la combinación de gotas y contorsiones a las que el oftalmólogo acababa de someterla y encima acababa de freírse quince centímetros cuadrados de piel. Y, por si fuera poco, el tranvía *seguía* sin aparecer.

--A la mierda. Será mejor que me vaya andando mientras todavía pueda ver la acera.

Dio una patada al cajetín de los periódicos mientras se ponía en marcha y comenzó a cruzar la calle desafiando a un Cámaro que atravesaba Broadview con luz ámbar. El conductor apretó el claxon mientras ella esquivaba el parabrisas delantero, pero la expresión que afloró a su rostro le hizo tragarse el comentario ofensivo que estaba a punto de añadir. Evidentemente, no *todos* los jóvenes que conducían Cámaros eran unos suicidas.

Cruzó el puente de la calle Gerrard confusa, tratando de mantener sus emociones bajo control.

Hasta aquella misma mañana creía haber asumido la enfermedad que la había obligado a abandonar la Policía metropolitana. No lo había aceptado de buen grado, claro que no, pero la rabia y la lástima de sí misma habían dejado de ser los factores capitales de su vida. Había mucha, mucha gente que sufría de retinitis pigmentosa y que se encontraba en peor estado que ella pero era difícil concentrarse en ese pensamiento cuando, a lo largo del último mes, había perdido otros dos grados de visión periférica y lo poco que le quedaba de visión nocturna había desaparecido casi por completo.

El mundo estaba adquiriendo a toda prisa las limitadas dimensiones de una exposición de diapositivas. Instantánea de la imagen al frente. Volver la cabeza. Instantánea de la imagen al frente. Volver la cabeza. Instantánea de la imagen al frente. Volver la cabeza. ¿Alguien podría dar las luces, por favor?

¿Qué mierda de ayuda voy a poder prestar a una manada de hombres lobo? ¿Cómo se supone que voy a detener a un asesino al que no puedo ver? La parte más racional de su mente se empeñaba en objetar que los licántropos estaban contratándola por sus habilidades detectivescas y su experiencia, no por sus ojos, pero ella no le prestaba la menor atención. *A lo mejor tengo suerte y uno de ellos ha sido entrenado como perro lazarillo.*

--¡Eh! ¡Victoria!

Frunciendo el ceño, miró a su alrededor. La rabia la había llevado casi hasta el cruce de Parliament con Gerrard, más lejos de lo que deseaba.

--¿Qué estás haciendo en esta parte de la ciudad?

Tony sonrió mientras se acercaba a ella.

--¿Qué ha sido del clásico "Hola, ¿qué tal estas?"?

Vicky suspiró, intentando no hacer pagar su mal día a Tony.

Después de que hubiera recurrido a él en busca de ayuda y juntos hubiesen logrado salvar a Henry su relación había experimentado un cambio y ya no era la propia de una poli y un chico... además de que él no era un chico desde hacía ya mucho tiempo. Cuatro años antes, la primera vez que ella lo había detenido, no era más que un gamberro flacucho de quince. A lo largo de los años, se había convertido en su mejor par de ojos y oídos en la ciudad. Ahora parecían estarse moviendo hacia una relación en términos de mayor igualdad, pero los viejos hábitos tardaban en desaparecer y ella seguía sintiéndose responsable de él.

--Vale --se limpió una gota de sudor de la barbilla--. Hola, ¿qué tal estás?

--¿Cómo es que --preguntó él con aire distendido mientras empezaba a caminar a su lado-- cuando me preguntas "Qué tal estás?", a mí me suena a "¿Cuánta mierda te has metido?"?

--¿Y cuánta te has metido?

--Nada de nada.

Vicky giró la cabeza para mirarlo, pero él sonrió sin más, de forma beatífica, la verdadera imagen de la inocencia agraviada. Tenía muy buen aspecto, no podía negarse. Sus ojos parecían claros, tenía el pelo limpio y, de hecho, comenzaba a ganar algo de peso.

--Me alegro por ti. Ahora, volviendo a mi primera pregunta, ¿qué estas haciendo en esta parte de la ciudad?

--Vivo aquí --dejó caer la bomba con toda la indiferencia estudiada que un joven de apenas veinte años podía fingir.

--¿Que tú qué? --Vicky lanzó la exclamación a beneficio de Tony, dado que era evidente que él lo deseaba. La verdad es que su humor comenzaba a mejorar bajo la influencia del buen humor del muchacho.

--No es más que una habitación en un sótano --se encogió de hombros--. Nada importante. Pero tengo mi propio cuarto de baño. Nunca había tenido uno.

--Tony, ¿cómo lo pagas? --él había trabajado como chapero de forma eventual y ella deseaba con todas sus fuerzas que no hubiese

decidido dedicarse a ello a tiempo completo. No sólo porque era ilegal sino porque ahora el fantasma del SIDA rondaba por todas partes.

--Debería decir que no es asunto tuyo... --mientras ella fruncía las cejas, él levantó una mano conciliadora--. Pero no lo haré. Tengo un trabajo. Empiezo el lunes. Henry conoce a un contratista que necesita un chapuzas.

--¿Un qué?

--Ya sabes, un chico para todo.

--¿Henry te ha buscado el trabajo?

--Sí. Y también el apartamento.

En todos los años pasados desde que conocía a Tony, lo máximo que había estado dispuesto a aceptar de ella era una comida ocasional y un poco de dinero a cambio de información. Henry Fitzroy lo conocía tan solo hacía cinco meses y le había cambiado la vida por completo. Vicky tuvo que distender los dientes antes de poder hablar.

--¿Has pasado mucho tiempo con Henry últimamente? --la pregunta estaba cargada de implicaciones.

Tony la evaluó un instante, entornando la mirada bajo el brillante sol de la tarde.

--No mucho. He oído que vas a estar correteando con él todo el fin de semana --mientras Vicky fruncía el ceño, se inclinó hacia ella y, con una voz que era una imitación perfecta de la presentación de una película de monstruos, dijo--. Hombres lobo.

--¿Ha discutido el caso contigo?

--Oye, sólo lo mencionó.

--Me sorprende que no te invitara a acompañarnos.

--Joder, Victoria --Tony sacudió la cabeza--. No se puede hablar contigo cuando estás de ese humor. Relájate o algo y tómate las cosas con más calma, ¿eh? --se despidió con un gesto desenfadado y salió corriendo para coger el tranvía, que se había detenido junto al semáforo.

La respuesta de Vicky se perdió entre el sonido del tráfico y probablemente fue una suerte que fuera así.

* * *

--¿Es por algo que he dicho?

Vicky no se molestó en apartar la cabeza del frío cristal de la ventanilla del coche. Las luces de la autopista no eran gran cosa como iluminación, de modo que no tenía mucho sentido volverse hacia un

hombre al que no podía ver.

--¿A qué te refieres?

Su tono era tan agresivamente neutro que Henry sonrió. Se concentró durante un momento en deslizar el BMW en el exiguo espacio existente entre dos camiones y luego pasó al otro carril, donde logró adelantar a siete u ocho coches a máxima velocidad antes de alcanzar otra zona de tráfico congestionado.

--No me has dicho dos palabras corteses desde que te recogí. Me preguntaba si había hecho algo que te haya molestado.

--No --ella cambió de postura, tamborileó con los dedos sobre su rodilla y respiró profundamente--. Sí --no podía permitir que sus diferencias personales influyeran en el caso; las cosas ya serían suficientemente difíciles sin eso. Si no se encargaban ahora mismo de esto, era probable que más tarde se convirtiese en algo más peligroso--. Hoy he estado hablando con Tony.

--Ah --celos. Estaba claro--. Sabes que debo alimentarme de varios mortales, Vicky, y tú misma, la otra noche decidiste no...

Ella se volvió para lanzar una mirada feroz al contorno indistinto que su cuerpo dibujaba contra la ventana opuesta.

--¿Qué demonios tiene eso que ver? --su puño izquierdo golpeó con fuerza el salpicadero--. Durante cuatro años no he conseguido que Tony acepte de mí más que un par de hamburguesas y un poco de dinero. Ahora, en menos que canta un gallo, tú le consigues un trabajo y un lugar en el que vivir.

Henry frunció el ceño.

--No veo cuál es el problema --sabía que su furia era genuina; tanto su respiración como el ritmo de sus latidos así lo revelaban. Pero si no eran los aspectos sexuales de la cuestión los que la molestaban...-- ¿No quieres que Tony esté apartado de las calles?

--Por supuesto que sí, pero... --*pero quería ser yo la que lo salvara*. No podía decirle esto. Sonaba demasiado mezquino. Y también era completamente cierto. Abruptamente, su cólera se trocó en azoramiento-- ...pero no sé cómo lo has hecho --concluyó sin convicción.

La pausa y el cambio emocional expresaban con tanta elocuencia sus sentimientos como si los hubiera expresado en voz alta. Henry había pasado cuatrocientos cincuenta años aprendiendo discreción, si no otra cosa, de modo que, sabiamente, respondió tan sólo a las palabras pronunciadas por Vicky.

--Se me educó para cuidar de mi gente.

Vicky bufó, agradecida de la oportunidad que se le presentaba de cambiar de tema.

--Henry, tu padre fue uno de los más grandes tiranos de toda la historia, alguien que quemaba a católicos y protestantes con total imparcialidad. En su caso, el desacuerdo de cualquier clase, político o personal, solía conducir a la muerte.

--Cierto --concedió Henry con aire sombrío--. No tienes que convencerme de ello. Yo estaba allí. Afortunadamente, no fui criado por mi padre --para su hijo bastardo, Enrique VIII había sido un icono al que admirar con reverencia y, además de eso, había sido rey en una época en la que el rey lo era todo--. El Duque de Norfolk se encargó de que se me enseñaran las responsabilidades que correspondían a un príncipe --y sólo el destino había impedido que la del Duque de Norfolk fuera la última de las muertes del reinado de Enrique.

--¿Y Tony forma parte de "tu gente"?

Él ignoró el sarcasmo.

--Sí.

Para él era tan simple como eso. Vicky lo advirtió en aquel momento y no podía negar que el muchacho había respondido a ello como nunca lo hiciera con ella. Estuvo tentada de preguntar, "*¿Y qué es lo que soy yo?*". Pero no lo hizo. La respuesta equivocada la encolerizaría y no estaba segura de cuál debía ser la correcta. Jugueteo con las rejillas del aire acondicionado durante un momento.

--Hablame de los hombres lobo.

Indudablemente, un tema de conversación más seguro.

--¿Por dónde quieres que empiece?

Vicky puso los ojos en blanco.

--¿Qué te parece por lo básico? En la academia policial no nos dieron un cursillo sobre licantropía.

--Muy bien --Henry tamborileó con los dedos sobre el volante y reñexionó un momento--. Para empezar, puedes olvidar todo lo que has visto en las películas. Si te muerde un hombre lobo, lo peor que puede sucederte es que sangres. Los humanos nunca se convierten en licántropos.

--Lo que implica que los hombres lobo no son humanos.

--No lo son.

--¿Y qué son entonces? ¿Pequeñas criaturas peludas de Alfa Centauri?

--No. De acuerdo con sus más antiguas leyendas, son los

descendientes directos de una mujer lobo y el dios ancestral de la caza --frunció los labios--. Este mito se repite en todas las manadas aunque el nombre del dios cambia de uno a otro lugar. Cuando las antiguas religiones griega y romana comenzaron a extenderse, los licántropos empezaron a llamarse a sí mismos los elegidos de Diana, la jauría de caza de la diosa. El Cristianismo añadió la historia de Lilith, la primera esposa de Adán, quien, al abandonar el jardín del edén, yació con el lobo que Dios había creado el quinto día y le dio hijos.

--¿Y qué es lo que tú crees?

--Que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que puede soñar tu ingenio.

Vicky bufó.

--Vaya forma de escabullirse --murmuró--. Y mal citado, además.

--¿Cómo lo sabes? Recuerda que yo escuché el original. Me costó muchísimo convencer a Shakespeare de que no llamara Yoluff al pobre muchacho --parecía estar hablando en serio pero tenía que estar tomándole el pelo--. Yoluff, Príncipe de Dinamarca, ¿te lo imaginas?

--No. Y la verdad es que no me interesa demasiado la mitología de los hombres lobo. Lo que quiero saber es lo que puedo esperar esta noche.

--¿Qué sabes sobre los lobos?

--Sólo lo que he visto en los especiales del National Geographic en la PBS. Supongo que podemos descartar el asesinato atribuido por los hermanos Grimm.

--Por favor... Dejando a un lado a los hermanos Grimm, los licántropos se comportan en buena medida como los propios lobos. Cada manada está compuesta por un grupo familiar de edad variada, gobernada por un macho dominante y una hembra dominante.

--¿Dominantes? ¿Cómo?

--Gobiernan a la manada. La familia. La granja. Son los que procrean y se encargan de criar a los cachorros.

--Esos Stuart y Nadine de los que me hablaste la pasada noche.

--Exacto.

Vicky tiraba de su labio inferior con aire pensativo.

--En un asunto de esta importancia, ¿no crees que debieran haber sido ellos los que vinieran a hablar conmigo?

--La pareja dominante no abandona casi nunca su territorio. Están ligados a la tierra en maneras que nosotros no podemos comprender.

--Querrás decir en maneras que yo no puedo comprender --dijo

ella con tono que revelaba su irritación.

--Sí --suspiró Henry--. Eso es lo que quiero decir. Pero antes de que me acuses de... vaya, lo que sea de lo que estés a punto de acusarme, quizá podrías considerar que cuatrocientos cincuenta años de experiencia sirven para algo.

Tenía su parte de razón. Y una ventaja que no era justa.

--Lo siento. Continúa.

--Donald, el padre de Rose y Peter, era el antiguo macho alfa, así que imagino que la tierra todavía lo retiene con fuerza. Sylvia y Jason están muertos y Colin trabaja de noche, lo que suponía un problema a la hora de ponerse en contacto conmigo. Rose y Peter, aunque no son adultos según los estándares de los licántropos, eran la única alternativa disponible.

--Y eran, al fin y al cabo, la alcorza de un pastel que eras perfectamente capaz de cocinar por ti solo.

Henry frunció el ceño y entonces, mientras comprendía el significado de la metáfora, sonrió.

--Pensé que no serías capaz de rechazarlos --dijo con voz suave--. No después de que los hubieras visto.

Y qué te hace pensar que habría sido capaz de rechazarte a ti, se preguntó, pero todo lo que dijo en voz alta fue:

--Me estabas hablando de la estructura de la manada.

--Sí, bien. Hará cosa de trece años, cuando la madre de Peter y Rose murió, su tío Stuart y su tía Nadine se hicieron con el control. Stuart provenía originalmente de una manada de Vermont, pero había sido el macho beta en ésta durante algún tiempo.

--¿Y cómo había llegado hasta ella? ¿Vagando sin más?

--Los machos jóvenes abandonan a menudo sus hogares. Eso les proporciona mejores probabilidades de emparejarse y mezclar su sangre. En todo caso, Donald abandonó el puesto sin luchar. La muerte de Marjorie había sido un duro golpe para él.

--¿Luchar? --preguntó Vicky, recordando el brillo blanco de los colmillos de Peter--. Supongo que estás hablando metafóricamente.

--No. No siempre. Muy pocos machos dominantes se limitarían a rodar sobre el lomo y ofrecer la garganta. Stuart ya había hecho algunos intentos con anterioridad.

Vicky hizo una especie de sonido estrangulado en su propia garganta y Henry alargó una mano y le dio unas palmaditas en la espalda.

--No te preocupes --la tranquilizó--. Básicamente, los licántropos

son gente buena y normal.

--Que se convierte en lobo --No había sido educada para pensar en eso como en algo normal. Sin embargo, en aquel preciso instante estaba sentada en un BMW con un vampiro. Las cosas no podían ser mucho más extrañas--. ¿Es que todos vosotros, los... eh... seres sobrenaturales, vais juntos o qué?

--¿Qué? --repitió Henry, confundido.

Vicky se ajustó las gafas. No es que le fueran de mucha ayuda en la oscuridad, pero, en todo caso, el gesto contribuía a tranquilizarla.

--Sólo dime que tu médico no se llama Frankenstein.

Henry rió.

--No. No se llama así. Y te aseguro que conocí a Perkin Heerkens, el abuelo de Rose y Peter, en circunstancias perfectamente normales.

* * *

Lentamente, mientras el día liberaba al mundo de su abrazo, cobró consciencia. Primero fueron los latidos de su corazón, recuperando la fuerza en la oscuridad, el lento y acompasado ritmo que le aseguraba que había logrado sobrevivir. Luego la respiración, poco profunda todavía porque muy poco aire alcanzaba tal profundidad. Finalmente, extendió sus sentidos hacia arriba y hacia fuera, más allá de las pequeñas cosas que se arrastraban por la tierra, hasta la superficie. Solo cuando estuvo seguro de que no había ninguna vida humana lo suficientemente cerca para verlo emerger comenzó a abrirse camino hacia la superficie.

Su escondite era más una madriguera derrumbada que cualquier otra cosa aunque Henry confiaba en que si los nazis la descubrían la tomarían por una tumba superficial. Que, supuso mientras atravesaba la tierra suelta, era exactamente lo que sería si tal cosa llegaba a ocurrir. Que lo desenterraran a plena luz del día lo mataría con más seguridad que el fuego enemigo.

--La verdad es que odio esto con todas mis fuerzas --murmuró al mismo tiempo que su cabeza emergía y se quitaba el pequeño escudo perforado que mantenía su nariz y su boca libre de tierra. Sólo se enterraba en circunstancias desesperadas, cuando la inminencia del amanecer los sorprendía lejos de cualquier otro refugio. En una o dos ocasiones se había demorado demasiado y había tenido que excavar la tierra con las manos desnudas mientras el calor ardiente del sol comenzaba a bailar por toda su espalda. Estar enterrado le recordaba

demasiado el terror de su primer despertar, atrapado en un ataúd común, solo e inmortal, devorado por el hambre.

Sólo le faltaba una pierna por liberar cuando reparó en el animal que permanecía inmóvil, envuelto en la más negra oscuridad, bajo un abeto.

¿Lobos? ¿En Holanda?, se preguntó mientras se quedaba helado. No, no se trataba de un lobo. Ese color bermejo no podía corresponder a un lobo. Pero indudablemente corría sangre lupina por sus venas y no estaba demasiado diluida. Se acurrucaba cuidadosamente a favor del viento, las orejas gachas contra el cráneo, la cola tensa apretada sobre su flanco. Reaccionaba al olor de otro cazador, preparado para atacar en defensa de su territorio.

Unos colmillos blancos brillaron en la oscuridad y un gruñido sordo y profundo se elevó desde la enorme garganta.

Henry retrajo sus propios labios y respondió al gruñido.

El animal pareció sorprenderse.

Y se sorprendió aún más un segundo después cuando se encontró con la columna vertebral apretada contra el suelo del bosque y las dos manos de Henry aferradas con fuerza a su cerviz. Se debatió y lanzó destelladas mientras arañaba con las cuatro patas al que lo había apresado. Aunque continuaba gruñendo, no hizo ningún sonido más. Cuando descubrió que no podía liberarse, se revolvió lentamente hasta que logró lamer la muñeca de Henry con la punta de la lengua.

Con suma cautela, Henry lo soltó.

El animal sacudió la cabeza vigorosamente, se rascó un buen rato, se sentó y, con la cabeza ladeada, estudió a aquella extraña criatura, con el morro arrugado y las cejas fruncidas en algo que semejaba en tal medida una humana expresión de desconcierto que Henry tuvo que refrenar una sonrisa. Mostrar los dientes en aquel momento sólo hubiera servido para hacer estallar la pelea de nuevo.

Una vez su dominio quedó claro, Henry se sacudió el polvo de su pesada ropa de trabajador e introdujo una mano bajo la camisa para comprobar la bolsa de lona que llevaba alrededor de la cintura. Sabía que los documentos estaban a salvo pero, por alguna razón, el tenue crujido de los papales lo tranquilizaba.

Necesitaría la mayor parte de la noche para llegar al pueblo en el que se encontraría con su contacto en la Resistencia holandesa y, puesto que tenía que alimentarse antes de llegar allí --le permitiría tolerar el tener que trabajar con humanos-- sería mejor que se pusiera en marcha cuanto antes. Después de comprobar el curso con el

pequeño compás que el SEO le había proporcionado, se encaminó en dirección nordeste. El perro se levantó y lo siguió. Lo escuchó detrás de él, avanzando entre la maleza, durante algún tiempo. Sus movimientos apenas podían distinguirse de la miríada de sonidos de la noche del bosque. A medida que ganaba velocidad, incluso aquel rastro se desvaneció. No lo sorprendió. Un lobo de pura sangre hubiera tenido dificultades para seguirlo. Un perro, al margen de la sangre que corriera por sus venas, no hubiera podido hacerlo jamás.

La patrulla alemana se cruzó en su camino unas tres horas antes del alba, a poca distancia del pueblo. Mientras pasaban a su lado, inmóvil como estaba apenas a unos centímetros del camino, Henry pudo ver el cráneo y las tibias que lucía cada uno de los cascos y esbozó una sonrisa sombría. Totenkopf. Una unidad de la SS utilizada en misiones de seguridad en los territorios ocupados, especialmente allí donde la Resistencia estaba activa.

El rezagado era un joven de torso grueso que de algún modo, a pesar de la hora y de las condiciones del suelo, conseguía caminar pavoneándose mientras irradiaba una actitud del tipo *mi-raza-es-superior-a-la-tuya*. Podía asumirse que sus camaradas lo habían dejado un poco atrás deliberadamente; aparentemente, había límites incluso en la SS.

Henry sentía una cierta simpatía por el soldado común del ejército alemán, pero ni rastro de ella por los nazis que había entre ellos. Cayó sobre el joven desde atrás con tan salvaje eficacia que en menos de lo que tarda en respirarse una vez lo había arrastrado a un lado del camino y lo había silenciado. Mientras el corazón continuase latiendo, el daño infligido al cuerpo era irrelevante. Rápidamente, porque mientras se alimentaba era vulnerable, desgarró la muñeca izquierda e inclinó la cabeza para beber. Cuando hubo terminado extendió un brazo, pasó una mano de largos dedos alrededor del cráneo del muchacho y, sin el menor esfuerzo, le rompió el cuello. Entonces se quedó helado, repentinamente consciente de que lo estaban observando.

El bosque se heló con él. Incluso la brisa se detuvo hasta que el único sonido audible fue el suave phut, phut de la sangre al derramarse lentamente sobre las hojas mohosas. Todavía acurrucado sobre el cuerpo, con los músculos tensos y preparados, Henry se volvió hasta encontrarse a favor del viento.

El gran perro lo observó tranquilo durante unos pocos segundos más y entonces retrocedió hasta que ni siquiera los ojos del vampiro

pudieron diferenciarlo de las sombras.

El perro nunca debiera de haber sido capaz de seguir su rastro. Un presentimiento recorrió con dedos helados la columna vertebral de Henry. Se puso en pie rápidamente y se dirigió hacia el lugar en el que el enorme animal había desaparecido. Un latido más tarde se detuvo. Podía sentir las vidas de los miembros de la patrulla regresando, en busca sin duda del soldado desaparecido.

Tendría que ocuparse del perro en otra ocasión. Agarrando al cadáver por la casaca y los pantalones, lo alzó hasta la copa de un árbol y lo escondió allí, muy por encima del nivel del ojo. Con una última mirada aprensiva hacia las sombras, continuó su marcha hacia el pueblo.

No le resultó difícil encontrarlo.

La violenta luz blanca de media docena de focos montados sobre camiones iluminaba la plaza. Un grupo de ciudadanos permanecía de pie, amontonado en un lado y custodiado por un pelotón de la SS. Un hombre que parecía ser el comandante local caminaba delante de ellos mientras se azotaba la pierna con un bastón al mejor estilo nazi. A excepción del sonido de los golpes del bastón contra la caña de cuero de la bota, la escena estaba sumida en un silencio irreal.

Henry se acercó. Dejó que el centinela viviera. Hasta que supiese lo que estaba ocurriendo, otra muerte inexplicable haría más mal que bien. Al llegar a un extremo de la plaza se deslizó al interior de un portal envuelto en sombras y aguardó en aquel escondrijo a que se desarrollaran los acontecimientos.

La pequeña aldea no debía de albergar más de doscientos habitantes en sus mejores momentos y ciertamente éstos no lo eran. Su posición, cercana tanto a la frontera como a las líneas ferroviarias que los invasores necesitaban para continuar su avance en dirección norte, la convertía en un punto focal para la Resistencia holandesa. La Resistencia había traído a Henry pero, desgraciadamente, también había traído a la SS.

Había un total de setenta y un aldeanos en la plaza, en su mayor parte ancianos, niños y enfermos. Arrancados de sus camas, mostraban una amplia variedad de ropas de noche y unas expresiones cautelosas casi idénticas. Mientras Henry observaba, dos hombres fuertemente armados trajeron a otros cinco.

--¿Éstos son los últimos? --preguntó el oficial. Al recibir una respuesta afirmativa, continuó.

--Sabemos donde se encuentran los miembros restantes de

vuestras familias --dijo en un holandés de marcado acento pero perfectamente comprensible--. El tren que debían haber detenido no va a venir. No era más que una trampa para atraerlos --se detuvo esperando una reacción pero sólo obtuvo la misma colección de miradas cautas. Aunque aquellos lo suficientemente adultos como para comprender estaban muy asustados, lo ocultaban bien; la sensible nariz de Henry detectó el aroma de su miedo pero el comandante no tenía manera de saber que sus noticias habían surtido efecto alguno. La aparente falta de respuesta añadió un tono peligroso a sus siguientes palabras.

--A estas alturas ya deben de estar muertos. Todos ellos --un niño dejó escapar un sollozo ahogado y el comandante casi sonrió--. Pero eso no es suficiente --continuó en voz más suave-- para acabar con la resistencia. Debemos acabar también con cualquier pensamiento potencial de resistencia. Todos vosotros vais a ser ejecutados y este lugar será quemado por completo como ejemplo para aquellos que se atreven a apoyar a la Resistencia y para los seres inferiores que se atreven a oponerse a la raza superior.

--Alemanes --bufó una anciana, aferrada a su bata con dedos artríticos--. Te matan con discursos antes de dispararte.

Henry no podía sino estar de acuerdo. Ciertamente, el comandante parecía haber visto demasiadas películas de propaganda. Pero eso no hacía el peligro menos real. Al margen de lo que Hitler hubiera logrado con sus "reformas económicas", al menos había logrado dar trabajo a todos los hijos de puta sádicos de su país.

--Tú --el pomposo bastón señaló a la anciana--. Ven aquí.

Sacudiéndose las manos de amigos y parientes que trataban de retenerla y musitando entre dientes, la mujer abandonó la multitud. La parte alta de su cabeza, con el escaso pelo gris recogido en un austero moño, llegaba apenas a la altura de la clavícula del comandante.

--Tú --dijo a la mujer-- te has presentado voluntaria para ser la primera.

Con los ojos legañosos entornados casi por completo bajo el brillo de los focos, ella levantó la cabeza y dijo algo tan grosero, por no mencionar biológicamente imposible, que arrancó un conmocionado "¡Madre!" a un anciano que se encontraba entre la masa de aldeanos. Sólo para asegurarse de que el comandante había comprendido la idea, la mujer repitió sus palabras en alemán.

El bastón se alzó para golpearla. Henry se movió, sabiendo

mientras lo hacía que era una reacción estúpida e impulsiva pero a pesar de ello incapaz de detenerse.

Cogió la muñeca del comandante en lo más alto, prolongó el movimiento y, aplicando toda su fuerza, arrancó el brazo a la altura de la axila. Dejó caer el cuerpo, se volvió y se abalanzó sobre el resto del pelotón, blandiendo su ominoso y sangrante trofeo como un garrote y retrayendo los labios de tal modo que sus colmillos resplandecieron.

El ataque no había consumido más que siete segundos.

Los nazis no eran los primeros que habían utilizado el terror como arma; la raza de Henry había descubierto su valor siglos atrás. Le proporcionó el tiempo que necesitaba para alcanzar al primero de los guardias antes de que ninguno de ellos recordara que llevaban armas.

Para cuando hubieron recobrado la serenidad suficiente para disparar, él tenía otro cuerpo para utilizar como escudo. Escuchó gritos en holandés, el rumor de pies envueltos en zapatillas que corrían sobre la tierra aplanada y entonces, repentina y afortunadamente para él, los focos se apagaron.

Por primera vez desde que entrara en la plaza, Henry podía ver perfectamente. Los alemanes no podían ver nada. Completamente aterrorizados, rompieron filas y trataron de huir, sólo para descubrir su camino bloqueado por el ataque del perro más grande que cualquiera de ellos hubiera visto jamás.

Después, sólo fue una matanza.

Momentos más tarde, erguido sobre su última víctima, el aroma de la sangre cantando a lo largo de todos sus nervios, Henry observó aproximarse al perro que lo había seguido toda la noche, la húmeda mancha de su hocico más negra que roja en la oscuridad. Tenía un aspecto completamente salvaje, como un lobo sacado de un relato de los hermanos Grimm.

Se encontraban todavía a un par de metros de distancia cuando el ruido de botas sobre los adoquines les hizo volver las cabezas. Henry comenzó a moverse pero el animal fue más rápido. Se arrojó hacia delante, rodó por el suelo y se puso en pie con una ametralladora en dos manos perfectamente humanas. Cuando los soldados de asalto hicieron su aparición abrió fuego. Nadie sobrevivió.

Después de colgarse el arma del hombro se volvió hacia Henry, mientras se limpiaba la sangre de la boca con el revés de una mano mugrienta. Su pelo, del mismo marrón rojizo del pelaje del lobo, caía en desorden sobre su frente y los ojos que escondía parcialmente eran los mismos que habían visto a Henry mientras emergía de la tierra y se

alimentaba.

--Soy Perkin Heerkens --dijo en un inglés con un acento muy marcado--. Si eres Henry Fitzroy, soy tu contacto.

Después de cuatrocientos años de vida, Henry creía que nada podría volver a sorprenderlo. Se descubrió teniendo que reconsiderar tal certeza.

--No me avisaron de que eras un hombre lobo --dijo en holandés.

Perkin sonrió y su rostro pareció mucho más joven pero no por ello menos peligroso.

--A mí no me avisaron de que tú eras un vampiro --señaló--. Supongo que eso iguala las cosas.

* * *

--Esas *no* son unas circunstancias perfectamente normales para conocer a alguien --murmuró Vicky, mientras deseaba por un instante estar de vuelta en casa, manteniendo una discusión agradable y *normal* con Mike Cellucci--. Quiero decir... estás hablando de un vampiro miembro del Servicio Secreto que se encuentra con un hombre lobo que trabaja en la Resistencia holandesa.

--¿Y qué hay de raro en ello? --Henry adelantó a una camioneta con matrícula americana en cuya parte trasera dormitaba un pequeño gato anaranjado--. Los hombres lobo son seres muy territoriales.

--Si estaban viviendo en el seno de una comunidad normal... --reflexionó un segundo y volvió a empezar--. Si estaban viviendo en el seno de una comunidad humana, ¿cómo evitaron que los llamaran a filas?

--La conscripción era un fenómeno propio de Gran Bretaña y Norteamérica --le recordó Henry--. Europa estaba luchando por su supervivencia y todo ocurrió tan deprisa que era fácil pasar por alto a unos pocos hombres y mujeres en algunos lugares aislados. En los casos en los que fue necesario, abandonaron la "civilización" mientras duró la guerra y vivieron de la tierra.

--Muy bien. ¿Y qué hay de los hombres lobo británicos y norteamericanos?

--No existen hombres lobo británicos...

--¿Por qué no? --le interrumpió Vicky.

--Es una isla. Dada la humana propensión a matar todo aquello que no puede comprender, no hay en ella espacio suficiente para que convivan los humanos y los licántropos --se detuvo un instante y

entonces añadió--. Es posible que hubiera hombres lobo en Gran Bretaña en el pasado...

Vicky se hundió aún más en su asiento y siguió jugueteando con la rejilla del aire acondicionado. *No quiero morir, señorita Nelson.*

--Entonces, ¿es que no hay hombres lobo en todo el mundo?

--No. Sólo en Europa hasta la Italia septentrional, en la mayor parte de Rusia, en las zonas noroccidentales de China y en el Tíbet. Por lo que yo sé, no hay licántropos nativos de América, pero podría estar equivocado. En cualquier caso, ha habido una cierta inmigración.

--¿Después de la Segunda Guerra Mundial?

--No toda.

--De modo que mi pregunta original sigue en pie. ¿Cómo evitaron que los reclutaran?

Vicky escuchó el rumor de sus hombros al encogerse contra el grueso tweed del asiento.

--No lo sé pero supongo que, dado que la mayor parte de ellos son ciegos al color, quedaron exentos del servicio por causas físicas. Sé que los aliados utilizaron observadores ciegos al color en tareas de reconocimiento aéreo; debido a que tenían que percibirlo todo por su forma, eran capaces de ver más allá de la mayoría de los camuflajes. Algunos de ellos eran hombres lobo.

--Bueno, ¿y qué me dices de ti, entonces? ¿Cómo consigue un vampiro convencer al gobierno de que se le debería permitir aportar su granito de arena en defensa de las libertades? --entonces recordó lo convincente que Henry podía resultar--. Eh... no importa.

--En realidad, yo nunca me puse en contacto con el gobierno canadiense. Embarqué en un transporte de tropas y regresé a Inglaterra, donde un viejo amigo había logrado encaramarse a una posición muy poderosa. Él lo organizó todo.

--Ah --no preguntó quién era aquel amigo. No deseaba saberlo. Su imaginación ya estaba ofreciéndole escenas de Henry y ciertas figuras prominentes en situaciones comprometedoras--. ¿Qué pasó con los aldeanos?

--¿Qué?

--Los aldeanos. Los del pueblo en el que te encontraste con Perkin. ¿Murieron?

--¡No, claro que no!

Vicky no veía ninguna *claridad* en ello. Al fin y al cabo, habían destruido un pelotón entero de la SS y los Nazis solían desaprobador esta clase de cosas.

--Perkin y yo lo organizamos para que pareciera que habían muerto en una incursión aérea aliada dirigida contra las líneas férreas.

--¿Pediste una incursión aérea?

Ella pudo escuchar el tono divertido de su voz mientras respondía:

--¿Te he mencionado que mi amigo había alcanzado una posición muy poderosa?

--Bueno --una cosa todavía la escamaba--. ¿Y los aldeanos sabían que había una manada de hombres lobo viviendo entre ellos?

--No. Hasta que estalló la guerra, no.

--¿Y después de que estallara la guerra?

--Durante la guerra, cualquier enemigo de los nazis era bienvenido como aliado. Incluso los británicos y los americanos lograron colaborar.

Ella no tuvo más remedio que reconocer que la cosa tenía cierto sentido.

--¿Y qué pasó después de que terminara la guerra?

--Perkin emigró. No lo sé.

Condujeron en silencio durante un rato, uno de los escasos vehículos que quedaban en la autopista ahora que Toronto había quedado atrás. Vicky cerró los ojos y pensó en la historia de Henry. En algunos sentidos la guerra, con todas sus complicaciones, había sido un problema sencillo. Al menos el enemigo estaba claramente definido.

--Henry --preguntó repentinamente--, ¿honestamente piensas que una manada de hombres lobo puede vivir en el seno de una sociedad humana sin que sus vecinos lo sepan?

--Piensas como una persona de ciudad, Vicky; los vecinos más cercanos a los Heerkens viven a cinco kilómetros de distancia. Sólo ven a gente que no pertenece a la manada cuando *quieren*. Además, si tú misma no me conocieras y no te hubieras encontrado con aquel demonio la pasada primavera, ¿creerías en hombres lobo? ¿Lo haría cualquier otro norteamericano de este siglo?

--Es evidente que alguien lo hace --le recordó ella con voz seca--. Aunque yo hubiera esperado chantaje en vez de asesinato.

--Tendría más sentido --le concedió Henry. Ella suspiró y abrió los ojos. Allí estaba, tratando de resolver un caso armada tan solo con una lupa y un vampiro, privada de los recursos de la policía metropolitana. Y no es que esos recursos le hubiesen sido de mucha ayuda hasta el momento. Balística la había llamado poco antes de que saliera para decirle que la bala utilizada era probablemente munición

estándar de la OTAN de 7.62 mm; lo que reducía el espectro de posibles sospechosos a toda la Organización del Tratado del Atlántico Norte, así como a cualquiera que poseyera un rifle de caza. La verdad es que no estaba demasiado impaciente por llegar a la granja de los Heerkens.

Era la primera vez que se iba a encargar de un caso verdaderamente sola. ¿Y si no era tan buena como creía?

--Hay un mapa en la guantera --dijo Henry mientras tomaba la Autopista 2--. ¿Podrías sacarlo?

Ella encontró a tientas tanto la guantera como el mapa y le tendió este último a su compañero.

Él se lo devolvió al instante.

--Aunque no me sobran talentos, preferiría no tener que consultar un mapa al mismo tiempo que conduzco por carreteras que no conozco bien. Hazlo tú, por favor.

Con los dedos muy tensos alrededor del papel plegado, Vicky lo empujó en su dirección.

--No sé a dónde nos dirigimos.

--Estamos en la carretera del Aeropuerto a punto de girar hacia la calle Oxford. Dime cuánto tenemos que seguir por Oxford antes de coger la carretera de Clark Side.

Las farolas apenas ofrecían iluminación suficiente para definir el parabrisas. Si se esforzaba, Vicky podía distinguir los contornos del mapa. Ciertamente, sería incapaz de encontrar dos pequeñas líneas en él.

--Hay una pequeña linterna bajo el parasol --le ofreció Henry.

--No la encuentro.

--Pero si ni siquiera has mirado...

--No he dicho que no quisiera hacerlo, he dicho que no podía hacerlo --desde el momento en que accediera a abandonar la seguridad conocida de Toronto, sabía que tendría que contarle la verdad sobre sus ojos y no alcanzaba a comprender cómo se había dejado acorralar de aquella manera. La tensión le hizo levantar los hombros y le provocó un nudo en el estómago. Con explicación médica o sin ella, siempre se le antojaba un excusa, como si estuviera pidiendo ayuda o comprensión. Y él pensaría en ella de manera diferente una vez que la etiqueta "minusválida" le hubiera sido aplicada. Como todo el mundo--. No tengo visión nocturna, apenas tengo visión periférica y estoy un poco más miope cada vez que hablo con el maldito doctor.

Su tono lo desafiaba a tratar de comprender.

Henry se limitó a preguntar:

--¿Cuál es el problema?

--Una enfermedad degenerativa de los ojos, retinitis pigmentosa...

--RP --la interrumpió. De modo que aquel era su secreto--. Sé algo sobre ella --le hurtó todo sentimiento a su voz, hablando de una manera por completo prosaica--. No parece haber progresado demasiado.

Estupendo. Justo lo que necesito, otro experto. ¿No bastaba con Cellucci?

--¿Es que no me estabas escuchando? --gruñó mientras arrugaba el mapa hasta convertirlo en un embrollo ilegible--. Carezco de visión nocturna. Por eso abandoné el Cuerpo. Soy una inútil total después de que anochece. Igual daría que regresáramos ahora mismo si tengo que resolver este caso de noche --aunque lo ocultaba detrás de su rabia, temía en parte que él hiciera exactamente lo que le estaba diciendo. Y también que él le diera unas palmaditas en la cabeza y le dijera que todo iba a ir bien... porque no era así y nunca volvería a serlo. Y si él lo hacía, trataría de sacarle los ojos en un coche en marcha y ambos se matarían.

Henry se encogió de hombros. No tenía la menor intención de contribuir a lo que percibía como lástima de sí misma.

--Yo me convertiría en una pila humeante de cenizas si me diera directamente la luz del sol. Creo que tú has salido mejor parada.

--Tú no lo entiendes.

--No he visto el sol desde hace cuatrocientos cincuenta años. Creo que sí lo entiendo.

Vicky se colocó las gafas en su lugar y volvió la mirada hacia un paisaje que no podía ver, insegura de cómo reaccionar sin desahogar su rabia. Después de un momento, dijo al fin.

--Muy bien, lo entiendes. Así que mi caso es leve en comparación. Todavía puedo llevar una vida más o menos normal. Todavía no estoy ciega. Todavía no estoy sorda. Todavía no estoy loca. Pero *me sigue* jodiendo.

--Eso seguro --había advertido la decepción ante la respuesta que le ofreciera y se preguntó si ella se daba cuenta de que esperaba una cierta simpatía de la gente a la que se lo contaba. El rechazar aquella simpatía la hacía sentirse fuerte, era una compensación por lo que ella percibía como una debilidad. Sospechaba que aquella enfermedad era la primera cosa que ella no había conseguido superar por medio de la

simple determinación--. ¿Alguna vez has pensado en tener un socio?
¿Alguien que se encargue del trabajo nocturno?

Vicky dio un bufido, mientras su furia cedía paso a la risa.

--¿Pretendes sugerir que me asocie contigo de manera regular?
Tú escribes novelas románticas, Henry; no tienes experiencia en esta clase de cosas.

Él se irguió detrás del volante. Era el Vampiro. El Rey de la Noche. Las novelas rosa no eran más que el medio para pagar las facturas.

--No pretendía decir...

--Y además --le interrumpió ella--. Apenas saco suficiente para mantenerme a mí misma. No la llaman Toronto la Buena por nada, ¿sabes?

--Tendrías más trabajo si pudieras trabajar de noche.

No podía objetar nada a esto. Era cierto.

La voz de Henry se hizo más grave y Vicky sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

--Sólo piensa en ello.

No utilices tus artimañas vampíricas conmigo, hijo de perra. Pero su boca asintió antes de que el pensamiento hubiera terminado de formarse.

Pasaron en silencio el resto del viaje.

Cuando abandonaron el camino de tierra que habían estado siguiendo durante los últimos pocos kilómetros, Vicky sólo podía ver un vago abanico de luz enfrente del coche. Y cuando Henry apagó los faros, no pudo ver nada en absoluto. En el repentino silencio, los arañazos de unas pezuñas contra el cristal, junto a su cara, sonaron muy fuerte. No logró contener por completo un grito asustado.

--Es Huracán --le explicó Henry. Había un tono humorístico en su voz que ella podía percibir--. Quédate quieta hasta que dé la vuelta para guiarte.

--Que te den --contestó con voz dulce, al tiempo que encontraba la manija y abría la puerta del coche--. Sí, yo también me alegro de verte --murmuró mientras trataba de apartar la enorme cabeza.

Su aliento era mejor que el de la mayoría de los perros --*gracias, sin duda, a que en su otra forma puede lavarse los dientes*-- pero no demasiado. Después de aceptar que sin contar con un punto de apoyo las probabilidades de mover a Huracán eran escasas, volvió a sentarse y soportó su entusiasta bienvenida. Sus dedos rabiaban por acariciar el espeso pelaje pero el recuerdo del cuerpo desnudo de

Peter los mantenía donde estaban.

--Ya basta, Huracán.

Después de olisquearla vigorosamente una última vez, el licántropo se apartó y Vicky sintió el contacto de la mano de Henry sobre su brazo. Se la sacudió de encima y salió del coche como si la impulsara un resorte. Aunque alcanzaba a distinguir la luna menguante, tres cuartas partes de un círculo color blanco plateado que pendía del cielo nocturno, la luz que derramaba era demasiado difusa para serle de utilidad. Los rectángulos borrosos de luz que había a su derecha eran probablemente las luces de la casa y consideró la posibilidad de dirigirse hacia ellos con paso fume sólo para demostrar que no estaba tan impedida como Henry podía pensar.

Henry observó cómo el pensamiento cruzaba el rostro de Vicky y sacudió la cabeza. Aunque admiraba su independencia, esperaba que no obnubilase su sentido común. Se dio cuenta de que en aquel momento ella sentía que tenía algo que demostrar y no se le ocurría ninguna forma de hacerle saber que no era necesario. Al menos ninguna que le estuviese en su mano.

Le puso el bolso en la mano, sosteniéndolo hasta que vio que sus dedos se cerraban sobre el mango y entonces, con suavidad, pasó el brazo libre de ella alrededor del suyo.

--Cuidado con la curvas de la vereda --murmuró muy cerca de su oído--. Seguro que no quieres terminar sobre las flores de Nadine. Muerte.

Vicky ignoró el modo en que el aliento de Henry contra su mejilla había hecho que se le erizase el vello de la nuca y se concentró en caminar como si no estuviera siendo guiada. No le cabía la menor duda de que los hombres lobo, al menos en su forma lupina, podían ver tan bien como el propio Henry y no quería que su posición se viera socavada mostrando una debilidad evidente a los que estuviesen observado.

Con la cabeza bien alta, se concentró en los rectángulos de luz, tratando de memorizar tanto el tacto de la vereda bajo sus sandalias como las curva que describía desde la entrada hasta la casa. Los familiares olores de la contaminación y el hormigón de la ciudad habían desaparecido, reemplazados por lo que, debía suponer, era el aroma no del todo agradable de los excrementos de oveja. Podía identificar el canto de los grillos pero el resto de los sonidos nocturnos le eran desconocidos.

Allí en Toronto, cada olor, cada sonido hubiera tenido un

significado claro para ella. Aquí no le decían nada. A Vicky no le gustaba esta sensación, no le gustaba nada; añadía una nueva desventaja al defecto de sus ojos.

Dos bruscos e intensos dolores en la pantorrilla y un tercero en el antebrazo le sacudieron de encima sus temores, al tiempo que le hacían recordar un aspecto del caso que no había considerado hasta el momento.

--¡Malditos bichos! --soltó el brazo y se dio una bofetada en la pierna--. Henry, acabo de recordar algo: ¡Odio el campo!

Ya se encontraban bajo la luz que salía de la casa y ella pudo distinguir a duras penas la sonrisa en el rostro de su compañero.

--Demasiado tarde --le dijo él, y abrió la puerta.

La primera impresión de Vicky mientras permanecía de pie en el umbral fue que se trataba de una confortable y anticuada cocina de una granja llena de personas y perros. Su segunda impresión corrigió a la primera. *Llena de licántropos. Las personas son perros. Lobos. Oh, demonios.*

* * *

Era tarde, casi las once de la noche. Cellucci se reclinó sobre su silla y contempló el último papel que quedaba sobre su mesa. El caso Margot había sido tramitado en un tiempo record y ahora podía abandonarlo y dejar que comenzara su lento discurrir por los tribunales. Lo que le dejaba las manos libres para ocuparse de un pequeño asunto que estaba todavía por solucionar.

Henry Fitzroy.

Había algo turbio en aquel hombre, así de sencillo, y Cellucci estaba determinado a descubrir lo que era. Recogió el papel, completamente en blanco a excepción del nombre escrito en la cabecera con grandes letras de molde, lo plegó un par de veces y lo guardó con esmero en su cartera. Al día siguiente llevaría a cabo las investigaciones de costumbre sobre el susodicho señor Fitzroy y si no revelaban nada... mientras se levantaba, esbozó una sonrisa rapaz. Si no revelaban nada, él conocía formas de escarbar más. Algunos podrían llamar abuso de autoridad a lo que se proponía hacer. El detective sargento Michael Cellucci lo llamaba preocuparse por una amiga.

--Soy Nadine Heerkens-Wells. Usted debe de ser Vicky Nelson.

La mujer que se le acercaba con la mano tendida compartía una serie de rasgos con Peter y Rose: los mismos ojos separados en una cara puntiaguda, la misma melena de pelo espeso --en su caso, un negro ceniciento veteado de gris-- y la misma mano de dedos cortos y llena de callos.

No obstante, sus ojos estaban ensombrecidos y detrás de aquella sombra se agazapaba una pérdida tan profunda, tan intensa, que no podía esconderse y jamás podría borrarse del todo. Vicky tragó hondo, sorprendida por la fuerza de su reacción frente al dolor de la otra mujer.

A primera vista, Vicky no albergaba la menor duda de que se encontraba frente a la persona al mando y la expresión de Nadine demostraba que su sonrisa de bienvenida se había formado a partir de un gruñido de advertencia. *Supongo que no tiene razones para confiar en mí, al margen de lo que Henry pueda haberle contado.*

Manteniendo una expresión diplomática y neutra, privada de todo desafío, Vicky se cuidó de no aplicar al apretón más fuerza de la que recibía, a pesar del repentino impulso de enfrentarse a la otra.

--Espero serles de alguna ayuda --dijo, recurriendo a la voz que solía utilizar cuando estaba de servicio, al tiempo que recibía con toda franqueza la mirada de la otra mujer.

El peso de una personalidad poderosa y abrumada por el dolor la golpeó casi como si fuera un ataque físico y entornó su propia mirada como respuesta.

A su alrededor, los demás licántropos aguardaron en silencio la decisión de la hembra dominante. Henry, de pie a un lado, observaba con las cejas fruncidas en un gesto de preocupación. Para que Vicky pudiera trabajar de manera eficaz, las dos mujeres tendrían que aceptarse mutuamente como iguales, les gustara o no.

Los ojos de Nadine eran castaños y estaban enmarcados por una franja dorada alrededor de las pupilas. Unas arrugas profundas envolvían sus bordes y los párpados parecían magullados.

Puedo vencerla, pensó Vicky. Soy más joven, más fuerte y... he perdido la cabeza. Forzó a relajarse a los músculos de su rostro mientras trataba de ignorar la imperativa percepción de poder que la

asaltaba.

--No sabía que Londres estuviera tan lejos de Toronto --señaló en tono familiar, como si no se hubiese dado cuenta de que en la habitación casi podía palparse la tensión.

--Debe de estar cansada después de un viaje tan largo --contestó Nadine, y sólo Vicky percibió el reconocimiento de lo que acababa de ocurrir entre ellas--. Pase y siéntese.

Entonces ambas apartaron la mirada.

De inmediato, Vicky y Henry se encontraron rodeados de calurosos apretones de manos y hocicos húmedos y fueron arrastrados hasta las sillas que rodeaban la enorme mesa de la cocina. Henry se preguntaba si Vicky se daba cuenta de que acababa de ser aceptada como una especie de miembro auxiliar de la manada, como le ocurriera a él en su día. Había pasado largas horas al teléfono durante las dos últimas noches, discutiendo por esa aceptación, convenciendo a Nadine de que desde fuera de la manada Vicky tendría escasas posibilidades de encontrar al asesino, de que Vicky no traicionaría a la manada más de lo que lo traicionaría a él, sabedor de que la aceptación de Nadine estaría en todo caso supeditada al encuentro que acababa de producirse.

--Sombra, quieto.

El cachorro negro --más o menos del tamaño de un pastor alemán pequeño-- que había estado dando saltos alrededor de las rodillas de Vicky mientras lanzaba ladridos estridentes, se convirtió repentinamente en un pequeño niño desnudo de unos seis o siete años que volvió una mirada llena de reproche hacia su madre.

--Pero mamá --protestó--. Me dijiste que había que ladrar siempre a los extraños.

--Ella no es ninguna una extraña --le dijo su madre, mientras se inclinaba para apartarle el pelo negro y polvoriento del rostro--. Es la señorita Nelson.

El muchacho puso los ojos en blanco.

--Eso ya lo sé, pero no *la* conozco y eso la convierte en una extraña.

--No seas bobo, Daniel. Mamá ha dicho que está bien --señaló con un tono reservado en exclusiva para los hermanos menores una de las dos adolescentes idénticas que se sentaba en un sillón junto la ventana.

--Y además ha venido con Henry --añadió la otra, utilizando exactamente el mismo tono.

--Y si fuera una extraña --concluyó la primera--, no habrías cambiado delante de ella. Así que *no* es ninguna extraña. Así que cállate.

El niño sacudió la cabeza.

--Pero sigo sin conocerla...

--Entonces ve a conocerla cuanto antes --sugirió su madre mientras le daba la vuelta para volverlo hacia Vicky-- y así podremos tener un poco de paz.

A pesar de que lo estaba observando atentamente, Vicky no pudo precisar el momento exacto de la transformación, el momento en el que Daniel volvió a convertirse en Sombra. Un instante un niño pequeño, al siguiente, un pequeño perro... *No tan pequeño, en todo caso y no puedo llamarlos perros. Aunque tampoco son lobos del todo.* Un hocico frío se apretó contra la parte trasera de su rodilla y ella se sobresaltó. *¿Esto lo convierte en un niño o en un cachorro? Me temo que va a ser complicado.* Tratando de no dejar que este debate interno se reflejara en su rostro, extendió el brazo y sostuvo la mano en alto.

Sombra la olisqueó concienzudamente y entonces apretó su cabeza bajo los dedos. Su pelaje era todavía una suave pelusa.

--Si comienza a acariciarlo, señorita Nelson, tendrá que pasarse toda la noche haciéndole dijo una de sus hermanas con un suspiro.

Sombra levantó el hocico, le dio la espalda con toda intención y se apoyó contra las piernas de Vicky tal como Huracán había hecho con Rose la otra noche en el apartamento de Henry. Lo que recordó a Vicky...

--¿Dónde están Rose y Peter? Peter... --se detuvo y sacudió la cabeza--, quiero decir, Huracán, me recibió en el coche y estaba segura de haber visto a Rose... o sea, Nube, cuando entré.

--Han ido a buscar a su tío Stuart --dijo el hombre canoso que había junto a Henry. Aunque también él había tomado parte en la bienvenida, éstas eras las primeras palabras que pronunciaba. Extendió la mano sobre la mesa. Una antigua cicatriz arrugaba la piel de su antebrazo. Aunque Vicky no podía asegurarlo con toda certeza, parecía una dentellada--. Soy Donald Heerkens, su padre.

--Yo soy Jennifer --intervino la más próxima de las dos muchachas que se encontraban en el sillón antes de que Donald pudiera decir nada más.

--Y yo Marie.

¿Y cómo demonios consigue la gente diferenciaros?, se preguntó

Vicky. Al menos cuando estaban sentadas parecían ser exactamente de la misma talla y sus expresiones eran idénticas. *Claro que yo no soy la persona más apropiada para juzgarlo. A esa edad todos los chicos me parecen iguales...*

Las dos respondieron con una risilla a la mirada de falso enfado de su tío.

--Así que ahora ya conoce a todo el mundo --continuó Marie.

--A todo el mundo salvo a papi --añadió Jennifer--, porque a Rose y Peter ya se los han presentado --ambas sonrieron al unísono. Incluso sus hoyuelos eran idénticos.

Papi debía de ser Stuart, pensó Vicky; el marido de Nadine, el padre de Daniel, el cuñado de Donald y el tío de Peter y Rose. El macho dominante. Conocerlo iba a resultar interesante.

--Es estupendo que lo ignoren a uno en su propia casa --gruñó un vozarrón desde la puerta.

Sombra abandonó corriendo los dedos de Vicky, atravesó la cocina ladrando como un pequeño y peludo maníaco y se encaramó de un salto al hombre que acababa de entrar en la casa... quien lo cogió al vuelo, lo volteó por encima de su cabeza y lo volvió de espaldas.

Vicky no necesitaba ninguna presentación. La misma fuerza de personalidad que distinguía a Nadine era evidente en él e, *indudablemente*, resultaba muy masculino. También estaba muy desnudo, lo que añadía considerable peso a la anterior afirmación. Vicky tenía que admitir que estaba favorablemente impresionada pues para un hombre de un metro setenta nunca hubiera esperado más de diez centímetros. Juzgando con estándares humanos, que a pesar de las advertencias de Henry, era todo lo que Vicky tenía para juzgar, parecía ser unos cinco años más joven que su esposa. Su pelo --todo su pelo y tenía mucho por todo el cuerpo-- no mostraba una pizca de gris.

--Stuart... --Nadine tomó unos pantalones azules del respaldo de su silla y se los arrojó a su marido.

El los cogió con una mano mientras seguía sosteniendo a Daniel con la otra y los observó con disgusto. Entonces se volvió y miró directamente a Vicky.

--No me gusta demasiado la ropa, señorita Nelson --le dijo. Evidentemente era tan consciente de su identidad como ella de la suya--. Estorba el cambio y con este calor resulta muy incómoda. Si va a pasar algún tiempo por aquí, será mejor que se vaya acostumbrando

a lo poco que llevamos.

--Es su casa --contestó Vicky con franqueza--. No es cosa mía decir lo que debe o no llevar.

Él estudió su cara un momento y entonces, repentinamente, estalló en carcajadas. Ella tuvo la sensación de que acababa de pasar alguna clase de examen.

--Los humanos suelen preocuparse por la ropa.

--Yo reservo mis preocupaciones para cosas más importantes.

Henry contuvo una sonrisa. Desde que se conocieran, había tratado de averiguar si Vicky era una persona infinitamente adaptable a las circunstancias o, sencillamente, alguien tan concentrado en sus propósitos que ignoraba cualquier cosa que no condujese directamente hacia ellos. Después de ocho meses de observación, todavía no había conseguido acercarse un ápice a la respuesta.

Después de arrojar los pantalones a un lado, Stuart le tendió una mano.

--Encantado de conocerla, señorita Nelson.

Ella le devolvió tanto la sonrisa como el apretón, con cuidado de no hacerlo con demasiada fuerza. *Demasiada fuerza para molestar a un hombre lobo desnudo. Sí. Vale.*

--Lo mismo digo. Por favor, llámame Vicky.

--Vicky --entonces se volvió hacia Henry y, con la máxima sutileza, su sonrisa se convirtió en otra cosa. Volvió a tender la mano--. Henry.

--Stuart --la sonrisa era una advertencia, no un desafío. Henry lo sabía y lo reconocía. Podía cambiar para convertirse en un desafío muy rápidamente y ninguno de los dos deseaba que eso ocurriera. Mientras Henry permaneciera en su lugar, la situación seguiría siendo tensa pero estable.

Ajeno a las poses de los adultos, Daniel se debatió contra el abrazo de su padre, descubrió que era lo suficientemente amplio como para permitirle cambiar, lo hizo y comenzó a ladrar. Su padre lo depositó en el suelo en el mismo instante en que Nube y Huracán entraban en la casa.

Durante los siguientes instantes, los dos mayores permitieron a su primo pequeño que los atacara y la lucha se vio aderezada por toda clase de gruñidos, mordiscos y aullidos de dolor fingido... al menos Vicky asumió que era fingido. Puesto que ninguno de los adultos parecía preocupado por la batalla, Vicky aprovechó el momento que le ofrecía para echar un vistazo a su alrededor.

El mobiliario de la cocina era sólido y viejo y los muchos años de uso lo habían dejado un poco desgastado. La gran mesa de madera podía ofrecer asiento con facilidad a ocho personas, o a doce sin que estuvieran apelotonados. Aunque las sillas tenían marcas de mordiscos en cada una de sus patas, habían sido construidas --a juzgar por la que daba asiento a Vicky-- para durar y seguían firmemente plantadas sobre el gastado suelo de linóleo. El sillón en el que se sentaban las dos gemelas, situado bajo la ventana, junto a la puerta trasera, debía de haber sido comprado allá por los años cincuenta y probablemente no había abandonado aquel rincón desde entonces. La nevera parecía nueva, al igual que el horno eléctrico. De hecho, el horno eléctrico parecía tan nuevo que Vicky sospechó que se usaba en contadas ocasiones. La vieja estufa de leña del rincón opuesto no debía de ser sólo una fuente de calor para el invierno sino la cocina principal. Si es que cocinaban. No se le había ocurrido preguntar a Henry lo que comían los licántropos y si se esperaba de ella que los acompañara. La visión repentina de un pedazo de carne sangrante con una guarnición de humeantes vísceras hizo que su estómago se encogiera. La pared norte estaba cubierta por alacenas y la sur por puertas que conducían, presumió Vicky, al resto de la casa.

Para su olfato de ciudad aquella cocina, por decirlo de una manera franca, *olía*. Olía a antiguo humo de madera, a excremento de oveja --y muy probablemente, si es que ella tenía alguna idea de a qué olían las ovejas, a ellas mismas--, así como, de manera muy intensa, a... vaya, licántropo. No era una combinación desagradable pero indudablemente resultaba intensa.

El trabajo doméstico no parecía encabezar la lista de prioridades de los licántropos. Vicky no tenía problemas con eso, tampoco era uno de sus diez pasatiempos favoritos. A su madre, sin embargo, le hubiera dado un ataque al ver los manojos de pelos que se acumulaban en todos los rincones.

Claro que a mi madre le hubiera dado un ataque ante toda esta situación...

Peter se levantó y alzó en vilo al belicoso Sombra hasta tenerlo a la altura de sus hombros --las patas delanteras en su mano izquierda y las traseras en la derecha--, cuidándose de mantener las partes más sensibles y sobresalientes de su anatomía alejadas de los dientes del cachorro.

...así que supongo que es una suerte que no se encuentre aquí.

Justo cuando Vicky comenzaba a preguntarse si no debería sacar

a colación la razón de su visita, Stuart se aclaró la garganta. Peter soltó a Sombra, ofreció una sonrisa de bienvenida a Vicky y a Henry, se transformó y se hizo un ovillo en el suelo, junto a su gemela. Sombra dio un último ladrido exhausto y fue a desplomarse, jadeando, a los pies de su madre. Todos los demás, los dos visitantes incluidos, se volvieron hacia Stuart con aire expectante.

Y no ha hecho más que aclararse la garganta. Vicky volvía a estar impresionada. Si pudiese embotellar ese vozarrón haría una fortuna.

--Henry nos ha asegurado que es usted de confianza, señorita Nelson... Vicky --sus ojos eran del azul pálido de un perro esquimal, asombrosamente luminosos bajo las tupidas cejas color castaño--. Me figuro que es consciente de que las cosas serían muy desagradables para nosotros si el mundo supiera de nuestra existencia.

--Soy consciente de ello --y lo era, razón por la cual decidió no sentirse insultada por el comentario--. Aunque es evidente que *alguien* sí que la conoce.

--Sí --cómo era posible que una palabra sibilante como aquella fuera pronunciada con un gruñido era algo que a Vicky se le escapaba. Pero así había sido--. Hay tres humanos en este territorio que conocen la existencia de la manada. Un anciano médico de Londres, el guarda del coto de caza local y el compañero de Colin.

--Colin es el agente de policía --no era una pregunta. Un hombre lobo en el Cuerpo de Policía de Toronto era un fenómeno que no se olvidaba fácilmente. Extrajo un cuaderno de notas y un bolígrafo de las profundidades de su bolso--. Los gemelos... me refiero a Peter y Rose, lo mencionaron.

La expresión de Donald parecía más confundida que orgullosa.

--Es mi hijo mayor. Ha sido el primero de nosotros en tener lo que podría llamarse un trabajo.

--El primero en terminar el instituto --Dijo Nadine. Al ver la expresión de Vicky, añadió--. Por lo general, el instituto es para nosotros demasiado... estresante. La mayoría de nosotros lo abandona en cuanto le es posible --sus labios se torcieron para esbozar lo que Vicky supuso que era una sonrisa--. El problema es que están consiguiendo que cada vez resulte más difícil abandonarlo al mismo tiempo que cada vez resulta más difícil quedarse.

--El mundo se vuelve más pequeño --dijo Henry con voz pausada--. Los licántropos se ven forzados a integrarse. Más tarde o más temprano, acabarán por ser descubiertos --no albergaba la menor duda sobre el trato que los mortales depararían a los licántropos; los

considerarían animales. Y eso si es que les permitían seguir viviendo. Cuando algo tan insignificante como el color de la piel tenía tanta importancia, ¿qué posibilidades podían tener los licántropos?

Vicky estaba pensando más o menos lo mismo.

--Bueno --su tono no dejaba lugar a la discusión--. Esperemos entonces que sea más bien tarde. Estoy asombrada de que hayan logrado reducir la lista a tres personas.

Stuart se encogió de hombros y los músculos bajo la espesa mata de pelo negro de su pecho se tensaron.

--Somos discretos y los humanos son muy buenos para creer lo que quieren creer.

--Y para ver lo que quieren ver --añadió Donald, arrugando con regocijo la piel que rodeaba a sus ojos.

--O para no ver --dijo Marie con una risilla.

Todos los licántropos, independientemente de su tamaño, asintieron al unísono; todos menos Sombra, que se había quedado dormido con la barbilla apoyada sobre el pie desnudo de su madre.

--¿Y qué me dicen de aquellos que podrían sospechar lo que ustedes son? --preguntó Vicky. En la mayoría de los casos, los asesinos conocían a sus víctimas. A menudo, los casos en los que no ocurría así eran los que nunca se resolvían.

--No hay nadie.

--¿Perdón?

--No hay nadie --repitió Stuart.

Era evidente que creía lo que estaba diciendo pero Vicky pensaba que se estaba engañando. Un sonido a su derecha atrajo su atención hacia los dos licántropos que descansaban sobre el suelo. Nube parecía querer mostrar su desacuerdo. *O puede que sólo quiera salir de paseo. ¿Cómo demonios voy a saberlo?*

--Ustedes tienen contacto con los humanos. Los más jóvenes, por lo menos, de manera regular --el ademán de Vicky se dirigió hacia ambas parejas de gemelos--. ¿Qué hay de sus compañeros del colegio? ¿Y de los profesores?

--Nunca cambiamos en *el colegio* --protestó Marie.

Jennifer balanceó la cabeza como para apoyar sus palabras, haciendo volar de arriba abajo su pelo rojizo.

--*No podemos* cambiar cuando estamos vestidos.

--Y como en el colegio estáis vestidas, no podéis cambiar --parecían complacidas al ver que lo comprendía tan deprisa--. Debe de ser frustrante...

Marie se encogió de hombros.

--No está tan mal.

--¿Y nunca habéis querido contarle a otras personas lo que podéis hacer? ¿Enseñarles vuestra otra forma?

En el silencio que siguió, el gruñido de Stuart sonó alto y muy amenazador. Las chicas la miraron como si acabase de decir algo indecente.

--Vale, supongo que no --*No los juzgues con parámetros humanos. Trata de recordarlo*--. ¿Y qué hay de vuestros... amigos especiales?

Huracán y Nube no reaccionaron. Marie y Jennifer parecían confundidas.

--¿Novios?

Ambas chicas arrugaron la nariz a un tiempo en idéntico gesto de desagrado.

--Los humanos no huelen bien --le explicó Stuart, parco--. Esa clase de cosas no pasa nunca.

--¿No huelen bien?

--No.

Vicky decidió dejarlo así. Realmente no tenía intención de enzarzarse en una discusión sobre los criterios de emparejamiento de los hombres lobo. No a esas horas de la noche. No obstante, había dos cosas que no podía ignorar. La primera seguía provocándole incomodidad y, después de casi un año trabajando por su cuenta, no había conseguido dar con un medio menos tosco de sacarla a colación.

--Por lo que se refiere a mis honorarios...

--Podemos pagarlos --dijo Stuart y asintió cuando ella mencionó la cifra.

--Muy bien --entrelazó los dedos y, durante un momento, se quedó mirando fijamente al dibujo que habían formado--. Una cosa más. Cuando haya descubierto al responsable, ¿qué ocurrirá? No podemos llevarlo ante los tribunales. No se le podrá acusar de asesinato ante la ley sin revelar la existencia de su gente.

Stuart sonrió y, a pesar del calor, Vicky sintió que un escalofrío recorría su espalda.

--Se le podrá acusar ante nuestra ley. La ley de la manada.

--¿Está hablando de venganza?

--¿Por qué no? Ha matado a dos de nosotros sin razón y sin causa. ¿Quién tendría más derecho a ser su juez y su jurado?

Sí. ¿Quién?

--No hay otra manera de impedir que siga asesinando --dijo Henry con voz tranquila. Creía comprender las vacilaciones de Vicky, siquiera de una manera abstracta. Para la ética del siglo XVI, a diferencia de lo que ocurría con la del XX, la justicia era más importante que la ley.

Lo que se estaba planteando, advirtió Vicky, era la cuestión de cuál de las vidas tenía más valor: la de la gente que se encontraba en aquella habitación o la del maníaco, uno o más de uno, que los estaba abatiendo lenta y meticulosamente. Expresado así no parecía una pregunta demasiado difícil.

--Hablemos de las tres personas que saben de su existencia. Me gustaría investigarlos.

--Ya los hemos investigado nosotros... --comenzó a decir Donald, pero Stuart lo cortó en seco.

--Es demasiado tarde para hacer algo esta misma noche. Mañana le daremos la información.

Como ya le habían dicho a Vicky, ellos habían tratado de ocuparse del asunto por sí solos después de la muerte del gemelo de Nadine. No la sorprendía que ya hubiesen hecho algunas averiguaciones. Ojalá no hubiera sido así; en su dilatada experiencia, los aficionados sólo lograban enturbiar las aguas.

--¿Descubrieron algo?

Stuart suspiró mientras se pasaba ambas manos por los cabellos.

--Sólo lo que ya sabíamos; el doctor Dixon es un anciano que no nos ha traicionado en cuarenta años y es poco probable que vaya a empezar ahora. Arthur Fontrin se marchó al norte a finales de julio y no regresará hasta la semana del Día de los Trabajadores [*Nota del T.- el Día de los Trabajadores (Labor Day) se celebra en EE.UU. y Canadá el primer lunes de septiembre*]. Y el compañero de Colin, Barry, tenía tanto la habilidad como la oportunidad para hacerlo.

Vicky tamborileó con el bolígrafo sobre el papel.

--La cosa no tiene buena pinta para Barry.

--No --dijo Stuart--. Puede usted jurarlo.

* * *

--¡Eh, Colin! Espera un segundo...

Colin suspiró y se apoyó contra la puerta abierta de la camioneta. La verdad es que no había mucho más que él pudiera hacer; arrojarle

al interior y marcharse quemando rueda y envuelto en una nube de polvo no contribuiría a mejorar las cosas. Observó a su compañero cruzar el oscuro aparcamiento, sorteando los coches de los miembros del turno de noche, con las cejas fruncidas en una profunda "v" y con el aspecto de alguien que quisiera muchas respuestas. Exactamente la situación que Colin había estado tratando de evitar.

--¿Qué es lo que te pasa, Heerkens? --Barry Wu se detuvo en seco y lo miró fijamente. Un hilillo de agua se escurrió por su rostro desde el pelo mojado y se lo limpió con un gesto colérico--. Primero actúas como un gilipollas integral durante todo el turno y luego te largas mientras estoy en la ducha sin un mal "Hasta mañana" o "Qué te jodan".

--Eres mi compañero, Barry, no mi pareja --como intento de quitarle hierro al asunto, había resultado un completo fracaso; Colin todavía podía oler su enfado. Se esforzó al máximo para no responder a ello y se tragó el gruñido que comenzaba a formarse en su garganta antes de que resultara audible.

--Tú lo has dicho, tu compañero. Dejando a un lado el hecho de que pensaba que también era tu amigo, como compañero tengo derecho a saber qué es lo que te pasa.

--Son cosas de la manada...

--¡Y una mierda! Cuando afecta a tu trabajo... a nuestro trabajo, también es cosa mía. El turno de tres a once ya tiene suficientes problemas sin ti y tu actitud hacia ellos.

Está bien. Si tanto quieres saberlo, creemos que has asesinado a dos miembros de mi familia. Sólo que Colin no lo creía, no podía creerlo... y tenía que creerlo. Había registrado la taquilla de Barry, el maletero de su coche, incluso, a toda prisa, su apartamento, una tarde después de que salieran a tomar unas cervezas. No había encontrado nada, aparte de los rifles que la manada ya sabía que poseía. Ninguna señal que indicara que hubiera estado utilizando balas de plata. Y no habían encontrado su olor en los bosques. Si Barry era el responsable de las dos muertes, no estaba dejando ninguna pista. Pero si no era el responsable, Colin no había podido encontrar nada que lo exonerara.

Colin quería preguntárselo directamente. El líder de la manada se lo había prohibido. Desgarrado por el conflicto entre la ley de la manada y esta lealtad nueva, Colin casi había alcanzado el punto en el que no podría soportarlo más.

Se introdujo en la camioneta y cerró dando un portazo.

--Mira --gruñó--. Me gustaría contártelo pero no puedo. ¡Déjalo

estar! --arrancó el motor y abandonó el aparcamiento haciendo chirriar las ruedas. Sabía perfectamente que Barry no le haría caso. Se preocuparía por ello y le hincaría el diente, como hacía Sombra con las zapatillas, hasta que lo redujese a pedazos y pudiese ver de qué se trataba. Colin no estaba impaciente por volver al trabajo al día siguiente.

Sin embargo, todavía quedaba mucho tiempo hasta la noche del día siguiente y era posible que esa investigadora privada de Toronto a la que la manada había accedido a contratar gracias a la insistencia de Henry Fitzroy pudiese arrojar un poco de luz sobre el asunto.

* * *

Observó a Colin regresar a su casa. Su mal humor resultaba evidente incluso a través de la mira. Con el dedo suavemente apoyado sobre el gatillo, lo siguió desde la camioneta hasta la casa pero, a pesar de que tenía un disparo franco, no pudo decidirse a aplicar la necesaria presión. Se decía a sí mismo que era demasiado peligroso, que había otros muchos demasiado cerca, pero en el fondo de su corazón sabía que era por el uniforme. Colin tendría que morir en su otra forma.

Unas sombras se movieron al otro lado de las ventanas y entonces las luces de la cocina se apagaron y la granja entera se sumió en las sombras. Un fuego hubiera podido acabar con todos ellos, pero dudaba que pudiese aproximarse lo suficiente para poder encenderlo.

Poniendo sumo cuidado en permanecer con el viento en contra, rehizo el camino de vuelta a la carretera y a su coche. Sus viejas habilidades estaban ahora al servicio de nuevos propósitos. Aunque el reconocimiento de aquella noche le había proporcionado muy poca información nueva y no había tenido siquiera la oportunidad de acabar con alguno de ellos, el hecho de haber logrado acercarse tanto a la casa lo había convencido de que su triunfo sólo era cuestión de tiempo.

No obstante, tenía que considerar también la presencia de aquellos visitantes.

Hasta que hubiese determinado quiénes eran y lo que eran, no actuaría contra ellos. No cargaría sobre su conciencia el asesinato de inocentes.

* * *

Henry permanecía de pie junto a la cama, observando dormir a Vicky. Tenía un brazo sobre la cabeza y el otro extendido a lo largo del vientre. La sábana, como la oscuridad, apenas lograba ocultarla de su vista. Contempló su respiración, escuchó el ritmo de sus latidos, siguió el camino de su sangre mientras palpitaba en la garganta y las muñecas. Incluso estando dormida, su vida era como en faro en medio de la habitación.

Sintió que su hambre crecía.

¿Debía despertarla?

Dormía con los bordes de los labios ligeramente curvados hacia arriba, como si guardase un secreto placentero.

No. Ella ya había tenido demasiadas cosas extrañas por una sola noche. Podía esperar.

Con suavidad, con mucha suavidad, pasó un dedo por la suave piel del interior de su brazo y susurró:

--Mañana.

* * *

Durante un breve instante después de despertarse, Vicky no supo dónde se encontraba. La luz del sol pintaba oro fundido sobre el interior de sus párpados pero, por agradable que pudiera resultar, no debería estar allí. La ventana de su dormitorio daba a un callejón estrecho y, más allá de éste, a la ventana de otro dormitorio de modo que, aun en el caso de que hubiera dejado las cortinas abiertas, cosa que nunca hacía, no hubiera podido entrar aquella luz.

Entonces recordó y abrió los ojos. El techo era una mancha azul recorrida por una mancha amarilla. Extendió el brazo hacia la derecha y sus dedos tantearon sobre la mesita de noche hasta encontrar las gafas. Se las puso y las manchas se desvanecieron, aunque el techo no cambió de forma significativa. Seguía siendo azul. El amarillo era una franja inclinada de luz del sol que se escurría por el espacio existente entre las delgadas cortinas de algodón. Su habitación, la antigua habitación de Sylvia, estaba situada evidentemente en el lado oriental de la casa. Se levantó.

La forma negra que ocupaba el borde izquierdo de los pies de la cama le causó un segundo de pánico hasta que reconoció a Sombra. Abandonó cuidadosamente la sábana para no despertarlo y estaba a

punto de levantarse cuando se dio cuenta de que la puerta del dormitorio estaba abierta de par en par y, dado el ángulo en el que se encontraba la cama, sería completamente visible para cualquier que pasase por delante.

Completamente visible.

Vicky odiaba llevar pijamas y, aunque se había traído una camiseta para dormir, la noche pasada había hecho tanto calor que no se había molestado en ponérsela. Sombra no le preocupaba demasiado --principalmente porque hasta el momento había evitado pensar en él como en Daniel-- pero los primos, el tío o el padre de sombra... especialmente el padre, eran harina de otro costal. Y, encima, podía oler el aroma del café, de modo que sabía que *alguien* estaba despierto. *Bueno, no puedo quedarme en la cama todo el día...* Apretándose los machos --de manera metafórica-- cruzó a toda prisa el corto trecho de linóleo y cerró la puerta. Sombra se frotó el hocico con una de sus grandes patas pero no despertó. Sintiéndose mucho más segura, Vicky se puso ropa interior limpia y comenzó a colocarse el sujetador. Tendría que hablar con Som... con Daniel en cuanto se despertara, pues estaba segura de haber dejado cerrada la puerta de la habitación la pasada noche.

La puerta se abrió.

Jennifer, o quizá Marie, entró en el cuarto.

El hecho de que, de las dos, fuera Vicky la que llevara más ropa, no era un gran consuelo.

--Hola. Mamá me ha enviado a ver si ya estabas despierta. Ya sé que es muy temprano pero la tía Sylvia siempre decía que el sol en esta habitación era como la alarma de un despertador. ¿Vienes?

--Eh... sí.

--Estupendo --sacudió la cabeza mientras miraba el sujetador de Vicky--. Chica, no sabes lo contenta que estoy de no tener que usar uno de esos nunca --echó un vistazo a su alrededor y suspiró prolijamente--. Así que es aquí donde se había metido ese enano. Si te molesta échalo sin contemplaciones.

--Yo... sí, lo haré.

Vicky volvió a cerrar la puerta tan pronto como la tupida cola de aquel licántropo adolescente y de largas patas hubo abandonado el umbral.

Algo que Henry le había dicho la pasada noche mientras subían juntos las escaleras, cobraba ahora todo su sentido.

En el seno de la manada, los hombres lobo carecen de sentido de

la privacidad.

Terminó de vestirse en un tiempo record y decidió no tomar un baño. Después de que su padre se marchara cuando tenía diez años, su madre y ella habían estado solas. Con la excepción del año pasado en la universidad, cuando no tenía elección, había pasado sola toda su vida adulta. Algo le decía que el compañerismo de esta familia en medio de la que se encontraba iba a debilitarse muy deprisa...

* * *

Con los codos encima de la mesa de la cocina, bebiendo a sorbos un café muy bueno, Vicky trató de aparentar que el hecho de que una mujer medio desnuda la acompañara en el desayuno era algo que le ocurría todas las mañanas.

--El vinilo de las sillas se pega --le había explicado Nadine mientras se alisaba la falda de algodón antes de tomar sientto. Se la había atado de manera que pudiera quitársela con un simple tirón.

Aparentemente, la decisión tomada por Stuart la noche pasada de no utilizar los pantalones cortos había proporcionado al resto de la familia la oportunidad de vestirse como les placía. Es decir, de no hacerlo. Dado que el calor reinante ya había provocado que apareciera una mancha húmeda en forma de "v" en la espalda de Vicky, comenzaba a pensar que ese "no hacerlo" no era tan mala idea. No podía sino reparar en las numerosas prendas que había desperdigadas por toda la casa, preparadas para ser utilizadas si se presentaba un extraño.

--Pero si es alguien al que no queremos ver --le había confirmado Nadine--, permanecemos en forma peluda y lo ignoramos.

Considerando el tamaño de sus "formas peludas" Vicky estaba dispuesta a apostar que no tenían problema alguno de allanamientos.

Desde el lugar en el que se sentaba, podía ver el exterior a través de la mayor de las tres ventanas de la cocina. La vista incluía una descuidada extensión de césped, un edificio destartado ligeramente inclinado hacia el oeste y que parecía ser un garaje y, más allá de éste, el corral. Mientras Vicky observaba, Huracán levantó la cabeza y bostezó. Se puso lentamente en pie, se estiró y se rascó de forma vigorosa. Su oscuro pelaje bermejo despedía destellos bajo la luz del sol de la mañana. Olisqueó a Nube, que lo ignoró. Acurrucándose a medias, colocó su hocico bajo la mandíbula de ella y lo levantó. Alzó la cabeza unos quince centímetros y la dejó caer. Ella siguió ignorándolo.

Lo hizo de nuevo. La tercera vez, Nube se dio la vuelta, cambió y agarró el hocico de Huracán con ambas manos.

--Estamos al final de una carretera muy larga --dijo Nadine, anticipándose a la pregunta de Vicky--. La casa no puede verse desde el camino y, con la excepción del cartero, casi nadie la utiliza aparte de nosotros.

En el exterior, sobre el césped, Nube persiguió a su hermano dos veces alrededor de un árbol y luego ambos desaparecieron de la vista.

El sonido de unas pezuñas sobre el linóleo atrajo de nuevo la atención de Vicky al interior de la casa, pero era sólo Sombra, que bajaba las escaleras y se dirigía a la cocina. Se sentó frente a la nevera, la rascó una vez con la pata y entonces se transformó y la abrió.

--Mamá, no hay nada para comer.

--No tengas la puerta de la nevera abierta, Daniel.

El niño suspiró pero obedeció. Vicky se maravilló al comprobar que algunas cosas eran universales...

--Si tienes hambre, ¿por qué no vas al granero y cazas unas ratas?

... y otras no.

Daniel volvió a suspirar, se acercó a su madre arrastrando los pies y se apoyó sobre su hombro.

--No sé si tengo tanta hambre como para comer ratas.

Nadine sonrió mientras apartaba el pelo de la frente del niño.

--Si coges una y no te la quieres comer, puedes traérmela.

Aparentemente, esto resolvió todos los problemas porque, acto seguido, Sombra apoyó las dos patas delanteras sobre el regazo de Nadine y le dio un lametazo en la cara antes de salir disparado hacia el exterior. Vicky pudo ver que la puerta principal había sido preparada para que se abriera en ambas direcciones y carecía de un picaporte que impidiera que un hocico o una pezuña la abrieran de un empujón.

--Crecen tan deprisa... --dijo Nadine con aire reflexivo al tiempo que atrapaba una mosca que revoloteaba a su alrededor.

Durante un momento horrorizado, mientras la rata seguía causando problemas en sus pensamientos, Vicky temió que Nadine fuera a comérsela, pero la mujer se limitó a aplastarla y arrojarla al suelo. Considerándolo todo, era mucho más sencillo no ocuparse de las asquerosas tareas domésticas. Vicky alejó de un manotazo una mosca que se encontraba junto al borde de su propia taza y trató por todos los medios de mantener una mentalidad abierta. *Ratas. Bien. Si*

no como hasta la caída del sol es posible que Henry me lleve a un McDonalds.

--Nube tendrá su primer celo este otoño --Nadine continuó hablando en el mismo tono, mientras se limpiaba la mano sobre el tejido de su falda--, así que, dentro de muy poco tiempo, Peter se marchará.

--¿Se marchará? --allá en el césped, Sombra acechaba al penacho de la cola de Huracán.

--Sería demasiado arriesgado dejar que se quedara. Probablemente lo enviemos lejos a principios de noviembre.

--Pero...

--Cuando Nube tenga el celo, Huracán se volverá loco tratando de llegar a ella. Es mejor para todos los interesados que los machos estén lejos cuando sus compañeras de camada --sus gemelas-- maduran --su voz tembló ligeramente mientras añadía--. Los lazos que unen a los gemelos son muy fuertes entre los de nuestra raza.

--Rose comentó algo similar --Vicky siguió con un dedo el contorno del dibujo de su taza, sin saber si debía decir algo sobre la muerte de Sylvia. El dolor que ensombrecía los ojos de Nadine era tan intensamente personal que la simpatía podía ser recibida como una forma de intrusión. Las uñas de Nadine golpetearon contra la mesa.

--Los licántropos consideramos la muerte una consecuencia natural de la vida --dijo, comprendiendo las vacilaciones de Vicky--. Nuestro luto es concreto y pasa pronto. Jason era mi hermano y lo echo de menos pero con la muerte de mi gemelo siento como si hubiera perdido una parte de mí misma.

--Comprendo.

--No, no lo hace. No puede --entonces la voz de Nadine se tornó un gruñido. Sus labios se echaron atrás y dejaron ver los colmillos--. Cuando haya encontrado a ese animal que utiliza un arma de cobarde, pagará por todo el daño que ha causado.

Vicky se dio cuenta de lo fácil que era olvidar para qué se encontraba allí; dejarse envolver por lo insólito de la situación y olvidar el hecho de que dos personas habían sido asesinadas. Sí, algunos aspectos del caso eran un poco inusuales. ¿Y qué? Depositó la taza sobre la mesa, sin darse cuenta de que su expresión era una réplica casi exacta de la de Nadine.

--Será mejor que empecemos.

--¿Por qué no puedo ir? --Daniel levantó una mirada enfurecida hacia Peter--. Siempre me habéis llevado con vosotros cuando ibais a los sitios.

--Es demasiado peligroso --Peter se puso los pantalones de deporte. Vicky trató de no mirar sin demasiado éxito--. ¿Y si el humano que disparó a Plata y Ebon está ahí fuera?

Los labios mostraron unos colmillos pequeños y afilados.

--¡Lo mordería!

--Él te dispararía antes. No vas a venir.

--Pero Peter...

--No.

--¿Nube?

Ella gruñó de forma elocuente.

--Muy bien, vale --Daniel se dejó caer sobre la hierba--. Pero si os metéis en problemas mientras estáis por ahí, no empecéis a llamarme dando aullidos --apoyó la barbilla sobre la mano cerrada y cuando Nube le dio un par de lametazos al marcharse, se limitó a mirarla con el ceño fruncido.

Vicky comenzó a caminar junto a Peter y los tres se dirigieron al camino cubierto de hierba que había más allá del granero.

--¡Eh, Peter!

Peter se volvió.

--¡Ei kee ayaki awro! --las palabras se alzaron y cayeron con una cadencia cantarína, empapadas con una indignación de seis años.

Peter se rió.

--¿Qué ha dicho?

--Que me aparee con una oveja.

Hasta el momento no se le había ocurrido a Vicky que los licántropos pudieran tener un lenguaje propio aunque ahora que pensaba sobre ello, resultaba evidente. Se parecía un poco al inuit --al menos al inuit que podía oírse en los documentales sobre el Ártico de la PBS--, Vicky nunca había viajado más hacia el norte que Thunder Bay. Cuando le mencionó su suposición a Peter, éste dio una patada a una briznas de hierba amarillenta.

--Nunca he oído el inuit pero estoy seguro de que tienen el mismo problema que nosotros. Cuanto más nos integramos con los humanos,

más utilizamos sus lenguajes y más nos cuesta conservar el nuestro. El abuelo y la abuela hablaban inglés y holandés además del nuestro. Padre todavía habla un poco de holandés, pero sólo la tía Sylvia se molestó en aprender nuestra lengua --suspiró--. Ella me enseñó y yo estoy tratando de enseñar a Daniel pero es mucho lo que desconozco. El montón de basura que la asesinó mató también a mi única esperanza de mantener nuestro lenguaje con vida.

--Parece que estás haciendo un buen trabajo --Vicky hizo un ademán en dirección al sauce--. Daniel lo utiliza, de eso no cabe duda... --puede que no fuera un consuelo demasiado grande pero era todo lo que podía ofrecer por el momento.

Peter pareció animarse.

--Es verdad. Es como una pequeña esponja, lo absorbe todo. Ahora, que Nube... --trató de atrapar la cola de su hermana gemela pero ella la meneó para apartarla--. Ella aprendió a decir Akaywo y lo dejó.

--Akaywo --repitió Vicky. En sus labios la palabra no sonaba como la había pronunciado Peter, pero al menos resultaba reconocible. O casi--. ¿Que significa?

--Eh... buena caza, más o menos. Pero *esto* significa hola, adiós, cómo va todo, cuánto tiempo sin verte...

--Como aloha...

--Aloha. Alo-ha --Peter alargó la sílaba acentuada hasta hacerla vibrar al borde de un aullido--. Buena palabra. Pero no es una de las nuestras...

De improviso, Nube levantó las orejas y se arrojó hacia la maleza. Un segundo más tarde, Peter depositó sus pantalones cortos en las manos de Vicky y fue tras ella.

Vicky vio desaparecer sus colas detrás de una barrera de matorrales y malas hierbas y dio un manotazo a uno de los billones de mosquitos que su paso por la vegetación había hecho levantarse. Y *ahora, ¿qué?* Se preguntó. A juzgar por el tumulto que se oía por todas partes, todavía andaban detrás de lo que quiera que estuviesen persiguiendo.

--¡Eh! --dijo en voz alta--. Seguiré andando hasta el final del camino. Nos encontraremos allí --no hubo respuesta pero, en honor a la verdad, ella tampoco la esperaba.

En aquel camino se sentía casi a gusto. No es que el tiempo fuese fresco pero, sin la menor duda, tampoco era tan caluroso como llegaría a ser a lo largo del día. Vicky consultó su reloj. Las 8:40.

--Puede hacer esas llamadas esta mañana si quiere --le había dicho Nadine--. Pero sería mejor que diera una vuelta por los campos y viera el lugar en el que ocurrió todo antes de que haga demasiado calor. Dentro de un par de horas, cuando la temperatura haya subido, no habrá nadie despierto por aquí para mostrarle el camino. Además, Peter y Rose podrán contárselo todo sobre los tres humanos mientras se dirigen hacia allí.

Una buena teoría, si Peter y Rose, o Peter y Nube, o incluso Huracán y Nube --lo que fuera-- hubieran decidido quedarse.

Espantó otra nube de mosquitos, aplastó a uno de ellos contra su rodilla y se preguntó si Henry se encontraría bien. Al parecer, los hombres lobo habían preparado una habitación para que no pudiera entrar el sol pero, a estas alturas, Vicky no podía estar completamente segura respecto a sus buenas intenciones. Y, sin embargo, Henry había estado allí en otras ocasiones y, obviamente, había sobrevivido.

Mientras se subía las gafas por el puente de la nariz, bien lubricado a causa del sudor, llegó al final de la vereda y se detuvo, un poco abrumada por la vasta extensión de tierra que se abría delante de ella. Hacia lo alto, el cielo parecía continuar hasta el infinito, luminoso y azul. Hacia abajo, había una cerca y un campo y luego otra cerca y un campo aún mayor. Ambos campos contenían rebaños de ovejas. De hecho, al otro lado del primer campo, apenas a siete metros de distancia de Vicky, había tres ovejas.

Dos de ellas estaban pastando mientras los ojos de la tercera, por encima del arco de un perfil romano, miraban fijamente en dirección a Vicky.

Vicky nunca había oído decir que las ovejas fueran peligrosas pero lo cierto era que, por lo que recordaba, nunca había estado tan cerca de una.

--Y bien --apoyándose con cuidado en la cerca, cogió un pedazo de lana que había quedado atrapado en un alambre herrumbroso y le dio varias vueltas entre los dedos--, supongo que no vio usted nada la noche en que Jason Heerkens, alias Ebon, fue asesinado.

Al sonido de su voz, la oveja que la estaba mirando apartó los ojos y retrocedió dando pequeños saltos mientras las otras dos, sin dejar de masticar, se hacían rápidamente a un lado y se alejaban trotando unos metros.

--Eso me pasa por interrogar a los testigos... --murmuró, mientras se volvía hacia el camino--. ¿Dónde demonios están Nube y Pe... Huracán?

Como en respuesta a sus palabras, los dos licántropos aparecieron de improviso entre los arbustos y se arrojaron hacia ella, con las lenguas fuera y moviendo las colas. Nube fue la primera en llegar a la cerca y, sin detenerse, la cruzó de un salto y se detuvo en seco, tirada sobre la hierba al otro lado. Huracán, apenas retrasado un paso, se transformó a mitad del salto y Peter aterrizó junto a su hermana acurrucado como un humano. La oveja, evidentemente acostumbrada a esta clase de espectáculos, apenas se molestó en levantar la mirada del pasto.

Vicky, mucho menos habituada, tuvo que esforzarse por mantener una expresión impasible. En silencio, le devolvió a Peter sus pantalones cortos.

--Gracias --se los puso con una rapidez que revelaba mucha práctica--. Esta vez hemos estado a punto de atraparla.

--¿A quién?

--A la vieja marmota. Vive debajo de una pila de troncos de cedro, junto al camino. Es rápida y lista pero esta vez ha logrado llegar a su madriguera sólo un pelo por delante de los dientes de Nube.

--¿No podríais sencillamente transformaros y mover los troncos?

Peter sacudió vigorosamente la cabeza, haciendo que pedacitos de helecho salieran despedidos en todas direcciones.

--Eso sería hacer trampas.

--No es como si estuviésemos cazando para comer --añadió Rose mientras se estiraba sobre la hierba--. Si usáramos las manos no sería divertido.

Vicky se abstuvo de señalar que, probablemente, en cualquiera de los dos casos no debía de ser demasiado divertido para la marmota. Arrojó su bolso al otro lado de la cerca y los siguió con más lentitud. Podría haber saltado por encima de un tronco, pero el alambre no le ofrecía asideros sólidos para impulsarse. *Por no mencionar que, si trato de seguir el paso a un par de licántropos adolescentes, lo más probable es que acabe lesionándome algo. Además de la credibilidad.*

Se colocó las gafas en su lugar.

--Y ahora, ¿hacia dónde?

--Hacia el otro lado del pasto grande --Peter señaló en aquella dirección--. Junto al bosque.

Un bosque que podía ofrecer cobijo a un ejército entero de asesinos.

Vicky recuperó su bolso. Ya era hora de empezar a ganarse el

suelo.

--¿A quién pertenece el bosque?

--Al gobierno --Peter abrió la marcha a lo largo de la cerca, seguido muy de cerca por Nube--. No vamos atravesando el campo porque algunas de esas ovejas están preñadas y no queremos molestarlas más de lo necesario. Nuestra propiedad termina junto a los árboles --continuó--, pero estamos pegados a la Reserva de Fanshawe --sonrió--. Ayudamos a conservar una de las mejores reservas de ciervos de todo el país.

--No me cabe duda. Deja que lo adivine, así fue como conocisteis al guarda del coto.

--Eh... sí. Apareció después de que la manada hubiera matado a uno de los animales. Sabía que no se trataba de perros porque las huellas parecían de lobo pero no podía entender la razón de la presencia de algunas huellas de pies desnudos, de modo que nos siguió el rastro. Era realmente bueno...

--Y vosotros, esto es, la manada, no fuisteis tan cuidadosos como podríais haber sido --en la experiencia de Vicky, la complacencia era la causa de que la mayor parte de los secretos del mundo fueran revelados.

--Sí. Pero Arthur resultó ser un tío estupendo.

--Podría no haberlo sido --señaló Vicky.

Peter se encogió de hombros. Por lo que a la manada se refería, lo que estaba hecho, estaba hecho. Hacían lo que era necesario para que no volviera a repetirse y no volvían a pensar en ello.

--¿Y qué me dices del doctor? --observó a Nube lanzar una dentellada a una marmota y se preguntó si las dos formas tendrían diferentes sentidos del gusto.

--La historia del doctor Dixon es bastante antigua --le dijo Peter y, acto seguido, atrapó en pleno salto a un insecto y se lo llevó a la boca.

Vicky tuvo que tragarse una oleada de intensa náusea. Los sonidos que hizo al masticarlo y tragarlo le otorgaban a aquel aperitivo una inmediatez que el anterior episodio de la rata no había tenido. Y, mientras que vérselo hacer a Nube era una cosa... *Bueno, supongo que eso responde a mi pregunta.* Entonces reparó en la mirada de Peter. *El pequeño cabrón lo ha hecho a propósito para desagradarme.* Empujó las gafas nariz arriba y, dos pasos más tarde, atrapó a un saltamontes que había aterrizado en sus pantalones... afortunadamente, uno pequeño.

Hacía mucho tiempo, durante un curso de supervivencia, un

instructor le había dicho que muchos insectos eran comestibles. Confiaba en que no hubiese estado tomándole el pelo.

Morderlo no fue fácil.

De hecho, sabe un poco como un cacahuete.

La expresión en el rostro de Peter hizo que mereciera la pena. La última vez que había impresionado a un muchacho hasta ese punto era considerablemente más joven y su madre se había ido a pasar fuera el fin de semana.

Mike Cellucci sostenía que ella era antinaturalmente competitiva. Se equivocaba. Simplemente deseaba mantener el statu quo y su posición a la cabeza del rebaño. Y ningún adolescente, de ninguna clase, iba a quedar por encima de ella...

--Bueno --sacó con la lengua algo que le había quedado entre los dientes y se lo tragó a toda prisa. Tenía ciertos límites--. Me estabas hablando del doctor Dixon.

--Eh... sí, bien... --le lanzó una mirada de soslayo pero, finalmente, pareció tomar la decisión de no hacer ningún comentario--. Cuando nuestros abuelos emigraron desde Holanda, después de la guerra, la abuela estaba embarazada de tía Sylvia y tía Nadine. Habían llegado a Londres cuando se puso de parto. Normalmente no recurrimos a los médicos. La manada ayuda si es necesario. Yo salí del granero cuando Daniel nació pero Rose se quedó mirando.

Nube levantó la cabeza al escuchar su nombre. Se había adelantado y estaba orinando sobre un poste de la cerca.

--En cualquier caso --continuó Peter, arrugando la nariz mientras pasaba junto al poste--, el doctor se encontraba entre la multitud y antes de que el abuelo se pudiese llevar a la abuela, los arrastró a ambos, y a padre, que por entonces tenía cinco años, a su consulta --dejó escapar una risilla tonta--. Menudo susto se pegó. En cuanto estuvieron a solas, el abuelo cambió y estuvo a punto de abrirle la garganta en canal. Fue una suerte para el doctor que tía Sylvia estuviera mala... no sé lo que tenía. Fuera lo que fuese, el caso es que el doctor Dixon la curó y el abuelo lo dejó vivir. Desde entonces se ha estado ocupando de todas nuestras necesidades médicas.

--Es útil conocer a un hombre así --en Canadá, las "necesidades médicas" acarreaban una cantidad de papeleo capaz de pasmar a cualquiera. La manada había tenido suerte de toparse con el doctor Dixon cuando lo hicieron--. Lo que nos deja tan sólo a Barry Wu.

--Sí --Peter suspiró profundamente y se rascó la mata de pelo rojizo del centro de su pecho--. Pero de él será mejor que hables con

Colin.

--Eso pretendo. Pero también me gustaría conocer tu opinión.

Peter se encogió de hombros.

--Me gusta. Espero que no lo hiciera él. Eso mataría a Colin.

--¿Hace mucho tiempo que son compañeros?

--Desde el principio. Fueron juntos a la academia de la policía

--habían llegado a la segunda cerca. Nube la cruzó de un salto, como había hecho con la primera. Peter metió los pulgares bajo el elástico de sus pantalones cortos, cambió de idea y empezó a trepar--. Barry es un tío muy majo. Reaccionó frente a nosotros de la misma manera que tú... --giró la cabeza en un ángulo imposible y sonrió abiertamente a Vicky por encima del hombro--... le impresionó pero lo aceptó.

Nube se había adelantado con el hocico pegado al suelo.

Después de recorrer unas tres cuartas partes del campo se detuvo, se sentó sobre los cuartos traseros, apuntó el hocico hacia el cielo y aulló. El sonido hizo que a Vicky se le erizaran todos los pelos del cuerpo y que se le formara en la garganta un nudo casi imposible de tragar. Desde no muy lejos les llegó la respuesta; dos voces que se enroscaban la una alrededor de la otra en una misteriosa armonía. Entonces Peter, sin abandonar la forma humana, sumó su voz a la canción.

Las ovejas comenzaban a parecer bastante nerviosas cuando el aullido se apagó poco a poco.

--Padre y el tío Stuart --Peter rompió el silencio para explicar las dos voces adicionales--. Están comprobando las cercas --enrojeció levemente bajo el moreno--. Bueno, es imposible no unirse...

Vicky, que había sentido el vago impulso --firmemente contenido-- de contribuir a los aullidos con su penosa voz, asintió para mostrar que lo comprendía.

--¿Fue aquí donde ocurrió?

--Sí. Justo aquí.

A primera vista, "justo ahí" no se diferenciaba un ápice del resto del campo.

--¿Estás seguro?

--Naturalmente que lo estoy. No ha llovido desde entonces y el olor sigue siendo fuerte. Además --acarició el pasto con un pie desnudo--, yo fui el que encontró el cuerpo --Nube se apretó contra sus piernas. Él extendió la mano y la acarició suavemente detrás de las orejas--. No es algo que pueda olvidarse con facilidad.

--No, probablemente no --puede que Vicky hubiera debido decirle

que con el paso del tiempo lo olvidaría pero no le gustaba mentir si podía evitarlo, aunque fuera para confortar a alguien. La muerte violenta de un ser querido *debía de* causar una impresión duradera. Por ello, su voz se hizo más suave al preguntar--. ¿Crees que podrás soportarlo?

--Eh, no hay problema --su mano permanecía enterrada en el tupido pelaje de la parte trasera de la cabeza de Nube.

Vicky advirtió entonces lo importante que era el contacto para los licántropos. Y no sólo para los jóvenes. La pasada noche, alrededor de la mesa de la cocina, raro había sido el momento en que los tres adultos no habían estado en contacto los unos con los otros. Ella no podía recordar la última vez que había tocado a su madre de manera espontánea. *¿Y por qué estoy pensando sobre esto precisamente ahora?* Sacó su libreta y un bolígrafo.

--Vamos a empezar.

* * *

Ebon había estado cruzando el campo en dirección nordeste. El impacto de la bala había provocado que el cuerpo diera una vuelta, de modo que la ruina de su cabeza apuntaba prácticamente hacia el norte. Incluso sin la descripción de Peter, quedaban suficientes manchas rojizas sobre el pasto para saber dónde había terminado lo que había quedado de su cabeza. El disparo tenía que haber venido del sur.

Vicky se sentó sobre los talones y miró fijamente en dirección sur, hacia el bosque. *Brillante deducción, Sherlock*. Se puso en pie y se limpió las manchas de hierba seca de las rodillas.

--¿Dónde dispararon a tu tía?

Peter permanecía sentado, con la cabeza de Nube sobre las rodillas.

--En el campo pequeño, hacia el sur, por allí --señaló. El campo se extendía alrededor de un borde del bosque--. Ebon venía desde allí.

--¿Un disparo similar?

--Sí.

Dos disparos en la cabeza, de noche, sobre objetivos en movimiento. Quienquiera que lo hubiese hecho, era bueno.

--¿Cómo estaba el cuerpo cuando lo encontrasteis?

--Así --Peter arrastró el cuerpo de Nube por el suelo hasta que

estuvo alineado en dirección noroeste. Ella lo soportó, pero no parecía muy contenta.

Las huellas de Plata venían del sur y el disparo había volteado su cuerpo de manera semejante a la de Ebon.

El bosque de la Reserva discurría al este del campo pequeño.

--Creo que podemos asumir que fue el mismo individuo y que disparó desde los árboles --murmuró Vicky. Ojalá se encontrase en la ciudad y contase con una línea de visión clara. Al contrario que los edificios, los árboles se retorcían e inclinaban y, desde la posición que Vicky ocupaba, el bosque parecía un muro sólido de colores verde y marrón y no había forma de saber lo que escondía. Una gota de sudor se desprendió de sus cabellos y recorrió todo su cuello hasta la base de la nuca. En aquel preciso instante, alguien podía estar espiándolos, levantando el rifle, apuntando... *No seas ridícula. Los asesinatos se han producido de noche.* Pero no pudo evitar que una vocecilla añadiera, *hasta el momento.*

Dio la espalda a los árboles y, sintiendo una comezón entre los omóplatos que no podía controlar, se puso en pie.

--Vamos.

--¿Dónde? --Peter se levantó sin esfuerzo. Vicky trató de no sentirse molesta.

--Vamos a tratar de encontrar la bala que mató a tu tía.

--¿Por qué? --la alcanzó y comenzó a caminar a su lado mientras Nube los precedía dando saltos.

--Tratamos de eliminar la posibilidad de que se trate de dos asesinos. Hasta el momento, el patrón de ambos crímenes coincide en todos los detalles con una sola excepción.

--¿La bala de plata?

--Exacto. Si las muertes coinciden en todos los aspectos, lo más probable es que una sola persona sea la responsable.

--Y si es así, ¿cómo la vas a encontrar?

--Siguiendo el patrón hacia atrás.

Peter frunció el ceño.

--Creo que no entiendo lo que quieres decir.

--Sentido común, Peter, eso es todo --franqueó con dificultades una nueva cerca--. Todo está relacionado con todo. Simplemente debo descubrir cómo.

--Después de que tía Sylvia muriera, la manada salió en busca de su asesino pero no pudimos encontrar rastro alguno en el bosque que no le perteneciera.

--¿Qué quieres decir con eso de que "no le perteneciera"?

--Bueno, allí hay muchos olores. Buscábamos alguno que fuera extraño --se revolvió un poco bajo la mirada ceñuda de Vicky y continuó en un tono menos condescendiente--. En cualquier caso, después de que dispararan a tío Jason, tío Stuart no ha permitido a nadie entrar en el bosque a excepción de Colin.

Buen modo de perder a Colin, pensó Vicky, asombrada como de costumbre por las estupideces que gente por lo demás sensata podía cometer. Pero todo lo que dijo en voz alta fue:

--¿Y qué descubro Colin?

--Bueno, el olor de Barry no. Y creo que eso es lo que andaba buscando sobre todo.

Nube daba vueltas, con el hocico pegado a la tierra, en un punto situado aproximadamente en el centro del campo.

--¿Fue ahí donde ocurrió?

--Eh... ahá.

Con los dientes apretados, Vicky se preparó para el aullido. No se produjo. Cuando le preguntó a Peter el porqué, éste se encogió de hombros y dijo:

--Hace semanas de ello.

--¿No la echáis de menos?

--Claro que sí, pero... --volvió a encogerse de hombros, incapaz de explicarse. Todos habían dejado de aullar por Plata excepto la tía Nadine.

Para cuando llegaron junto a Nube, ésta había logrado encontrar la bala y trataba de desenterrarla con más entusiasmo que eficacia. Su hocico y sus pezuñas se habían cubierto de una patina marrón y el resto de su pelaje estaba salpicado de polvo.

--¡Buen olfato! --exclamó Vicky mientras se inclinaba para recoger la bala. *Y era una suerte que no hubiese nadie más para investigar la escena*, añadió en silencio mientras inspeccionaba el agujero. Después de sacudirse los pantalones cortos, sostuvo en alto el hallazgo. Ciertamente no era plomo.

Peter observó el metal con los ojos entornados.

--¿Así que se trata de un solo tío?

Vicky asintió al mismo tiempo que guardaba la bala en su bolso.

--Es lo más probable --un tirador. Que asesinaba de noche de un solo disparo en la cabeza. Un ejecutor.

--¿Y ahora podrás encontrarlo?

--Puedo empezar a buscar.

--Deberíamos haber encontrado a ese saco de basura --gruñó Peter, mientras arrancaba de un ademán violento un puñado de pasto--. Quiero decir... ¡Somos cazadores!

--Cazar a seres humanos requiere una serie de habilidades especiales --señaló Vicky con franqueza. La última cosa que deseaba era inspirar heroicidades--. Tienes que entrenarte para ello, como pasa con cualquier otra cosa. Y ahora --miró guiñando los ojos hacia los bosques y luego se volvió hacia los dos jóvenes licántropos--, quiero que volváis los dos a casa. Voy a dar una vuelta por aquí y echar un vistazo.

--Eh... señorita Nelson, ¿tiene usted mucha experiencia con los bosques? --preguntó Rose con indecisión.

--No. No especialmente --admitió Vicky--, pero... Rose, ¿qué demonios te crees que estás haciendo?

--Es que como usted es de la ciudad y...

--¡No me refería a eso! --se interpuso entre los bosques y la chica--. Sabes que alguien está vigilando a tu familia desde ese bosque. ¿Por qué te has transformado? ¿Por qué has corrido un riesgo tan estúpido?

Rose se frotó la cara para limpiarse el polvo.

--Pero ahora no hay nadie allí.

--¿Y tú cómo lo sabes? --Vicky estaba asombrada de que todo el maldito condado no estuviera al tanto del secreto de la familia.

--Lo sé.

--¿Cómo?

--Está en contra del viento.

--¿En contra del viento? ¿El bosque está en contra del viento? ¿Puedes oler que no hay nadie allí?

--Exacto.

Vicky volvió a recordar que no debía juzgarlos utilizando parámetros humanos y decidió dejarlo.

--Creo que los dos deberíais marcharos a casa.

--Quizá sería mejor que nos quedáramos con usted.

--No --Vicky sacudió la cabeza--. Si estáis conmigo, me influiréis a la hora de ver --alzó una mano para cortar las protestas de Peter y añadió--. Aunque no tengáis intención de hacerlo. Además, es demasiado peligroso.

Peter se encogió de hombros.

--Ha sido seguro desde que Ebon murió.

A ella le llevó un momento comprender.

--¿Quieres decir que dos miembros de vuestra familia han sido asesinados aquí y a pesar de ello seguís viniendo a las cercanías del bosque? ¿De noche?

--Lo hemos hecho en pareja, como Henry dijo --protestó él--.
Además, está el viento.

No puedo creerlo...

--De ahora en adelante, hasta que sepamos lo que está ocurriendo, *nadie* vendrá a estos campos.

--Pero tenemos que vigilar las ovejas...

--¿Por qué? --le espetó Vicky sacudiendo una mano en dirección al ganado--. ¿Es que acaso hacen algo?

--¿Aparte de comer y dormir? No, la verdad es que no. Pero la razón de que en Canadá haya tan pocas explotaciones ganaderas es el problema de los depredadores --retrajo los labios para mostrar los dientes y, debajo de su pelo, sus orejas retrocedieron--. Nosotros no *tenemos* problemas con los depredadores.

--Pero para eso hay que mantenerlas vigiladas en todo momento --continuó Rose--, así que alguien tiene que venir aquí.

--¿Y no podéis trasladarlas a un lugar más próximo a la casa?

--Rotamos los pastos --le explicó Peter--. La cosa no funciona así.

--Que se jodan los pastos y que se jodan las ovejas --dijo Vicky con un tono que, a diferencia de sus palabras, recordaba a una clase de seguridad vial básica impartida en el jardín de infancia--. Vuestras vidas son más importantes. O dejáis solas a las ovejas por una temporada o las acercáis a la casa.

Rose y Peter intercambiaron una mirada atribulada.

--No se trata sólo de las ovejas... --comenzó a decir Rose.

--¿Entonces qué?

--Bueno, estos son los lindes del territorio de nuestra familia. Hay que marcarlos.

--¿Qué quieres decir con marcarlos? --preguntó Vicky a pesar de que tenía una idea bastante aproximada.

Rose agitó las manos. Tenía las palmas sucias.

--Ya sabe, marcarlos. Marcarlos con el olor.

--Suponía que ya lo habríais hecho.

--Bueno, sí, pero hay que seguir haciéndolo.

Vicky suspiró.

--De modo que estáis dispuestos a arriesgar vuestras vidas para poder mear en un poste.

--No es tan simple... --Rose suspiró también--. Pero supongo que

no.

--Supongo que podríamos hablarlo con tío Stuart... --ofreció Peter.

--Hacedlo --le dijo Vicky asintiendo--. Pero una vez estéis en casa.

Ahora, largo.

--Pero...

--No --últimamente las cosas habían sido un poco extrañas para Vicky. Sus ojos, Henry, los hombres lobo... Pero ahora estaba trabajando y, al margen de las circunstancias, eso le hacía sentir que pisaba tierra firme. Se habían realizado dos disparos desde aquellos árboles y en algún lugar de los bosques se encontrarían las minúsculas pistas que incluso los criminales más meticulosos dejaban siempre detrás de sí, las evidencias que la conducirían más allá del bosque, hasta la garganta misma del bastardo.

Los gemelos pudieron oír el cambio que se había operado en su voz y vieron el de sus ademanes y respondieron. Nube se levantó y se sacudió, rodeándose por un instante con un nimbo de finos pelos blancos. Peter se puso en pie apoyándose en el lomo de Nube. Introdujo los pulgares bajo el elástico de sus pantalones cortos y entonces se detuvo.

--¿Te *importaría*...? --preguntó, señalando con un gesto de la barbilla al bolso que ella llevaba sobre el hombro.

Vicky suspiró. De pronto se sentía muy vieja. La distancia entre treinta y uno y diecisiete era mucho mayor que la existente entre cuatrocientos cincuenta y treinta y uno.

--Supongo que vuestro olfato os dice que este lugar sigue siendo seguro.

--Que me parta un rayo si no es así.

--Entonces dámelos --dijo, mientras le tendía la mano.

El sonrió, se quitó los pantalones y se los arrojó. Peter se estiró, luego Huracán se estiró y entonces Nube y él regresaron a la carrera hacia su casa.

Vicky no apartó la vista de ellos hasta que hubiera saltado la más próxima de las dos cercas. Entonces guardó los pantalones de Peter en el bolso y se volvió hacia los árboles. El sotobosque parecía estirarse para alcanzar el pie de las copas, cada rama lacia y derrotada por el calor de agosto. ¿Quién podía saber lo que había allí? Ella no, eso sí que lo sabía con toda certeza.

Se detuvo en el linde de los campos, enderezó los hombros, respiró profundamente y se precipitó hacia el interior. Por alguna razón, dudaba que fuera a ser divertido.

* * *

Una gota de sudor en el ojo hizo pestañear a Barry Wu, le distrajo de lo que tenía enfrente y bajó un milímetro el cañón de su Springfield .30-06.

Normalmente prefería disparar a una diana de tipo antiguo a la mayor distancia que la precisión de su arma permitía pero acababa de cargar una serie de balas de baja velocidad --de esas que reaccionaban a cien metros de distancia igual que una bala normal lo hacía a cinco-- y estaba deseando probarlas. Había estado recargando sus propios cartuchos desde que tuviera catorce años pero últimamente había decidido usar variedades más exóticas de munición y ésta era la primera vez que probaba este tipo en particular.

A un centenar de metros de distancia, la silueta de un grizzly visto de frente, dibujada en una escala 5:1, esperaba..

La bala acertó al objetivo con un sonido satisfactoriamente sólido y Barry sintió que sus hombros y su cuello descargaban parte de la tensión mientras el grizzly caía. Manipuló el cerrojo para expulsar el cartucho vacío y meter el siguiente en la cámara. Disparar siempre lo había calmado. Cuando tenía un buen día, cosa que ocurría últimamente, el rifle y él se convertían en partes de una sola entidad, cada uno una extensión del otro. Todos los insignificantes problemas de su vida podían ser arrojados a un lado con una sencilla presión sobre el gatillo.

De acuerdo, no todos, reconoció mientras, en rápida sucesión, abatía al alce y la cabra montesa. *Voy a tener que hacer algo con Colin Heerkens*. La confianza mutua que necesitaban para poder hacer bien su trabajo estaba indudablemente en peligro. Su creciente rabia le hizo fallar al gamo pero acertó al ciervo de cola blanca justo en la cruz, entre las dos patas delanteras. *Esta noche lo arreglaremos*.

Se concentró en el último objetivo y apretó el gatillo. *De una manera u otra*.

A un centenar de metros de distancia, la silueta de un lobo gris cayó al suelo bajo el impacto de una bala.

* * *

Vicky se rascó el verdugón de su mejilla y agitó la otra mano en un intento por completo ineficaz de espantar las bandadas de

mosquitos que, a cada paso que daba, se agolpaban a su alrededor. Afortunadamente, la mayoría de ellos parecían ser macho. *O hembras a dieta*, se enmendó mientras trataba de no inhalar demasiados. Apenas cien metros en el interior del bosque, el campo y las ovejas habían desaparecido de la vista y, cuando volvió la mirada hacia el camino por el que había venido, todo lo que podía ver eran más y más árboles. La cosa no había sido tan dura como había esperado pero, a decir verdad, tampoco es que hubiera sido un paseo por el parque. Por suerte, la luz del sol que llegaba hasta el suelo del bosque era lo suficientemente intensa para serle de ayuda. El mundo había adquirido un tinte verdoso pero seguía siendo visible.

--Alguien debería ocuparse de limpiar este lugar --musitó mientras desenganchaba su pelo de una ramita muerta--. A ser posible con un lanzallamas.

En la medida de lo posible, trataba de seguir un camino recto. Elegía un árbol o un matorral que se encontrasen en la que suponía que sería la línea de fuego y entonces se dirigía hacia él. Sabía que encontraría algún lugar en aquel bosque desde el que el tirador tendría una línea de visión clara. No había tardado demasiado tiempo en darse cuenta de que tal lugar no podía encontrarse en el suelo. Lo que explicaba por qué los hombres lobo no habían podido encontrar nada; si cazaban como los lobos, lo hacían con el hocico pegado al suelo.

El problema era que cada árbol con el que se topaba era imposible de escalar. Los que eran lo suficientemente grandes para sostener a una persona adulta crecían relativamente lisos y rectos hacia el sol y sus ramas sólo empezaban a crecer a una altura que no merecía la pena tratar de alcanzar.

--Así que, a menos que trajera consigo una escalera... --Vicky suspiró y se limpió una gota de sudor de la barbilla con la manga de la camiseta. Un poco a la derecha de donde creía que debía dirigirse vio una zona ligeramente más elevada y se encaminó hacia ella. Atravesó un tronco caído y tropezó cuando las ramas más pequeñas, escondidas bajo una capa mohosa de hojas del pasado año, cedieron bajo su pie.

--Aparcamientos --después de volver a colocarse las gafas en su lugar, contempló con desagrado a la Madre Naturaleza, que se desplegaba a su alrededor en el cénit de su estival belleza--. Estoy a favor de los aparcamientos. Un par de capas de asfalto harían maravillas en este lugar --a un lado, una cigarra comenzó a cantar--. Cállate --le dijo, mientras seguía su camino de forma penosa.

La tierra elevada resultó ser el extremo de una cresta rocosa sobre la que un enorme pino había logrado enraizar. Después de apartar las montañas de agujas acumuladas a lo largo de varios años Vicky se sentó justo al borde de la falda y contempló sus piernas magulladas y cubiertas de picaduras.

Todo era culpa de Henry. Ahora mismo podía estar en casa, confortablemente sentada delante de su ventilador oscilante de dieciocho pulgadas y tres velocidades, viendo los dibujos animados del sábado y...

--... y los hombres lobo seguirían muriendo --suspiró y empezó a amontonar las agujas del pino en pequeñas pilas. Eso era lo que ella había elegido hacer con su vida, algo que pudiera suponer una diferencia en la cloaca en la que se estaba convirtiendo el mundo. No tenía sentido quejarse porque el trabajo no fuera siempre fácil. Y además, tenía que admitir que su trabajo se había vuelto infinitamente más interesante desde que Henry había aparecido en su vida. El jurado tenía todavía que determinar si esto era o no una cosa buena, dado que la última vez que habían trabajado juntos ella había estado más cerca de que la mataran que en los nueve años pasados en la Policía metropolitana.

--Y esta vez me van a comer viva --se rascó una picadura en la parte trasera de la pierna con la puntera dura de la zapatilla--. Puede que me haya equivocado en la forma de encarar esto. Quizá debería haber empezado con la gente. ¿Qué demonios voy a encontrar aquí? --entonces su mano se detuvo sobre un puñado de agujas y retrocedió lentamente hasta que la luz del sol volvió a incidir sobre ellas.

La marca de quemadura era tan tenue que tuvo que colocar su cabeza en un ángulo determinado para poder verla. De unos cinco centímetros de largo y apenas poco más de un centímetro de ancho, era una línea ligeramente más oscura a lo largo de la alfombra marrón de pinocha... la marca que un cartucho vacío podría dejar sobre un lecho de madera seca.

Oh, bueno, se vio forzada a admitir, podría haber sido causada por muchas otras cosas, como la lluvia ácida o la orina de un conejo. Pero la verdad es que a ella le parecía la marca de un cartucho vacío. Claro que también podría pertenecer a un cazador corriente que hubiera venido a cazar lo que quiera que cacen los cazadores corrientes.

Para recuperar el cartucho vacío, el tirador podía haber caminado sobre las numerosas piedras desnudas que había por todas partes y,

además, la propia Vicky había deambulado por el lugar pero, a pesar de todo ello, buscó alguna huella. No esperaba encontrar ninguna, pero eso no disminuyó su frustración por no conseguirlo.

Era mejor buscar el lugar desde el que había venido el disparo. La cresta apenas se elevaba un metro sobre el suelo del bosque y la línea de visión no era más clara desde ella. Vicky levantó la mirada. El pino era más alto que la mayoría de los árboles de los alrededores pero sus ramas, cargadas de agujas, caían casi hasta el suelo. Entonces, en la cara norte, encontró un camino que conducía hasta una caverna apenas iluminada, con un techo de agujas de pino vivas y un suelo formado por otras tantas muertas. Era un lugar tranquilo, casi fresco y las ramas ascendían hasta el tronco con la regularidad de una escalera; lo cual era una buena cosa, porque Vicky apenas podía ver.

Aqué! era el lugar. Tenía que serlo.

¿Había visto el pino desde el campo? No lo recordaba. Todos los árboles le parecían iguales.

Examinó unas pequeñas y poco numerosas astillas que se encontraban cerca del tronco, con la nariz casi pegada a la corteza. Podían haber sido arrancadas por alguien que tratase de encontrar un apoyo para el pie. *O podían haber sido arrancadas por una ardilla con exceso de peso. Sólo hay un modo de estar segura.* Después de asegurarse las gafas, se colgó de la primera de las ramas.

Trepar al árbol no era tan fácil como le había parecido desde el suelo. Una miríada de pequeñas ramas la golpeaban y empujaban y, en general, dificultaban su avance. Y, además, la maldita cosa se movía. Vicky no había estado encaramada a un árbol desde 1972 y comenzaba a recordar el porqué.

Si su nariz no hubiera pasado a dos centímetros de distancia de la marca de la zapatilla, probablemente se le habría pasado por alto. Escondida contra la parte alta del tronco, sobre un globo de resina de pino, había una marca de pisada de casi cinco centímetros cuadrados. No era suficiente para estar segura, teniendo en cuenta que casi cada hombre, mujer o niño del país poseía por lo menos un par de zapatillas de deporte, pero era un comienzo. La resina era tan delicada que si la hubiera arrancado del árbol habría destruido la huella, de modo que se limitó a hacer un par de bocetos apresurados --colgada en precario equilibrio sobre una pierna temblorosa-- y entonces aproximó su propio pie tanto como le era posible y siguió subiendo con esfuerzo.

Su cabeza salió a la luz del sol. Pestañeó, soltó una imprecación y, una vez que su visión se hubo aclarado, volvió a hacerlo.

--Me cago en todos los santos...

Se había adentrado en el bosque más de lo que pensaba. A unos quinientos metros de distancia, en dirección norte, se encontraba el lugar en el que Ebon había sido disparado. Volviendo a medias la cabeza pudo ver el lugar en el que había muerto Plata, un poco más próximo pero todavía a muchísima distancia. Si Barry Wu había apretado el gatillo, no debería de tener problemas para formar parte del equipo olímpico o ganar una medalla de oro. Vicky sabía que algunas mirillas telescópicas incorporaban correctores de distancia, pero incluso con ellas se requerían tanto una habilidad innata como años de práctica para adquirir la precisión necesaria. Acertar a un objetivo *en movimiento* a quinientos metros de distancia...

Una vez había oído que, según las leyes de la física, ningún ser humano sería capaz de golpear a una pelota lanzada por un jugador de las ligas mayores. Operando bajo esas mismas leyes, el asesino había conseguido acertar, no a una, sino a dos, y además las había sacado del estadio.

Una rápida búsqueda le permitió encontrar muescas en la corteza, allí donde el asesino había apoyado su arma contra el árbol.

--Desgraciadamente --suspiró mientras apoyaba la cabeza contra una rama--, descubrir el cómo y el dónde no me acerca demasiado a las respuestas del quién y del por qué --cerró los ojos un instante. Sintiendo el cálido sol contra los párpados se preguntó si de verdad se había decidido; si cuando hallara al asesino se lo entregaría a los licántropos para que lo ejecutaran. No tenía una respuesta. Pero tampoco tenía una alternativa.

Ya era hora de regresar a la casa y hacer algunas llamadas de teléfono, aunque un presentimiento desagradable le decía que una visita al pueblo y un examen de las zapatillas del agente Barry Wu resultaría mucho más productivo.

Le llevó menos tiempo descender del árbol que escalarlo, pero sólo porque la gravedad decidió echarle una mano y la dejó caer casi dos metros sobre una rama lo suficientemente gruesa para sostener su peso. Con el corazón palpitando furiosamente, cubrió el resto del camino hasta el suelo de manera menos heterodoxa.

Si su navaja suiza hubiera tenido una sierra, habría intentado llevarse esa última rama, la que permitía encaramarse a lo más alto del árbol y salir a la luz. Desgraciadamente no era así y arrancar una rama de pino de cinco centímetros de diámetros no era algo que la sedujera especialmente. De hecho, a excepción de tratar de mantener

a los hombres lobo alejados de aquellos campos, no había ni una maldita cosa que pudiera hacer para impedir que el árbol volviera a ser utilizado como punto franco para tirotearlos.

--Nunca encuentras un castor cuando lo necesitas --musitó. Ojalá hubiera traído un hacha consigo. No obstante, había logrado descubrir dos hechos sobre el asesino. Tenía que medir por lo menos 1,55, su altura-- cualquier persona de menor estatura no habría estado a nivel con el lugar sobre el que había descansado el cañón del rifle --y lo más probable era que tuviese el pelo corto y liso. Se arrancó un puñado de agujas de pino de su pelo, corto y liso. Si lo hubiera tenido largo o rizado, no habría salido viva de aquel árbol.

--¿Disculpe?

Su grito fue completamente involuntario y mientras atravesaba sus labios, Vicky se dio cuenta de que estaba asustada. Con la mano en el bolso --en el pasado lo había utilizado como arma de forma eficaz-- giró sobre sus talones y se encontró con dos mujeres de mediana edad y aspecto intrigado. Ambas llevaban binoculares de largo alcance y una de ellas transportaba también una bolsa de lona de casi un metro de largo y veinte centímetros de ancho.

--Nos estábamos preguntando --dijo la más baja de las dos-- qué hacía usted subida en ese árbol.

Vicky se encogió de hombros varias veces, agitada por la adrenalina que comenzaba a disiparse.

--Oh, sólo estaba mirando un poco --hizo un ademán no del todo indiferente en dirección a la bolsa de lona--. ¿Vienen a pegar unos tiros?

--Podría decirse así. Aunque eso es el trípode de nuestra cámara, no un rifle.

--Es ilegal disparar en una propiedad de las autoridades de conservación --añadió la otra mujer. Miraba a Vicky sin el menor disimulo. Evidentemente, seguía intrigándola el hecho de haberla encontrado en lo alto de un árbol--. Informaríamos de *cualquiera* a quien encontrásemos disparando por aquí. Puede estar segura de eso.

--Eh --Vicky alzó ambas manos a la altura de los hombros--. Estoy desarmada --como ninguna de las mujeres pareció apreciar su sentido del humor, volvió a bajarlas--. Son ornitólogas aficionadas, ¿verdad? --recientemente, la columna sobre ecología de un periódico había mencionado que el término *ornitólogo aficionado* era ahora el preferido; *observadores de pájaros* había pasado de moda.

Aparentemente, la columna estaba en lo cierto.

Veinte minutos más tarde, Vicky había aprendido más de lo que quería saber sobre la fotografía de la naturaleza; y descubrió que, a pesar de sus binoculares de largo alcance, las dos mujeres no habían visto nada extraño en la granja de los Heerkens --*No nos dedicamos a observar las propiedades de otras personas; observamos a los pájaros*-- y que, de hecho, ni siquiera sabían dónde se encontraba; había descubierto que un rifle del calibre .30 con su mirilla cabría perfectamente en la bolsa del trípode de una cámara, lo que permitiría que fuera introducido en el bosque sin levantar sospechas. Aunque ninguna de las dos mujeres se había topado jamás con un cazador, ambas habían encontrado cartuchos vacíos, de modo que siempre estaban al acecho. Con su certeza típica de clase media de que nadie querría jamás hacerles el menor daño, se rieron cuando Vicky les recomendó que anduvieran con cuidado.

Había dos clubes de aficionados a la ornitología en Londres, así como un grupo de fotografía dirigido por la Asociación de Jóvenes Cristianos que solía organizar excursiones a la Reserva. Provista de nombres y números de teléfono de gente con la que podía ponerse en contacto --*Aunque los miembros de ese otro club no son más que un grupo de diletantes. Haría mejor en unirse a nosotras*-- Vicky se despidió de las ornitólogas y se alejó entre los arbustos, dispuesta a apostar que no todo el que poseía un par de binoculares los utilizaba sólo para observar a los pájaros y que alguien estaba haciendo algo más que tomar fotografías.

* * *

--¿Henry Fitzroy? --Dave Graham observó por encima del hombro de su compañero el montón de papeles que había sobre la mesa--. ¿No es ese el tío que se ve con Vicky?

--¿Y qué si lo es? --gruñó Cellucci mientras daba intencionadamente la vuelta al montón.

--Nada, nada --Dave rodeó su lado de la mesa y se sentó--. ¿Te... eh... ha pedido Vicky que investigues su pasado?

--No. No lo ha hecho.

Dave reconoció el tono y supo que debía dejarlo pasar, pero algunas tentaciones eran más de lo que un ser humano podía resistir.

--Creí que Vicky y tú teníais una relación basada en... ¿Cómo era...? ¿"Confianza y respeto mutuo"?

Cellucci entornó los ojos y tamborileó con los dedos sobre el papel.

--Sí. ¿Y?

--Bueno... --Dave tomó un largo y lento trago de su café--. Tengo la impresión que investigar al otro hombre de su vida no se ajusta del todo a esos parámetros.

Cellucci arrojó la silla hacia atrás y se puso en pie.

--No es cosa de tu jodida incumbencia.

--Tienes razón. Lo siento --Dave lo miró con una sonrisa candorosa.

--Sólo me preocupo por una amiga, ¿vale? Ese tío es escritor. Sólo Dios sabe en qué ha estado metido.

--Cierto.

Los dedos de Cellucci, aparentemente dotados de voluntad propia, estrujaron el primero de los papeles del montón hasta convertirlo en una arrugada bolita.

--Ella puede verse con quien le dé la gana --masculló. Y entonces salió de la oficina con pasos ruidosos.

Dave rió disimuladamente en dirección a su café.

--Por supuesto que puede --le dijo al aire de la habitación--.

Siempre que no se vea con ellos demasiado a menudo y cuente con tu aprobación --comenzó a hacer planes para encontrarse muy lejos cuando Vicky lo averiguara y se armara la gorda.

* * *

Hacia las 10:27, Vicky estaba bastante segura de que se había perdido. Llevaba dentro del bosque el doble del tiempo que había tardado en internarse en él. Todos los árboles le parecían iguales y, bajo aquel espeso dosel estival, era imposible utilizar el sol para orientarse. Dos veredas se habían desvanecido en la nada y un arrendajo azul se había pasado tres minutos bombardeándola y profiriendo insultos desde lo alto. Diversos crujidos provenientes de la maleza parecían indicar que los habitantes del lugar encontraban todo el asunto muy divertido.

Miró enfadada al musgo color verde pálido que crecía alrededor de un árbol.

--¿Dónde demonios están los malditos Boy Scouts cuando una los necesita?

Vicky no notó que el espesor del bosque disminuyera de forma aparente; un instante se encontraba en su interior y al siguiente salía a campo abierto. Pero tampoco era un campo que reconociera. No había ovejas, ni cerca, ni indicación alguna que le permitiera saber dónde se encontraba.

Se colocó el bolso sobre el hombro y se encaminó hacia la casa de armazón blanco que, rodeada por un racimo de edificios, se elevaba al otro lado del campo. Era posible que allí pudiesen orientarla o le dejaran utilizar el teléfono.

--...o que me persigan un enorme perro y un granjero con una horca por haber penetrado en su propiedad --estaba bastante segura de que esa clase de cosas ocurrían en el campo, de que eran legales y de que no le importaba, porque no tenía la menor intención de regresar al bosque. Antes se enfrentaría a media docena de granjeros armados con horcas.

Mientras se aproximaba, hundida hasta las rodillas en hierba, varas de oro y cardos, se dio cuenta de que nadie había trabajado aquella granja desde hacía bastante tiempo. El corral tenía un aspecto decaído, como si no hubiera sido utilizado hacía años y se podía oler el aroma de las rosas que trepaban por uno de los muros de la casa.

El campo desembocaba en una gran huerta de verduras. Vicky reconoció los repollos, las tomatas y los arbustos de moras... nada más le resultaba familiar. *Lo que no es de extrañar.* Se abrió camino por un extremo del huerto. *Mis verduras suelen venir acompañadas de una cara sonriente...*

--Oh, hola.

--Hola --el anciano, que había aparecido repentinamente en su camino, continuó mirándola fijamente. Obviamente, esperaba que ella se explicara.

--Yo... eh, me he perdido en el bosque.

La mirada del anciano la recorrió de arriba abajo, empezando por sus zapatillas, siguiendo por sus piernas llenas de arañazos y picaduras, por sus pantalones cortos, deteniéndose un momento en su camiseta, continuando por su bolso y finalmente yendo a posarse sobre su rostro.

--Ah --una pequeña sonrisa levantó los bordes de su pulcro bigote gris.

Aquella simple palabra contenía mucho significado y la conclusión que la acompañaba hubiera crispado a Vicky hasta los huesos de no haber sido tan acertada. Le tendió la mano al anciano.

--Vicky Nelson.

--Carl Biehn.

Su mano era seca y curtido y su apretón, firme. Vicky había descubierto que podía aprender muchas cosas sobre un hombre por la manera en que le estrechaba la mano... o por hecho de que lo hiciera o no. Algunos hombres parecían confundidos cuando la mano que se les ofrecía pertenecía a una mujer. Carl Biehn se la estrechó con una economía de movimientos que revelaba que no tenía nada que demostrar. A ella le gustó.

--Tengo la impresión de que un poco de agua podría serle de utilidad, señorita Nelson.

--Utilizaría un lago entero, si lo tuviera --admitió ella, mientras se limpiaba el sudor que se había acumulado bajo su barbilla.

La sonrisa del hombre se ensanchó.

--Bueno, no hay ningún lago por aquí, pero veré lo que puedo hacer --la guió a través de los arbustos de moras y Vicky lo siguió. Al aparecer por primera vez ante sus ojos el resto del jardín, se le escapó una exclamación de sorpresa y deleite.

--¿Le gusta? --su voz sonó casi tímida.

--Es... --descartó un buen montón de adjetivos porque resultaban sencillamente inadecuados y terminó diciendo--... la cosa más hermosa que he visto en toda mi vida.

--Gracias --sonrió; primero a ella y luego a los numerosos macizos de flores, envueltos en todos los matices imaginables de verde, sobre los que se derramaba un pequeño arco iris dividido en un millar de fragmentos brillantes--. El Señor ha sido generoso conmigo este verano.

Vicky se puso tensa pero el hombre no hizo ninguna referencia más a Dios. *Y gracias a Él por ello.* Vicky ignoraba si su admiración había derribado la reserva del hombre o si, por lo que se refería a su jardín, no tenía ninguna. Mientras caminaban entre los macizos, le fue presentando las diferentes flores como si fueran viejos amigos, enderezando aquí la estaca que sostenía un gladiolo rojo sangre, arrancando allí con un rápido movimiento una flor moribunda.

--...esas bellezas de color naranja óxido son *hemerocallis* enanas,

lilas del día. Si se toma la molestia de plantar las variedades temprana, normal y tardía, florecerán muy hermosas entre junio y septiembre. No son exigentes y no hace falta dedicarles demasiados cuidados. Deles tan solo un poco de fosfato y de potasa y le mostraran su agradecimiento. Ahora mire a esas margaritas de allí...

Vicky, que había pasado la mayor parte de su vida en apartamentos, no sabía apenas nada sobre jardines y las plantas que crecían en ellos pero podía --y así lo hizo-- apreciar el trabajo necesario para crear un oasis de color como aquel en medio de los secos campos. Tampoco se le escapó la profundidad de la emoción que sentía Carl Biehn por su creación. No es que se mostrara cursi o afectado pero saltaba a la vista que el jardín era para él un ser vivo; se revelaba sutilmente en su voz, en sus expresiones, en sus acciones. La gente que se preocupaba de tal manera de algo que no fuera ella misma era muy rara en el mundo de Vicky y eso contribuyó a reforzar su primera y favorable impresión.

Había una vieja bomba manual sobre una plataforma de cemento, junto a la puerta trasera. Carl la condujo por el césped hasta ella, mientras terminaba un entusiasmado monólogo sobre las rosas que acababan de brotar.

--Parece que el tazón ha vuelto a perderse, señorita Nelson. Espero que no le importe.

Vicky sonrió.

--Sería capaz de meter la cabeza entera debajo del agua, si a usted no le importa.

--Se lo ruego...

A pesar de su aparente antigüedad, la bomba funcionaba a la perfección y ofrecía un agua fresca y clara con apenas un lejano sabor a hierro. Vicky no podía recordar la última vez que hubiera probado algo tan bueno y la brusca impresión que le produjo al caer sobre su nuca se llevó consigo gran parte de la pegajosa humedad de la mañana. Si la bomba hubiera estado un poco más alta, hubiera metido el cuerpo entero debajo de ella.

Después de apartarse el húmedo pelo de la cara, se enderezó y señaló a la bomba.

--¿Puedo?

Cari asintió e intercambiaron sus posiciones. El mecanismo era más duro de lo que Vicky había esperado y tuvo que apoyarse contra él. Evidentemente, la jardinería había permitido a su anfitrión mantenerse en buena condición física.

--Es realmente increíble --murmuró--. Nunca había visto nada parecido.

--Debería haberlo visto la semana pasada. Entonces sí que era algo digno de contemplarse --se levantó, se secó las húmedas manos en los pantalones y contempló con expresión de orgullo la vasta extensión de color--. Pero sí, tengo que admitirlo, no tiene mal aspecto. Hay un poco de todo aquí, desde la A hasta la Zeta, desde ásteres hasta zinnias.

Vicky retrocedió un paso mientras un abejorro con las patas cargadas de polen volaba siguiendo un curso ligeramente tortuoso cerca de su nariz. Desde ese ángulo podía ver las flores, las verduras que había al otro lado y los campos que se abrían más allá. El contraste era increíble.

--Aquello de allí parece trigo seco. Regar todo este jardín debe de llevarle casi todo el día.

--No lo crea --puso un pie sobre la plataforma de cemento y apoyó el antebrazo sobre el muslo--. Utilizo un sistema de riego subterráneo, desarrollado por los israelíes. Simplemente abro el grifo y el sistema hace todo el trabajo. Eso sí, para más seguridad, he puesto una boca de riego con una manguera de treinta metros, por si una planta específica necesita un poco de atención.

Ella hizo un gesto con la mano en dirección al verde del jardín y el marrón de los campos..

--La diferencia es asombrosa.

--Bueno, algunas veces el Señor necesita un poco de ayuda para hacer sus milagros. ¿Ha sido usted salvada, señorita Nelson?

La pregunta era tan inesperada y fue formulada con un tono tan racional que Vicky tardó un momento en darse cuenta de que se había producido y otro más en dar con lo que esperaba que fuera una replica definitiva.

--Soy anglicana --la verdad es que no lo era, pero su madre sí. O casi.

--Ah --asintió, mientras se apartaba de la plataforma--. La Iglesia de Inglaterra --durante sólo un segundo, sobre el cemento y bajo el sol, la suela húmeda de su zapato dejó una huella... un dibujo de círculos concéntricos que ella había visto por última vez marcada sobre la resina en el tronco de un pino.

Esforzándose al máximo para que la súbita oleada de adrenalina no traicionase su expresión neutra, Vicky puso su propio pie sobre la plataforma y se inclinó para atarse los cordones. Al calor del sol, la

huella se secaba rápidamente, pero la coincidencia era indudable.

Desgraciadamente, lo mismo ocurría con la huella que ella acababa de dejar.

Una mirada rápida reveló que ambos llevaban la misma marca de zapatillas. Una marca que parecía cubrir los pies de la mitad del mundo civilizado.

Mierda. Mierda. ¡Mierda! Buenas noticias y malas noticias. O malas noticias y buenas noticias, de eso no estaba segura. Las pruebas ya no apuntaban directamente a los pies de Carl Biehn. Por el contrario, la lista de sospechosos, al menos basándose en la huella de calzado, acababa de aumentaren varios millones. Naturalmente habría pequeñas diferencias --tamaño, grietas en la goma, patrones de uso, etc.-- pero la posibilidad de una identificación fácil acababa de evaporarse.

--¿Está usted bien, señorita Nelson? Quizá sería mejor que se sentara un momento a la sombra.

--Estoy bien --el anciano la miraba con cierta preocupación, así que esbozó una sonrisa--. Gracias, señor Biehn.

--Bueno, quizá debería volver a su casa. Si puedo llevarla a alguna parte...

--Y si tú no puedes, yo lo haré encantado.

Vicky se volvió. El hombre que se encontraba de pie en el portal debía de tener poco más de treinta años, era de estatura media, apariencia normal y una opinión de sí mismo muy por encima de la media. La miraba sonriendo, con cierto aire lascivo, en una postura que sin duda pretendía realzar su físico varonil... que, ella tenía que admitirlo, no estaba mal. *Si te gustan los tíos de gimnasio...*

Que no era el caso.

Se quitó unas gafas de sol muy caras y salió a la luz del sol. Su cabello brillaba como el oro bruñido.

Apuesto algo a que se lo tiñe. Una mirada rápida reveló que llevaba unos náuticos azules de piel. Sin calcetines. Vicky odiaba el aspecto que daban los zapatos sin calcetines. Aunque lo más probable es que tuviera un par de zapatillas, Vicky dudaba de estuviese dispuesto a destrozarse la manicura trepando a un árbol. Lo cual era una lástima teniendo en cuenta que parecía exactamente el tipo de persona que ella estaría encantada de entregar a los hombres lobo.

Detrás de ella, Vicky escuchó que Carl reprimía un suspiro.

--Señorita Nelson, permítame que le presente a mi sobrino, Mark Williams.

El joven dedicó una amplia sonrisa a su tío.

--Y yo que pensaba que tus únicas aficiones eran la jardinería, los pájaros y salvar almas --entonces volvió su sonrisa hacia Vicky.

He aquí un trabajo dental realmente caro, pensó ella, al tiempo que se arrancaba un grumo de resina seca de la camisa y trataba de no fruncir el ceño.

--La señorita Nelson se ha perdido en la Reserva --explicó Carl con cierta brusquedad--. Estaba a punto de llevarla a su casa.

--Oh, por favor, permítame --el tono de voz de Mark resultó casi insinuante. Un poco más, en todo caso, de lo que Vicky consideraba ofensivo--. Si conozco un poco a mi tío, lo único que hará teniendo a un mujer hermosa en el coche será rezar.

--Por favor, no se moleste --su tono era más propio de una orden que de una respuesta educada y Mark pareció momentáneamente perplejo--. Si fuera usted tan amable... --continuó, volviéndose hacia Carl. Escuchar sermones sería infinitamente preferible a estar en compañía de Mark. Le recordaba a un chulo al que una vez había arrestado.

--Por supuesto --Carl estaba haciendo un trabajo admirable para mantener un rostro tranquilo pero Vicky advirtió un centelleo en sus ojos y un temblor sospechosos en los bordes de su bigote. Hizo un ademán en dirección a la entrada e invitó a Vicky a marchar delante.

No era difícil relacionar los coches con los hombres. El jeep negro último modelo con adornos dorados, tapicería de felpa, techo retráctil y herrumbre en la parte inferior de las puertas era una réplica casi exacta de Mark. De forma igualmente evidente --aunque no tan estridente-- el sedán beige con diez años de antigüedad y recién encerado tenía que ser propiedad de Carl.

Vicky tenía la mano en la manija de la puerta cuando Mark la llamó.

--¡Eh!, ni siquiera sé su nombre de pila.

Ella se volvió y la temperatura del aire cayó a plomo alrededor de su sonrisa.

--Lo sé --contestó, y entró en el coche.

El equipo estéreo de música, muy caro, la sorprendió un poco.

--Me gusta escuchar música gospel mientras conduzco --le explicó Carl al verla observando el panel, cuyas luces, botones e interruptores parecían más propios de la cabina de un avión. Se detuvo al final de la entrada--. ¿Hacia dónde?

Hacia dónde, en efecto; ignoraba la dirección o incluso el nombre

de la carretera.

--La... eh, granja de los Heerkens. ¿La conoce?

--Sí.

La emoción contenida que acompañó a aquella simple palabra hizo que Vicky alzara las cejas.

--¿Hay algún problema?

Los nudillos del anciano se habían vuelto blancos sobre el volante.

--¿Son familiares suyo?

--No. Sólo amigos de un amigo mío. Pensó que me vendría bien pasar un tiempo lejos de la ciudad y me trajo a pasar el fin de semana.

Mike Cellucci no hubiera creído aquella mentira un solo momento --solía decir que Vicky era la peor mentirosa del mundo-- pero parte de la tensión desapareció de los hombros de Carl y se internó por el camino de grava que conducía al norte.

--Los he conocido este mismo fin de semana --continuó ella como si tal cosa. La experiencia le había enseñado que la aproximación directa daba mejores resultados con la gente sencilla como su anfitrión--. ¿Los conoce usted bien?

Carl frunció los labios hasta que su boca se convirtió en un línea blanca y apretada, pero después de un momento dijo:

--Cuando me mudé aquí, hace diez años, traté de conocerlos. Traté de comportarme como un buen vecino. No estaban interesados.

--Bueno, la verdad es que son bastante suyos...

--¡Suyos! --la carcajada, más semejante a un ladrido, no contenía rastro alguno de humor--. Traté de cumplir con mi deber como cristiano. ¿Sabía usted, señorita Nelson, que sus hijos no están siquiera bautizados?

Vicky sacudió la cabeza, pero antes de que pudiera decir nada, él continuó.

--Traté de llevar a Dios al seno de esa familia y, ¿sabe lo que conseguí por mi celo? Me dijeron que saliera de su propiedad y que no volviera si no era capaz de mantener a mi Dios en casa.

Tuvo usted suerte de que no lo mordieran, pensó Vicky.

--Supongo que eso le sentaría bastante mal.

--Dios no es algo que puedo coger y dejar como un libro de bolsillo, señorita Nelson --dijo con voz seca--. Es parte de todo lo que hago. Sí, me sentó realmente mal...

¿Tan mal como para matar?, se preguntó ella.

--...pero mi furia era una furia justa y la ofrecí a la gloria de Dios.

--¿Y qué hizo el Señor con ella?

El anciano se volvió ligeramente hacia ella y sonrió.

--La puso a trabajar a Su servicio.

Vaya, eso podría significar un buen montón de cosas. Volvió la mirada hacia los campos, más allá de la ventana. *¿Cómo saca uno a colación el tema de los hombres lobo?*

--Su sobrino mencionó que le gustaba a usted observar los pájaros.

--Cuando el cuidado de mi jardín me deja tiempo libre, sí.

--¿Suele ir a la Reserva?

--En ocasiones.

--Un tío mío es ornitólogo aficionado --naturalmente, no era más que la clásica mentira que utilizaba durante los interrogatorios--. Me dijo que pueden verse toda clase de cosas interesantes en los bosques. Dice que lo extraño y lo insólito rondan por todas partes.

--¿De veras? Entonces debe de haber visto cosas realmente interesante.

--¿Cuál es la especie más interesante que ha visto usted?

El anciano frunció sus grises cejas.

--Una vez vi una golondrina ártica. No sé cómo llegó tan al sur. Recé para que lograra volver a salvo a su hogar y, puesto que no volví a verla, supongo que mis plegarias fueron escuchadas.

--¿Una golondrina ártica?

--Esa --dijo sin apartar la mirada de la carretera-- es exactamente la reacción que tuvieron todos cuando se lo conté. Yo nunca miento, señorita Nelson. Y nunca le doy a nadie la oportunidad de llamarme mentiroso una segunda vez.

Ella se sintió como si le acabase de dar un golpe con una regla en la muñeca.

--Lo siento.

Bueno, parece que esto no me ha llevado a ninguna parte.

--Debe de haber buena caza por aquí --añadió con aire despreocupado, mientras miraba más allá de la ventanilla a los árboles y los campos que se sucedían unos detrás de otros hasta perderse en la distancia--. ¿Le gusta cazar?

--No --la sílaba estaba cargada de tal aborrecimiento, de tan intensa emoción, que Vicky no tuvo más remedio que creerlo--. Arrebatar las vidas de las criaturas de Dios es una abominación.

Vicky se revolvió para mirarlo, mientras se preguntaba en qué

consistiría su dieta.

--¿No come usted carne?

--No desde 1954.

--Oh --al menos era coherente--. ¿Y qué hay de su sobrino?

--En mi casa sigue mis reglas. No trato de gobernar el resto de su vida.

Ni aprueba el resto de su vida, advirtió ella.

--¿Lleva mucho tiempo con usted?

--No --y luego añadió--. Mark es hijo de mi difunta hermana. Mi único familiar vivo.

Lo que explica por qué permite que un saco de basura como ese ande por aquí. Sintió su desaprobación, pero no podía saber si se dirigía a ella o a Mark.

--Yo nunca... eh, nunca he cazado --le dijo, tratando de recuperar su favor, técnicamente era la verdad. Nunca había cazado nada que anduviera sobre cuatro patas.

--Eso está bien. ¿Suele usted rezar?

--Probablemente no tanto como debería.

Esta respuesta le arrancó una sonrisa.

--Probablemente no --frenó. Se encontraban al final del largo camino que conducía a la granja de los Heerkens--. Perdóneme, pero no puedo llevarla más allá.

--¿Que le perdone? Me ha salvado la vida. Estoy en deuda con usted --salió del coche y, mientras con un dedo se subía las gafas, se apoyó sobre la ventanilla--. Gracias por traerme. Y por el agua. Y por la oportunidad de ver su jardín.

Él asintió con aire solemne.

--Es usted bienvenida en mi casa. ¿Sería posible convencerla para que se me uniera mañana en el servicio religioso, señorita Nelson?

--No, me temo que no.

--Muy bien --pareció resignarse--. Tenga cuidado, señorita Nelson. Si pone usted en peligro su alma, pone en peligro la oportunidad de disfrutar de la vida eterna.

Vicky pudo sentir su sinceridad, pudo sentir que no se limitaba a repetir una frase hecha, de modo que asintió y dijo:

--Tendré cuidado --y retrocedió hasta el arcén. Esperó donde se encontraba hasta que él hubo dado la vuelta al enorme coche con tres maniobras y entonces se colgó el bolso del hombro, se despidió con la mano y se dirigió hacia el camino.

Justo en el mismo momento, Huracán apareció desde detrás de un seto, a unos cien metros camino adelante. Con la lengua fuera, trotó hacia ella. La luz del sol le arrancaba destellos dorados a su pelaje.

Las ruedas chirriaron sobre la grava, el gran sedán ganó velocidad y se dirigió directamente hacia el joven hombre lobo.

Vicky trató de gritar --a Huracán, a Carl, no estaba segura-- pero todo lo que brotó de su boca, repentinamente seca, fue un gemido estrangulado.

Entonces, en medio de una lluvia de polvo y piedrecillas, todo terminó.

Carl Biehn, su coche y su Dios desaparecieron por el camino y Huracán interpretó a su alrededor un baile de bienvenida.

Mientras su corazón volvía a latir, Vicky se subió las gafas y, de forma ausente, acarició con la otra mano el cálido pelaje entre las orejas de Huracán. Podría haber jurado que... *Debe de haberme dado demasiado el sol.*

* * *

En aquel jardín grande y petulante no había nada de interés para él, de manera que Mark Williams regresó al interior de la casa y sacó una cerveza del congelador.

--Gracias a Dios que el tío Carl no tiene nada contra el "alcohol tomado con moderación" --soltó una carcajada y repitió--. Gracias a Dios --con suerte, aquella zorra rubia estaba sufriendo ahora mismo un buen rollo sobre la paz, el amor y el resto de aquella basura religiosa del viejo chocho.

De todos modos, no era su tipo. Le gustaban las mujeres más pequeñas, más complacientes, las mujeres dispuestas a ser abrumadas. Con las que uno podía estar seguro de que no irían chillando a la policía a la menor infracción de las reglas.

--Las que me gustan son las mujeres que no te acaban llevando a un sitio dejado de la mano de Dios --dio un largo trago de cerveza y miró hacia el exterior, en dirección a los luminosos y sofocantes campos--. Mierda --suspiró--. Todo esto es culpa de Anette.

Si Anette no hubiera estado dispuesta a arruinar la pequeña operación que él había preparado allá en Vancouver, no hubiera tenido que contratar a un idiota para que la asesinara. Se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de pasar los años más

productivos de su vida entre rejas. Afortunadamente, había sido capaz de arreglarlo todo para que el asesino a sueldo acabase cargando con todas las culpas. Apenas había tenido tiempo de concluir el negocio, cosechar la mayor parte de las ganancias y desaparecer de la provincia antes de que la familia del asesino se presentara para reclamar su parte.

--Y así es como me encuentro en el jodido culo del mundo civilizado --se terminó la cerveza y bostezó. Podría haber sido peor; al menos las noches ofrecían la oportunidad de practicar deportes exóticos. Sonriendo, arrojó la lata vacía al cubo de basura. La diversión de la pasada noche había demostrado que sus habilidades no se habían enmohecido en absoluto.

Un segundo bostezo estuvo a punto de desencajarle las mandíbulas. Había permanecido en pie hasta primera hora de la mañana y le habían despertado indecentemente temprano. Puede que debiera subir a echarse una siesta.

--No quiero que los dedos me tiemblen en el momento crítico. Además --dijo mientras tomaba otra cerveza para llevarse consigo--, no hay nada que hacer hasta que oscurezca.

* * *

Cuando llegaron detrás de un macizo de lilas que impedía que fueran vistos desde el camino, Vicky, silenciosamente, le tendió a Peter sus pantalones cortos.

--Gracias. ¿Qué hacía con el viejo Biehn?

--Salí del bosque en su propiedad --que Peter creyera que había tomado aquella dirección a propósito no le haría daño a nadie--. Me ha traído de vuelta.

--Oh. Es una suerte que tío Stuart no lo viera.

--¿Es cierto que tu tío lo echó?

--Oh, sí. Y si tía Nadine no lo hubiera detenido, probablemente lo hubiera atacado.

Vicky levantó las cejas y volvió la cabeza hacia Peter. Ya se había acostumbrado a conversar con las voces sin cuerpo de quienes caminaban a su lado, pero en ocasiones tenía la necesidad de ver sus expresiones.

--¿Lo hubiera atacado por una diferencia de religión?

--¿Es eso lo que le ha dicho el viejo Biehn? --Peter bufó--.

Jennifer y Marie tenían seis años por entonces, puede que siete y tía

Nadine estaba embarazada de Daniel. El viejo Biehn se presentó... en aquella época nos visitaba bastante a menudo, tratando de salvar nuestras almas. Nos estaba volviendo locos a todos. El caso es que empezó a hablar del infierno. No sé lo que dijo porque no estaba presente pero parece ser que asustó mucho a las chicas y empezaron a aullar --arrugó las cejas y bajó las orejas--. No se le hace eso a los cachorros. En cualquier caso, tío Stuart apareció entonces y ya está. El viejo no ha vuelto a aparecer.

--Estaba bastante enfadado por lo sucedido --le dijo Vicky.

--No tan enfadado como tío Stuart.

--Pero debéis de verlo, al menos de vez en cuando...

Peter parecía confundido.

--¿Por qué?

Vicky reflexionó sobre ello durante un momento. *Eso, ¿por qué?* Ella misma no había visto a los dos jóvenes que vivían en el apartamento trasero del sótano de su edificio desde el día que se mudaron. Si en casi tres años no se había cruzado con ellos en el pasillo común que compartían... *Es probable que, con todo el espacio que hay aquí, puedas estar indefinidamente sin ver a alguien.*

--No importa.

Él se encogió de hombros, mientras el fino vello dorado de su pecho centelleaba bajo el sol.

--Vale.

Habían llegado al final del camino y Vicky se apoyó sobre el enorme árbol que había junto a los lindes del césped. Se limpió el sudor de la frente y abrió la boca para preguntar dónde estaba todo el mundo, pero entonces Peter echó atrás la cabeza y su voz se alzó y descendió, sin palabras, a lo largo de una doble octava.

--Rose quiere contarle algo --dijo a modo de explicación.

Rose quería hablarle de Frederick Kleinbein.

--Creo que se está dejando llevar por su imaginación --sugirió Peter después de que su hermana hubiera terminado su relato--. ¿Qué cree usted, señorita Nelson?

--Creo --les dijo Vicky-- que debería hablar con el señor Kleinbein --no añadió que dudaba que la caída del árbol de aquella manera y en aquel preciso momento fuera un acontecimiento fortuito. Podía imaginar al menos dos maneras en que podía hacerse sin dejar un rastro que pudieran seguir los licántropos. Estaba bastante convencida de que, si Peter se hubiera marchado, al regresar habría descubierto que su hermana había sido asesinada del mismo modo que Ebon y

Plata. Lo que significaba que el patrón del asesino no estaba ligado a aquel árbol del bosque. Y eso suponía un buen montón de posibilidades nuevas y desagradables.

Gracias a Dios por Frederick Kleinbein. Sin duda, su aparición había salvado la vida de Nube. Y, al mismo tiempo, lo había eliminado de la lista de sospechosos.

Sin embargo, y considerándolo todo, decidió que era mejor que hablase con él de todas maneras.

Rose le dedicó una mirada triunfante.

--Vive al otro lado del cruce de caminos. Puedo indicarle el camino si quiere llevarse el coche de Henry.

--¿El coche de Henry?

--Sí. Está a casi seis kilómetros. No es difícil ir a cuatro patas, pero para un humano puede ser una buena caminata.

Peter se inclinó hacia delante, arrugando la nariz.

--¿Qué ocurre?

No ocurre nada. Pero, tal como sospechaba, soy una completa inútil en este lugar. Verás, no puedo. No puedo ver, ¿sabes? Ni conducir. ¿Cómo demonios se supone que voy a poder hacer algo y qué voy a decir...

Se sobresaltó mientras Rose extendía la mano y pasaba sus callosos dedos sobre la piel sudorosa de su brazo. Entonces advirtió que su contacto pretendía confortarla, no compadecerse de ella y no apartó su brazo.

--No puedo conducir --les dijo con la voz tensa por el esfuerzo de impedir que temblara--. No veo bien.

--Ah, es sólo eso --Peter se arrellanó en su asiento. Parecía aliviado--. No es problema. Nosotros la llevaremos. Voy a por las llaves --le ofreció una sonrisa deslumbrante y se dirigió hacia la casa.

¿Ah, es sólo eso? Vicky observó a Peter desaparecer en la cocina y entonces se volvió hacia Rose, que sonreía, contenta de que el problema hubiese sido solucionado. *No los juzgues con estándares humanos.* La frase comenzaba a convertirse en una letanía.

* * *

--...en todo caso, tío Stuart dice que si quiere la madera, es suya.

--Bien, bien. Decidle a vuestro tío que la recogeré cuando pase el calor --Frederick Kleinbein se limpió el sudor del rostro con la palma de su mano regordeta--. Oíd, tengo unas moras tardías que se están

podría porque estoy demasiado gordo y soy demasiado perezoso para recogerlas. ¿Estáis interesados?

Los gemelos se volvieron hacia Vicky, que se encogió de hombros.

--Con tal de que no me pidáis ayuda... Prefiero quedarme aquí a la sombra y charlar con el señor Kleinbein --y resultaba evidente que el señor Kleinbein también ardía en deseos de hablar con ella.

--De modo que --comenzó éste a decir un momento después-- viene de visita desde la ciudad. ¿Hace mucho que conoce a los Heerkens?

--En absoluto. Soy amiga de un amigo suyo. ¿Los conoce usted bien?

--No, bien no --se volvió hacia Peter y Rose, apenas visibles detrás de una fila de arbustos de moras--. Esa familia se mantiene apartada. No es que no sean amigables, sólo distantes.

--¿Y la gente los respeta?

--¿Por qué no habrían de hacerlo? Pagan el alquiler de la granja, los chicos van al colegio --el dedo que agitaba en su dirección parecía una salchicha a medio cocer--. Ninguna ley dice que todo el mundo tiene que ser un animal festivo.

Vicky reprimió una sonrisa. Animales festivos... qué buen concepto.

Entonces el señor Kleinbein se inclinó hacia delante. Su comportamiento indicaba muy a las claras que tenía un secreto.

Aquí viene, pensó Vicky.

--Está viviendo con ellos, así que tiene que saberlo.

Ella sacudió la cabeza, tratando de mantener una expresión vagamente confundida.

--¿Saber el qué?

--Los Heerkens...

--¿Sí?

--... toda la familia...

Ella también se inclinó hacia delante.

--... son...

Las narices de ambos estaban prácticamente en contacto.

--... nudistas.

Vicky pestañeó y recobró su posición. Estaba sin habla.

Frederick Kleinbein se enderezó a su vez y asintió con aire de sabio, mientras sus quijadas se balanceaban de forma independiente, otorgándole aún más énfasis a su revelación.

--Deben de permanecer vestidos por respeto a usted --entonces su rostro entero se curvó hacia arriba en una sonrisa beatífica--. ¿Qué cosas, eh?

--¿Cómo sabe eso? --logró Vicky decir al fin.

El dedo salchicha volvió a menearse.

--Veo cosas. Pequeñas cosas. Son gente cuidadosa, los Heerkens, pero algunas veces se vislumbra un cuerpo. Por eso tienen a esos perrazos, para que les avisen de que viene gente y puedan vestirse --se encogió de hombros--. Todo el mundo lo sabe. La mayoría de la gente dice que el cuerpo es algo malo y tratan de evitar a los Heerkens pero yo... yo digo que a quién le importa lo que cada uno hace en su propia casa --hizo un ademán en dirección a las matas de moras--. Los chicos son felices. ¿Qué otra cosa importa? Además --esta vez la sonrisa vino acompañada de un movimiento decididamente lascivo de sus grandes cejas--, son cuerpo muy bonitos.

Vicky no tuvo más remedio que estar de acuerdo. De modo que la gente de la vecindad creía que eran nudistas, ¿eh? Dudaba que hubiesen sido capaces de crear un camuflaje más perfecto de haberlo pretendido. Lo que la gente cree define lo que ve y era poco probable que la gente que buscaba carne fuera a encontrar piel.

Y es mucho más fácil creer en nudistas que en hombres lobo.

Sólo que alguien, tuvo que recordarse, sintiendo el peso de la segunda bala de plata en el bolso, *no está siguiendo la doctrina oficial*.

* * *

Aunque el jeep de su sobrino seguía en la entrada, el propio Mark no parecía estar por ninguna parte. Carl se sentó en la cocina y apoyó la cabeza sobre las manos, agradecido de estar a solas. El muchacho era el único hijo de su hermana, carne de su carne, sangre de su sangre, y la única familia que le quedaba. La familia debía ser más importante que las opiniones personales.

¿Era un pecado, se preguntó, el que no pudiera encontrar cariño para Mark en su corazón? ¿El qué ni siquiera le gustase demasiado?

Carl sospechaba que su casa estaba siendo utilizada como una especie de refugio. ¿Por qué otra razón habría su sobrino, al que no había visto desde hacía años, aparecido para pasar con él una temporada indefinida? El muchacho --el hombre-- era un pecador, de eso no le cabía duda. Pero también era miembro de su familia y eso

debía pesar más que todo lo demás.

Quizá el Señor había enviado a Mark aquí, en este preciso momento, para que fuera salvado. Carl suspiró y frotó con el pulgar un cerco de café de la mesa. Era un hombre viejo y, en los últimos tiempos, el Señor había requerido mucho de él.

¿Debería preguntarle a Mark a dónde va de noche?

¿Tengo la fuerza necesaria para saberlo?

_____ 7 _____

--Éstos son nuestros campos del sur, ésta es la Reserva, el señor Kleinbein vive aquí y ésta es la casa del viejo Biehn --Peter observó su dibujo con la mirada entornada y entonces trazó otras tres líneas sobre la tierra--. Éstos son los caminos.

--El Camino de la Vieja Escuela está torcido --señaló Rose, asomándose por encima de su hombro.

--Hay una piedra en medio.

--Entonces hazlo aquí... --ella puso en práctica sus palabras, borrando el camino con la mano y trazándolo de nuevo con la punta del dedo--... y evitas la piedra.

Peter bufó.

--El ángulo está mal.

--La verdad es que no. Sigue yendo desde la esquina hacia abajo...

--Hacia abajo pero mal --la interrumpió su hermano.

--¡No lo está!

--¡Sí lo está!

Ambos tenían los labios y los dedos manchados de mora y Vicky se maravilló al comprobar lo rápidamente que podían pasar de adultos a niños y viceversa. Mientras volvían de la casa del señor Kleinbein --quien se había despedido de ella con un par de codazos y guiños discretos, para indicarle que mantuviera los ojos abiertos-- había decidido no contarles que la gente de los alrededores creía que eran nudistas. Todavía no había decidido si se lo mencionaría o no a su tío Stuart; principalmente porque dudaba que le importase.

--¡Tienes que poner el cruce de caminos más arriba! ¡Aquí!

--Qué va.

--¡Claro que sí!

--No importa --les dijo Vicky, poniendo con ello punto final a la discusión. Los licántropos, había advertido mientras los veía dibujar los alrededores sobre una calva del césped, tenían muy escaso sentido para la topografía. Aunque probablemente conocían cada matorral y cada poste de las cercas de su propio territorio, el mapa que Peter había dibujado no correspondía a lo que Vicky recordaba. Frunció el ceño y se subió las gafas--. Por lo que yo recuerdo, el árbol está aquí. Y por aquí salí de los bosques.

--¿Pero *por qué* no volviste sencillamente por el camino por el que habíamos llegado? --preguntó Rose, aún confundida sobre el particular a pesar de todas las explicaciones que le había dado.

Vicky suspiró. Al parecer, los licántropos tenían también un cierto problema para comprender el concepto de *perderse*.

Antes de que pudiese volver a surgir la cuestión del olfato, una pequeña cabeza negra se deslizó por debajo de la mano de Vicky y Sombra apareció a rastras, tratando de enterarse de lo que ocurría.

Peter lo sujetó por el pescuezo y lo arrastró hacia atrás.

--Lárgate. Vas a destrozarlo todo.

--No, está bien --Vicky se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones cortos. La hierba del césped era escasa y había calvas polvorientas por todas partes--. Creo que ya he visto todo lo que necesito aquí --debería estar dentro, haciendo llamadas; aquello no estaba sirviendo de nada.

Sombra se revolvió en los brazos de su primo y, cuando Peter lo soltó, se transformó en un niño pequeño y muy excitado.

--¡Enséñale tu truco a Vicky, Peter!

Peter enrojeció un poco bajo el moreno.

--No creo que quiera verlo, enano.

--¡Claro que quiere! --Daniel se volvió de un salto hacia ella--. Sí quieres, ¿a que sí?

Ella no quería pero era incapaz decirlo frente a tal entusiasmo.

--Claro.

El niño se volvió de nuevo hacia Peter.

--¡Lo ves!

Peter suspiró y se rindió.

--Está bien --extendió el brazo y apartó el mechón de pelo que caía sobre los ojos de Daniel--. Ve y tráelo.

Ladrando furiosamente, Sombra se dirigió corriendo hacia la parte delantera de la casa.

--¿Está hablando cuando hace eso? --se preguntó Vicky en voz alta.

--En realidad no --Rose aguzó el oído en dirección al sonido de los ladridos--. Los ruidos que hacemos en esa forma son como expresar en voz alta las emociones.

--¿Entonces los ladridos de Sombra podrían traducirse como "¡Bien, bien, bien!"?

Los gemelos se miraron y rieron.

--Algo así --admitió Rose.

Sombra regresó corriendo y en silencio, pero sólo, sospechaba Vicky, porque el enorme frisbee amarillo que llevaba en la boca le impedía ladrar. Lo dejó caer a los pies de Peter --parecía bastante mordisqueado-- y se sentó a su lado, jadeando y con aire expectante.

Peter se quitó los pantalones cortos y recogió el disco de plástico.

--¿Preparado? --preguntó.

Sombra meneó toda la parte trasera de su cuerpo.

Con un aire no del todo diferente al de un discóbolo de la Grecia antigua, Peter arrojó el frisbee al aire. Sombra salió corriendo detrás de él y un suspiro más tarde lo hizo Huracán. Mientras sus músculos se tensaban bajo el rojizo pelaje, adelantó al pequeño licántropo, encogió los cuartos traseros y dio un salto con las mandíbulas abiertas, dispuesto para hincar los dientes en el borde del disco.

Pero justo antes de que lo hiciera, un licántropo negro todavía más grande se lo arrebató, cayó al suelo y salió corriendo perseguido de cerca por Sombra y Huracán.

Rose dejó escapar una risilla, le entregó el bañador a Vicky y Nube salió detrás de ellos. Se persiguieron por todo el patio durante unos instantes y luego Nube y Huracán, trabajando como equipo, le cortaron al paso al licántropo más grande y saltaron sobre él. Sombra, sin dejar de ladrar cada vez que recuperaba el aliento, se arrojó en medio de la confusión de cuerpos que rodaban por el suelo.

Un momento más tarde, Nadine apareció en medio de un montón de pelajes de todos los colores, arrojó el frisbee a un lado y sonrió a Vicky.

--¿Preparada para comer?

* * *

--Encontramos unas huellas, a menos de quinientos metros de la casa --las palabras eran un gruñido casi ininteligible. El silencio que

las siguió sólo se mantuvo unos segundos antes de ser respondido con furia.

Nadine atravesó la cocina y agarró el brazo de su marido.

--¿De quién? --demandó-- ¿De quién eran las huellas?

--No lo sabemos.

--Pero el olor...

--Ajo. El rastro apestaba a ajo.

--¿Hace cuánto? --quiso saber Peter.

--Doce horas. Puede que un poco más. Puede que un poco menos --Stuart tenía el pelo erizado y no podía permanecer inmóvil. Cruzaba de un lado a otro la habitación con pasos agitados.

Si Ebon había sido disparado desde aquel árbol del bosque, como todas las pruebas parecían sugerir, quinientos metros y doce horas significaban que el asesino había estado muy cerca de la casa en algún momento de la pasada noche.

--Quizá sería mejor que se quedaran en un hotel de la ciudad, hasta que todo esto haya terminado --sugirió Vicky. Pero al mismo tiempo que las palabras abandonaban su boca, sabía perfectamente cuál sería su reacción.

--¡No! --saltó Stuart al mismo tiempo que se volvía hacia ella--. ¡Este es nuestro territorio y lo defenderemos!

--Pero él no quiere arrebatarnos su territorio --señaló Vicky, alzando a su vez la voz--. ¡Quiere arrebatarnos las vidas! Lléveselos fuera de su alcance, al menos por algún tiempo. ¡Es lo único sensato que puede hacer!

--No vamos a salir corriendo.

--Pero si ese hombre es capaz de acercarse tanto, no podrá protegerlos de él.

Stuart entornó la mirada y sus palabras estuvieron a punto de perderse en medio de su gruñido.

--No volverá a ocurrir.

--¿Y cómo pretende impedirselo? --era peor que discutir con Cellucci.

--Protegeremos...

--¡Pero hasta ahora no han podido hacerlo!

--¡Hasta ahora no había estado en nuestro territorio!

Vicky respiró profundamente. La cosa se estaba descontrolando rápidamente.

--Al menos envíe a los niños lejos.

--¡NO!

La respuesta de Stuart fue explosiva y Vicky se volvió hacia Nadine en busca de ayuda. Sin duda *ella* comprendería la necesidad de poner a los niños a salvo.

--Los niños deben permanecer bajo la protección de la manada -- Nadine sostenía a Daniel, que tenía un aire muy solemne, y le acariciaba el cabello con una mano. Por su parte, el pequeño se apretaba contra su madre.

--Un cobarde con un arma no gobierna a esta manada --Stuart sacó la silla con violencia de debajo de la mesa y se dejó caer sobre ella--. Y sus actos no gobernarán a esta manada. Seguiremos viviendo como vivimos --apuntó a Vicky con un dedo--. ¡Encuéntrelo!

Vicky advirtió que no estaba enfurecido con ella, sino consigo mismo, pues creía estar fallando en su tarea de defender a la familia. Incluso así, la fuerza de su mirada la obligó a apartar los ojos.

--Lo encontraré --dijo, tratando de no resentirse de la intensidad de la cólera del hombre lobo. *Sólo espero poder hacerlo a tiempo.*

* * *

La comida empezó como un asalto; colmillos brillantes desgarraban y destrozaban la carne, sustituto poco satisfactorio de una garganta enemiga. Afortunadamente para la tranquilidad de Vicky, las cosas se calmaron bastante deprisa, pues los licántropos --especialmente los más jóvenes-- eran incapaces de mantener demasiado tiempo cualquier estado de ánimo cuando preocupaciones más importantes, como quién había olvidado sacar la mantequilla del frigorífico o dónde se encontraba exactamente la sal, los distraían.

Toda la familia comía con forma humana y más o menos al estilo humano.

--Les facilita las cosas a los niños cuando tienen que volver al colegio --le explicó Nadine al mismo tiempo que le ponía a Daniel un tenedor en la mano y le sugería que lo utilizara.

El cordero frío que acompañaba a la ensalada era un poco grasiento y no especialmente apetitoso pero Vicky se sintió tan aliviada al ver que había sido cocinado que lo comió con gusto.

--La señorita Nelson ha visitado a Carl Biehn esta mañana --anunció Peter de pronto.

--¿Carl Biehn? --Donald miró a Stuart, cuyas orejas habían vuelto a levantarse, y luego a Vicky--. ¿Por qué?

--Es importante que hable con los vecinos --se explicó Vicky

mientras le devolvía la mirada al macho dominante--. Debo saber lo que pueden haber visto.

--Ese hombre no ha estado por aquí desde hace años --dijo Nadine de forma enfática--. Desde que Stuart lo echó de casa por asustar a las niñas. Jennifer tuvo pesadillas sobre *su* Dios durante meses.

Stuart bufó.

--Dios. Ese hombre no reconocería a un Dios de verdad aunque le mordiera el trasero. Ese viejo idiota es un comehierba.

Vicky pestañeó.

--¿Un qué?

--Vegetariano --tradujo Rose.

--¿Se lo contó él?

--No hacía falta --Stuart rompió un hueso y sorbió el tuétano--. Huele a comehierba.

Donald arrojó una rodaja de pan sobre la mesa y se limpió las manos sobre los muslos desnudos.

--Una vez me abordó en el pueblo para recordarme la maldad que suponía el dar la vida a animales para luego quitársela.

--Conmigo también lo hizo pero le contesté que matar a los animales era más sencillo que comérselos vivos --Peter lanzó al aire un rábano, lo cogió entre los dientes y lo mordió haciendo el máximo ruido posible.

--¡No seas maleducado, Peter! --Jennifer miró a su primo con disgusto, pero éste se limitó a sonreír y continuó devorando su comida.

--No crees que pueda ser el viejo Biehn, ¿verdad, Vicky?
--preguntó Rose con voz tranquila, levantando el tono por encima del nivel de ruido que reinaba en la mesa.

¿Lo creía? Viviendo tan cerca, era posible que Carl Biehn hubiera descubierto el secreto de los hombres lobo y además tenía la oportunidad de acceder al árbol desde el que se habían producido los disparos. Estaba en buenas condiciones físicas para su edad y era indudable que las creencias religiosas habían demostrado más de una vez ser motivo suficiente para el asesinato. Sin embargo, ante la idea de matar había expresado un aborrecimiento que Vicky creía sincero y, aparte de la marca de unas zapatillas que compartía con todo el mundo, no había prueba alguna que lo relacionara con los crímenes. El hecho de que le hubiera gustado, por muy subjetivo que fuera, debía considerarse también. Los buenos policías desarrollan una

cierta sensibilidad hacia ciertos tipos de personalidad que, independientemente de lo bien que se oculten, hacen saltar alarmas subconscientes. Carl Biehn le parecía un ser humano decente y éstos eran raros.

Por otro lado, el otro sospechoso probable era un oficial de policía y Vicky no quería creer que Barry Wu fuera el responsable. Su mirada cruzó la mesa y se posó sobre Colin quien, aunque era más alto que su padre y su tío, seguía siendo un hombre bajo y enjuto y probablemente no hubiera satisfecho los requerimientos de talla algunos años atrás. Parecía alguien que tuviera un cuchillo clavado en el corazón y estuviera dando vueltas lentamente a la hoja. No había dicho ni dos palabras desde que se sentaran a la mesa.

¿Creía entonces que el asesino era Carl Biehn? No. Ni tampoco quería creer que lo fuera el compañero de Colin. Ni tampoco podía descartarlos a ambos por completo, al menos hasta que el responsable fuera descubierto. No obstante, muchas personas tenían acceso al bosque y, a pesar de las estadísticas, los sospechosos más evidentes no siempre resultaban ser los culpables.

Se volvió hacia Rose, que esperaba una respuesta con paciencia de depredador.

--Hasta que consiga más información, Rose, tengo que sospechar de todo el mundo, incluso del señor Kleinbein. Este asunto es demasiado importante como para no hacerlo.

* * *

Después de haber limpiado la mesa por completo de cualquier cosa que se pareciese remotamente a la comida, los licántropos se estaban levantando y se disponían a seguir con sus respectivos asuntos. Donald, que ya se había transformado, se arrastró hasta el porche y se derrumbó en una esquina al abrigo del sol. Sombra, con el permiso de su madre, se había llevado un hueso a un rincón y, sosteniéndolo entre las dos patas delanteras, lo mordisqueaba con insistencia.

Vicky se levantó al mismo tiempo que Colin, pero él se volvió y salió de la cocina sin prestarle la menor atención.

--¡Colin! --incluso Vicky se irguió ante la autoridad que desprendía la voz de Stuart. Colin se detuvo en seco, con los hombros alzados--. Vicky quiere hablar contigo.

Lentamente, Colin se volvió. Sus colmillos brillaban.

--Colin... --Stuart pronunció el nombre con un gruñido sordo y amenazante.

El joven licántropo vaciló un instante y entonces sus hombros cayeron. Con un seco movimiento de la cabeza indicó a Vicky que lo siguiera.

No era una situación cómoda pero tendría que aceptarla tal cual. Lo siguió mientras empezaba a subir las escaleras.

--Hace demasiado calor para salir a dar un paseo, así que hablaremos en mi habitación --dijo sin siquiera volverse--. Así no nos molestarán los chicos.

Dado el sentido de privacidad de los licántropos, Vicky no estaba demasiado segura de eso pero, por lo que a ella se refería, hablarían en el tejado de la casa si eso hacía sentir más cómodo a Colin.

Su habitación era una de las tres que formaban la ampliación construida sobre la leñera y la puerta contigua a la suya era la primera que Vicky veía cerrada en toda la casa.

--Henry --dijo Colin a modo de explicación mientras pasaban--. La cierra desde el interior.

--No es un dormitorio...

--No. Es el cuarto de los trastos, pero no tiene ventanas y si movemos las cosas un poco hay sitio suficiente para una cama plegable.

Vicky apoyó la palma de la mano sobre la madera oscura y se preguntó si podría sentir su presencia en el pasillo y cómo sería el estar allí, tendido en la oscuridad.

No he visto el sol desde hace cuatrocientos cincuenta años.

Suspiró y entró en la habitación de Colin. Él se dejó caer sobre la cama, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y la observó con los ojos apenas abiertos. A pesar de aquella postura aparentemente relajada, cada músculo de su cuerpo respiraba tensión, como si estuviera preparado para luchar o huir. Vicky no estaba segura y tampoco deseaba saberlo.

--Yo también solía llevar los míos a la lavandería --dijo, al tiempo que señalaba con un gesto de la cabeza a la media docena de camisas de uniforme limpias que colgaban de la puerta del baño, metidas todavía en bolsas de plástico. Quitó unos pantalones cortos de una silla y se sentó--. Tenía cosas mejores que hacer con mi tiempo que planchar --se inclinó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas--. De modo que, ¿crees que tu compañero lo hizo? --los ojos de Colin se cerraron un poco más y retrajo los labios

pero antes de que pudiera moverse, ella añadió con tranquilidad--. ¿O quieres ayudarme a demostrar que no lo hizo?

Lentamente, sin dejar que sus ojos la abandonaran un solo instante, Colin se incorporó. Vicky aceptó su intrigado examen con la más neutra de sus expresiones y esperó. Ahora le tocaba a él.

--No crees que Barry lo hiciera --dijo Colin al fin.

--Yo no he dicho eso --apoyó la barbilla sobre el puño--. Pero no *quiero* creerlo y tú eres la persona más indicada para demostrarlo. Por los clavos de Cristo, Colin, empieza a pensar como un policía y no como un... perro pastor --él se encogió--. ¿Tuvo la oportunidad de hacerlo?

Por un momento no estuvo segura de que fuera a contestarla. Entonces él adoptó sobre la cama una postura semejante a la de ella y suspiró.

--Sí. En ambos casos estábamos de servicio. Él sabe dónde está la granja y conoce bien la Reserva. Ayer salimos a las once y pudo fácilmente haber venido después del turno y haber dejado esas huellas.

--Bien, eso es algo en su contra. Y sabemos que posee la habilidad...

--Va a ir a la próxima Olimpiada, así es de bueno. Pero si tiene balas de plata, yo no he podido encontrarlas y, puedes creerme, las he buscado.

--¿Tiene un motivo?

Colin sacudió la cabeza.

--¿Y cómo voy a saberlo? Si él es el responsable, es posible que esté loco.

--¿Lo está?

--¿Qué?

--Loco. Pasas ocho horas al día con ese hombre. Si se ha vuelto loco, deberías haber notado algo --ella puso los ojos en blanco ante la perplejidad de su expresión y utilizó su voz como un garrote--. ¡Piensa, maldita sea! ¡Utiliza tu entrenamiento!

Colin levantó las orejas y su respiración se agitó pero se mantuvo controlado y Vicky pudo ver que estaba pensando. Estaba impresionada por su control. Si un extraño hubiera utilizado ese tono con ella, probablemente hubiera hecho algo estúpido.

Después de un momento, él frunció el entrecejo.

--No lo juraría delante de un tribunal --dijo lentamente--, pero apostaré mi vida a que está cuerdo.

--De hecho, estás apostando tu vida a que lo está --señaló Vicky con voz seca--, cada vez que sales con él de la comisaría. Y ahora que hemos dejado esto claro, ¿por qué no nos concentramos en demostrar que *no* lo hizo?

--Pero...

--¿Pero qué? --le espetó ella. Su actitud comenzaba a cansarla un poco. Se daba cuenta de que estaba en una posición terrible, desgarrado entre su familia y su compañero, pero eso no era razón para que su cerebro dejara de funcionar--. Háblame de él.

--Bueno... eh... los dos fuimos juntos a la Academia de Policía --se pasó la mano por el pelo. El corte al rape acentuaba la forma puntiaguda de su barbilla y sus orejas--. Yo ni siquiera sería policía si no hubiera sido por él y supongo que él no lo sería de no haber sido por mí. Era el único cadete perteneciente a una "minoría étnica visible" y yo era... vaya, lo que soy. Nos apoyamos el uno en el otro para sobrevivir. Cuando nos graduamos conseguimos permanecer juntos... bueno, no es que seamos pareja ni nada parecido...

La reacción de Barry frente a la verdad sobre raza de su compañero no sorprendía a Vicky. En la actitud de "nosotros contra ellos" que el trabajo obliga a adoptar a los agentes de policía, descubrir que uno de "nosotros" era en realidad un hombre lobo era algo que podía tolerarse, al menos de manera individual. La pregunta crucial era, *¿Puedo confiar en mi compañero para que me respalde?*, no *¿Le aulla mi compañero a la luna?* Y ahora que lo pensaba, Vicky había conocido a un buen número de policías que le aullaban a la luna...

--... y la noche que me dispararon...

--Espera un segundo. ¿Qué has dicho?

Colin se encogió de hombros.

--Sorprendimos a un par de macarras durante un atraco. Salieron disparando. A mí me dieron en la pierna. No fue nada importante.

--Te equivocas, te equivocas por completo --Vicky sonrió--. ¿Barry estaba allí?

--Por supuesto que sí.

--¿Te vio sangrar?

--Sí.

--Y probablemente después hablasteis sobre la muerte, sobre que en aquel momento creías que ibas a morir...

--Sí, pero...

--¿Por qué estaría Barry disparando a los hombres lobo con balas

de plata, balas caras, que tendría que hacerse él mismo, arriesgándose a ser descubierto, si supiera que con el plomo le bastaba?

--¿Para alejarnos de la pista?

--¡Colín! --Vicky levantó las manos--. Eso sería lo que haría un loco y tú mismo acabas de reconocer que Barry está cuerdo. Confía en tu instinto. Al menos cuando tienes pruebas suficientes para respaldar lo que te dice.

Colin abrió la boca, volvió a cerrarla y entonces su rostro se iluminó, como si le acabara de ser quitado un gran peso de encima. Se puso en pie de un salto, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido.

Vicky, que había logrado olvidar casi por completo que estaba desnudo, fue de pronto muy consciente de ello. Era posible que los licántropos reaccionaran sexualmente frente a los olores y por tanto que ignoraran a los humanos en ese sentido, pero los humanos poseían una libido de base visual y la de Vicky acababa de hacerse sentir en su entrepierna.

Oh, Señor, ¿por qué a mí?, pensó, mientras dos enormes patas negras se apoyaban sobre sus hombros y una gran lengua rosada recorría vigorosamente su cara.

Después de que Colin hubiera abandonado galopando la habitación para buscar al líder de la manada --necesitaba el permiso de Stuart para poder contarle a Colin lo que estaba ocurriendo-- Vicky pasó la primera parte de la tarde al teléfono, comprobando que el guarda de la reserva estaba, efectivamente, en el norte desde principios de agosto y de que, de hecho, se encontraba allí las dos noches en que se produjeron los asesinatos. Su presencia había sido atestiguada por la clientela completa de un bar. Una vez hecho esto, y después de tachar su nombre de la lista, se cambió de ropa y pidió a Rose y Peter que la llevaran a Londres.

Huracán pasó todo el viaje con la cabeza asomada por la ventanilla, la boca abierta, los ojos entornados a causa del viento y las orejas apretadas contra el cráneo.

Las listas de miembros de los dos clubes de ornitólogos aficionados fueron relativamente sencillas de obtener. No tuvo más que mostrarle al presidente de cada uno de ellos su identificación y decirles que había sido contratada para encontrar a un pariente lejano de un hombre muy rico.

--Todo lo que sé es que alguna vez ha vivido en el área de Londres y que era aficionado a la ornitología. Hay mucho dinero de

por medio.

--¿Pero está buscando a un hombre o a una mujer?

--No lo sé --Vicky fingió enojo--. El hombre está casi demente y eso es todo lo que puede recordar. Oh, sí, también dijo que su pariente era tirador.

Ninguno de los dos presidentes pudo responderle nada sobre esto. Si el asesino era un miembro de sus clubes, no había mencionado su interés por las armas de fuego a sus respectivas directivas.

--Ninguno de ustedes tendrá un primo tercero llamado Anthony Carmaletti, ¿verdad? --Vicky cruzó los dedos mientras lo preguntaba. Si, de hecho, alguno de ellos tenía un primo llamado Anthony Carmaletti, su historia sobre un pariente rico y moribundo se iría al cuerno.

Obtuvo un no definitivo al cabo de una lección de veinte minutos sobre genealogía, un "le preguntaré a mi madre. ¿Podría usted regresar mañana?" y las dos listas que buscaba. Y Cellucci dice que soy una pésima mentirosa. Ja.

--¿Y ahora qué? --preguntó Rose mientras ella volvía a entrar en el coche después de la segunda visita.

--Ahora necesito la lista de miembros del club de fotografía, pero dudo que la Asociación de Jóvenes Cristianos me la entregue sin más y necesito también la lista de propietarios de armas de fuego registradas en la policía, que debería ser algo más fácil de conseguir... --los polis suelen colaborar entre sí--... pero ahora mismo, lo que necesito es hablar con el señor Dixon.

* * *

A primera vista, nadie hubiera dicho que el señor Dixon era el asesino. Era un anciano de aspecto frágil que jamás hubiera podido trepar a lo alto del árbol, por no hablar de llevar consigo un rifle de alta potencia con su mira telescópica.

La visita fue corta pero agradable. El doctor Dixon contó a Vicky historias embarazosas sobre la infancia de Peter y Rose, mientras los dos muchachos, ocupados saqueando su colección de discos, no le prestaban la menor atención.

--Opera --le explicó el doctor cuando Vicky le preguntó qué estaba ocurriendo--. Vuelve locos a todos los licántropos que he conocido.

--¿A todos los licántropos? --preguntó Vicky.

--A todos *los que he conocido* --reiteró el doctor--. La antigua manada de Stuart, en Vermont prefería la italiana, pero es que son lo suficientemente civilizados para permitirse ser selectivos. La mayoría de los demás, al menos en Canadá, especialmente la manada que vive junto al Parque Algonquin y todos los de Mooseane, está enganchada a las retransmisiones de las tardes de los domingos en la CBC.

--¿Cuántas mandas hay exactamente?

--Bueno, las cuatro que acabo de mencionar y por lo menos otras dos en el Yukón, otra en Manitoba septentrional... --frunció el ceño--. ¿Cómo demonios voy a saberlo? Las suficientes para que exista diversidad genética. Aunque en algún momento parecen haber desarrollado un aprecio por la ópera casi endogámico. Nunca tienen bastante. Les he prestado a estos dos muchos discos y --alzó la voz-- de tarde en tarde me los devuelven.

--La próxima vez, doctor Dixon --gritó Peter--. Se lo prometo.

--Claro, claro --murmuró--. Si ese maldito cachorro ha vuelto a mordisquearlos, yo...

--Le rascará detrás de las orejas y le dirá que es adorable --Rose terminó la frase por él mientras entraba en la habitación con media docena de álbumes debajo del brazo--. Como hace siempre.

Mientras se marchaban, Vicky se detuvo en el umbral y observó a Huracán recorrer el césped persiguiendo una mariposa.

--¿Y cuando usted muera? --preguntó al doctor.

Él bufó.

--Me pudriré. ¿Por qué lo pregunta?

--Me refiero a lo que ocurrirá con ellos. No dejarán de necesitar a un médico sólo porque usted haya desaparecido.

--Cuando llegue el momento, se lo contaré todo a la joven doctora que me sustituyó al frente de la consulta --repentinamente se echó a reír--. De joven no sabía si quería ser médico o veterinario. Los licántropos deberían de ser por completo de su agrado.

--No espere demasiado --le advirtió Vicky.

--No meta esa nariz de detective donde no la llaman --le contestó él--. Conozco a la familia Heerkens desde hace años, desde mucho antes que usted naciera. No tengo la menor intención de morirme y dejarlos solos para enfrentarse al mundo.

--No *estarán* solos.

Su tono defensivo hizo sonreír al doctor, pero su voz era suave mientras decía:

--No, no creo que lo estén.

* * *

Jennifer y Marie no se molestaron en presentarse para la cena.

--Compartieron un conejo hace cosa de una hora --explicó Nadine mientras las contemplaba, más allá de la ventana con una sonrisa a la vez cariñosa y triste. Jugueteaban abrazadas la una a la otra y resultaba difícil decir dónde empezaba una forma peluda y dónde acababa la otra.

Colin se había marchado al trabajo hacía ya rato así que sólo eran siete a la mesa. Daniel hizo cuanto estaba en su mano para suplir la ausencia de los tres que faltaban.

Después de cenar, Vicky trabajó un rato en sus notas --impresiones sobre Carl Biehn, Frederick Kleinbein, los ornitólogos aficionados, el doctor, las nuevas huellas aparecidas-- y luego se sentó sin más, tratando de poner en orden los descubrimientos del día. El sentido de todo ello seguía escapándosele. Tenía una serie de detalles y pistas, pero nada que se ajustara de forma definitiva a un patrón claro. La ópera que sonaba de fondo no era de mucha ayuda y las insólitas armonías que añadían las voces de sus anfitriones resultaban, como mínimo, molestas.

De hecho, Vicky podía pensar en muchos otros adjetivos que se les podían aplicar pero, en vez de hacerlo, prefirió ir al estanque con Sombra para ver cómo cazaba ranas. En las actuales circunstancias era mucho más seguro... no sólo para Sombra sino para ella misma.

--No le deje que coma demasiadas --escuchó la voz de Nadine sobre la música mientras se marchaban-- o se pondrá malo.

--No sé por qué, no me sorprende --murmuró Vicky. Pero al final permitió que el muchacho se comiera las dos que había conseguido cazar. Se había esforzado tanto, saltando de un lado a otro mientras ladraba de forma histérica, que le parecía que se las merecía.

De vuelta en la casa, el crepúsculo pareció prolongarse durante horas, mientras los grillos y Pavarotti le ofrecían canciones a dúo a la luz mortecina del sol. La visión de Vicky se fue oscureciendo y el sonido del viento moviéndose entre los árboles se convirtió en el rumor de la muerte que se acercaba silenciosamente a la casa: el crujido de dos ramitas, mientras el cerrojo de un rifle se echaba atrás. Sabía que estaba permitiendo que su imaginación se impusiera al sentido común pero al mismo tiempo esperaba con miedo la detonación que

confirmaría que no se trataba de imaginación. Finalmente, la oscuridad la llevó hasta la mesa de la cocina, donde por lo menos la lámpara del techo le envolvía en un círculo de contornos bruscos en el que podía ver.

De pronto, Donald levantó la cabeza y, mientras su nariz temblaba, anunció:

--Henry ha despertado.

Vicky se quitó las gafas y se frotó los ojos. Era casi la hora. *Uno sabe que ha tenido un día extraño, meditó, cuando espera con impaciencia la llegada de un muerto viviente que sobrevive chupando sangre.*

8

Normalmente, cuando despertaba en cualquier otro lugar que no fuera su cuidadosamente resguardado santuario, le sobrevenía un momento de pánico mientras la memoria luchaba por restablecerse. Aquella noche supo dónde se encontraba incluso antes de que recuperase la consciencia del todo, porque el inequívoco olor de los licántropos saturaba el diminuto cuarto.

Se estiró y permaneció inmóvil un momento. Extendió sus sentidos hasta tocar la vida de Vicky y su hambre se alzó para acompañarse al ritmo de sus latidos. Esta noche se alimentaría.

Mientras Henry bajaba por las escaleras, por toda la granja podía escucharse el *Don Giovanni* de Mozart y, sospechaba, en buena parte de los campos que se extendían a su alrededor. Los sistemas estéreo eran un elemento de la cultura humana que los licántropos habían aceptado de todo corazón. Henry se encogió mientras un contrapunto que Mozart nunca hubiera podido imaginar subía y bajaba vertiginosamente en torno a la voz de la soprano.

Oh, bueno, supongo que podría ser peor. Tuvo que sujetarse para que la entusiasta bienvenida de Sombra no lo hiciera caer. *Podría ser New Kids on the Block.*

Mientras acariciaba con una mano las orejas de Sombra, se detuvo un instante bajo el umbral de la puerta de la cocina para permitir que sus ojos se acostumbraran a la luz. Esperaba, al menos en parte, encontrar a Vicky sentada a la mesa, pero la habitación

estaba vacía a excepción de Donald, que observaba, con los pies sobre la mesa, cómo Jennifer y Mane se las veían con un fregadero lleno de platos. Segundos más tarde, esta sencilla escena doméstica se vio arruinada por la aparición de Sombra, que se abalanzó sobre Mane y frotó una nariz húmeda y fría contra la parte trasera de sus rodillas. Un plato cayó al suelo, rebotó y quedó allí, olvidado, mientras las dos gemelas perseguían a su hermano pequeño hacia el exterior de la casa.

--Buenas noches --gruñó Donald mientras Henry se agachaba para recoger el plato--. Supongo que no conocerás a ninguna cantante de ópera.

Había conocido a una bailarina de ópera una vez, casi doscientos años antes, pero no era exactamente lo mismo.

--No, lo siento. ¿Por qué?

--Porque si conocieras a una podrías traerla aquí --Donald agitó un brazo en el aire, acompañando con su gesto la melodía del *Don Giovanni*--. Sería estupendo poder escuchar esto en vivo, para variar.

Henry estaba a punto de señalar que Toronto no estaba demasiado lejos en coche y que la Royal Canadian Opera Company, si bien no era la Ópera de Viena, sí que tenía sus momentos, cuando tuvo una repentina visión de los licántropos en el estreno, empalideció y decidió preguntar:

--¿Dónde está todo el mundo?

--Parche y Cielo...

Stuart y Nadine, tradujo Henry.

--...han salido a cazar, ignorando las protestas de tu amiga la señorita Nelson. Ya has visto la salida del trío terrible. Colin está trabajando y los otros dos están...

El contrapunto se alzó por encima del solo del tenor y las notas se envolvieron casi las unas a las otras.

--...en el salón, con las cabezas metidas entre los altavoces. Le han sacado un par de viejos discos al doctor, grabaciones de compañías desconocidas que ni siquiera se han editado en CD --se rascó la rojiza mata de pelo del pecho y frunció el ceño--.

Personalmente, creo que el tenor es un poco estridente.

--¿Por qué han ido a ver al doctor? ¿Alguien ha sido herido?

--Todos están perfectamente --la voz de Vicky se alzó detrás de él, desde la puerta del cuarto de baño y su tono añadió *hasta el momento*. Henry se volvió mientras ella continuaba diciendo--. Tenía que hablar con él para asegurarme de que no era el asesino.

--Y ahora estás segura...

--Bastante segura. No es él, ni el compañero de Colin ni tampoco el guarda de la reserva. Desgraciadamente, hay al menos otras treinta y siete personas que salen de excursión de forma regular por los bosques, con binoculares de alta potencia y podría ser cualquiera de ellos. Por no mencionar a un número indeterminado de fotógrafos aficionados a la naturaleza cuyos nombres no he conseguido todavía.

Henry enarcó una ceja y sonrió.

--Parece que has tenido un día muy productivo.

Vicky dejó escapar un bufido.

--Menudo día... --dijo mientras se subía las gafas--. La verdad es que no estoy más cerca que antes de descubrir *quién* lo hizo. Y además, Stuart y Nadine han salido a hacer una de sus correrías nocturnas --su voz traducía la opinión que aquel acto le merecía.

--Son cazadores, ellos...

--Ellos podrían cazar en el supermercado más cercano hasta que todo esto haya terminado --le espetó--. Como el resto de nosotros.

--Es que no son como el resto de nosotros --le recordó Henry--. No puedes juzgarlos...

--¡Vale! Ya me he dado cuenta. Más de lo que me gustaría --suspiró al ver su expresión y sacudió la cabeza--. Lo siento. Es sólo que el comportamiento ilógico me resulta frustrante. ¿Podemos ir a algún sitio a hablar?

--¿Fuera?

Ella lo miró con aire ceñudo.

--Está a oscuras, no podría ver y, además, el campo está a rebosar de bichos. ¿Qué te parece mi habitación?

--¿Y qué te parece la mía? --aunque no era demasiado grande, era el único cuarto de la casa con una cerradura que podía echarse desde el interior. Si comenzaban en su habitación, no tendrían que trasladarse cuando llegara el momento de alimentarse. Sentía que su sangre lo llamaba y el plato que todavía sostenía se hizo pedazos entre sus manos.

--Oh, demonios. Donald, lo siento.

Donald se limitó a encogerse de hombros mientras una sospechosa sonrisa de complicidad se insinuaba en las comisuras de sus labios.

--No te preocupes por eso. La verdad es que por aquí somos bastante duros con los platos.

Dando gracias porque su naturaleza no le permitiera enrojecer --la

rubicunda tez de los Tudor había sido la maldición de sus años mozos-- Henry depositó los pedazos del plato en el cubo de basura y se volvió de nuevo hacia Vicky. Para variar, descubrió que su expresión le resultaba ilegible.

--¿Y bien? --preguntó, buscando refugio en la formalidad.

Unas lámparas de cristal festoneado iluminaban la escalera y la sección original del pasillo del piso superior, pero los licántropos, que podían ver casi igual de bien en la oscuridad, no se habían molestado en añadirlas a la ampliación.

Vicky soltó un improperio y se detuvo en seco entre la luz y las sombras.

--Puede que mi habitación sea mejor, después de todo.

Henry puso el brazo de ella alrededor del suyo y la empujó con delicadeza hacia delante.

--No está lejos --dijo con voz tranquilizadora.

--No seas condescendiente conmigo --le espetó ella--. Me estoy quedando ciega, no senil.

Pero sus dedos se aferraron con fuerza al borde de su codo y Henry sintió que había tensión en sus pasos.

La bombilla de cuarenta vatios que colgaba en el centro mismo del armario que ocupaba Henry --llamarlo habitación hubiera sido una exageración burda-- daba luz suficiente para que Vicky pudiera ver la cara de Henry pero los trastos amontonados por todos lados estaban envueltos en sombras. Colocó la almohada de Henry detrás de su espalda, se apoyó contra la pared y lo observó mientras echaba el cerrojo de la puerta.

Él podía oler el aroma de su deseo.

Se volvió lentamente, mientras su hambre crecía.

--Bueno --ella se quitó las sandalias y se rascó una picadura de mosquito. *No hay nada como ocuparse de una picazón para olvidarse de otra--*. Siéntate y te contaré cómo me ha ido el día.

Henry se sentó. No había mucho más que pudiera hacer.

* * *

--... y así está la lista de sospechosos en este momento.

--¿De verdad crees que podría tratarse de uno de esos ornitólogos?

--O los fotógrafos. Demonios, preferiría que fuera Carl Biehn o su pringoso sobrino, en vez de cualquier excursionista solitario al que

nunca podremos encontrar.

--No crees que sea el señor Biehn...

--Eso es cierto. Es un hombre muy amable --suspiró--.

Naturalmente, no sería la primera vez que me equivocara, así que no lo he borrado por completo de la lista. Pero es que, a estas alturas, sólo he borrado a tres personas de la lista.

--No puedo creerlo --Henry tocó la pierna extendida que había sobre la cama plegable, frente a sí, y comenzó a masajear la pantorrilla, hundiendo los dedos profundamente en el músculo y haciéndolo después rodar entre sus palmas.

Después de un intento poco entusiasta por soltarse, Vicky dejó la pierna donde estaba.

--¿Qué es lo que no puedes creer?

--Que te hayas equivocado alguna vez.

--Sí. Vaya. Me pasa... --tuvo que tragar saliva antes de continuar--... de vez en cuando.

Henry sabía que ahora podía tenerla. Ella le había contado lo que quería y estaba dispuesta. Más que dispuesta; la pequeña habitación casi vibraba al ritmo de sus latidos. Envolvió su hambre con una voluntad de hierro.

--Entonces --después de darle una pequeña palmada en el envés del pie, dejó la pierna a un lado--. ¿Qué es lo que querías que hiciera?

Ella abrió los ojos bruscamente y arrugó las cejas.

Henry esperó, con una expresión de educado interés en el rostro.

Durante un suspiro, Vicky se debatió entre la cólera y la risa. La risa venció y su rostro se iluminó.

--Puedes apostarte junto al árbol que encontré. El viento --y te aseguro que corre mucho por allí-- ha vuelto a cambiar de modo que ahora sopla hacia los campos. Si se presenta alguien con un rifle calibre .30 buscando un objetivo, lo coges y caso cerrado.

--Muy bien --hizo ademán de levantarse pero ella colocó la pierna sobre su regazo, impidiéndole moverse.

--Quieto ahí... y ya puedes ir bajando esa ceja. Si demoramos esto mucho más acabaremos arrancándonos la ropa en la cocina y nos pondremos en evidencia. No quiero que eso ocurra. Esta es una de mis camisetas favoritas. Ahora que ambos hemos exhibido un gran control sobre nuestras naturalezas más básicas, ¿qué te parece si lo declaramos un empate y pasamos a algo más interesante?

--Me parece justo --extendió la mano hacia ella, con el propósito de levantarla en sus brazos en la mejor tradición romántica, pero en

vez de eso se vio atraído con fuerza hacia su boca.

No destrozaron la camiseta pero la dieron un poco de sí.

Al final, él se hizo con el control y, cuando sus colmillos atravesaron la piel de la muñeca de Vicky, ella dejó escapar un grito mientras hincaba los dedos de su otra mano en sus hombros.

Continuó moviéndose mientras él bebía y sólo se detuvo cuando él lamió la diminuta herida para limpiarla y el coagulante de su saliva la cerró.

--Ha sido... asombroso --jadeó un instante más tarde, su aliento cálido sobre la cabeza de él.

--Gracias --el olor salado de la piel de la mujer llenaba su nariz y su garganta y sus pulmones--. Yo mismo estoy bastante asombrado --se revolvió hasta que pudo ver su cara--. Dime, ¿siempre haces el amor con las gafas puestas?

Ella sonrió y lo atrajo hacia sí con un dedo tembloroso.

--Sólo la primera vez. Después de eso, puedo fiarme de mi memoria. Y, para algunas cosas, tengo una memoria fenomenal --se movió para poder sentirlo más cerca--. ¿Siempre estás tan frío?

--La temperatura de mi cuerpo es inferior a la de los humanos. ¿Te molesta?

--Estamos en pleno agosto y esto es un armario sin ventilación. ¿Tú que crees? --las yemas de sus dedos trazaron intrincados dibujos sobre su espalda--. Me encanta tocarte. Me encanta estar aquí.

--A mí también --dijo él--. Pero tengo que irme --lo dijo con dulzura, mientras se ponía en pie y recorría con una mano la sedosa longitud del cuerpo de ella--. Las noches son cortas y si quieres que resuelva este caso para ti...

--Para los licántropos --le enmendó ella mientras bostezaba. Era demasiado madura para reaccionar a comentarios estúpidos como aquél--. Claro, vete. Come y corre --apartó el pie de forma brusca, lejos de su contacto y lo observó mientras se vestía--. ¿Cuándo podemos repetirlo?

--No hasta dentro de algún tiempo. La sangre tiene que renovarse.

--No puedes haber tomado más que unos pocos tragos. ¿Cuánto es algún tiempo?

Mientras se metía la camisa por debajo de los vaqueros, él se inclinó y la besó, chupando un instante su labio inferior.

--Tenemos mucho tiempo.

--Puede que tú sí --murmuró ella--, pero yo estaré muerta dentro

de sesenta o setenta años como mucho y no quiero desaprovechar ni uno solo de ellos.

* * *

El agente de policía Barry Wu miró a su compañero y deseó saber qué demonios estaba ocurriendo. Lo que quiera que hubiese estado molestando a Colin durante las últimas semanas, metiéndose debajo de su piel y retorciéndolo, había dejado de preocuparlo --lo cual era estupendo. Un hombre lobo deprimido no era la mejor compañía que uno podía tener en un coche patrulla-- pero seguía sin contárselo y a Barry eso no le gustaba. Si Colin estaba metido en algún problema, él debía ser el primero en saberlo. Eran compañeros, por el amor de Dios.

--Entonces --recorrió con la mirada la avenida Fellner mientras cruzaban la intersección; todo parecía tranquilo--, ¿todo va bien ya?

Colin suspiró.

--Como te he dicho al comienzo del turno, estamos en ello. Te contaré lo que ocurre en el momento en que Stuart me lo permita --Stuart se había mostrado terriblemente esquivo aquella tarde pero Colin estaba resuelto a buscar al líder de su manada en cuanto acabara su turno para transmitirle las conclusiones de Vicky. Ahora que sus lealtades no tiraban de él en dos direcciones opuestas, cuanto antes pudiese comentar el asunto con Barry, mejor.

--Pero, ¿tiene que ver conmigo? --Barry le dio un codazo.

--No, ya te lo he dicho. Ya no.

--Pero entonces, ¿*tenía* que ver conmigo?

--Mira, ¿no puedes confiar en mí hasta mañana por la noche? Te lo juro, para entonces podré contártelo todo.

--¿Mañana por la noche?

--Sí.

Barry dobló la esquina y cogió la avenida Ashland; en las noches calurosas de verano, bandas de muchachos solían merodear en torno al estadio y a la policía le gustaba vigilar el lugar.

--Está bien, fornicador de cabras. Puedo esperar.

Colin frunció los labios.

--Tienes suerte de estar conduciendo.

Barry sonrió.

--No lo hubiera dicho de no ser así.

Henry permaneció un momento inmóvil, escudriñando el bosque, con una mano apoyada sobre el poste superior de la cerca de cedro. En pleno verano, el bosque rebosaba de vida, lleno de cazadores y presas, tantos que le resultaba imposible diferenciarlos. No podía sentir ninguna vida humana en las proximidades pero no podía asegurar que ello se debiera a su ausencia o al hecho de que las más pequeñas las ocultaban.

¿He cometido un error al alimentarme?, se preguntó. El hambre hubiera aumentado su sensibilidad a la presencia de la sangre. *En realidad*, admitió con una sonrisa, al recordar la imagen de Vicky moviéndose debajo de él, *no creo que tuviera demasiada elección*.

En el pasado, cuando permanecía con los licántropos más de tres días y la necesidad de alimentarse se convertía en algo demasiado intenso, se dirigía a Londres en coche y alquilaba los servicios de una prostituta. No le importaba tener que pagar ocasionalmente. A largo plazo, le resultaba más barato que comprar verduras. Después de un momento de reflexión, decidió no compartir ese pensamiento con Vicky.

La cerca no era una barrera para él y un momento más tarde se movía entre los árboles, silencioso como una sombra, siguiendo el rastro que Vicky había dejado aquella mañana. Una pequeña criatura se cruzó en su camino y entonces, al percibir el olor de un depredador de tal tamaño, se detuvo helada, con el corazón latiendo como un martillo neumático. Henry la sintió escabullirse una vez que él hubo pasado y le deseó buena suerte; lo más probable era que no sobreviviese a aquella noche. Los licántropos habían seguido aquel mismo camino, probablemente de caza, pero hacía ya algún tiempo; su rastro se había desvanecido, dejando tras de sí tan solo algunas trazas allí donde el suelo del bosque retenía algo de humedad.

Se agachó bajo una rama y recogió un solitario cabello dorado de la ramita en la que había quedado prendido. Vicky no se había desenvuelto demasiado bien en el bosque. Las pruebas de ello estaban a su alrededor, por todas partes. Incluso, un tenue rastro de su sangre marcaba buena parte del camino seguido. Viniendo como ella venía de un mundo de cristal y acero, no podía sorprenderlo. Después de poner el cabello a salvo en su bolsillo, siguió adelante, permitiendo que su mente vagara entre los recuerdos mientras caminaba.

* * *

No pretendía haber salido aquella noche pero no había podido conciliar el sueño y lo había tomado por una señal. Se acomodó en el árbol y, mientras aspiraba a bocanadas el cálido aire empapado de aroma a pino, se limpió del rostro un reguero de sudor y contempló el cielo. Las estrellas eran un centenar de joyas brillantes y la luna disfrutaba de la gloria prestada por el sol. Tendría luz suficiente.

Por debajo y detrás de él, alguna criatura caminaba a tientas entre los árboles. Quizá una vaca o una oveja de alguna de las granjas vecinas se había perdido en la reserva. No importaba. Ahora que el viento había cambiado, su único interés yacía en los pálidos rectángulos de los campos que se extendían más allá del bosque. Vendrían a comprobar su ganado y él les estaría esperando.

Con el cañón del rifle posado sobre una rama, apoyó suavemente la mejilla sobre la culata y encendió el visor nocturno. Aquel verano, al descubrir lo que tenía que hacer, había comprado el más sencillo visor infrarrojo que había podido encontrar en un catálogo de Bushnell. Le había costado más de lo que podía permitirse, pero lo consideraba un dinero bien gastado. Tampoco se mortificaba por el gasto continuado que le suponían las baterías de litio, que tenía que reemplazar después de cada misión. Un hombre sólo es tan bueno como el equipo que lleva. Su viejo sargento se había asegurado de que todos los soldados que se encontraban bajo su mando lo recordaban.

Bajo las finas cruces del visor, comenzaron a aparecer los fantasmales contornos de los árboles, interrumpidos aquí y allá por las tenues formas rojizas de pequeños animales. Sin molestarse en encender el emisor, escudriñó los dos campos, pero no encontró nada más que ovejas. Las ovejas eran inocentes. No podían elegir a sus dueños. Entonces volvió su atención hacia los árboles.

Ellos cazaban en la reserva en ocasiones. Quizá esta noche decidieran hacerlo y entonces...

Un destello rojizo entre dos árboles le hizo fruncir el ceño. Era demasiado débil para ser tan grande. No sabía lo que podía ser. Moviéndose lenta y silenciosamente encendió el emisor y recorrió el área con el haz de luz infrarroja. Aunque el ojo desnudo no podía captar diferencia alguna, su visor se iluminó como si acabase de encender un foco de luz roja.

La criatura que acababa de descubrir tenía que ser...

* * *

Con esfuerzo, Henry volvió su atención hacia el bosque. Resultaba infinitamente más placentero recordar el inicio de la noche, pero sabía que debía de estarse aproximando al pino. Levantó la mirada hacia las copas de los árboles...

... y volvió a bajarla con un gruñido mientras un rayo de luz roja pasaba delante de sus ojos.

* * *

--¡Maldita sea! --Mark Williams alzó con mano temblorosa la escopeta de su tío. No sabía lo que era. No le importaba. Tenía pesadillas sobre cosas como aquella, la clase de pesadillas que hacen que te despiertes empapado en sudor, y busques desesperadamente el interruptor de la luz para ahuyentar la oscuridad.

No parecía humano. Parecía peligroso.

Apretó el gatillo.

* * *

La posta se había dispersado lo suficiente como para no hacer verdadero daño al impactar. Pero trazó un patrón de pequeñas heridas en la parte exterior de su cadera y su hombro derechos. La luz había sido una molestia. Esto era un ataque.

Henry había advertido a Vicky de que los de su raza albergaban una bestia mucho más cerca de la superficie que los mortales. Mientras la sangre empezaba a empapar lentamente sus vaqueros, la liberó.

Apenas un suspiro después, un nuevo disparo le acertó en mitad del hombro izquierdo y lo arrojó por los aires dando vueltas. Su cráneo se golpeó con fuerza contra el tronco de un árbol y se desplomó, apenas consciente, sobre el suelo.

Más allá del dolor, más allá del latido de su propia vida en los oídos, creyó escuchar voces, voces de hombres, una casi histérica, la otra serena y sorda. Sabía que era imperativo que escuchara, que averiguara, pero era incapaz de concentrarse. Podía soportar el dolor. Ya había recibido disparos en otras ocasiones y sabía que en aquel preciso momento su cuerpo ya había comenzado a curarse. Luchó

contra las oleadas de gris, tratando de aferrarse a la consciencia, pero era como tratar de conservar arena mientras se le escurría entre los dedos.

Las voces se habían marchado; a dónde, lo ignoraba.

Entonces una mano lo tocó y le dio la vuelta con gentileza. Una voz que conocía dijo con suavidad:

--Tenemos que llevarlo de vuelta a la casa.

--No creo que pueda andar. Ve a buscar a Donald. Pesa demasiado para ti.

Stuart. Reconoció a Stuart. Eso le dio algo con lo que empezar. Para cuando Nadine regresó con Donald, había logrado recomponer sus quebrantados pensamientos y tornarlos una semblanza de razón. Tenía la impresión de que su cabeza era frágil como una cáscara de huevo pero si tenía cuidado, mucho cuidado, podía impedir que el mundo diera demasiadas vueltas.

A pesar de haber sido transportado sin muchos miramientos, los pensamientos de Henry casi se habían aclarado del todo cuando los licántropos llegaron a la casa. Un cierto número de manchones grises seguía ascendiendo desde la hinchazón de la base de su cráneo pero, esencialmente, volvía a ser el mismo.

Pudo ver a Vicky esperando en el porche, escudriñando la oscuridad con aire ansioso. Parecía más débil y vulnerable de lo que nunca la hubiese visto. Mientras Stuart y Donald lo acercaban hasta ella, extendió una mano y le tocó suavemente la mejilla.

Ella frunció el ceño de forma brusca.

--¿Qué coño te ha pasado?

* * *

--¡Por supuesto que te estaba siguiendo! --Mark Williams tomó un nuevo trago de whisky del vaso que tenía en la mano--. Vuelvo pronto de una partida de póquer y me encuentro a mi viejo tío saliendo de casa en mitad de la noche y llevando... --hizo un ademán en dirección el rifle que ahora, desmontado, yacía sobre la mesa de la cocina--... eso, para sólo Dios sabe qué...

--Dios lo sabe, sí --le interrumpió Carl con voz tranquila, mientras pasaba un trapo empapado de aceite por el cañón.

--Estupendo. Dios lo sabe. Pero yo no. Y --dio un golpe con el vaso, ahora vacío, sobre la mesa-- después de lo que acaba de pasar, creo que me merezco una explicación.

Carl miró fijamente a su sobrino un instante y luego suspiró.

--Siéntate.

--Muy bien. Me sentaré --Mark se dejó caer sobre una de las sillas de la cocina--. ¿Qué demonios pretendías cazar ahí fuera y qué era esa cosa que me atacó?

Desde el preciso instante en que el Señor le mostrara lo que se escondía en la granja de los Heerkens y le hiciera saber cuál era su deber, Carl Biehn había temido no tener la fuerza necesaria para cumplir con Sus deseos. Era un hombre viejo, más viejo de lo que aparentaba y el Señor había colocado sobre sus hombros una terrible carga. Jamás hubiera elegido a Mark para ayudarlo a llevar su cruz, pero el Señor seguía misteriosos caminos y aparentemente, su sobrino también había sido elegido. Tenía cierto sentido, supuso, dado que el muchacho era su único familiar vivo y, al apretar el gatillo aquella noche, había demostrado que tenía la fuerza necesaria para participar en la cruzada. Quizá sus pecados quedaran lavados en la sangre de los impíos que la ayudaría a destruir.

Carl tomó su decisión, sacó del bolsillo de su chaleco las tres balas que había preparado y las puso encima de la mesa. Brillaron bajo la luz de la lámpara como diminutos misiles.

--¡Coño! ¡Eso es plata!

--Si

Mark tocó la cabeza de una de las balas con un dedo y soltó una carcajada un poco histérica.

--¿Estás tratando de decirme que cazas hombres lobo?

--Sí.

En el súbito silencio que siguió, el tictac del reloj de la cocina resultó un sonido casi estrepitoso.

El viejo ha enloquecido. Ha perdido del todo la cabeza. Hombres lobo. Está loco.

Y entonces Carl empezó a hablar. Le contó cómo, la pasada primavera, había salido a observar a los pájaros y había presenciado la primera de las transformaciones por accidente. Cómo había espiado hasta descubrir otras. Cómo había reconocido a una criatura del diablo y había comprendido por qué ningún miembro de aquella familia maldita entraba jamás en la casa de Dios. Se había dado cuenta entonces de que aquellas no eran criaturas de Dios sino de Satán, enviadas por el Gran Farsante para propagar la oscuridad por la Tierra. Poco a poco, fue sabiendo lo que tenía que hacer.

Debían ser enviados de vuelta al Infierno. Y debían serlo mientras

estaban en la forma que no era una burla de la imagen de Dios. Debía hacerse en secreto, bajo la protección de la noche, no fuera a ser que el Señor de las Mentiras tratara de detenerlo.

Para su sorpresa, Mark empezó a creerlo. Era la historia más extraña que hubiese escuchado en toda su vida, pero destilaba un innegable aroma de verdad.

--Hombres lobo --murmuró mientras sacudía la cabeza.

--Criaturas del maligno --asintió su tío.

--¿Y tú los estás matando? --*y éste es el tío que dice que comerse una hamburguesa es pecado.*

--Los estoy enviado de vuelta al seno de su impío señor. Nadie puede matar de verdad a un demonio.

--¿Pero los envías utilizando balas de plata?

--La plata es el metal del Señor pues con plata se pagó por la vida de su hijo.

--Jesucristo...

--No blasfemes.

Mark miró el rifle, ya limpio y montado y de nuevo a su tío. El hombre era un moralista chiflado, cosa que no podía olvidarse. Un moralista chiflado muy bien armado y con excelente puntería.

--Sí. Lo siento. Entonces... eh... ¿qué era esa cosa que estaba en los bosques esta noche?

--No lo sé --Carl juntó las manos y suspiró--. Le disparé para protegerte.

El sudor empapó la frente de Mark mientras recordaba y su corazón comenzó a agitarse. Por un instante temió que fuera a perder de nuevo el control de su vejiga. Había mirado al rostro de la Muerte aquella noche y nunca podría, no importaba cuánto lo deseara, olvidar la sensación de sus dedos gélidos cerrándose alrededor de su corazón. Aquella experiencia, primaria y aterradora, hacía más fácil creer el resto.

--Era el propio Demonio, venido para cobrarse sus deudas.

Carl asintió lentamente.

--Tal vez, pero si es así, se lo dejaré al Señor.

Para ti es fácil decirlo. Mark se limpió el sudor de las manos sobre los vaqueros. *No era tu garganta la que buscaba.*

--¿Y qué hay de la mujer?

--¿La mujer?

--Sí, esa tal Nelson que anduvo por aquí esta mañana.

--Sólo es una espectadora inocente. No la metas en esto.

Pero Mark recordaba las agujas de pino prendidas en su camiseta y no estaba tan seguro.

* * *

--A esa distancia, un rifle de calibre .30 hubiera debido arrancarte de cuajo el puto hombro --Vicky aseguró el extremo de la gasa y miró con el ceño fruncido su obra--. No me explico cómo pudo desviar tu clavícula un tiro como ese.

La incredulidad que había en la voz de Vicky hizo sonreír a Henry. El dolor había menguado hasta un nivel tolerable y el daño había sido mucho menor del que temía. Supuestamente, debería ser capaz de regenerar un miembro perdido, pero no tenía muchas ganas de probar la veracidad de esa teoría. Una clavícula rota y un pedazo de carne arrancado de lo alto de su hombro eran cosas con las que podía vivir.

--Mi raza tiene los huesos más duros que la tuya --le dijo al tiempo que intentaba flexionar el brazo. Vicky cerró el puño. Parecía dispuesta a utilizarlo, así que se detuvo.

--¿Más duros? --ella bufó--. Son de jodido titanio.

--No exactamente. El titanio se hubiera roto --pestañeó mientras Donald extraía otra posta de su muslo y entonces se volvió de nuevo hacia Vicky--. ¿Te has dado cuenta de que tu lenguaje se deteriora cuando estás preocupada?

--¿De qué coño estás hablando?

--Has proferido más improperios durante la última hora que en todo el tiempo desde que nos conocemos.

--¿Ah sí? --cerró el botiquín con más fuerza de la necesaria--. Vaya, creo que he hecho algo más que soltar tacos, ¿no te parece? No entiendo cómo ha podido ocurrir esto. Se supone que de noche no tienes rival. ¿En qué estabas pensando?

Él no veía razón alguna para mentir.

--En ti. En nosotros. En lo que ocurrió antes.

Vicky entornó los ojos.

--Muy masculino, sí señor. Cuatrocientos cincuenta jodidos años y todavía piensas con las pelotas.

--Esto ya está --Dormid se enderezó y arrojó las pinzas en la palangana, junto a todo lo que había extraído del cuerpo de Henry--. Unas pocas horas de descanso y estarás como nuevo. Algunas de las heridas más profundas ya se están cerrando.

--Eres bastante bueno en esto --señaló Henry, mientras elevaba

un poco la pierna para ver mejor.

Donald se encogió de hombros.

--Practiqué mucho hace veinte o treinta años. La gente de entonces tenía el gatillo fácil y el pelaje no es una gran protección. Solía tener marcas como esas por todo el culo --giró el torso de una manera imposible para una columna vertebral humana y estudió la zona en cuestión--. Parece que ya han desaparecido --recogió la palangana y se dirigió hacia la puerta--. Si fueras uno de nosotros, te recomendaría que cambiaras unas cuantas veces para limpiar toda posible infección. O que lamieras las heridas. Pero, claro...

Se encogió de hombros y desapareció.

--¡Ni siquiera te lo iba a pedir! --protestó Henry al ver la mirada feroz que Vicky le dirigía.

--Me alegro --lamer heridas de escopeta. ¡Ja! No pudo mantener la mirada de enfado. Se convirtió en una sonrisa y entonces, al caer en al cuenta de otro problema, en una mueca de preocupación--. ¿Vas a necesitar alimentarte de nuevo?

Él sacudió la cabeza y lo lamentó casi al instante.

--Puede que mañana. Esta noche no.

--Después del ataque del demonio, tuviste que alimentarte inmediatamente.

--Créeme, después de aquello me encontraba mucho peor que ahora.

Vicky posó la mano con suavidad sobre la extensión plana del estómago de Henry, justo por debajo del ombligo, allí donde comenzaba a aparecer el pelo rojizo-dorado. Fue un movimiento íntimo, sin llegar a resultar abiertamente sexual.

--¿Podrás alimentarte mañana?

Él cubrió la mano con la suya.

--Ya veremos.

Ella asintió, si no satisfecha, al menos dispuesta a esperar. El deseo que sentía resultaba embarazoso y esperaba con todas sus fuerzas que las vibraciones vampíricas de Henry fueran las responsables. Unas hormonas sobreexcitadas eran lo último que necesitaba en este momento.

--Me asombra que hayas conseguido sobrevivir durante cuatrocientos cincuenta años, ¿sabes?; primero el demonio y ahora esto. Y sólo en cinco meses de nada.

--Puede que no me creas pero hasta que te conocí llevaba la vida apacible y aburrida de un escritor de novelas románticas.

Ella alzó las cejas y sus gafas se deslizaron hasta la punta de su nariz.

--Oh, bueno, está bien --admitió él--. La vida nocturna era un poco mejor, pero esta clase de cosas no me ocurrían nunca.

--¿Nunca?

Él sonrió mientras recordaba, aunque, en su momento, el suceso había sido cualquier cosa menos divertido. Una mujer --bien, bien, su preocupación por una mujer-- había sido también la responsable de aquel desastre.

--Bueno, quizá alguna vez...

* * *

Su rodilla derecha se había inflamado hasta el doble de su tamaño normal y apenas lograba sostenerlo. Un golpe afortunado del martillo del herrero le había acertado en un lado de la articulación. Un hombre no hubiera vuelto a caminar. Henry Fitzroy, vampiro, se había levantado y había escapado corriendo pero la lesión y el dolor le impedían superar el paso de un mortal.

Oía a los perros. Estaban cerca.

Debiera haber sentido la trampa. Debiera haber oído o visto u olido a los hombres que lo esperaban en los rincones oscuros de la habitación. Pero había estado tan ansioso por alimentarse, tan ansioso por perderse entre los brazos de su pequeña Mila que no sospechó nada. Nunca hubiera podido sospechar que la pequeña Mila, la de la dulce sonrisa, los muslos tersos y la sangre caliente había confesado su pecado al sacerdote y éste había alzado en armas la aldea.

La presencia de un vampiro pesaba más que la santidad del confesionario.

Los perros le estaban ganando terreno. Detrás de ellos venían las antorchas y las estacas y la muerte definitiva.

Si no hubieran tenido tanta fe en su cruz, lo hubieran capturado. Sólo el herrero había tenido la presencia de ánimo necesaria para atacarlo mientras rompía el círculo y se abalanzaba hacia la puerta.

Su pierna se dobló y un fuego blanco recorrió todo su cuerpo. Sintiendo los estrepitosos latidos de su propia sangre en los oídos se aferró al tronco de un árbol, desesperado por permanecer en pie. No podía abandonar. No podía detenerse.

Duele. Oh Dios, cómo duele..

Los perros se estaban acercando.

No podía morir de aquella manera, no después de apenas un siglo de vida; cazado de noche, como una bestia salvaje. Sus costillas se apretaron en torno a su acongojado corazón como si ya pudiesen sentir la presión final de la estaca.

Los perros casi estaban sobre él. La noche se había reducido a sus aullidos y el dolor.

No vio el acantilado.

Apenas le faltó la distancia de una plegaria para chocar contra las rocas de la orilla y entonces el mundo comenzó a dar vueltas y él estuvo a punto de ahogarse antes de que lograra arrastrarse de vuelta al aire. Incapaz de combatir la fuerza de la corriente, se entregó a ella. Afortunadamente, era primavera y el río bajaba profundo. La mayor parte de sus colmillos estaban sumergidos a más de un metro de profundidad. La mayor parte. No todos.

Justo antes del alba, Henry logró ganar la orilla y escondió su cuerpo lo mejor que pudo en el interior de una estrecha grieta de la roca. Era un lugar húmedo y frío pero la luz del sol no lo alcanzaría allí. Por el momento, estaba a salvo.

Aquellas palabras jamás habían significado tanto.

* * *

--No, señor. El señor Fitzroy jamás ha causado problemas --Greg alzó los hombros y miró a Cellucci directamente a los ojos--. Es un buen inquilino.

--¿Ninguna fiesta salvaje? --preguntó Cellucci--. ¿Ninguna queja de los vecinos?

--No, señor. Ninguna en absoluto. El señor Fitzroy es un caballero muy tranquilo.

--¿Nunca tiene visita?

--Oh, sí, claro que recibe visitas, señor --las orejas del viejo guardia de seguridad ardieron--. Está esa joven...

--¿Alta, pelo corto y rubio, gafas? ¿De unos treinta y pocos?

Su tono hizo pestañear a Greg.

--Sí, señor.

--Ya la conocemos. Siga.

--Bueno, luego está un muchacho, un adolescente, casi adulto ya. Es un poco desaliñado y tiene cierto aire de gamberro. No es la clase de compañía que uno esperaría que alguien como el señor Fitzroy frecuentara.

La presencia del muchacho no suponía una gran sorpresa. Sólo añadía otra pieza al puzzle. Cada vez estaba más cerca.

--¿Eso es todo?

--Por lo que se refiere a las visitas sí, señor, pero...

Cellucci se precipitó sobre su vacilación.

--¿Pero qué?

--Bueno, es sólo que nunca verá usted al señor Fitzroy durante el día. Y cuando le hace alguna pregunta sobre su pasado...

Sí, yo mismo me he hecho algunas preguntas sobre su pasado.

De hecho, las pesquisas sobre Henry Fitzroy habían sacado a la luz más preguntas que respuestas. A Cellucci no le gustaba eso en un hombre y, ahora que comenzaba a ver cómo podían llenarse los huecos, le gustaba todavía menos.

Si Henry creía que podía esconder lo que era, le esperaba una sorpresa desagradable.

* * *

El viejo dormía. Mark podía escuchar sus ronquidos a través del muro que separaba sus dormitorios.

--El sueño de los justos --murmuró, mientras juntaba las manos detrás de la cabeza y contemplaba la gotera del techo.

Aunque había accedido a participar en la guerra santa de su tío -- *un anciano caballero a quien le falta bien poco para estar chiflado*--, no habían dicho nada sobre lo que eso suponía. El hecho de que los hombres lobo fueran o no criaturas del Diablo era un asunto sin importancia para él. Lo más importante es que, aparentemente, eran criaturas que se encontraban fuera de la ley.

Él era un hombre de negocios; tenía que haber un modo de sacar provecho de aquella situación.

Si pudiera capturar a uno de ellos... Conocía a más de una persona dispuesta a comprar una curiosidad como aquella. Desgraciadamente, la idea venía acompañada de un problema. La criatura podía negarse a cambiar --y parecían poseer un control completo sobre el proceso-- arruinando de ese modo toda su credibilidad. Y, en el mundo de los negocios, la credibilidad lo era todo.

--Muy bien, si no puedo sacarles un pavo estando vivos...

Sonrió.

Hombres lobo.

Lobos.

Los lobos muertos tenían pieles.
Llévate también la cabeza y ya tienes la alfombra de un dandi.
La gente siempre está dispuesta a pagar por cosas únicas e inusuales.

_____ 9 _____

--¿Alguien ha visto a Daniel esta mañana?

Jennifer levantó la vista del erizo que estaba tratando de desenredar del pelo de su hermana.

--Salió hacia el camino hace cosa de una hora. Dijo que iba a esperar al cartero.

--Pero si es domingo --Nadine puso los ojos en blanco--. De verdad, ese muchacho tiene un problema con los días de la semana. Peter, ¿te importaría salir a buscarlo? --su tono era a medias una orden y a medias una petición.

Los buenos sargentos solían utilizar el mismo tono, pensó Vicky; quizá los licántropos pudiesen integrarse más fácilmente en la sociedad de lo que pensaba.

Peter se quitó la camiseta y se la arrojó a Rose.

--¿Puedes buscar las llaves del coche mientras estoy fuera?

--Están por aquí --murmuró olisqueando por encima de un montón de papeles--. Lo sé. Puedo olerlas.

--No os preocupéis --dijo Vicky mientras evitaba que una pila de ejemplares de *Granjeros de Ontario*, sostenida en precario equilibrio, cayera al suelo--. Si no las has encontrado para cuando Peter regrese, cogeremos el coche de Henry.

--¿Iremos en el BMW? --Peter se quitó las zapatillas--. ¿Sabes dónde están las llaves?

Vicky sonrió.

--Claro. Me las dio por si necesitaba desplazarme a algún sitio.

--¡Estupendo! --arrojó sus pantalones cortos sobre la cabeza de Rose--. No busques demasiado --le aconsejó a su hermana. Entonces se transformó, salió de la casa y se dirigió a la carrera en dirección al camino.

Mark tenía la intención de pasar en coche junto a la granja. Esperaba toparse con alguno de los supuestos hombres lobo y poder echar un vistazo a su piel pero cuando vio la forma que aguardaba sentada junto al buzón le pareció que Dios le estaba haciendo un regalo.

--Y, como se me ha asegurado, Dios está de nuestro lado.

Así que paró.

No parecía exactamente un lobo pero tampoco parecía exactamente un perro. Aproximadamente del tamaño de un pastor alemán pequeño, se sentaba y lo observaba, con la cabeza ladeada y jadeando un poco a causa del calor. Su pelaje, de un intenso color negro, parecía poseer las características de una piel de lobo, incluyendo aquel tacto suave y sedoso que a las mujeres les encantaba.

Sacó una mano por la ventanilla y chasqueó los dedos.

--Aquí... eh... chico. Ven aquí...

La criatura se irguió, se estiró y bostezó, mostrando el luminoso blanco de los dientes contra el hocico negro.

¿Por qué no se le había ocurrido traer una galleta o una chuleta de cerdo o algo parecido?

--Ven aquí --la pena es que fuera negro; un color más exótico hubiera supuesto un precio más alto.

Y entonces vio un destello rojizo que se acercaba desde el camino. Cuando llegó junto al buzón, se dio cuenta de que el negro debía de ser todavía muy joven. La criatura de color rojizo era mucho más grande y poseía la piel más hermosa que Mark hubiese visto jamás. Su pelo largo y tupido lucía toda una gama de matices, desde un profundo bermejo hasta un tono dorado-rojizo bajo los rayos del sol. Cada vez que se movía, de su cuerpo escapaban nuevos y brillantes destellos. Tanto el hocico como las orejas eran puntiagudos y los ojos se enmarcaban en una piel más oscura, lo que le otorgaba a su cara una expresividad casi humana.

Sabía de gente que pagaría varios de los grandes por una piel como aquella.

La criatura lo estudió un momento, con la cabeza alta, ignorando los intentos del más pequeño por derribarlo. Había algo en su mirada que hizo que Mark se sintiera profundamente incómodo y bajo aquél silencioso examen, se desvaneció cualquier duda que pudiera albergar sobre que aquellas criaturas eran algo más de lo que aparentaban.

Entonces, la criatura dejó de mirarlo y las dos volvieron por el camino en dirección a la casa.

--Oh, sí --murmuró mientras las observaba alejarse--. Acabo de encontrar una fortuna --y lo que era mejor, si las cosas iban mal, el chiflado tío Carl y su misión divina cargarían con todas las culpas.

Antes que nada, haría una visita a Londres para llevar a cabo una pequeña investigación.

* * *

Vicky no tardó mucho en descubrir dónde radicaba el encanto del BMW de Henry; en la parte baja del salpicadero, discretamente lejos del alcance de ojos espías y camuflado un poco más por el acabado negro mate --que lo cubría por completo, incluyendo los botones y la pantalla digital-- había un reproductor de CD de tecnología punta. Estaba dispuesta a admirar la calidad del sonido e incluso a escuchar la disertación entusiasta de Peter sobre altavoces especiales para graves y para agudos y no sé qué estabilizadores internos, pero de ningún modo lo estaba a pasar todo el camino hasta Londres escuchando ópera. Especialmente si los dos licántropos la acompañaban con sus coros.

Finalmente llegaron a un acuerdo y pusieron a Conway Twitty. Por lo que a los hombres lobo se refería, era un pobre sustituto de la vieja y buena ópera, pero era mejor que no tener ninguna música. Vicky podía tolerar el country. Al menos entendía el idioma y Rose estaba dotada, si bien de una manera un poco histérica, para imitar los timbres nasales y la congoja.

Atravesaron el extremo este de la ciudad por la avenida Highbury --Autopista 126-- en dirección a la 401. En cuanto se toparon con tráfico Rose extendió la mano y apagó la música. Para sorpresa de Vicky Peter, reclinado sobre su asiento con la cabeza asomada por la ventanilla, no protestó.

--No vemos del mismo modo que vosotros --le explicó Rose al tiempo que cambiaba con sumo cuidado de carril y adelantaba a un camión de dieciséis ruedas--. Tenemos que prestar mucha más atención cuando conducimos.

--La mayoría de la gente debería prestar más atención cuando conduce --murmuró Vicky--. Peter, deja de darle patadas al respaldo de mi asiento.

--Lo siento --Peter cambió las piernas de posición--. Vicky, me

estaba preguntando... ¿Cómo es que vas a visitar la oficina de la PPO [N. del T: Policía Provincial de Ontario] en domingo? ¿No estará cerrada?

Vicky bufó.

--¿Cerrada? Peter, la policía no cierra nunca, funciona las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Deberías saberlo. Tu hermano es policía.

--Ya, pero en la ciudad.

--La PPO es exactamente igual que cualquier otra policía... salvo en que nadie se dedica a trastear con los colores de los coches --a Vicky le gustaban los antiguos blancos y negros, y nunca había aprobado que la Policía Metropolitana de Toronto cambiara su color por el amarillo y luego por el blanco--. De hecho --continuó--, en algunos lugares es la única policía existente. Con todo, en una calurosa tarde de domingo, en pleno agosto, cualquiera que tenga una buena razón para encontrarse lejos de la comisaría debería estarlo y tendré alguna posibilidad de obtener lo que quiero.

--Pensé que ibas a entrar sin más y preguntarles los nombres de todos los que posean un rifle de calibre .30 registrado --un Chevrolet se cruzó en su camino y Rose frenó y dejó que el otro se alejara la distancia de tres coches mientras murmuraba entre dientes, "Imbécil".

--Y eso es lo que haré. Pero dado que no tienen por qué facilitarme la información, todo dependerá de cómo la pida. Y a quién. Peter dio un bufido.

--Vas a intimidar a algún pobre novato, ¿verdad?

Vicky se subió las gafas.

--Naturalmente que no --se trataba más bien de una sutil combinación del recurso al rango y a la clásica actitud "Todos estamos en esto juntos" que compartían los polis del mundo entero. Ciertamente, ella había dejado de ser una poli, pero eso no debería de afectar al resultado final.

El Cuartel General del Distrito de la PPO, un edificio de ladrillo rojo escondido detrás de un establecimiento llamado la Posada Ramada, se encontraba junto a la 401, en el lado sur de la calle Exidor. Vicky dejó a los gemelos en el coche.

Si siguiera siendo policía, habría funcionado. Desgraciadamente, el que *hubiera sido* policía no bastaba. De hecho, si no hubiese tratado de "intimidar a un pobre novato", podría haber funcionado a pesar de todo, pero la mujer joven y muy nerviosa con la que habló sabía que Vicky no tenía derecho a pedir la información, estuviera o no

"trabajando en el caso" y, con la espalda bien erguida, se lo había hecho saber.

Las cosas hubieran ido mejor con el sargento si Vicky no hubiera perdido los estribos.

Cuando dejó el edificio, la mayor parte de su enfado se dirigía a sí misma. Su boca se había convertido en una línea blanca y apretada y las aletas de su nariz temblaban cada vez que respiraba. Había llevado mal todo el asunto y lo sabía.

Ya no soy policía. No puedo esperar que se me trate como si lo fuera. Cuanto antes me lo meta en la cabezota, mejor para todos. Era una letanía fácil de olvidar allá en Toronto, donde todos la conocían y todavía tenía acceso a muchos de sus antiguos privilegios pero acababa de disfrutar de un desagradable anticipo de lo que podía ocurrir cuando los miembros de la Policía Metropolitana ya no fueran sus antiguos compañeros. Apretó y relajó los puños como si estuviera buscando una garganta que estrangular.

Se dirigió hacia el coche, que aguardaba en solitario esplendor en un extremo del aparcamiento. A cada paso que daba, podía sentir las oleadas de calor elevándose desde el pavimento, pero no eran nada comparadas con el calor que emanaba de ella. *¿Dónde demonios están los gemelos?* Casi esperaba que hubieran hecho algo estúpido para poder desahogarse con ellos. Cuando llegó junto al coche los vio: volvían de la Posada Ramada llevando consigo varias botellas de agua.

Al encontrarse con ella, ambos licántropos la miraron y bajaron los ojos.

--No ha funcionado, ¿verdad? --preguntó Rose con timidez, mirándola de hito en hito. Bajo sus cabellos, tenía las orejas inclinadas hacia delante.

--No. No ha funcionado.

--Hemos ido a por un poco de agua --se explicó Peter. Su postura era idéntica a la de su hermana. Levantó una de las botellas que llevaba--. Te... eh... hemos traído una.

Vicky miró la botella, luego a los gemelos y de nuevo a la botella. Por fin, con un bufido, la aceptó.

--Gracias --estaba fría, lo que era muy de agradecer--. Oh, vamos, tranquilos. No voy a morderos --y entonces se dio cuenta de que quizá ellos podían creer que iba a hacerlo.

La cosa era tan absurda que no tuvo más remedio que reírse.

Los dos gemelos levantaron las orejas y la miraron, aliviados. Si

hubieran estado en sus formas animales, probablemente hubieran empezado a dar saltos; dado que no era así, se limitaron a sonreír y a beber su agua.

Comportamiento dominante sumiso, pensó Vicky mientras apuraba su botella de agua. Eso la preocupaba un poco. Si todos los licántropos, a excepción de la pareja dominante, estaban condicionados para mostrarse sumisos frente a la cólera o las agresiones, podrían tener problemas en el mundo real.

Mientras Rose rodeaba el coche para subir al asiento del conductor, dos jóvenes musculosos que holgazaneaban junto a la Posada Ramada comenzaron a gritar toda clase de obscenidades. Rose bostezó, les dio la espalda y entró en el coche.

Claro que, después de todo, reflexionó Vicky, *quizá no haya de qué preocuparse*.

Arrojó la botella vacía al asiento de atrás, junto a Peter.

--Vamos a comer mientras se me ocurre alguna otra idea brillante.

* * *

A diferencia de muchos otros lugares, Londres había pasado de ser un pequeño pueblo que servía a las granjas circundantes para convertirse en una ciudad de tamaño medio sin perder la dignidad. Mientras conducían por el centro de la ciudad, Vicky aprobaba lo que veía. La planificación urbana había respetado numerosos parques, desde terrenos de varios acres hasta diminutos patios arbolados escondidos en insólitos rincones. El desarrollo había progresado alrededor de los antiguos árboles y, donde esto no había sido posible, se habían plantado otros nuevos. Los cantos de las cigarras podían oírse por todas partes y la ciudad entera parecía tranquila y apacible, como si descansase bajo el sol.

Vicky, que prefería encontrar un poco más de ajetreo en las ciudades, albergaba la sospecha de que el lugar no tardaría más de veinticuatro horas en aburrirla. Aunque negaba con todo énfasis la creencia generalizada entre los habitantes de Toronto de que su ciudad era el centro del universo, no podía imaginarse trabajando o viviendo en cualquier otro lugar.

--El sitio se llama la Casa de los Bistecs de Bob --le explicó Peter mientras Rose dejaba el coche en un aparcamiento pequeño y casi vacío--. En realidad se encuentra en la calle Clarence, pero si aparcamos allí tendremos que meterlo en paralelo.

--Y no somos demasiado buenos en eso --añadió Rose mientras, con un suspiro de alivio, apagaba el motor.

A Vicky le hubiera bastado con un establecimiento de comida rápida --todo lo que necesitaba en aquel momento era un buen aire acondicionado-- pero los gemelos habían insistido en un restaurante "en el que la carne no esté tan muerta".

Apenas habían recorrido una manzana en dirección este desde el aparcamiento, cuando Rose se detuvo bruscamente frente a una pequeña tienda que había en una esquina y exclamó:

--¡Pegatinas de béisbol!

Peter asintió.

--Le encantan.

--¿Se trata de una conversación privada --preguntó Vicky, a ninguno de ellos en particular-- o puede participar alguien más?

--Daniel colecciona pegatinas de béisbol --le explicó Rose. Arrugó la frente--. Nadie sabe muy bien por qué, pero así es. Si le llevamos algunas, se le pasará el enfado por no haberle dejado que nos acompañara.

--Id entrando vosotros --Vicky registró su bolso en busca de las llaves del coche--. No estoy segura de haber cerrado las puertas y voy a volver a comprobarlo.

--Yo cerré la mía --le dijo Peter. Pensó un instante y añadió--. Creo.

--Exacto --gruñó Vicky--. Y no me gustaría tener que decirle a Henry que le cogimos prestado el BMW y que hemos perdido la mitad de las piezas.

Rose señaló con un ademán la vacía calle.

--Pero si no hay nadie por aquí.

--Tengo un carácter suspicaz por naturaleza. Comprad esas pegatinas. Nos reuniremos aquí.

* * *

¿Qué sentido tiene la nueva legislación sobre horarios laborales de los domingos, se preguntaba Mark Williams, si los lugares a los que tengo que ir siguen cerrados? Un país realmente civilizado no debería atentar contra el estilo de vida de un hombre y... ¡Vaya!

Retrocedió rápidamente y se escondió detrás de un enorme y viejo arce. Con una mano apoyada sobre la corteza, se inclinó hacia delante y volvió a mirar. En efecto, era la señorita "No Tengo Nombre

de Pila" Nelson. Creyó reconocer su forma de caminar. Pocas mujeres lo hacían de manera tan agresiva. De hecho...

Frunció el ceño mientras la observaba comprobar las puertas del coche, preguntándose por qué el lenguaje corporal le resultaba tan familiar.

Eh, tiene un BMW. No está mal.

Mientras ella se alejaba del coche, se escondió detrás del árbol. No deseaba que lo viera. Le debía algunos de sus más provechosos negocios a su habilidad para observar y mantener la boca cerrada. Cuando creyó que había pasado el tiempo suficiente, volvió a mirar.

Jesucristo. Es una poli.

Para aquellos que se tomaban la molestia de aprender ciertas señales sutiles, resultaba bastante fácil ganar al juego de encuentra-al-poli. Mark Williams se había tomado mucho tiempo atrás la molestia de aprender aquellas señales. Nunca resultaba perjudicial estar preparado y esta no era la primera vez que esa preparación le resultaba provechosa.

Pero, ¿qué puede estar haciendo con los hombres lobo?, esa es la cuestión. Puede que el viejo tío no haya sido tan listo como cree. Si es amiga de la familia y encima es una poli...

Mientras ella desaparecía en una calle lateral al otro lado del aparcamiento, él abandonó su escondite. No podía saber si ella estaba armada porque, la verdad, podría llevar un cañón en su inmenso bolso sin que nadie se enterara. Pensando furiosamente, se encaminó con lentitud hacia la bocacalle. Si conseguía demostrar que el viejo había estado disparando a los perros de los vecinos, no tendría que sacar a colación el asunto de los hombres lobo. El tío Carl lo haría. Y el tío Carl sería encerrado en un manicomio. Y adiós a su oportunidad de ganar unos miles de dólares.

Ella estaba detrás de algo. Las agujas de pino prendidas en su camiseta el día anterior demostraban que había encontrado el árbol y estaba dispuesto a apostar que aquella historia de la muchacha perdida que les había contado entre las flores del viejo no era más que una excusa para echar una ojeada.

Apoyó la mano sobre la carrocería calentada por el sol del BMW. No voy a dejar pasar esta oportunidad.

* * *

Ella no lo apreciaría. Diría que se estaba metiendo en su vida, que

podía cuidar de sí misma y que debía dejar de comportarse como un h.d.p. condescendiente. Mike Cellucci apagó la maquinilla eléctrica y contempló su rostro en el espejo del cuarto de baño.

Había tomado una decisión. Se marchaba a Londres. Y Vicky Nelson podía quejarse hasta que las ranas criaran pelo.

Ignoraba la clase de embrollo en la que Henry Fitzroy podía haberla enredado y la verdad es que no le importaba. Era difícil que ocurriera algo en Londres, Ontario, que Vicky no fuera capaz de manejar... por lo que él sabía, la ciudad no contaba todavía con capacidad nuclear. Pero Fitzroy era harina de otro costal.

Mientras se ponía una camisa de golf limpia por la cabeza, revisó mentalmente cuanto había descubierto sobre aquel escritor de novelas románticas de ambientación histórica. *Novelas románticas e históricas, por el amor de Dios. ¿Qué clase de trabajo es ese para un hombre?* Pagaba regularmente los tiques de aparcamiento, no había recurrido la multa por exceso de velocidad que le había sido impuesta hacía un año y no tenía historial delictivo de ninguna clase. Sus libros se vendían bien, su dinero estaba en el Canadá Trust, pagaba sus impuestos y apoyaba a la Cruz Roja. Poca gente lo conocía y el guarda de seguridad de su edificio lo respetaba y al mismo tiempo lo temía.

Todo aquello era de una perfección insólita pero, en cambio, en la vida del señor Fitzroy faltaban gran parte de los documentos que acompañaban a todo hombre moderno desde el momento mismo de su nacimiento. No las cosas importantes, tuvo que admitir Cellucci mientras metía los faldones de la camisa bajo el elástico de los pantalones, pero las suficientes para hacer saltar las alarmas. No podía indagar más profundamente, no sin que sus poco éticas razones salieran a la luz, pero al menos podía presentarle a Vicky lo que había descubierto. Ella había sido poli. Ella sabía lo que significaban los vacíos en el pasado de Henry Fitzroy.

Crimen organizado. La policía no solía toparse con él en Canadá, pero el patrón coincidía a la perfección.

Cellucci sonrió. Vicky exigiría una explicación inmediata. Sólo deseaba estar presente para ver a Fitzroy tratando de dársela.

2:15. Sus obligaciones familiares lo retendrían en Scarborough hasta por lo menos las cinco e incluso a aquella hora sus hermanas graznarían si hacía ademán de marcharse. Se estremeció. Dos horas comiendo hamburguesas quemadas, rodeado por una horda de sobrinos y sobrinas chillones, escuchando a sus cuñados discutir

sobre el aumento en las estadísticas criminales y criticando a la policía. Un modo estupendo de pasar la tarde del domingo.

* * *

--Muy bien. Está claro que la parte del rifle en *Club del Rifle y la Caña* se refiere a las armas de fuego y demás pero --Peter, que había logrado convencer a Rose de que lo dejara conducir, sacaba el coche con todo cuidado del aparcamiento--, ¿qué quiere decir lo de la caña?

--No tengo la menor idea --contestó Vicky, mientras extendía el improvisado plano sobre sus rodillas. La servilleta tenía algunas manchas de grasa pero resultaba bastante legible--. A lo mejor dan clase de pesca con mosca o algo parecido.

--¿Pesca con mosca? --repitió Rose--. Una mosca muy obediente tendría que ser esa, la verdad.

Vicky pasó las siguientes manzanas explicando lo poco que sabía sobre insectos y anzuelos. A decir verdad resultó una descripción bastante incompleta. Tampoco fue capaz de responder, cuando se lo preguntaron, por qué unos adultos teóricamente maduros querrían pasarse las horas muertas con los pies sumergidos en agua helada mientras los insectos los devoraban vivos, y todo ello con la esperanza de conseguir, si tenían suerte, algo que cuando era cocinado ni siquiera parecía comida sino que los miraba desde el plato como si acabase de salir del agua. No obstante, estaba dispuesta a admitir que había gente para todo.

Aunque Peter conducía de forma tan meticulosa como Rose, se distraía con más facilidad. Cualquier cosa brillante o en movimiento apartaba su atención de la carretera.

Así que, una vez más, los hombres lobo se rigen por las normas estadísticas, pensó Vicky mientras miraba entornando los ojos a través del parabrisas, y vemos por qué las adolescentes tienen menos accidentes que los adolescentes.

--Está en rojo, Peter.

--Ya lo veo.

Vicky tardó un segundo en darse cuenta de que no estaban frenando.

--Peter..

El muchacho tenía los ojos muy abiertos y mostraba los colmillos. Su pierna derecha se apretaba desesperadamente contra el suelo.

--Los frenos no funcionan.

--¡Mierda!

Y entonces entraron en el cruce.

Vicky escuchó el chirriar de unas ruedas. El mundo se detuvo.

Ella se volvió, vio el camión, demasiado cerca hasta para leer la matrícula y supo que sólo tenían una posibilidad de no ser embestidos. Gritó a Peter que apretara el acelerador y el coche se abalanzó hacia delante. La rejilla delantera del camión cubrió la ventanilla y entonces, con una precisión casi delicada, comenzó a abrirse camino a través de la puerta de atrás. Fragmentos de cristal danzaron en el aire, reflejando la luz del sol en un millón de arco iris de intenso brillo.

El mundo recuperó su velocidad normal mientras los dos vehículos, todo metal destrozado y chirriar de llantas, atravesaban unidos el cruce, dando vueltas. Entonces el BMW chocó contra una farola y el camión se separó. Vicky se enderezó. Había conseguido mantener las gafas en su lugar protegiéndose la cara con las manos. Aliviada, se las subió y entonces alargó el brazo y apagó el motor. Durante un instante repentino de silencio, los latidos de su corazón, martilleando en sus oídos como una sección entera de percusión, fueron todo lo que pudo oír. Entonces, desde lejos, como si alguien estuviese subiendo el volumen, comenzó a escuchar voces, bocinas y, más lejos aún, sirenas. Lo ignoró todo.

Peter tenía la cabeza en el volante, apoyada sobre sus brazos flexionados. Vicky soltó su cinturón de seguridad y le tocó el hombro con suavidad.

--¿Peter?

La mitad inferior de su cara estaba cubierta de sangre pero, hasta donde ella podía ver, provenía de la nariz.

--Los frenos... --jadeó el muchacho--. No... no funcionaban.

--Lo sé --le apretó el hombro con un poco más de fuerza. Estaba empezando a temblar y, aunque nadie podía reprochárselo, aunque nadie hubiera podido reprochárselo a ninguno de ellos, no era momento para la histeria--. ¿Estás bien?

Él parpadeó, recorrió su cuerpo con la mirada y se volvió hacia ella.

--Creo que sí.

--Bien. Desabróchate el cinturón de seguridad y mira a ver si tu puerta se abre --su tono era un eco del que Nadine había utilizado aquella mañana y Peter respondió a él sin hacer preguntas. Dando gracias a los reflejos condicionados, Vicky se subió de rodillas sobre el asiento y se asomó a la parte trasera del coche para comprobar el

estado de Rose.

La puerta trasera se había combado pero todavía se sostenía. La cubierta interior y las piezas dobladas del mecanismo que contenía ocupaban tres cuartas partes del asiento, que se inclinaba violentamente hacia el techo. El parabrisas trasero, roto, había salido despedido hacia el exterior. La ventanilla lateral estaba hecha pedazos. La mayor parte del cristal se había convertido en un millón de diminutos fragmentos pero aquí y allá, desperdigados sobre la tapicería, había algunos trozos de buen tamaño.

Un fragmento triangular de casi veinte centímetros de longitud, clavado en el revestimiento de la puerta, temblaba justo encima de Rose, que había adoptado una posición fetal. Los cristales destellaban sobre sus pálidos cabellos como el hielo en un campo nevado y tanto sus brazos como sus piernas estaban cubiertos por numerosos cortes superficiales.

Vicky alargó el brazo y arrancó de un tirón la daga de cristal. Un BMW de 1976 no tenía cristales plásticos de seguridad.

--¿Rose?

Ella se movió con lentitud.

--¿Ya ha terminado?

--Ha terminado.

--¿Estoy viva?

--Lo estás --pero no lo estaría si hubiera estado sentada en el otro lado del asiento.

--Peter...

--Está bien.

--Quiero aullar.

--Más tarde --le prometió Vicky--. Ahora, quita el seguro de tu puerta para que Peter pueda abrirla.

Mientras Peter ayudaba a su hermana a salir del asiento trasero, Vicky trepó por encima de la palanca de cambios y del asiento del conductor, arrastrando su bolso detrás de sí. Cuando estuvo fuera, lo colocó sobre su hombro. Su familiar peso era algo tranquilizador en medio de aquel caos. Una pequeña multitud se había reunido a su alrededor y más coches se detenían a su alrededor a cada momento que pasaba. Uno de ellos pertenecía a la policía de Londres y se escuchaban más sirenas aproximándose.

Mientras los gemelos, que no habían sufrido daños de importancia, se consolaban mutuamente, Vicky rodeó el coche para comprobar el estado del conductor del camión. Tenía un profundo

corte sobre el ojo izquierdo, que derramaba sangre sobre su mejilla y el lado derecho de su cuello mostraba una fea quemadura causada por la fricción de la correa del cinturón de seguridad.

--Dios, señorita --gimió mientras ella llegaba a su lado--. Mire mi camión --a pesar de que el enorme parachoques había absorbido la mayor parte del impacto, la rejilla se había hundido en el radiador--. Si casi ni había empezado a pagarlo. Mi mujer me va a matar --alargó un brazo y tocó suavemente el único faro que quedaba entero--. Alógeno de cuarzo. Setenta y nueve pavos cada uno.

--¿Está todo el mundo bien?

Vicky supo lo que vería antes de volverse; ella misma había utilizado un tono idéntico en más de una ocasión. El agente de la Policía de Londres era un hombre entrado en años, de pelo cano, con un bigote reglamentario y una expresión neutra no menos reglamentaria. Su compañero, más joven, se encontraba con los gemelos y los dos hombres de uniforme del segundo coche se estaban ocupando de organizar el tráfico y controlar a la muchedumbre. Pudo oír que Peter empezaba a balbucear algo sobre el fallo de los frenos y decidió dejarlo estar por el momento. Un poco de histeria contribuiría a convencer a los agentes de que estaba diciendo la verdad. A menudo, la gente solía creer que quienes se mostraban demasiado calmados tenían algo que esconder.

--Por lo que creo --dijo--, todos estamos bien.

El agente alzó las cejas.

--¿Y usted es?

--Oh. Lo siento. Vicky Nelson. Era detective en la Policía Metropolitana de Toronto hasta que empecé a perder la vista --ni siquiera le dolió decirlo. Tal vez había sufrido un shock--. Yo iba en el BMW --extraño el carné de identidad y se lo entregó.

--¿Era usted la que conducía?

--No. Peter.

--¿El coche es suyo?

--No. De un amigo. Nos lo había dejado para todo el día, cuando Peter intentó pararse delante del semáforo, los frenos no funcionaron y no pudimos detenernos --hizo un ademán en dirección a camión--. No tuvo la menor posibilidad de esquivarnos.

--Aparecieron justo delante de mí --dijo el conductor del camión, mientras se limpiaba la sangre de la mejilla--. Casi no había empezado a pagarlo. Y ahora tendré que pintar de nuevo todo el frontal --suspiró profundamente, haciendo subir y bajar su barriga--. Mi mujer me va a

matar.

--¿Han tenido algún problema con los frenos anteriormente?

--Paramos al comienzo de la carretera sin el menor... --su voz tembló ligeramente--... problema.

--Creo que sería mejor que se sentara --la mano del agente estaba alrededor de su codo.

--Estoy bien --protestó Vicky.

Él sonrió con amabilidad.

--Tiene un moratón del tamaño de un huevo de ganso en la sien. Aun a riesgo de equivocarme, yo diría que no está del todo bien.

Vicky se tocó ligeramente la sien y una lluvia de estrellas blancas y brillantes estalló en su cabeza desde las yemas de sus dedos. De pronto, le dolía. Mucho. Le dolía todo el cuerpo. Y no recordaba cuándo o cómo se lo había hecho.

--Me estoy volviendo demasiado vieja para esta mierda --musitó mientras dejaba que el agente la condujera hasta un lado de la carretera.

--Dígamelo a mí --con suavidad, la ayudó a tomar asiento sobre el bordillo--. Quédese aquí sentada un minuto. Me encargaré de que la gente de la ambulancia la examine.

Todo parecía encontrarse a diez centímetros de donde debiera.

--Creo --dijo lentamente-- que eso no sería mala idea. La documentación sobre el propietario, el seguro, todo está en la guantera.

El agente asintió y se dirigió hacia el coche. Vicky dejó de prestarle atención a las cosas un momento.

Cuando el personal de la ambulancia sugirió que debía ir al hospital, no se resistió demasiado. Simplemente sacó el teléfono del doctor Dixon de su bolso, pidió que lo llamaran de inmediato e insistió en que Rose y Peter la acompañaran. Los agentes, que no habían tardado en reconocer el parecido existente entre aquellos gemelos y uno de sus compañeros, ignoraron las protestas de los ambulancieros y ayudaron a los tres a subir al compartimiento trasero de la ambulancia.

--No les vamos a acusar de nada --le dijo a Vicky el agente de más edad al tiempo que le entregaba la tarjeta de un servicio de grúas--. Pero haremos que un mecánico examine esos frenos. Éste es el taller al que van a llevar el coche.

Vicky asintió cuidadosamente y guardó la tarjeta en su bolso.

Mientras la ambulancia se marchaba, el conductor de la grúa

contempló el BMW, ahora convertido en chatarra, y sacudió la cabeza.

--Suerte que no conducían uno de fabricación nacional.

* * *

--Huracán ¡Huracán!

Huracán obsequió a Nube con un último lametazo frenético y levantó la mirada hacia el doctor Dixon.

--Ve a la cocina y tráeme un vaso de agua, por favor --Vicky hizo ademán de ir a levantarse de la silla pero el doctor se lo impidió con un gesto--. No, quiero que Huracán vaya a por ella. Deja correr el agua hasta que salga fría. Si hay hielo en el refrigerador, me pones un poco en el vaso.

Golpeteando con las uñas contra el suelo de madera, Huracán abandonó la habitación. El sonido continuó hasta el fondo del pasillo y entonces cesó. Vicky supuso que se había transformado. Nube, el pelaje formando húmedos pinchos a causa de los lametazos de Huracán, se sacudió vigorosamente y luego apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y cerró los ojos.

El doctor Dixon suspiró.

--Ya está muy cerca --dijo a Vicky con voz suave-- y su gemelo empieza a notarlo.

Vicky frunció el ceño.

--¿Qué es lo que está muy cerca?

--Su primer celo. Imagino que lo enviarán lejos tan pronto como este problema esté solucionado. Sólo espero que no sea demasiado tarde.

--¿Demasiado tarde? --repitió Vicky mientras recordaba que Nadine le había mencionado el asunto la mañana del sábado.

--Normalmente suele ocurrir a finales de septiembre o principios de octubre. De ese modo, si se produce un embarazo, la criatura o criaturas, nacen a comienzos del verano, lo que asegura un suministro apropiado de comida durante los últimos meses de gestación y los primeros meses de su vida --rió entre dientes--. Los licántropos no nacen con dientes pero los desarrollan muy poco después. Naturalmente, todo esto tenía más sentido cuando vivían exclusivamente de la caza pero las reglas básicas de la biología siguen operando. Gracias a Dios que los cambios del pequeño están ligados a los de la madre durante los dos primeros años.

Vicky posó la mano sobre el brazo del anciano. En el hospital le

habían curado todas las heridas y lo único que le quedaba era un feo moratón, pero le dolía la cabeza y sabía que algo se le estaba pasando por alto.

--Doctor Dixon, ¿qué demonios intenta usted decirme?

--¿Eh? --se volvió para mirarla y sacudió la cabeza--. Lo siento. Soy un viejo. Olvidé que hace muy poco tiempo que usted conoce a los licántropos --su voz adoptó un tono pedagógico, lento y preciso--. Nube se aproxima a la madurez sexual. Su olor está cambiando. Huracán responde a ello. ¿No se ha fijado en la manera en que la estaba lamiendo?

--Pensé que era para consolarla, para limpiarle los cortes.

--Y así era, al menos en parte, pero no me gustaba el cariz que estaban tomando las cosas. Por eso lo envié a la cocina.

--Pero él es su hermano... --protestó Vicky.

--Razón por la cual su familia lo enviará lejos. Ese es el problema de los gemelos. No pueden permanecer juntos durante el primer celo; él podría herirse tratando de llegar hasta ella. Cuando sea más mayor, será capaz de controlar sus impulsos pero la primera vez, que encima lo es para ambos... --el doctor Dixon dejó que su voz se esfumara y sacudió la cabeza.

Permaneció en silencio mientras Peter volvía a entrar en la habitación.

--Te he traído agua también a ti --dijo. Le tendió a Vicky el otro vaso que traía.

Ella se lo agradeció. Necesitaba un trago y el agua estaría bien. Observó atentamente cómo Huracán se dejaba caer junto a Nube, apoyaba su hocico sobre el lomo de ella, suspiraba profundamente y, casi al instante, se sumía en lo que parecía ser un profundo sueño. Para ella todo había tenido una apariencia perfectamente inocente. Miró de soslayo al doctor Dixon. No parecía preocupado, así que aquel debía de ser un patrón de comportamiento aceptable.

El cuadro se arruinó un segundo más tarde cuando, en el exterior de la casa, alguien cerró un coche de un portazo y los dos licántropos se levantaron de un salto y se dirigieron hacia allí ladrando excitadamente.

--Su padre --le explicó el doctor Dixon--. Lo llamé mientras nos marchábamos del hospital. No tenía sentido molestarlo antes de eso y ahora podrá llevarlos de vuelta a la granja.

--¿Saben ellos lo que va a ocurrir? --preguntó Vicky--. ¿Saben que lo van a enviar lejos?

El doctor pareció confundido durante un instante.

--¿Quién? Oh. ¿Huracán y Nube? ¿Peter y Rose? --ella asintió y el doctor suspiró--. Saben, desde un punto de vista intelectual, que eso es lo que ocurre, pero por muy licántropos que sean, siguen siendo adolescentes y no creen que vaya a pasarles a ellos --sacudió la cabeza--. Adolescentes. No hay dinero suficiente en el mundo para hacerme pasar de nuevo por eso.

Vicky alargó el brazo y brindó con él.

--Amén --dijo--. Amén.

* * *

Con el ceño fruncido, Mike Cellucci cerró los dedos sobre el volante. Había salido de la casa de su hermana más tarde de lo esperado y a pesar de ello se sentía afortunado. Nadie le había advertido de que la tía María acudiría a la "pequeña barbacoa familiar", probablemente porque no ignoraban que, de haberlo sabido, se hubiera negado a ir.

--Bueno, Mike, seguro que no esperabas que la Tata viniera sola. Quiero decir, la mujer tiene ochenta y tres años.

Si le hubieran mencionado que la Tata iba a venir, habría ido él mismo a buscarla. Un viaje hasta Dufferin y St. Clair era infinitamente preferible a una tarde en compañía de la tía María. A pesar de sus esfuerzos, le había sido imposible evitarla durante toda la tarde y finalmente había acabado soportando la misma letanía que venía escuchando en la práctica totalidad de sus encuentros desde la pubertad.

--¿Cuándo vas a casarte, Michele? No debes olvidar que eres el último de los Cellucci, Michele. Le dije a tu padre, mi hermano, descanse en paz, que un hombre necesita muchos hijos para perpetuar su nombre pero no me hizo caso. Hijas, tuvo tres hijas. ¿Cuándo vas a casarte, Michele?

Aquella tarde había conseguido no perder los estribos pero sólo a duras penas. Si su abuela no hubiera aparecido en aquel momento...

--Y lo último que necesito ahora es un puto atasco en la maldita 401 --tenía la sirena y la luz en la guantera. El impulso de colocarla en el techo del coche y salir por el arcén para evitar el tráfico del domingo, fue difícil de contener.

Quería estar en Londres antes del anochecer pero no iba a conseguirlo. Si el tráfico no mejoraba, dudaba que estuviera allí antes

de las once. El tiempo no suponía un problema, se había tomado tres días libres, pero quería hablar con Vicky aquella misma noche.

Había llamado a Dave Graham para informarlo sobre el lugar al que se dirigía y había terminado colgando de un golpe el receptor cuando su compañero empezó a reírse a carcajadas.

--Celos --gruñó mientras lanzaba una mirada ceñuda hacia el sol, que se ponía en aquel momento. No tenía gracia. Vicky tenía que saber con qué clase de hombre se estaba relacionando. Hubiera hecho lo mismo por cualquier amigo.

De pronto, se dibujó una sonrisa en su rostro. Quizá debería presentar a Vicky a la tía María; la vieja nunca sabría lo que la había golpeado.

* * *

--¿Por qué estas tan nerviosa?

Vicky dio un respingo, giró sobre sus talones y lanzó a Henry una mirada feroz.

--¡No hagas eso!

--¿Que no haga el qu... Santo Cielo, Vicky, ¿qué te ha ocurrido? -- alargó la mano para tocar el hematoma verde y morado de su sien pero se detuvo al ver que ella se encogía.

--Ha habido un accidente.

--¿Un accidente? --miró a su alrededor. La nariz le temblaba--.
¿Dónde están todos?

--Fuera --Vicky aspiró profundamente y dejó escapar el aire poco a poco--. Decidimos que debería ser yo la que te lo contara --Peter había querido hacerlo pero ella se lo había prohibido; ya había tenido suficiente por un solo día.

Henry frunció el ceño. La voz de Vicky escondía algo extraño que no podía comprender.

--¿Han disparado a alguien?

--No, no es eso --la mirada de Vicky se perdió más allá de la ventana. Aunque el sol ya se había puesto, el cielo seguía conservando un tono azul zafiro--. Los licántropos han estado fuera, patrullando alrededor de la casa. Parece que todo va bien por ahora. No, esto tiene que ver con otra cosa.

--Algo que tiene que ver con... --miró el moratón del rostro de Vicky y ella asintió--... y conmigo.

--Por decirlo de alguna manera. Los frenos del BMW fallaron.

Fuimos... Rose, Peter y yo, fuimos embestidos por un camión. Y el coche... vaya, el coche ha quedado bastante dañado.

--¿Y vosotros tres? ¿Alguien ha sufrido alguna lesión seria?

--Si hubiera sido así --le espetó ella--, tendría cosas más importantes de que preocuparme que de cómo pagarte el coche --se encogió--. Lo siento. He tenido un mal día.

Henry sonrió.

--Uno más --le sujetó la barbilla con la mano derecha y la miró directamente a los ojos--. Entonces, ¿no ha habido ningún herido?

--No. Peter sangró bastante por la nariz y a Rose los cristales le provocaron algunos cortes. Tuvimos suerte --los ojos color avellana del vampiro parecieron casi verdes bajo la luz de la lámpara. Ella podía sentir las manos de él sobre su cuerpo a través de todos y cada uno de sus poros, lo cual resultaba extraño porque, que ella recordara, la barbilla nunca había sido una de sus zonas erógenas. Retrocedió y la mano de él cayó, lacia.

--Tuvisteis *mucha* suerte --asintió Henry mientras sacaba una silla y se sentaba. No estaba seguro de si Vicky respondía a su hambre --sus propias heridas curarían más rápidamente si se alimentaba-- o si era su hambre la que crecía frente a su respuesta pero por el momento prefirió ignorar ambas posibilidades--. Pero no me explico lo de los frenos. Pasé una revisión completa en la primavera y estaban perfectamente. Apenas he utilizado el coche desde entonces.

Vicky se dejó caer en otra silla, a su lado.

--Como es domingo, el taller estaba cerrado. Mañana hablaré con el mecánico --apoyó los codos sobre la mesa y miró a Henry a los ojos--. Te estás mostrando muy comprensivo. Si alguien hubiera destrozado *mi* BMW, estaría furiosa.

--Cuatrocientos cincuenta años de vida te proporcionan una perspectiva diferente sobre las posesiones materiales --se explicó--. Aprendes a no desarrollar lazos de afecto hacia las cosas.

--¿O la gente? --preguntó Vicky en voz baja.

La sonrisa de Henry se torció.

--No. Eso es algo que nunca he conseguido. Aunque, de vez en cuando, hago el intento.

Vicky era incapaz de imaginarse a sí misma contemplando cómo todos aquellos que le importaban envejecían y morían mientras ella tenía que seguir adelante sin tenerlos a su lado y se preguntó de dónde sacaba Henry la fuerza. Lo que hizo que recordara...

--¿Y qué tal te encuentras esta noche? --dio un suave tirón al

cabestrillo que sostenía su brazo izquierdo.

--Con el muslo herido, la cabeza herida y el hombro en pleno proceso de curación --resultaba más frustrante que doloroso. Especialmente teniendo la sangre de ella tan próxima.

--Tendrías que verte cuando pones esa cara.

--¿Qué cara?

--Esa... como si estuvieras escuchando algo.

Los latidos de su corazón. El sonido de su sangre palpitando bajo su piel.

--Será mejor que me vaya.

Ella se levantó con él.

--No, Vicky.

Justo a tiempo recordó que no debía enarcar la ceja.

--¿No, Vicky? Henry, necesitas alimentarte. Yo necesito relajarme. Soy una mujer adulta y si decido que puedo prestarte unos pocos tragos más de mis preciosos fluidos vitales, tus escrúpulos están de más.

Henry abrió la boca, volvió a cerrarla y se rindió. El proceso de curación había consumido todas sus reservas y el apetito era demasiado intenso como para combatirlo. Al menos eso fue lo que se dijo mientras subían las escaleras.

* * *

--¿Cómo te has atrevido? ¿Cómo coño te has atrevido? --Barry Wu no recordaba haber estado tan furioso en toda su vida--. Jodido cabrón hijo de puta, ¡de verdad creíste que podría hacer una cosa como esa!

Colin trataba desesperadamente de no perder la paciencia pero sentía que su propia cólera comenzaba a responder a la de Barry. Aquella noche no había salido de patrulla. Lo habían destinado a servicios especiales y esa era la primera oportunidad que habían tenido de hablar.

--Si te molestaras en escucharme... ¡Te acabo de decir que no creía que hubieras sido tú!

Barry golpeó con la palma el capó de la camioneta de Colin.

--¡Pero tampoco creíste lo contrario! ¡Ha hecho falta una jodida investigadora privada de Toronto para convencerte!

--Tienes que admitir que las pruebas...

--¡Una mierda tengo que admitir! --se alejó unos metros a grandes

zancadas, se revolvió y regresó con idéntica violencia—. Y otra cosa, ¿quién coño te crees que eres para andar registrando mi casa?

--¿Qué? ¿Se supone que me tenía que quedar de brazos cruzados mientras el asesino volvía a actuar?

--¡Habérmelo dicho, joder!

--¡No *podía* decírtelo, joder!

--¡Eh!

Ninguno de los dos había advertido que un coche acababa de detenerse a su lado. Se volvieron simultáneamente, hombro con hombro, adoptaron una posición defensiva e hicieron ademán de sacar sus pistolas.

Que ninguno de los dos lleva. Cellucci enarcó la ceja en un gesto sardónico. *Por suerte para los tres.*

--Podríais buscar un sitio mejor para resolver vuestras diferencias. Dos agentes de la policía gritándose obscenidades en medio del aparcamiento de la comisaría no dan muy buena imagen a los ciudadanos --si no recordaba mal, un sargento le había dicho en una ocasión eso mismo a Vicky y a él.

Ni Colin ni Barry perdieron un momento preguntándose cómo podía un extraño haber sabido que eran policías a pesar de no estar de uniforme. Eran jóvenes. No llevaban demasiado tiempo en el Cuerpo. No eran estúpidos.

--¡Sí, señor! --replicaron al unísono. Al tiempo que, casi, pero no del todo, se ponían firmes.

Cellucci refrenó una sonrisa.

--Estoy buscando a alguien. Una mujer. Se llama Vicky Nelson. Es una investigadora privada de Toronto. Trabaja para los dueños de una granja de ovejas al norte de la ciudad. Me imagino que a estas alturas ya se habrá puesto en contacto con la policía local, como mínimo para buscar información.

Colin se adelantó un paso, tratando de esconder su preocupación detrás de una expresión neutra.

--Discúlpeme, señor pero, ¿por qué la busca? ¿Es que está metida en algún problema?

Diana al primer intento. Probablemente ha conseguido que este pobre muchacho le entregue los informes policiales.

--Soy amigo suyo. Tengo información referente al hombre que la acompaña.

--¿Henry? --la preocupación se hizo visible. Información referente a Henry podía significar problemas.

Barry frunció el ceño al reparar en su tono de voz pero avanzó hacia él, preparado para actuar si Colin lo necesitaba.

--¿Lo conoces?

--Eh... sí, así es --el cambio operado en la voz de Colin sorprendió un poco a Barry y su sorpresa aumentó cuando su amigo continuó--. Soy Colin Heerkens. Henry y Vicky se alojan en la granja de mi familia --y, acto seguido, procedió a darle instrucciones detalladas para llegar hasta su casa. Había una especie de secreto regocijo detrás de la actitud de Colin que hizo sentirse muy nervioso a Barry.

Mientras el coche se alejaba, Colin soltó una risotada y dio a Barry una palmada en la espalda.

--Vamos --abrió de un tirón la puerta de la camioneta y entró--. ¡No puedes perderte esto!

--¿Perderme el qué?

Colin puso los ojos en blanco.

--Joder, Barry, ya sé que tu olfato no vale mucho pero me cuesta creer que no hayas oído eso. Ese tío estaba tan celoso que sólo le faltaba ponerse verde --se inclinó y abrió la puerta del copiloto--. Ya sabes, si aprendieras a descubrir las pistas no verbales serías mejor poli.

--¿Ah sí? --Barry subió a la camioneta--. Y si quisiera ingresar en el cuerpo canino, ya lo habría hecho --se reclinó sobre el asiento y se abrochó el cinturón--. Pero sigo queriendo saber lo que ocurre cuando ese tío llegue a la granja.

--Puede que me equivoque --Colin le obsequió una sonrisa franca mientras salían a la calle--. Pero creo que podría ser interesante.

--Todo esto te parece muy divertido, ¿no es así?

--Todos los humanos me parecen muy divertidos. Ríete un poco.

--Fornicador de cabras.

--Peligro amarillo.

--Supongo que sabes, Colin, que tu tío no se sentirá precisamente encantado cuando descubra que has sido tú el que lo ha enviado a la granja --los dedos de Barry tamborilearon sobre el salpicadero y miró de reojo a su compañero--. Quiero decir... tú familia no debe de tener muchas ganas de encontrarse con extraños en este preciso momento...

Colin frunció el ceño.

--Creo que tienes razón, ¿sabes? Supongo que estaba reaccionando a su olor y a la situación. Tío Stuart me va a arrancar la garganta --respiró profundamente entre dientes--. Debería haberlo

pensado dos veces.

--Ese es tu rasgo menos peligroso --y uno que le impediría ascender; lo mantendría en las calles, de uniforme. Barry dudaba que Colin llegara alguna vez a ser algo más que agente y algunas veces se preguntaba cómo se las arreglaría el licántropo cuando él se marchara.

--Barry, *de verdad* que quería contártelo.

--Ya lo sé. Olvídalo --sabía que Colin lo haría. Los licántropos vivían en el presente. A él le costaría mucho más.

_____ 10 _____

Esto es ridículo. Son las 23:30. Lo más probable es que Vicky esté dormida. Cellucci, sentado al volante de su coche, observaba la oscura mole de la casa. O al menos en la cama. Decidió no seguir adelante con ese pensamiento. Las luces de la cocina están encendidas. Al menos podría asegurarme de que ésta es la verdadera... ¡Jesús!

La cabeza blanca que se asomaba por la ventanilla del copiloto pertenecía al perro más grande que jamás hubiese visto. Parecía en parte un pastor, en parte un malamute y, si no estaba equivocado, juraría que en parte lobo. No parecía enfadado, solamente curioso. Y sus ojos... Incapaz de decidir si los ojos eran tan extraños como le parecía o el cristal los estaba distorsionando de alguna manera, bajó la ventanilla lo suficiente para permitir que el animal metiera la cabeza mientras mantenía la mano sobre la manivela por si se le ocurría tratar de abalanzarse sobre él.

El perro apenas se introdujo un ápice en la cabina pero su hocico negro y húmedo se arrugó una, dos veces, mientras el fresco aire del interior escapaba a la noche.

Los ojos eran de verdad extraños; no era cosa del cristal. Cellucci no estaba muy seguro de cuáles eran las diferencias pero nunca había visto un perro de ninguna clase cuyos ojos parecieran tan humanos.

De improviso, el animal se revolvió y corrió ladrando en dirección a la casa, su pálida forma parpadeando como un negativo contra la oscuridad de la noche.

Cellucci se dio cuenta de que la decisión acababa de ser tomada

por él, así que apagó el motor. Lo habían anunciado. Sería mejor que entrara.

* * *

--Vicky. Vamos. Vicky. Levántate.

Vicky trató de ignorar tanto la voz como la mano que la sacudía delicadamente por el hombro pero a pesar de sus esfuerzos su cuerpo la traicionó y comenzó a abandonar el sueño. Finalmente se rindió, musitó una imprecación y buscó a tientas sus gafas. Unos dedos fríos se cerraron alrededor de su muñeca y guiaron su búsqueda. No se molestó en abrir los ojos hasta que las gafas estuvieron en su lugar. No tenía demasiado sentido, dado que igualmente no hubiese podido ver nada.

Bajo la tenue luz que llegaba del pasillo apenas alcanzaba a distinguir el contorno oscuro de la figura de un hombre. No sólo porque era el único adulto de la casa que solía llevar ropa sino porque su temperatura corporal lo delataba.

--Henry, me halagas pero estoy molida. Piérdete.

Casi pudo oír el humor que contenía su réplica:

--La próxima vez podré hacer una parte mayor del trabajo. Pero no te he despertado por eso. Tenemos visita y creo que será mejor que te levantes.

--¿Qué hora es?

--Las 23:33.

Vicky odiaba los relojes digitales. Sólo los caballos de carreras y los abogados defensores necesitaban controlar su vida al segundo.

--Acababa de quedarme dormida. ¿No puede esperar a mañana?

--Creo que no.

--Muy bien --suspiró y sacó las piernas de debajo de las sábanas--. ¿Quién es?

--El detective sargento Mike Cellucci.

--¿Qué has dicho?

--El detect...

--Ya te he oído la primera vez. Cierra la puerta y enciende la luz.

Él hizo lo que se le pedía al tiempo que se protegía los ojos contra el brusco incremento de la luz.

La ropa que había llevado aquella tarde tendría que bastar. Cellucci la había visto con mucho peor aspecto.

--¿Estás seguro?

--Del todo. Nube examinó el coche cuando paró. Dijo que había oído un arma, así que eché un vistazo rápido. Es Mike Cellucci. Teniendo en cuenta cómo nos conocimos, es poco probable que vaya a olvidarme de su cara.

Vicky no recordaba con claridad cómo se habían conocido Henry y Cellucci pero, considerando que en aquel momento estaba exhausta, desangrándose y a punto de ser sacrificada a un demonio, no resultaba demasiado sorprendente.

--¿Qué demonios está él/ haciendo aquí?

--No lo sé --Henry apoyó al espalda sobre la pared y esperó mientras ella se ponía una camiseta por la cabeza. Entonces continuó--. Pero supuse que querías estar allí cuando lo averiguáramos.

--¿Estar allí? --después de ponerse las sandalias se levantó y se pasó las manos por el pelo en vez de buscar un cepillo--. No hay dinero suficiente en el mundo para hacer que me pierda sus explicaciones. Y como no haya algo muy importante que yo *tenga* que saber inmediatamente --y que me aspen si se me ocurre lo que puede ser-- tendré que decirle algunas palabras.

Henry deseaba vivir otros cuatrocientos cincuenta años, así que se tragó la respuesta que le había venido a la mente.

* * *

--Soy el detective sargento Mike Cellucci, señora. ¿Está Vicky Nelson aquí?

--Sí, está aquí. Henry ha ido a despertarla.

--No hace falta que la molesten --supuso que Henry lo había visto acercándose a la casa y lo había reconocido. *Si es así, debe de tener los ojos de un buho. Yo no podía ver un palmo más allá de mis narices. La niebla es muy espesa*--. Es muy tarde. Ahora que sé que está aquí, puedo volver mañana.

--De ningún modo --la mujer se hizo a un lado y lo invitó a entrar con un gesto--. Ha conducido desde Toronto, no le importará esperar un poco. Ella bajará ahora mismo.

Si habían ido a despertarla, no tenía elección. La única cosa peor que haber hecho que sacaran a Vicky de la cama sena haberlo hecho y no quedarse para explicarle el porqué. Después de guardar la placa y la identificación en el bolsillo, siguió el gesto de la mujer hasta una silla, sin apartar los ojos del enorme perro blanco que lo observaba

desde el otro lado de la habitación. *Esto es ridículo. Una noche más no hubiera supuesto ninguna diferencia. Ya ella no le va a sentar demasiado bien que la despierten.*

Un perro bermejo apareció en la habitación y se sentó junto al blanco. Parecía todavía menos contento de verlo. También parecía más grande pero, considerando el tamaño del primero, a Cellucci le resultaba difícil de creer. Se agitó un poco en su silla.

--¿Qué... eh, clase de perros son?

--Descienden de una raza poco conocida de cazadores de Europa. No creo que haya oído hablar de ella.

--Me recuerdan un poco a los lebreles irlandeses...

--Algo parecido, sí --ella sacó otra silla de debajo de la mesa, se sentó y lo observó con una mirada de curiosidad absorta.

--Me llamo Nadine Heerkens-Wells. Mi marido y yo administramos esta granja. Vicky trabaja para nosotros en estos momentos. ¿Hay algo que yo debería saber, detective?

--No, señora. Este asunto no tiene que ver con usted --de hecho, Cellucci comenzaba a tener algún problema para explicarse la amistad existente entre el hombre que creía que era Henry Fitzroy y esta mujer. Aunque resultaba bastante llamativa desde un punto de vista físico, con su fina nariz y sus rasgos afilados, casi exóticos, la pobreza de cuanto la rodeaba decía pobre basura blanca. El camisón sin mangas que vestía estaba tan arrugado como si acabase de recogerlo del suelo para ponérselo. *Y hay suficientes prendas por todas partes como para vestir a media docena de personas, siempre que no sean demasiado exigentes con el estado de su ropa.* Ningún mueble podía tener menos de diez años, había bolas de pelo en todos los rincones y la cocina en su conjunto transmitía una sensación mugrienta que indicaba que el dinero escaseaba en aquella familia.

Naturalmente, podría ser que dedicaran todo su dinero a la compra de comida para perros.

Escuchó unos pasos en las escaleras, se puso en pie y se volvió hacia la puerta que conducía al salón.

--Muy bien, Cellucci. ¿Se puede saber qué pasa? --Vicky se detuvo apenas a un palmo de distancia de su pecho y alzó una mirada colérica hacia su cara--. Será mejor que alguien se esté muriendo... --su tono añadía, *o alguien va a morir.*

--¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

--¿La qué? Oh, eso. He tenido un accidente de coche esta tarde. Supongo que me golpeé contra el salpicadero --los dedos de su mano

derecha acariciaron el aire sobre la hinchazón verde y morada--. En el hospital dicen que sólo es una contusión. Tiene mal aspecto pero no es nada grave --entornó la mirada y sus gafas se deslizaron nariz abajo a causa del movimiento--. Tu turno.

Henry, de pie junto a la puerta de la cocina, refrenó una sonrisa. Era evidente que Vicky pensaba que Cellucci tenía derecho a ser informado sobre su accidente; mientras se lo contaba, su actitud desafiante había desaparecido de su voz y su postura. En cuanto hubo acabado, regresó.

Cellucci aspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud.

--¿Podemos hablar en privado?

--¿En privado?

Él miró a Henry por encima del hombro de ella.

--Sí. En privado. Ya sabes, como si quisiera hablar contigo a solas.

Vicky frunció el ceño. Había visto aquella mirada con anterioridad. Por decirlo de una manera diplomática, significaba que Cellucci estaba a punto de realizar un arresto. El porqué se dirigía a Henry...

--Salgamos a tu coche.

--Creí que no podías ver en la oscuridad.

--Ya sé qué aspecto tienes --lo tomó del brazo justo por encima del codo y lo empujó hacia la puerta de la cocina al mismo tiempo que se volvía y decía, a nadie en particular:

--No tardaré mucho.

En cuanto hubieron salido de la casa, Peter se estiró y dijo.

--Me pregunto por qué no habrá querido usar el salón.

Henry sonrió.

--¿Donde podrías haber escuchado cada palabra que decían?

--Bueno...

--Creo que Vicky sabe perfectamente lo bien que pueden oír los hombres lobo --caminó hasta la ventana y miró al coche de Cellucci, al otro lado de la oscura extensión de césped--. Y, sin duda, *sabe* lo bien que yo puedo oír.

* * *

--¿Y bien?

Los dedos de Cellucci tamborileaban sobre el volante. ¿Por dónde empezar?

--Tiene que ver con tu amigo, el señor Fitzroy.

Vicky dio un bufido.

--No fastidies...

--El caso es que he hecho algunas averiguaciones sobre su pasado...

--¿Que has hecho qué?

Él ignoró la interrupción y continuó:

--... y he encontrado algunas incongruencias que creo que deberías conocer.

--Y me imagino que debías de tener alguna buena razón para abusar de tus privilegios policiales --la tensión de sus mandíbulas se transmitió a su sien, provocando que el dolor se hiciera más agudo y se extendiera a toda su cabeza pero, a pesar de ello, Vicky no dejó de apretar los dientes. Si Cellucci había descubierto el secreto de Henry, tenía que saberlo y no podía arriesgarse a enzarzarse en una discusión. *Más tarde.*

Cellucci advirtió la rabia sofocada en su voz y pudo ver la tensión de sus labios en el óvalo pálido de su rostro. Ignoraba por qué se estaba conteniendo pero sabía que aquello no duraría demasiado así que sería mejor que utilizara el tiempo que tenía.

--Tus *razones*, Cellucci.

--¿Te parece que lo que ocurrió la pasada primavera no es razón suficiente?

--No. Si acabas de empezar a investigar ahora, no.

--¿Y qué te hace pensar que acabo de empezar a investigar ahora?

Vicky esbozó una sonrisa oblicua. No parecía amigable.

--Conduces de un tirón desde Toronto. Te presentas en una casa extraña a las once y media de la noche, haces que me despierten y me saquen de la cama, ¿y tengo que creerme que tenías esta información desde hace meses? Acepta un delito menor y quizá te rebaje la condena Cellucci, las pruebas están contra ti.

--Mira --se volvió hacia ella--, tu amigo no es lo que tú crees que es.

--¿Y qué es lo que yo creo que es? --aquello no tenía buena pinta.

--Oh, no lo sé --Cellucci se mesó el cabello con ambas manos--. Coño, sí que lo sé. Te crees que es alguna especie de figura literaria exótica, que puede agasajarte y ofrecerte noches románticas a la luz de la luna...

Vicky sintió que su mandíbula inferior caía.

--...pero hay agujeros en su pasado por los que podría pasar un

camión. Todo apunta a una sola respuesta: tiene que estar profundamente implicado con el crimen organizado.

--¿Crimen organizado? --su voz brotó neutra, sin inflexión alguna.

--Es la única explicación para todos los hechos.

Ella balbució. No iba a poder contenerse. No iba a poder contenerse ni un minuto más.

Cellucci se inclinó hacia ella, tratando de leer su expresión. Cuando ella se recuperara de la sorpresa inicial, querría saber lo que había descubierto.

Vicky logró repetir *crimen organizado* una vez más antes de estallar.

Prorrumpió en carcajadas y Cellucci se preguntó si debía abofetearla. Siempre podía utilizar la histeria como excusa.

Finalmente, Vicky logró contenerse.

--¿Estás dispuesta a escucharme? --le preguntó él con los dientes apretados.

Vicky sacudió la cabeza, extendió la mano y apartó el largo mechón de cabello de su frente.

--Dejando aparte tus razones para hacer esto, no podrías estar más equivocado. Confía en mí, Mike. Henry Fitzroy no está metido en el crimen organizado. De ninguna clase, a ningún nivel.

--Te acuestas con él, ¿verdad?

He aquí sus razones. *Eres mía*, resonaba como un eco alrededor de aquella pregunta. Desgraciadamente, ella no podía ocuparse de sus arcaicas percepciones en aquel momento; en potencia, aquello era demasiado peligroso para Henry.

--¿Y qué tiene eso que ver con lo otro?

--Podría hacer que no estuvieras dispuesta a creer...

--¡Y una mierda! Estoy perfectamente dispuesta a creer que tú eres un bastardo chovinista y posesivo y eso que me acuesto contigo --no pudo evitar decirlo.

Él no quería alzar la voz pero sus palabras resonaron por todo el coche.

--Vicky, te estoy diciendo que, antes de un momento determinado, no existe ninguna información sobre Henry Fitzroy... ¿qué demonios ha sido eso?

--¿El qué? --Vicky se asomó por la ventanilla pero no pudo distinguir nada en la oscuridad. Se subió las gafas. No sirvió de nada.

--Algo ha pasado corriendo por ahí. Puede que fuera uno de esos enormes perros. Daba la impresión de estar herido.

--¡Mierda! --estaba fuera del coche y corriendo en dirección a la casa antes de que la última y explosiva "a" hubiera escapado de sus labios. La oscuridad era absoluta a excepción del recuadro de luz que era la ventana de la cocina. *Es una casa grande. ¿Cómo voy a perderme?* Entonces recordó a Henry, la primera noche, advirtiéndola sobre la curva que describía la vereda. Demasiado tarde. Trastabilló, cayó al suelo y sus manos se hundieron en la tierra suelta del jardín.

--Vamos --Cellucci la ayudó a ponerse en pie y la sujetó del brazo con fuerza--. Si es tan importante, yo seré tus ojos.

Entraron a trompicones en la cocina, juntos, justo a tiempo para ver que una enorme forma rojiza se derrumbaba sobre el suelo. El pelo de sus cuartos delanteros estaba teñido de un tono diferente de rojo.

--Demasiado grande para ser Huracán --jadeó Vicky mientras se liberaba de un tirón del abrazo de Cellucci--. Tiene que ser...

Y entonces sus palabras se perdieron mientras los contornos se disolvían y comenzaba a manar la sangre de la herida en las costillas de Donald.

Vicky y Nadine se arrodillaron casi al mismo tiempo junto al licántropo herido. Nadine, que había sacado un botiquín de debajo del fregadero de la cocina, comenzó a juntar con mano experta los bordes desgarrados de la herida y a colocarlos en su lugar.

--Nosotros mismos solemos ocuparnos de la mayor parte de las emergencias --dijo, en respuesta a la silenciosa pregunta de Vicky.

Considerándolo todo, tenía sentido. La presencia del doctor Dixon tenía poco peso frente a una historia entera sin médicos.

--No parece una herida de escopeta --anudaron juntas la venda alrededor del cuello de Donald--. Parece una piedra que hubiera salido despedida de rebote.

Nadine bufó.

--Reconfortante.

--Pensé --gruñó Vicky, sosteniendo a Donald mientras Nadine continuaba vendándolo-- que habíamos quedado en que permaneceríamos lejos de esos campos.

--No es fácil sobreponerse a un imperativo territorial.

--Tampoco es fácil sobreponerse a un balazo del calibre .30.

--¿De qué *coño* estáis hablando? --Cellucci avanzó un paso--. ¿Qué *coño* está pasando aquí?

--Luego, Mike. Me parece que va a necesitar un hospital.

--Creo que tienes razón. ¡Nube!

Para asombro de Cellucci el enorme perro blanco entró galopando en la habitación.

--¿Y qué va a hacer? ¿Llamar al 091?

--Exacto --le espetó Vicky, mientras se subía las gafas con el dorso ensangrentado de la mano.

Henry cruzó la cocina. Alguien iba a tener que ocuparse de Mike Cellucci y, por mucho que deseara que fuera cualquier otro, parecía que esa tarea le correspondía a él. *No hace falta que se preocupe, detective Cellucci. Se trata sólo de hombres lobo.* La coerción sería mucho más segura que cualquier explicación; sacarlo de allí y retorcer su mente hasta que no supiera exactamente lo que había visto.

Desgraciadamente, para cuando Henry hubo recorrido los cuatro metros que lo separaban de Cellucci, la situación había vuelto a cambiar.

Stuart, que había visto el coche de un extraño aparcado al final del camino, había cogido un par de pantalones cortos del granero y se había transformado. Una voz y dos manos podían a veces suponer una diferencia en un enfrentamiento no planeado pero ahora se arrepentía de haber abandonado la forma que tenía colmillos y garras. Un miembro de su manada estaba en el suelo y el olor de la sangre le hizo enseñar los dientes.

--¿Qué ocurre? --gruñó.

--Donald ha sido herido. Vicky piensa que fue una piedra rebotada

--Nadine escupió las palabras sin levantar la mirada.

--¿Cambió?

--Mientras entraba.

Stuart se volvió hacia el extraño con todo el pelo erizado y las orejas apretadas contra el cráneo.

--¿Y éste lo ha visto?

--Sí, éste lo ha visto --la mandíbula de Cellucci sobresalía en un ángulo amenazante--. Y quiero una explicación de lo que he visto y la quiero ahora mismo.

--Cuidado, detective --Henry podía ver que Stuart estaba a punto de estallar y afrontaba la agresión de Cellucci del mismo modo que haría con el desafío de un macho dominante de su propia raza.

--¡No te metas en esto, Fitzroy! --apretando los puños, Cellucci miró a los ojos del hombre que se encontraba junto a la puerta. Ya había soportado demasiado. Los perros *no* se convierten en seres humanos--. Quiero respuestas *ahora*.

El gruñido era una advertencia y una parte antigua y profunda del

cerebro de Cellucci lo reconoció como tal. No le hizo caso.

--¿Y bien? Estoy esperando --no tuvo que esperar demasiado. Su tambaleante visión del mundo terminó de desplomarse mientras unos pulgares se introducían por debajo de unos pantalones cortos, éstos caían al suelo y una enorme bestia negra, toda dientes enfurecidos, se abalanzaba en busca de su garganta. Entonces algo lo apartó de un empujón y Henry y la bestia cayeron al suelo.

Henry había cargado con el hombro sano y logró derribar la forma animal de Stuart. Sin embargo, contando sólo con un brazo, no podría mantenerlo en el suelo sin herirlo. *Al menos su rabia ha cambiado de objetivo...*

Cellucci sabía que ningún hombre podía moverse tan rápido como Henry Fitzroy lo estaba haciendo. La bestia se abalanzaba sobre él y Fitzroy estaba en otro lugar. Al instante. O al menos tan deprisa que no suponía diferencia alguna. Una vez. Y otra. Y otra. Apenas con un latido de diferencia. Y mientras tanto, con cada ataque crecía en salvaje crescendo el gruñido de la bestia enfurecida.

Una danza mortal, advirtió Henry mientras unas mandíbulas se cerraban en el aire, a poca distancia de su cadera. Sabía que incluso con un brazo herido, podía forzar al licántropo a someterse. Era más rápido y más fuerte. ¿Y luego qué? ¿Derrotar al macho dominante y hacerse con el control de la manada? *No gracias*, pensó mientras interpretaban un nuevo movimiento. Pero al mismo tiempo, sentía que su cuerpo comenzaba a responder a los olores y los sonidos y se preguntaba durante cuánto tiempo sería capaz de mantener el control. *Tiene que haber un modo de acabar con esta situación...*

Repentinamente, dejó de ser su problema.

Puesto que Donald seguía tendido en el suelo, el licántropo rojizo que estaba atacando tenía que ser Huracán. Henry se apartó rápidamente mientras las dos criaturas rodaban gruñendo y lanzando dentelladas, se separaban de un salto, daban una vuelta el uno alrededor del otro y volvían a la carga.

¡Ya basta! Cellucci se apoyó sobre una rodilla y sacó la pistola que escondía en el tobillo. No estaba pensando con claridad. No sabía a quién iba a disparar en realidad --*¡Estamos en la cocina de alguien, por el amor de Dios!*-- pero estaba más seguro sintiendo el peso del arma en la mano.

Entonces Huracán dio un aullido y cayó sobre el lomo, con las cuatro patas en el aire y media oreja arrancada. Unos colmillos blancos y alargados se cerraron sobre su garganta.

Cellucci levantó su arma.

Un aullido agudo y penetrante se alzó por encima del caos que reinaba en la habitación y todos se detuvieron, helados, como si hubieran estado jugando a un loco juego de las estatuas. Entonces, casi al unísono, se volvieron. Sombra estaba sentado a la entrada del pasillo, con el hocico apuntando al cielo y su garganta vibraba mientras un aullido de congoja recorría arriba y abajo toda la escala. Se prolongó durante casi un minuto, repicó contra las paredes, reverberó a través de huesos y sangre, imposible de ignorar y entonces se disolvió en una serie de llantos quejumbrosos.

Nadine fue la primera en responder. Dejando a Donald al cuidado de Vicky, atravesó corriendo la habitación y tomó a Sombra en brazos. Él se apretó contra ella y trató de esconder la cabeza bajo su pecho. Ella se la levantó y lo miró ansiosamente a los ojos.

--¿Qué ocurre, cariño? ¿Qué es lo que te pasa?

Animado a hablar y, por consiguiente, a transformarse, Daniel se asomó por encima del hombro de su madre y gimió.

--¡Ese hombre iba a disparar a papá!

Todas las cabezas se volvieron entonces hacia donde apuntaba el dedo extendido de Daniel... todas salvo la de Huracán que, inmovilizado por una de las enormes patas de su tío, se lamía vigorosamente la oreja desagarrada.

Vicky se sentó sobre las rodillas, con una mano suavemente apoyada sobre el grueso vendaje que envolvía el pecho de Donald para comprobar con las yemas de los dedos el subir y bajar de su laboriosa respiración.

--Por el amor de Dios, Cellucci, guarda ese sustituto de falo.

Unas carcajadas desde el otro lado de la puerta exterior fueron la única e inesperada respuesta. Colin y Barry hacían su entrada en la cocina y el primero de ellos estaba diciendo.

--Te dije que nos perderíamos el espectáculo si parábamos a poner gasolina.

--Estoy segura de que vi algo como esto en una película de los hermanos Marx --murmuró Vicky. Sus palabras no iban dirigidas a nadie concreto. Alzó la voz--. Señores, ¿qué les parece si nos tranquilizamos un poco antes de que llegue la ambulancia?

Colin recorrió la cocina con la mirada. Su nariz se agitaba a medida que percibía los diferentes olores y la sonrisa se desvaneció de su rostro al ver el cuerpo tendido sobre el suelo.

--¡Papá! --cayó de rodillas y apartó a Vicky--. ¿Qué le ha ocurrido

a mi padre?

--Una piedra rebotada. El tirador falló.

--¿Está...?

--Tiene al menos una costilla fracturada y algún músculo desgarrado. Ignoro si hay lesiones internas.

--¿Por qué está aquí tirado sin más? ¡Hay que llevarlo a un hospital! --introdujo ambos brazos bajo los hombros de su padre.

Vicky los apartó con suavidad.

--Calma, una ambulancia viene hacia aquí.

--Si te disparan estando en forma humana, *tendremos* que informar de ello --añadió Barry mientras le ponía una mano sobre el hombro.

--Él no lo estaba --le dijo Vicky mientras se ponía en pie--. Se transformó al llegar a la casa. Tú debes de ser Barry Wu.

--Sí, señorita.

--Quiero hablar contigo.

--Sí, señorita. Más tarde. Eh... si se transformó al llegar a la casa, entonces... --su mirada se posó sobre Cellucci y volvió a ella.

Vicky suspiró.

--Sí, lo vio --se volvió hacia Cellucci mientras se limpiaba la sangre de los dedos en los pantalones cortos.

--Por favor, Mike, guarda esa pistola.

Respirando pesadamente, Cellucci miró la pistola como si nunca la hubiera visto en su vida.

--Guárdala, Mike.

Él levantó la mirada hacia ella y sus cejas se arrugaron para formar una profunda "v".

--Esto es una locura --dijo.

--Hay una explicación perfectamente sencilla --le dijo al mismo tiempo que se le aproximaba. Saltaría sobre él si tenía que hacerlo. Con suerte, él vacilaría antes de dispararla y podría desarmarlo.

--Muy bien --se apartó el pelo de la frente--. Oigámosla.

Vicky se volvió hacia Nadine, quien se encogió de hombros.

--Adelante --dijo--. Si cree que podrá comprenderlo.

Vicky pensó que no tenía demasiadas alternativas, al menos hasta que la pistola no hubiese vuelto a donde debía estar.

--¿Y esa explicación tan sencilla? --le espetó Cellucci.

Ella enderezó los hombros, lo miró directamente a los ojos y, de forma tan prosaica como le fue posible, dijo:

--Hombres lobo.

--Hombres lobo --repitió él sin apenas entonación. Entonces, se inclinó y guardó el .38 en la cartuchera, volvió a colocar la pernera del pantalón en su lugar y se enderezó. Miró a Sombra, que se frotaba contra el pelaje de su padre, a Huracán y Nube, que estaban haciendo más o menos lo mismo y, por fin, a Henry.

--¿También tú?

Henry sacudió la cabeza.

--No.

Cellucci asintió.

--Bien --aspiró profundamente y entonces comenzó a proferir toda clase de insultos en italiano. Siguió haciéndolo durante casi tres minutos y logró sacar a la luz frases y palabras que no había utilizado desde la infancia. La mayoría de ellas iban dirigidas a Vicky, que mientras tanto aguardaba pacientemente a que se agotara.

Henry, que hablaba fluidamente un italiano algo arcaico, advirtió, moderadamente impresionado, que se limitaba a repetirse para añadir nuevos adjetivos a sus procacidades.

Su vocabulario se agoto justo cuando las luces de la ambulancia aparecían al principio del camino.

En el mismo momento en que aparecieron, Nadine tomó el mando.

--¡Nube! Llévate a Sombra al piso de arriba y asegúrate de que él y a las gemelas permanecen allí. Huracán, quédate en esa forma. Tu oreja sigue sangrando. Parche, ponte algo de ropa.

¿Parche?, repitió Vicky en silencio mientras Stuart recogía algo de ropa. ¿*El nombre animal de Stuart es Parche?*

--Colin --continuó Nadine, al tiempo que cerraba la puerta del pasillo detrás de Sombra y Nube--, ve con ellos a la ciudad por si necesita sangre. Vicky, ¿te importaría ir en la ambulancia? Si despierta...

--No hay problema.

Había dado órdenes a los demás pero a Vicky se lo había pedido. Henry advirtió la distinción, levemente divertido.

Mientras los paramédicos sacaban a Donald en la camilla, Cellucci agarró a Vicky por el brazo y se la llevó a un lado.

--Voy detrás de ti. Tenemos que hablar.

--Estoy impaciente por hacerlo.

--Bien --mostró los dientes en una parodia de sonrisa. Nadie en aquella habitación, vampiro o licántropo, podría haberlo hecho mejor.

--Porque el hospital tiene que informar de todas las heridas de escopeta, deberías saberlo.

Colin observó a Barry y a los dos agentes de la Policía Provincial de Ontario, que se encontraban de pie junto al puesto de las enfermeras.

--Dijiste que había sido una piedra rebotada.

Vicky puso los ojos en blanco.

--Colin...

--Vale, lo siento. Es sólo que... ¿qué demonios voy a contarles?

--No les vas a contar nada --contuvo un bostezo con el puño--. Yo lo haré. Confía en mí. He trabajado en esto más tiempo que tú. Sé las cosas que quieren oír los policías y cómo quieren que se les digan.

--Vicky --Cellucci se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos en el hombro--. Siento sacarte de tu mundo particular pero eres, muy probablemente, la peor mentirosa que he conocido.

Ella se volvió hacia él y se subió las gafas.

--¿Mentir a la policía? Jamás se me ocurriría ni pensarlo. Cada palabra que salga de mi boca será la pura verdad.

* * *

--¿De modo que alguien lleva algún tiempo disparando a lo loco en ese bosque?

--Bueno, no estoy segura de que tres disparos puedan considerarse *disparar a lo loco*, agente.

--A pesar de ello deberían haber informado, señorita. Si alguien está utilizando un rifle de caza en la reserva, nos gustaría saberlo.

--La familia supuso que se debía a que Arthur Fondrin estaba fuera de la ciudad --intervino Colin.

Con un poco de orientación, Colin era bastante bueno diciendo verdades a medias. *Pero claro, no tiene más remedio*, se dio cuenta Vicky, *considerándolo todo*.

El agente de la PPO parecía dubitativo.

--No creo que la ausencia de un guarda forestal pueda suponer mucha diferencia. Y *tú* deberías saberlo --cerró con violencia su libreta de incidencias--. Dile a tu familia que la próxima vez que escuchen un

disparo nos llamen de inmediato. Puede que podamos encontrar el coche del tío.

--Lo haré... --Colin se encogió de hombros.

--Sí, lo sé. Lo que no sé es si ellos te escucharán --el agente suspiró y miró a Vicky de arriba abajo. No le gustaba demasiado que una investigadora privada de Toronto anduviera merodeando por sus bosques, aunque su pasado policial le prestaba cierta credibilidad. La advertencia de que tuviera cuidado murió en sus labios cuando su mirada se encontró con la de ella. Parecía una persona capaz de cuidar de sí misma... y de cualquiera que se cruzase en su camino--. Otra cosa --se volvió de nuevo hacia Colin--, ¿todo esto tiene que ver algo con la marcha de tu tía Sylvia?

Colin bufó.

--Bueno, la verdad es que ella dijo que era la gota que colmaba el vaso.

--Se ha marchado al Yukón, ¿verdad?

--Sí. Su hermano, mi tío Robert, tiene una casa allí, en las afueras de Whitehorse. Decía que este lugar empezaba a estar demasiado poblado.

--Tu tío Jason también se ha marchado, ¿no es así?

--Sí. Padre acusó a tía Sylvia de haber comenzado un éxodo y amenazó con encerrarnos a Peter, a Rose y a mí bajo llave hasta que las cosas se hubiesen calmado.

--Bueno, para ser franco, la verdad es que me sorprende que el hombre se quedara tanto tiempo. Todo hombre necesita un hogar propio --el agente de la PPO clavó a Colin el bolígrafo entre las costillas--. ¿Cuándo te mudarás tú?

--Cuando sienta los suficientes impulsos suicidas como para atreverme a comer lo que cocino.

Los dos hombres se echaron a reír y su conversación se convirtió en una discusión general sobre la comida.

Vicky se dio cuenta de que quizá los licántropos no estaban tan aislados como había creído al principio. El que Colin hubiera dejado la granja para conseguir un trabajo había atraído hacia la familia, como mínimo, la atención de la policía. Afortunadamente, la policía solía ocuparse de los suyos. En cuanto a los disparos, sabía que los agentes de la PPO no podrían hacer demasiado. Sólo esperaba que algunas patrullas adicionales en la zona le proporcionaran el tiempo necesario para encontrar al psicópata antes de que alguien más fuera asesinado. Los licántropos sólo tenían que ser conscientes de que

durante algún tiempo estarían más expuestos y deberían mostrarse más cautelosos a la hora de transformarse. No le parecía un precio demasiado alto.

* * *

--...en todo caso, Donald está bien. El hospital lo ha encomendado al cuidado del doctor Dixon --es un anciano muy persuasivo-- y probablemente podrá regresar a su casa mañana mismo. Por lo visto no hay peligro de infección debido a que lo dispararon estando en una forma y luego se transformó. Colin ya está de vuelta pero pensé que debía llamarte y ponerte al corriente. Oh, y Nadine, pasaré esta noche en la ciudad.

--¿Dando explicaciones?

--Eh... sí.

--¿Confías en él?

--Confiaría mi vida a Mike Cellucci.

--Me alegro de saberlo porque le estás confiando las nuestras.

Vicky se volvió a medias y miró a Cellucci, apoyado contra la pared del hospital al otro lado de las cabinas de teléfono. Parecía cansado pero impasible, con todas las barreras profesionales levantadas.

--Estaré bien, no te preocupes. ¿Puedo hablar con Henry?

--Espera --Nadine le tendió el teléfono al vampiro--. Tenías razón --le dijo mientras él lo cogía.

Aquella información no pareció complacerlo especialmente. Si el rostro de Cellucci era imperturbable, el de Henry era de piedra.

--¿Vicky?

--Hola. Pensé que debía decírtelo. Esta noche me quedo en la ciudad. Necesito pasar un tiempo a solas.

--¿A solas?

--Bueno, lejos.

--No puedo decir que me sorprenda. El señor Cellucci y tú tenéis muchas cosas que discutir.

--Dímelo a mí. ¿Puedo pedirte un favor?

--Lo que sea --antes de que ella pudiera decir nada, reconsideró sus palabras y añadió--. Casi lo que sea.

--Quédate esta noche cerca de la casa.

--¿Por qué?

--Porque son las 3:40 de la mañana y amanece alrededor de las

6:00.

--Vicky, llevo mucho tiempo evitando el amanecer. No hace falta que seas condescendiente conmigo.

Muy bien. Es posible que se mereciese aquello.

--Mira, Henry. Es tarde, sólo tienes un brazo sano... uno y medio como mucho. Yo he tenido un día muy duro y todavía no ha acabado. Por favor, sólo te pido que haya una persona menos de la que tenga que preocuparme durante las próximas horas. Sabemos que ese tío podría estar rondando la casa e ignoramos el lugar exacto en el que dispararon a Donald.

--¿No se lo has preguntado?

--No he tenido la oportunidad. Mira --se dejó caer sobre el muro--, sólo asume que la granja está en estado de sitio y actúa en consecuencia, ¿de acuerdo?

--¿Me pides que haga todo esto para estar más tranquila?

Ella aspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud. No tenía derecho a pedirle aquello por una razón como esa.

--Sí.

--Muy bien. Me sentaré tranquilamente en la cocina y aprovecharé para empezar a trabajar en mi próximo libro.

--Gracias. Y asegúrate de que los licántropos no salen de la casa. Aunque para ello tengas que cerrar las puertas a cal y canto --deslizó el pulgar y el índice bajo la montura de sus gafas y se frotó el puente de la nariz--. ¿Cuántas veces voy a tener que decirles que permanezcan alejados de esos campos?

--Un enemigo al que no pueden ver ni oler no es un enemigo muy real para ellos.

Ella dejó escapar un bufido.

--Bueno, la muerte sí que es algo muy real. Te veré mañana por la noche.

--Cuenta con ello. ¿Vicky? ¿Te va a poner las cosas difíciles?

Ella volvió a mirar a Cellucci, que en aquel momento intentaba refrenar un enorme bostezo.

--En eso es un verdadero maestro pero normalmente puedo hacerle entrar en razón si lo golpeo con suficiente fuerza.

Después de colgar apoyó la cabeza sobre el frío plástico del teléfono durante unos pocos segundos. No podía recordar la última vez que había deseado tanto poder dormir.

--Vamos --Cellucci pasó su brazo alrededor del de ella y la condujo hacia el aparcamiento, donde el calor los golpeó como un

muro húmedo y casi sólido--. Conozco un motel barato y resultón junto al aeropuerto en el que no les importa la hora a la que uno se presente siempre que pague en metálico.

--¿Cómo demonios encontraste un lugar como ese? --bostezó con tal fuerza que pareció que su cabeza se rompería en dos y el dolor volvió a recorrer su sien con sus botas claveteadas--. Déjalo. Prefiero no saberlo --entró en el coche y apoyó la cabeza contra el asiento--. Sé que te mueres por empezar el interrogatorio. Así que, ¿por qué no empiezo por el principio y te lo cuento con mis propias palabras? --si le hubieran dado un centavo por cada vez que le había dicho eso mismo a un testigo, ahora sería una mujer rica.

Con los ojos cerrados empezó a hablar del encuentro con Peter y Rose en el apartamento de Henry. Terminó, con la irrupción de Donald, mientras llegaban al motel y aparcaban. La única cosa que omitió fue la verdadera naturaleza de Henry. Esa era una historia que no le correspondía contar a ella.

Para su sorpresa, la única respuesta de Cellucci fue:

--Espérame en el coche. Voy a alquilar una habitación.

No tenía la menor intención de moverse más lejos ni más a menudo de lo absolutamente indispensable, de modo que ignoró su tono y esperó. Afortunadamente, las llaves con las que él regresó pertenecían a una habitación del primer piso. A esas alturas, dudaba de su capacidad para subir escaleras.

--¿Por qué estás tan callado? --preguntó al fin mientras se acomodaba suavemente sobre una de las camas dobles--. Esperaba otro de esos estupendos ataques de histeria italiana en cualquier momento.

--Estoy pensando --se sentó en la otra cama, desabrochó su pistolera y la dejó cuidadosamente sobre la mesilla de noche--. Un concepto con el que me consta que no estás demasiado familiarizada.

Sólo que no sabía en *qué* estaba pensando. Vicky no le estaba contando muchas cosas y el cansancio había distanciado los acontecimientos de la pasada noche hasta hacerle sentir que les habían ocurrido a otras personas. No podía creer que de verdad hubiera sacado su arma. Le resultaba más fácil creer en hombres lobo.

--¿Hombres lobo? --murmuró--. ¿Qué será lo siguiente?

--¿Dormir? --sugirió Vicky con la voz turbia a causa del sueño.

--¿Tiene algo que ver con lo ocurrido la primavera pasada?

--¿El dormir? --algo en todo ello no tenía demasiado sentido pero

no podía lograr que su cerebro le dijera el qué.

--No importa --le quitó las gafas de la cara y las dejó junto a su pistola. Luego, rápidamente, la desvistió. Ella le dejó hacerlo. Odiaba dormir vestida y estaba demasiado cansada para hacerlo por sí misma.

--Buenas noches, Vicky.

--Buenas noches, Mike. No te preocupes --tuvo que pugnar con su boca para que pronunciara las últimas palabras--. Todo tendrá sentido por la mañana.

Él se inclinó hacia delante y la cubrió con la sábana.

--No sé por qué, pero lo dudo --le dijo con suavidad, aunque sospechaba que ya no podía oírlo.

* * *

Henry se puso en pie y escudriñó las oscuridad de la noche mientras trataba de decidir cómo se sentía. Los celos eran una emoción que los de su raza debían aprender a controlar si querían sobrevivir. *¡Eres mía!* podía sonar muy dramático, especialmente cuando se acompañaba con una capa arremolinada y una música ominosa, pero la vida real funcionaba de manera diferente.

El problema, por tanto, tenía que ser Cellucci.

--Ese hombre se toma la vida como si fuera un desafío --murmuró Henry. Para él no había sido en modo alguno una sorpresa que Stuart hubiera atacado al detective; los machos dominantes suelen acabar a golpes. Posiblemente, su presencia tampoco había contribuido a calmar las cosas. Aunque poseía un estatus especial en el seno de la familia, Stuart se sentía en tensión mientras él se encontraba cerca. El instinto demandaba que uno de los dos se sometiera. El macho alpha era responsable de la protección de la manada y sin duda, su frustración por haber tenido que reclamar ayuda lo había desestabilizado todavía más.

Dada la actitud de Cellucci y el estado de ánimo de Stuart, la lucha era poco menos que inevitable. Por otro lado, la intervención de Huracán había sido una completa sorpresa para todos, incluido el propio licántropo. El celo de Nube debía de estar ya muy cerca para que su gemelo se comportase de forma tan irracional.

Lo que volvía a llevarlo, de alguna manera, a Vicky.

Henry sonrió. Si Cellucci fuera un licántropo, habría trazado un círculo de orina a su alrededor para decirle al mundo, *¡Esto es mío!* Y

entonces Vicky se hubiera levantado y hubiera salido.

--No estoy celoso de él --le dijo a la noche. Pero era consciente, conforme pronunciaba las palabras, de que estaba mintiendo.

* * *

--¿Podemos amar? --el proceso ya había comenzado aunque la transformación definitiva estaba todavía por llegar.

Christina se volvió hacia él, los negros ojos velados tras el abanico de ébano de sus pestañas.

--¿Acaso lo dudas? --preguntó. Y se arrojó en sus brazos.

* * *

Él había amado media docena de veces en los siglos pasados desde entonces y cada ocasión había resplandecido como un faro en la prolongada oscuridad de su vida.

¿Estaba ocurriéndole de nuevo? No estaba seguro. Sólo sabía que deseaba decirle a Mike Cellucci, "Los días son tuyos pero las noches son *mías*".

Cellucci estaría tan poco dispuesto a aceptar esa división como la propia Vicky.

* * *

--No puedes sentir resentimiento por lo que hacen durante las horas del día --Christina apoyó la cabeza sobre su pecho y acarició suavemente su vello--. Porque si lo haces, te devorara el corazón y retorcerá tu naturaleza y te convertirás en una de esas criaturas de la oscuridad que ellos hacen bien en temer. El miedo es lo que nos mata.

* * *

Quizá, cuando los licántropos estuviesen a salvo, le preguntaría:

--¿Me entregarías tus noches?

Quizá.

* * *

Quería tocarla, abrazarla... no... quería cogerla y arrojarla al suelo

y restablecer su dominio sobre ella. La intensidad de su deseo lo atemorizaba, lo paralizaba. Confundido, se sentó en el borde de la cama y la observó dormir y escuchó el suave sonido de su respiración en contraste con el estruendo de helicóptero de aquel aire acondicionado barato.

Nunca habían tenido una relación exclusiva. Los dos habían tenido otros amantes. *Ella* había tenido otros amantes.

Mike Cellucci obligó a sus manos a relajarse sobre sus muslos desnudos y aspiró profundamente el aire helado de la habitación. Nada había cambiado entre Vicky y él desde que Henry Fitzroy apareciera en escena.

Inesperadamente, empezó a pensar en los ocho meses transcurridos desde que ella dejara el Cuerpo. Habían tenido una última y amarga pelea y entonces el contacto se había cortado mientras los días se convertían en semanas y el mundo se volvía más y más difícil de soportar. Hasta que ella se había marchado, no se había dado cuenta de lo importante que había llegado a ser en su vida. Y no era el sexo lo que había echado en falta. Eran las conversaciones y discusiones --a pesar de que la mayoría de sus conversaciones acababa convirtiéndose en discusiones-- y, sencillamente, el tener a alguien cerca con quien compartir sus chistes. Había perdido a su mejor amiga y apenas había empezado a aprender a vivir sin ella cuando el destino la había arrojado de nuevo en su camino.

Nadie tendría que pasar por aquello una segunda vez.

Pero Henry Fitzroy no se la estaba llevando a ninguna parte.

¿O sí?

* * *

--Mira, si piensas que después de lo de anoche voy a volver sin más a Toronto, ya puedes irlo pensando de nuevo. Te llevo de vuelta a la granja. Sube al coche.

Vicky suspiró y se rindió. Reconocía el clásico tono "*Hay aquí más de lo que parece a primera vista y voy a averiguarlo te guste o no*" de Cellucci y hacía demasiado calor para empezar a discutir. Además, si él no la llevaba, tendría que llamar a alguien de la granja para que viniera a recogerla y eso no le parecía del todo justo.

Él ya sabía lo de los hombres lobo, de modo que, ¿qué daño podía hacer si Henry estaba a salvo, encerrado en su habitación?

--Y --Cellucci encendió el motor y puso el aire acondicionado a máxima potencia--, ¿qué posibilidades hay de que tus amigos vuelvan a saltarme al cuello?

--Eso depende. ¿Qué posibilidades hay de que vuelvas a comportarte como un capullo?

Él frunció el ceño.

--¿Lo hice?

Vicky sacudió la cabeza. *Justo cuando empiezas a pensar que no hay nada en él que merezca ser salvado...*

--Bueno --dijo en voz alta--. Desafiaste la autoridad de Stuart en su propia casa.

--Estaba molesto. Los hombres lobo son algo nuevo para mí. No era yo mismo.

--Lo eras. Completamente --le corrigió Vicky con una sonrisa--. Pero creo que, en circunstancias normales, Stuart será capaz de soportarlo.

Pararon a desayunar en un hotel de la carretera y Vicky permitió que Cellucci la interrogara sobre el caso mientras comían. Sólo hicieron pasar un mal momento a la camarera cuando, mientras servía los platos, Vicky dijo, "... y volarle la cabeza a esa distancia requiere una habilidad asombrosa". Si Cellucci advirtió que ella omitía toda referencia a la implicación de Henry en el caso, no lo mencionó. Ella no sabía si aquello demostraba tacto o preocupación.

--¿Te has dado cuenta --dijo Cellucci mientras hacía un amasijo con las croquetas de patata y cebolla y el puré que le quedaba en el plato-- de que son dos? Uno con una escopeta y otro con un rifle.

Ella sacudió la cabeza y dejó la taza de café vacía sobre la mesa con un poco más de fuerza de la necesaria.

--No lo creo; todas las pruebas apuntan a un solo hombre. Lo sé, lo sé --levantó la mano para acallar sus protestas--. Henry recibió dos disparos --las heridas de Henry habían sido un elemento recurrente durante la conversación--. Pero un solo hombre puede utilizar dos armas y hasta ahora no hemos encontrado prueba alguna que demuestre la presencia de un segundo tirador.

Cellucci bufó.

--No ha habido una mierda de pruebas, punto.

--Pero las huellas, el árbol, el tipo de disparo, toda apunta a una única personalidad obsesiva. Creo que él --alzó las manos mientras Cellucci levantaba las cejas--, o ella, lleva la escopeta consigo por si alguien se acerca demasiado.

--Como, por ejemplo, tu amigo *escritor* --su tono expresaba a las claras lo que opinaba él sobre Henry y sobre el hecho de que Henry se dedicase a vagar por los bosques haciendo el papel de gran detective.

--Henry Fitzroy sabe cuidarse.

--Oh, eso salta a la vista --se levantó y dejó un billete de veinte sobre la mesa--. Por eso le dispararon. Dos veces. Lo que no deja de asombrarme es que precisamente tú hayas dejado a un aficionado vagar por ahí de noche, considerando el peligro.

--Yo no sabía nada de la escopeta --protestó ella mientras abandonaban la cafetería pero en el momento mismo en que las palabras abandonaban su boca deseó poder llamarlas de vuelta--. Henry es un hombre adulto --musitó mientras entraba en el coche--. Yo no soy quién para *dejarle* hacer o no hacer nada.

--Eso sí que es una sorpresa.

--No voy a discutir este tema contigo.

--¿Acaso he dicho que quisiera hacerlo? --salió del aparcamiento y se dirigió hacia el norte--. Te has comprometido con una manada de hombres lobo, Vicky. Por el momento, eso hace que lo del crimen organizado parezca algo insignificante.

--Henry *no* pertenece al crimen organizado.

--Vale. Muy bien. Eso hace que lo que quiera que sea en lo que está metido parezca algo insignificante.

Vicky empujó las gafas hacia arriba y se hundió en el asiento. *Eso es lo que tú te crees*, pensó. Reconoció la posición de su mandíbula y supo que, aunque la aparición de los licántropos podía distraerlo temporalmente, no dejaría que sus sospechas respecto a Henry se desvanecieran así como así. *Estupendo. Henry puede ocuparse de eso. Seguro que, en cuatrocientos cincuenta años, no es la primera vez que le pasa algo semejante.* Aunque no tenía la menor intención de dejarse coger por el fuego cruzado, estaba más que dispuesta a estrellar sus mutuas cabezas si era necesario.

--Mira --dijo mientras tomaban la avenida Highbury--. Ya que vas a estar por aquí, también podrías hacer algo útil.

Él frunció el ceño con aire suspicaz.

--¿Cómo qué?

--Girar a la derecha. Vas a hacer una visita a la PPO para mí.

Tenía que reconocerle una cierta perspicacia. Comprendió la razón de la visita al instante.

--Todavía no ha conseguido la lista de armas de fuego registradas, ¿verdad? ¿Por qué demonios no?

--Bueno... --Vicky movió las rejillas del aire acondicionado de un lado a otro una o dos veces--. La PPO y yo tuvimos un pequeño malentendido --odiaba tener que admitir eso, sabiendo que Cellucci lo exageraría enormemente.

--Apuesto a que sí --gruñó. Y, para su sorpresa, lo dejó estar.

Veinte minutos más tarde, al salir de la comisaría, la cosa cambió.

--¿Un pequeño malentendido? --cerró dando un portazo y giró el torso para mirarla--. Vicky, es posible que hayas arruinado la posibilidad de cooperación amistosa entre la policía provincial y las fuerzas locales para siempre. ¿Qué coño le dijiste?

Ella se lo contó.

Cellucci sacudió la cabeza.

--Me sorprende que el sargento de guardia te dejara abandonar el edificio con vida.

--Supongo entonces que no has conseguido la lista.

--Exacto, Sherlock, pero en cambio he conseguido un buen sermón sobre procedimientos policiales correctos.

--¡Maldita sea! Necesitaba esa lista.

--Debiste pensarlo antes de hacer el comentario sobre su madre -- Cellucci detuvo el coche a la entrada del aparcamiento--. ¿Qué dirección?

--Izquierda --Vicky esperó hasta que el coche hubo girado y se encontró de nuevo en medio del tráfico antes de añadir--. Quiero que me consigas una lista de miembros de la Asociación de Jóvenes Cristianos.

--No me dirás que también te has enemistado con ellos...

Considerándolo todo, era una suposición legítima.

--No, pero no tengo derecho a pedirles la lista y ellos no tienen razón alguna para entregármela. Sin embargo, tú eres poli --le dio un codazo en los bíceps--. Son buenos chicos, los de la Asociación. Suelen confiar en la policía. Si *tú* les pides a su hijo primogénito, seguro que te entregan el pequeñajo.

--¿Quieres que mienta por ti?

Vicky le sonrió, enseñando los dientes.

--Siempre estas presumiendo de lo bien que se te da.

Tal como Vicky había sugerido, la buena gente de la Asociación de Jóvenes Cristianos se mostró sumamente cooperativa y Cellucci arrojó sobre sus rodillas la lista de miembros del club de fotografía mientras entraba en el coche.

--¿Algo más? --gruñó. Arrancó el motor.

--Tú eres el que ha decidido quedarse por aquí --señaló ella, al mismo tiempo que revisaba la lista en busca de nombres conocidos. Ninguno le sonaba, de modo que la plegó cuidadosamente y la guardó en su bolso--. Ya es suficiente por esta mañana. Vamos a la granja. Estoy desesperada por cambiarme de ropa --aunque había una estupenda ducha tras la puerta cerrada del cuarto de baño del motel, seguía llevando los mismos pantalones cortos y la misma camisa del día anterior y ambos empezaban a resentirse de tanto uso.

--Empezaba a preguntarme qué era ese olor.

--Pasa de mí, Cellucci. ¿Estás seguro de que podrás salir de la ciudad?

Pudo. Aunque tuvo que empezar desde la comisaría para conseguirlo.

Condujeron en silencio durante un buen rato. Vicky, medio dormida, con la mirada perdida en lo que había más allá de la ventanilla, campos y árboles y campos y árboles y...

De repente, se puso derecha.

--Creo que te has pasado la entrada.

--¿De qué hablas?

--No recuerdo haber visto antes ese colegio en ruinas.

--Sólo porque no lo hayas visto...

--Mira, he pasado por este mismo camino tres veces con ésta.

Dos de ellas --utilizó las palabras para atajar su siguiente comentario-- durante el día, cuando podía ver. Y creo que te has pasado la entrada.

--Es posible que tengas razón --concedió él mientras buscaba entre las granjas circundantes algún hito del paisaje. ¿Damos la vuelta ahora o torcemos hacia el este a la primera oportunidad?

--Bueno, las carreteras rurales suelen estar organizadas en un patrón de rejilla simple. Siempre que nos dirijamos hacia el sur en cuanto podamos iremos bien.

--Torcemos hacia el este, pues.

Vicky se encogió en el asiento y apoyó las rodillas contra el salpicadero. Ambos sabían que tendría más sentido dar la vuelta ahora mismo y buscar el cruce correcto, pero Vicky se sentía a gusto y relajada por primera vez desde hacía días y no creía que algo más de tiempo fuera a suponer alguna diferencia. Comprendía a Mike Cellucci. En su vida había terminado por representar lo natural frente a lo sobrenatural, lo que significaba que estando con él podía bajar la guardia de un modo que nunca le sería posible con Henry o los licántropos. Si daban la vuelta y deshacían el camino sólo

conseguirían que aquel interludio terminase mucho antes.

No se atrevió a suponer cuáles eran las razones de Cellucci para seguir adelante.

La carretera lateral por la que se adentraron terminaba al cabo de seis kilómetros delante de una granja. El granjero, sin molestarse en esconder lo divertido que le parecía aquello, les indicó la dirección correcta mientras su perro marcaba una de las ruedas traseras. Habían dejado atrás el cruce que debían tomar en dirección sur, creyendo que era sólo un camino secundario.

--Esto tiene más baches que la avenida Spadina --gruñó Vicky mientras se protegía de los intentos del techo de aplastar su cabeza--. ¿Crees que sería posible ir un poco más despacio?

--Calla y busca el granero rojo.

El granero rojo, o bien se había desplomado o bien había desaparecido; ciertamente no estaba donde el granjero les había dicho. Finalmente decidieron torcer hacia el este en el segundo cruce pero la carretera, al cabo de dos kilómetros, describió una curva suave y se dirigió directamente hacia el sur.

--A este paso vamos a volver a Londres.

Cellucci suspiró.

--¿Es que nadie de por aquí ha oído hablar de las señales de tráfico? Hay un edificio ahí delante. Veamos si esta vez podemos conseguir que nos den unas indicaciones coherentes.

Habían dado la vuelta en la entrada antes de que Vicky reconociera la granja blanca.

--¿Pérdida de nuevo, señorita Nelson? --Carl Biehn se aproximó al lado del copiloto mientras se limpiaba el polvo de las manos.

Vicky levantó la mirada hacia él y sonrió.

--Esta vez no, señor Biehn --señaló con el pulgar por encima de su hombro--. Esta vez era él el que conducía.

Carl se inclinó para ver el interior del coche y saludó a Cellucci con un gesto de la cabeza. Éste asintió a modo de respuesta y dijo:

--Parece que nos hemos equivocado de entrada.

--Suele pasar en el campo --dijo el anciano mientras se ponía derecho.

A Vicky le pareció cansado. Sus ojos estaban envueltos en sombras púrpura y las líneas que corrían alrededor de las comisuras de sus labios se habían hecho más profundas.

--¿Algún problema con el jardín? --preguntó, sin saber por qué lo había hecho.

--No. Ningún problema --se limpió una mancha de barro seco que tenía pegada sobre la yema del pulgar y se frotó las manos repetidas veces.

--Bueno, bueno, bueno. ¿Perdida de nuevo, señorita Nelson? --las palabras eran idénticas pero el tono bordeaba el insulto--. Creo que debería afrontar el hecho de que algunas personas no están preparadas para la vida en el campo.

Vicky consideró la posibilidad de devolver una sonrisa tan falsa como la que Mark Williams le estaba ofreciendo pero decidió no molestarse. Ese hombre no le gustaba; no le importaba si él lo sabía.

Pasó por delante de su tío y se inclinó sobre el coche, apoyando una mano sobre el borde de la ventanilla abierta.

--Veo que esta mañana ha logrado extraviar a otra persona --su mano izquierda se extendió hacia el interior del coche, por encima de Vicky--. Mark Williams.

--Cellucci. Mike Cellucci.

El apretón duró poco. Vicky se sintió tentada de dar un mordisco al moreno brazo mientras se retiraba. Se contuvo; evidentemente, el tiempo pasado entre los hombres lobo había influido en su manera de pensar. *Además, seguro que cogía algo repugnante.*

--¿Qué le ha pasado en la cabeza? --parecía preocupado.

--Sufrí un accidente --y no era de su incumbencia.

--No salió malherida, ¿verdad? --Carl miró por encima del hombro de su sobrino, con el ceño fruncido.

--Sólo un golpe --lo tranquilizó. Asintió, satisfecho y lanzó una mirada a Mark que prohibía nuevas preguntas.

--Estábamos tratando de llegar a la granja de los Heerkens

--Cellucci lucía su expresión más neutra. Ni amistosa, ni hostil, tal cual. Vicky tenía una parecida. No se molestó en utilizarla.

--No hay problema. Sigan tres o cuatro kilómetros más por esta carretera y cojan la primera a la izquierda. El camino de su casa está a unos dos kilómetros más allá --rió amigablemente. Su aliento penetró en el coche. Olía como a menta--. Y una vez que lleguen allí son otros dos kilómetros.

--No hay nada malo en la privacidad --dijo Cellucci con suavidad.

--Nada en absoluto --le concedió el otro. Se enderezó y abrió las manos. El vello rubio de sus antebrazos brillaba bajo el sol--. Estoy a su entera disposición.

No me cabe la menor duda, pensó Vicky. Y a mime encantaría poder echar un vistazo a los sucios secretitos que sin duda esconde tu

privacidad. Seguro que son dignos de las rebajas de una tienda de saldos...

--¿Señorita Nelson? --Carl había dejado de frotarse las manos pero todavía parecía preocupado--. ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en casa de los Heerkens?

--Espero que no.

--Eso suena casi como una plegaria.

Ella suspiró.

--Puede que lo sea --se quedaría hasta que diera con el bastardo del rifle y si una plegaria la ayudaba a conseguirlo no tenía nada que objetar a ello. Dio un empujoncito a las gafas y se volvió para despedirse con la mano mientras Cellucci daba un giro de tres cuartos al coche en la entrada y volvía a la carretera.

Carl alzó una mano en un saludo reservado pero Mark, que sabía perfectamente que el gesto de despedida no se había dirigido a él, respondió con un exagerado movimiento del brazo.

* * *

--¿Y bien?

--¿Y bien qué? --se volvió a medias hacia ella, con las cejas alzadas--. No me estarás pidiendo mi opinión, ¿verdad?

--Cellucci...

Él apretó los labios y volvió la vista a la carretera.

--El viejo está molesto por algo, posiblemente a causa del más joven... es una lástima que uno no pueda elegir a sus familiares. Teniendo en cuenta lo que me has contado durante el desayuno y lo que acabo de observar, mis brillantes poderes de deducción me permiten concluir que te gusta el señor Biehn, el cual admito que debe de ser un tipo decente, pero no te gusta el señor Williams.

Vicky bufó.

--No me dirás que a ti sí...

--No parece tan malo... ¡Eh! No ataques al conductor.

--Entonces no me jodas.

Cellucci sonrió.

--¿Qué pasa? ¿Quieres que confirme tu opinión? Sería la primera vez.

Vicky esperó. Sabía que él no dejaría pasar la oportunidad de decir lo que pensaba.

--Creo --continuó casi al instante-- que Mark Williams sería capaz

de vender a su madre si creyera que iba a sacar algún beneficio. Te garantizo que está metido en algo. Los tíos como él siempre lo están.

Vicky empujó sus gafas a pesar de que estaban bien firmes en lo más alto de su nariz. Nevaría en el infierno antes de que Mark Williams tuviera la disciplina necesaria para convertirse en la clase de tirador que estaba asesinando a los licántropos.

* * *

Carl Biehn se marchó en cuanto el coche hubo dejado la entrada. Siempre había podido encontrar paz en su jardín pero aquella mañana lo había esquivado. Seguía escuchando, una vez tras otra, el aullido de la criatura a la que había herido la pasada noche. No era una criatura de Dios así que su dolor no hubiera debido tener poder para conmoverlo, pero no podía apartar ese grito de sus pensamientos o su corazón.

El Señor lo estaba probando, quería ver si su determinación era fuerte.

El mal no es digno de lástima, debe ser destruido.

* * *

--Dos polis --Mark Williams apretó los labios en un gesto pensativo--. Parece que la chica ha traído refuerzos --era una lástima que el accidente de ayer no hubiese resuelto el problema pero, como siempre decía, el que no se arriesga, no gana. Aunque el amigo de la señorita Nelson estuviera aquí para investigar el accidente, había sido muy cuidadoso de no dejar nada en el coche que pudiese incriminarlo.

Por otro lado, con esos dos husmeando por ahí, sería mejor que hiciera algo cuanto antes o, entre la policía y el gatillo fácil de su tío le iban a arruinar su pequeño plan.

* * *

--¿Vas a volver a pelearte con mi padre?

--No, a menos que él se pelee conmigo.

Daniel se volvió y miró a Stuart, que se había levantado al ver entrar a Vicky y Cellucci y ahora estaba en pie, detrás de la silla, con un gruñido sordo en la garganta.

--¿Papi?

Stuart lo ignoró. Los dos hombres se miraron a los ojos.

--¿Papi? ¿Puedo morderlo por ti?

Stuart pestañeó y bajó la vista hacia su hijo.

--¿Que si puedes qué?

--¿Puedo morderlo por ti? --Daniel mostró unos pequeños dientes blancos.

--Daniel, uno no va por ahí mordiendo a la gente. No es eso lo que te hemos enseñado.

El joven licántropo entornó los ojos.

--Pero tú ibas a hacerlo.

--Eso es diferente.

--¿Por qué?

--Lo entenderás cuando seas mayor.

--¿Qué entenderé?

--Bueno... --miró con aire impotente a Cellucci, quien extendió los brazos, igualmente incapaz de dar con una respuesta--. Son... cosas de hombres.

Daniel bufó.

--Nunca voy a poder morder a nadie --se quejó. Abrió la puerta de una patada y salió corriendo al patio.

Aunque sabía que una carcajada podía ser la chispa que encendiera el fuego, Vicky no pudo contenerse. Se derrumbó sobre el viejo sillón, con los brazos cruzados sobre el cuerpo y sin aliento.

--Cosas de hombres --logró decir al fin entre jadeos, antes de volver a empezar aún con más fuerza.

Los dos hombres la miraron y luego se miraron, con expresiones idénticas.

--Stuart Heerkens-Wells.

--Mike Cellucci.

--¿Ella viene con usted?

--No la había visto en toda mi vida.

* * *

Cuando Vicky regresó al piso de abajo después de cambiarse de ropa, sólo encontró a Nadine en la cocina.

--¿Dónde están todos? --preguntó, mientras se subía las gafas y dejaba el bolso en el suelo.

--Bueno, mis hijas han ido al granero a perseguir ratas y, con suerte, mi hijo está agotándose detrás de ese frisbee...

Vicky miró por la ventana de la cocina y, sorprendida, vio a Cellucci lanzando el frisbee para Sombra.

--¿Qué está él/ haciendo ahí?

--Creo que te espera.

Vicky suspiró.

--Sabes, cuando estuvimos fuera, en el camino, le di las gracias por su ayuda y le dije que se largara. Me pregunto qué me hizo pensar que escucharía.

--Es un hombre. Creo que esperabas demasiado de él. En cualquier caso, Rose y Peter se están vistiendo para acompañarte a la ciudad y Parche ha ido a vigilar el ganado.

Lo que le recordó a Vicky algo que estaba deseando preguntarle.

--¿Parche? No me parece que ese nombre le pegue.

--Puede que no --asintió Nadine--, pero lo cierto es que era el más joven y el más pequeño de unos trillizos y me imagino que por entonces sí que era un nombre apropiado.

--¿El más pequeño?

Nadine sonrió.

--Sí. Bueno, creció.

Justo entonces, Cellucci entró en la cocina dejando a Sombra en el césped, con la lengua fuera y el frisbee bien a salvo bajo las dos patas.

--Ya estás preparada. Bien. Será mejor que nos vayamos, es casi mediodía. He oído que Henry Fitzroy sigue en la cama --su sonrisa no era despectiva pero le faltaba poco.

--Ha tenido una noche ajetreada.

--¿Y quién no?

Entonces ella cayó en la cuenta.

--¿Que nos vayamos a dónde?

--A la ciudad. Tienes que ver al mecánico, a menos que no te preocupe dejar en manos de Peter un vehículo poco seguro. Además, tiene que haber alguien que sepa quién sería capaz de hacer esos disparos, así que sugiero que vayamos a donde podamos enterarnos. Y alguien tiene que recoger a Donald y traerlo a casa.

--¿Sí? ¿De veras? --cruzó los brazos sobre el pecho--. Y todo eso, ¿qué tiene que ver contigo?

--He decidido quedarme una temporada --se volvió hacia Nadine--. Sin recargos.

Vicky se tragó el *¡Vete a la mierda!* que había estado a punto de pronunciar. Comparado con las vidas de los licántropos, su orgullo no

valía nada. Por otro lado, a pesar de lo que pudiera pensar, Mike Cellucci no tenía una línea directa con la verdad y no tenía derecho a entrometerse.

--¿Qué pasa? --Peter siguió a su hermana a la cocina y miró alternativamente a Vicky y a Cellucci, con la nariz arrugada. Había algunos aromas extraños en el aire.

--Vicky está decidiendo quién va a ir a la ciudad --le explicó Nadine.

--Rose --dijo Peter rápidamente--. Sigo traumatizado por lo de ayer.

Rose puso los ojos en blanco.

--Tú lo que quieres es sacar la cabeza por la ventanilla.

El muchacho sonrió.

--Eso también.

--Conduzco yo porque vamos a ir en mi coche.

Los gemelos se volvieron al unísono y miraron a Vicky.

Debería decirle que se fuera a casa y esta vez de verdad, aunque tuviera que romper algunos huesos. No necesito su ayuda.

Peter advirtió su indecisión, se aproximó un paso a ella y dijo en voz baja:

--Eh... Vicky. No creo que Henry vaya a aprobar que él se quede por aquí.

Vicky entornó los ojos hasta convertirlos en dos ranuras. ¿Qué demonios tenía Henry que ver con aquello? Recogió el bolso del suelo y se encaminó hacia la puerta.

--¿A qué estás esperando? --le espetó a Cellucci mientras pasaba a su lado--. Creí que ibas a conducir.

Cellucci miró a Peter con aire especulativo y luego la siguió.

--¿De qué iba todo eso? --preguntó Peter mientras los dos gemelos salían corriendo para alcanzarlo--. ¿Por qué ha empezado a reírse tía Nadine?

--¿De verdad no lo sabes?

--No. La verdad es que no.

Rose suspiró y sacudió la cabeza.

--Peter, a veces eres tan crío...

--No lo soy.

--Sí lo eres.

Hubieran continuado con la discusión hasta llegar a Londres si Vicky no hubiera amenazado con ponerles un bozal.

--Ahí está su problema.

Vicky examinó el motor del BMW de Henry. A primera vista, nada parecía estar mal.

--¿Dónde está el problema?

--Ahí --el mecánico señaló con el destornillador que sostenía--. El manguito de los frenos, justo encima del cilindro principal.

--¿Hay algo malo en el manguito de los frenos?

--Sí. Está agujereado.

--¿Qué quiere decir con agujereado?

El mecánico suspiró. Su expresión dijo *¡Mujeres!* con tanta claridad como si hubiese pronunciado la palabra en voz alta.

--Agujereado. Con un agujero.

--¿Quiere decir que alguien lo agujereó? --tardó un momento en asumir las implicaciones de aquello. ¿Acababan de subir las apuestas? ¿Había descubierto el asesino su implicación en el caso y había decidido hacer algo al respecto? Frunció el ceño. Aquello no se ajustaba al patrón establecido. Repentinamente el aire del garaje, ya empapado de olor a hierro, aceite y gasolina, se hizo más espeso y difícil de respirar.

--Yo no he dicho que nadie lo hiciera. ¿Ve esto? --levantó el tubo de goma negra con la punta del destornillador--. Se ha rozado contra esa pieza de metal hasta agujerarse --se encogió de hombros y dejó caer el tubo--. A veces ocurre. Los frenos funcionan durante un tiempo pero van perdiendo líquido. Si se pierde el líquido suficiente... --un dedo grasiento trazó una línea a lo largo de su garganta.

--Sí. Lo sé --Vicky se enderezó--. Yo estaba allí. Entonces, le dirá a la policía...

--Que fue un accidente. Mala suerte. No es culpa de nadie --volvió a encogerse de hombros, se dio la vuelta y sacudió la cabeza mientras miraba el lado destrozado del coche--. Cuesta creer que alguien consiguiera salir con vida. Menuda suerte.

Mucha suerte. Vicky era consciente de ello. Había esquivado a la muerte por menos de un par de pasos y si Rose hubiera estado en el lado opuesto, no habría sobrevivido. Se subió las gafas y volvió a inclinarse sobre el motor; algo no andaba bien.

--¿Por qué demonios construiría alguien un coche para que el tubo del líquido de frenos acabase desgastado?

El tono de voz del mecánico transmitía indiferencia.

--Puede que porque es un coche viejo. Con algo construido en el 76, no es raro que las cosas fallen. Podría haber sido un fallo en la línea de montaje. No existen dos coches exactamente iguales.

Muy bien, tenía sentido, la mala suerte y sólo la mala suerte era la responsable de que Rose, Peter y ella se encontraran en el coche cuando las cosas fallaron. *Jesús, si uno no puede confiar ni en un BMW...*

Excepto que... había dos puntos alrededor del agujero en los que las marcas amarillas del tubo se veían con más claridad, como si una mano apoyada ligeramente por error se hubiera llevado parte del polvo acumulado sobre él. Cuidándose de no tocar el tubo de goma, Vicky apretó el dedo contra la protuberancia de metal que lo había agujereado. Aunque no estaba afilada, ciertamente tenía una punta aguda.

--Suponga que quisiera agujerear el tubo de los frenos de un coche y hacer que pareciera un accidente --señaló hacia el interior del motor--. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer algo como esto?

El mecánico pareció dubitativo.

--No mucho.

Habían estado en el restaurante una hora y media. Tiempo más que suficiente.

Intrigado por la idea, el hombre alargó el brazo hacia el interior del coche.

--Cogería esto de aquí...

--¡No lo toque!

Apartó la mano como si le hubiese sido golpeada.

--No pensará usted que...

--Lo que pienso es que no quiero correr el menor riesgo. Quiero que llame a la policía. Tengo el número del agente que estuvo en la escena si le hace falta.

--No. Ya lo tengo.

--Bien. Dígales que ha encontrado indicios de sabotaje y que, como mínimo, deberían buscar huellas dactilares --ella tenía su propio equipo de bolsillo. No era exactamente de última tecnología, pero sin duda bastaría para encontrar huellas sobre un tubo de goma grasiento. No obstante, si conseguía convencer a la policía de que utilizase sus propios medios, tanto mejor.

--¿Por qué no los llama usted?

--Porque usted es el experto.

La miró un momento con el ceño fruncido y entonces suspiró y dijo:

--Muy bien, señorita. Usted gana. Llamaré.

--Ahora --sugirió ella.

--Muy bien. Ahora mismo. No toque nada hasta que haya vuelto.

--Estupendo. Y usted no toque nada hasta que el agente encargado de las huellas haya venido y se haya marchado.

El hombre volvió a fruncir el ceño. Dio dos pasos, se detuvo y retrocedió.

--Alguien ha tratado de matarla, ¿verdad?

--Es posible. O a Peter. O a Rose.

Él sacudió la cabeza con una expresión que mediaba entre el respeto y el asco.

--Apuesto a que no es la primera vez --continuó en dirección a la oficina sin esperar respuesta.

Vicky se frotó las cicatrices apenas visibles de la muñeca izquierda con el pulgar derecho, volvió a ver la inhumana sonrisa y escuchó al demonio decir:

--*Así que tú vas a ser el sacrificio.*

Un reguero de sudor que no tenía nada que ver con el calor reinante se deslizó entre sus pechos y, detrás de ellos, pudo sentir que su corazón se aceleraba. La muerte había estado tan cerca que una sombra de ella permanecía todavía a su lado, mucho tiempo después de que su emisario hubiera sido derrotado. Con habilidad nacida de la práctica apartó el recuerdo y lo enterró en las profundidades de sus pensamientos.

El mundo que se encontraba más allá del recuerdo le pareció extraño por un momento. Entonces sacudió la cabeza y se forzó a regresar al presente. Fuera, junto al coche, Rose le contaba a Cellucci alguna historia que implicaba muchos ademanes, mientras Peter permanecía a su lado con aire protector. Cuando algún comentario de Rose hizo reír a Cellucci, Vicky vio que los hombros del muchacho se ponían tensos.

--¡Peter! ¿Podrías venir un momento, por favor?

Aunque a regañadientes, él lo hizo.

Vicky señaló el coche con un ademán de la cabeza.

--¿Qué posibilidades habría de que pudieras reconocer el aroma de alguien en un manguito de goma?

Peter miró el motor y arrugó la nariz.

--Prácticamente ninguna. El olor del líquido de frenos es demasiado fuerte. ¿Por qué?

Vicky no vio ninguna razón para mentir. Los licántropos ya sabían que estaban amenazados de muerte.

--Creo que el accidente de ayer fue obra de alguien.

--Vaya. A Henry no va a gustarle eso.

--¿Henry?

--Bueno, destrozaron su coche.

--Y casi nos mataron a todos --le recordó ella.

--Oh. Sí.

La puerta de la oficina se abrió y el mecánico volvió a entrar en el garaje. No parecía contento.

--Muy bien. Ya he llamado. Me dijeron que alguien se pasaría por aquí. Más tarde --miró al coche y luego a Vicky--. Dijeron que querían hablar con usted. Que no se marche de la ciudad.

--Ni se me ocurriría hacerlo. Gracias, ha sido usted de gran ayuda.

Él le devolvió la sonrisa con un bufido y se puso a trabajar en un Saab azul último modelo que indudablemente había conocido mejores tiempos.

Vicky reconocía una despedida cuando la veía. No había nada más que pudiera hacer por allí, así que decidió marcharse.

--Vamos Peter.

El muchacho, el ceño fruncido con aire pensativo, la siguió fuera del garaje.

--¿Qué pasa? --le preguntó Vicky mientras cruzaban el aparcamiento hacia el coche de Cellucci.

--Probablemente no es nada pero mientras hablabas con el señor Sunshine olisqueé un poco por el capó. Si alguien anduvo manipulando los frenos, tuvo que abrir el capó primero --respiró profundamente--. En cualquier caso, durante un segundo, pensé que había encontrado un olor conocido. Luego lo perdí. Lo siento.

--¿Volverías a reconocerlo si te lo encontraras de nuevo?

--Creo que sí.

--Muy bien. Si alguna vez te cruzas con él, dímelo inmediatamente. Ese tío es peligroso.

--Eh --protestó--. Ya lo sé. Es a mi padre a quien han disparado.

Vicky se preguntó si debía decirle que, probablemente, la persona que había disparado a su padre y la que había saboteado los frenos

no era la misma --las dos acciones eran demasiado diferentes-- y desde su punto de vista esta segunda amenaza, no asociada a un patrón que la hiciera predecible, resultaba mucho más peligrosa. Decidió no hacerlo. No haría ningún bien.

* * *

Cellucci esperó hasta que Peter y Rose hubieran entrado y luego salió marcha atrás de la entrada de la casa del doctor Dixon y se dirigió hacia el centro de la ciudad.

--Es difícil no apreciarlos, ¿verdad?

--¿Te sorprende?

--¿Y eso lo dice la mujer que una vez comentó que los adolescentes debían estar prohibidos por la ley?

--Bueno, me parece que no son los típicos adolescentes, ¿o sí? Cellucci la miró de soslayo.

--Muy bien, ¿qué es lo que te pasa? Has estado de un humor muy raro desde que salimos del garaje.

Vicky se subió las gafas y suspiró.

--Sólo estaba pensando...

--Menuda novedad...

Ella lo ignoró.

--...que si alguien se está tomando todas estas molestias para tratar de matarme, tiene que ser por algo que sé y de lo que todavía no me he dado cuenta. El asesino piensa que me estoy acercando demasiado.

--O quizá tú no eras su objetivo, sino Rose y Peter y tú estabas allí por casualidad.

--No, ya tienen un sistema para matar a los licántropos. ¿Para qué cambiarlo? Sigue funcionando. Algo me dice que esta vez yo era el objetivo.

--¿Una corazonada?

--Lámalo como quieras, pero si lo llamas intuición femenina te parto la cara.

Él no tenía la menor intención de decir algo tan descaradamente suicida, así que ignoró la amenaza.

--Entonces pensemos en lo que sabes.

--No debería llevarnos demasiado --con las rodillas apoyadas sobre el salpicadero, Vicky empezó a contar con los dedos--. Sé que Barry Wu no lo hizo. Sé que el doctor Dixon no lo hizo. Sé que Arthur

Fondrin no lo hizo. *Cualquier otro* podría haberlo hecho, incluyendo a alguien que cualquiera de estos tres hubiera conocido casualmente en un bar. Una vez que Barry me diga quiénes en Londres saben disparar tan bien como para hacerlo..., bueno, compararé esos nombres con la lista de los que visitan de forma regular la reserva. Con suerte podremos descifrar estas indicaciones antes de que se marche a trabajar.

Cellucci tomó la hoja de papel de las rodillas de Vicky, la examinó y volvió a dejarla. A pesar de la visita turística por el campo de aquella mañana, tenía una fe absoluta en su habilidad para orientarse.

--¿Y si Barry no lo sabe?

--Alguien debe de saberlo. Lo encontraré --alisó el mapa sobre su rodilla--. Oh, y tampoco es Frederick Kleinbein.

--¿Quién?

--Supongo que, técnicamente, podrías llamarle el vecino más próximo. Me informó de que los Heerkens tenían un secreto siniestro, --sonrió--. Son nudistas, ya sabes.

--¿Nudistas?

--Eso me dijo él. Por lo que parece, a los lugareños les resulta más fácil creer en nudistas que en hombres lobo.

Cellucci le lanzó una mirada agria.

--No me sorprende. Sin embargo, lo que sí me sorprende es que no hayan atraído multitudes de jóvenes armados con cámaras y teleobjetivos.

--Tengo la impresión de que los "perros" se encargan de solucionar ese problema.

Cellucci, que había sido obsequiado con las atenciones de uno de esos "perros" era consciente de lo mucho que podían desalentar a un mirón.

Vicky interpretó su gruñido como un asentimiento y continuó.

--Aparte de éstas, las únicas personas con las que he hablado son Carl Biehn y Mark Williams.

Cellucci tardó un momento en ubicar los nombres.

--¿Los dos tíos de esta mañana?

--Exacto.

--Entonces podrían ser ellos.

--No lo creo --dijo un bufido--. ¿Te imaginas a alguien como Williams tomándose el tiempo y las molestias necesarios para convertirse en un tirador? Ja, ja. Si no lo he juzgado mal, todo lo que no sea una gratificación instantánea no le interesa.

--¿Y el viejo? ¿Su tío?

Vicky suspiró.

--Es vegetariano.

--No se está comiendo a los hombres lobo, Vicky, sólo los está matando.

--También es un hombre profundamente religioso.

--Como muchos chiflados. No son cosas incompatibles.

--Y tiene el jardín...

--Y a ti te gusta.

Ella volvió a suspirar, mientras abría y cerraba las ventanillas del aire acondicionado.

--Sí. Y me gusta. La verdad es que parece una persona decente.

--¿Otra corazonada?

--Que te jodan, Cellucci --entre el sol de justicia, el golpe de ayer y la falta de sueño, empezaba a sufrir otra gran jaqueca--. El tener un sobrino repulsivo no es razón suficiente para acusar a nadie de un asesinato múltiple. No obstante, por si acaso, voy a pedirle a Barry que vigile al señor Williams. Si *tú* quieres ser de alguna ayuda y el viento sopla en la dirección adecuada, podrías pasar la noche vigilando el árbol.

--Muchas gracias. Justo lo que necesitaba. Pasar la noche entera en un bosque mientras los mosquitos se me comen vivo --¿*Mientras Henry y tú estáis bien a gusto en la casa? Me parece que no.* La miró un instante y luego volvió su atención a la carretera--. ¿Quién dice que va a volver allí?

--Es parte del patrón cuando el viento sopla hacia allí.

--Entonces, ¿por qué no lo talas?

--Ya lo había pensado.

--Mientras sigues haciéndolo, ahí va otra pregunta: si sabes que sigue volviendo al árbol, ¿por qué no has vigilado *tu*?

--¿Cómo? *Sabes que no veo una mierda en la oscuridad.*

Además, fue Henry...

--¡Enviaste a un civil!

--¡Él se ofreció! --le espetó ella, ignorando el hecho de que ahora mismo también era una civil.

--¿Y también se ofreció para que le pegaran un tiro?

--Henry es un hombre adulto. Conocía los riesgos.

--Un hombre adulto. Bien. Y esa es otra, por cierto. Por lo que dice su carné de conducir, Henry sólo tiene veinticuatro años --apartó los ojos de la carretera el tiempo suficiente para mirarla--. Tienes ocho

años más que él, ¿no te...? ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

Aunque la trepidación le estaba haciendo cosas horribles en el interior de la cabeza, Vicky no podía dejar de reír a carcajadas. *Ocho años nada menos. Dios bendito.* Finalmente, el gélido silencio del asiento contiguo se abrió paso hasta ella y pudo controlarse. *Ocho años nada menos...* Se quitó las gafas y se secó los ojos con la manga de la camisa.

--Mike, no tienes idea de lo poco que eso importa.

--Es evidente que no --gruñó entre dientes.

--¡Eh! ¿Estamos persiguiendo a un sospechoso o qué? Acabas de acelerar para saltarte una luz ámbar --Vicky se volvió hacia él, vio la forma que había adoptado su mandíbula y decidió que había llegado el momento de cambiar de tema--. ¿Qué puedo saber yo que sea tan importante como para tratar de matarme?

No era el modo más elegante de cambiar de tema que hubiera visto en su vida, pero Cellucci lo aprovechó sin dudarlo. De pronto, *no* tenía ninguna gana de saber de qué se había estado riendo ella. Tenía doce años más que el jodido Henry Fitzroy y no creía que su ego estuviera preparado para ello.

--Si yo estuviera en tu lugar, haría que detuvieran a Carl Biehn y a su sobrino para interrogarlos.

--¿Bajo qué cargos?

--Alguien piensa que te estás aproximando demasiado y ellos son los únicos con los que has hablado que no están libres de toda sospecha.

--Bueno, no estás en mi lugar --Vicky se rascó una picadura de mosquito en la parte trasera de la pantorrilla--. Y, por si no te has dado cuenta, éste no es un caso policial y, además, no podemos implicar a la policía en él.

--Ya están implicados. ¿O te has olvidado del informe sobre una herida de escopeta de la pasada noche?

--Calle Queen. Gira aquí. El edificio del piso de Barry está en el número 321 --se subió las gafas y añadió--. La policía sólo cree estar implicada. No tienen ni una sola pista sobre lo que está ocurriendo en realidad.

--¿Y no crees que acabarán por enterarse? --preguntó mientras se pegaba lo suficiente a la esquina para dejar pasar a un niño pequeño montado en bicicleta.

Vicky extendió las manos.

--¿Cómo van a descubrirlo? ¿Es que se lo vas a contar tú?

--Lo investigarán.

--No me cabe duda. Durante un par de semanas, los agentes de la PPO rondarán por la reserva con algo más de frecuencia de lo habitual y entonces aparecerá algo más importante que un disparo accidental y tendrán que dedicarle su tiempo.

--Pero no fue un accidente --señaló Cellucci, haciendo un esfuerzo para no perder los estribos.

--Ellos no lo saben --Vicky se obligó a relajarse. Apretar los dientes hacía que le doliera la sien y, por el contrario, no tenía el menor efecto sobre el cabezota que se sentaba a su lado--. Y no lo van a descubrir.

--Bueno, pero no habrá más remedio que contárselo cuando descubras quién está cometiendo los asesinatos. ¿O --continuó con tono sarcástico-- es que habías planeado preparar un accidente para solucionarlo todo?

--Allí --señaló-- trescientos veintiuno. La señal dice que el aparcamiento está en la parte de atrás.

El silencio que había en sus palabras resultaba elocuente.

--Por Dios, Vicky. Vas a llevar esto ante los tribunales, ¿verdad?

Ella estudió las punteras de sus zapatillas.

--¡Respóndeme, maldita sea! --dio un pisotón a los frenos y, casi antes de que el coche se hubiera detenido, la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo.

--¿Los tribunales? --ella se sacudió sus brazos. Dios, algunas veces era tan obtuso--. ¿Y qué les ocurrirá a los licántropos en los tribunales?

--La ley...

--Ellos no quieren ley, Cellucci, quieren justicia y si el asesino va ajuicio, no la tendrán. Tú sabes tan bien como yo que en los juicios se enfrentan víctimas y acusados. ¿Qué posibilidades crees que tendrían los licántropos? Si no eres blanco o si eres pobre o, maldita sea, si eres una mujer, el sistema te ve como algo menos que humano. ¡Los licántropos *no* son humanos! ¿Cómo crees que va a tratarlos el sistema? ¿Y qué clase de vida crees que los espera después de que haya terminado con ellos?

Cellucci no podía creer lo que estaba oyendo.

--¿Estás tratando de convencerme o estás tratando de convencerte a ti misma?

--¡Cierra la boca, Cellucci! --él se esforzaba deliberadamente por no comprender. *Su diminuta y limitada visión del mundo está jodida y*

no puede adaptarse. No es culpa mía.

La voz de él aumentó de volumen hasta igualarse a la de ella.

--No voy a quedarme aquí para ver cómo arruinas todo aquello en lo que has creído durante tanto tiempo.

--¡Entonces lárgate!

--Estás dispuesta a ser juez y jurado... ¿y quién será el verdugo? ¿O es que también vas a encargarte de eso?

Se miraron fijamente un momento y entonces Vicky cerró los ojos. El latido de su corazón se convirtió en una ráfaga y en el interior de sus párpados pudo ver a Donald, sangrando, y luego, uno detrás de otro, a los miembros de la manada, caídos en el mismo lugar en el que las balas los habían alcanzado, empapados de sangre. Y sólo ella quedaba para llorarlos. Respiró profundamente una vez, luego otra y entonces abrió los ojos.

--No lo sé --dijo con voz calmada--. Haré lo que tenga que hacer.

--¿Y si eso incluye el asesinato?

--Déjalo, Mike. Por favor. Ya te he dicho que no lo sé.

Él se mesó los cabellos con ambas manos, violentamente y se tragó todas las cosas que quería decir, salvo una. Incluso logró que su voz permaneciera razonablemente calmada:

--Antes sí lo sabías.

--La vida era mucho más sencilla entonces. Además --desabrochó su cinturón de seguridad, soltó una risotada agitada y muy poco convincente y abrió la puerta del coche--, todavía no he cogido al hijo de puta. Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él.

Cellucci la siguió hacia el edificio de Barry Wu, mientras la preocupación y la rabia rechinaban con igual fuerza en sus pensamientos. *La vida era mucho más sencilla entonces.* Eso era algo que no podía discutir.

* * *

--Por encima de todo, necesita un buen juego de cuchillos.

--Ya tengo cuchillos.

--No, no. Cuchillos recién afilados. Los filos que salen de fábrica son basura.

--Los llevaré a que los afilen esta misma tarde.

--Bah --el anciano tomó un sobre desgarrado de entre los numerosos papeles que había sobre la mesa de la cocina y escribió una dirección en el dorso--. Vaya aquí --le ordenó a su visitante

mientras se lo tendía--. Es el último lugar que queda en la ciudad en el que podrían hacer un trabajo decente.

Mark Williams dobló el papel por la mitad y lo guardó en su cartera. Unas pocas averiguaciones sobre el mercado de pieles le habían conseguido el nombre del viejo. Cincuenta dólares le habían conseguido un par de horas de instrucción. Teniendo en cuenta lo que iban a reportarle las pieles, podía considerarse un dinero bien gastado.

--Muy bien. Escuche con atención. Vamos a hacerlo de nuevo. Si lo hace despacio no debería tener ningún problema. El primer corte se realiza a lo largo de la barriga, más o menos, y luego...

* * *

--El problema es que no hay nadie más. De hecho, no estoy seguro de que yo mismo fuera capaz de hacerlo. No en plena noche -- Barry asomó la cabeza por la puerta del dormitorio mientras se vestía para marcharse a trabajar--. No he practicado mucho con mira telescópica.

--¿Y alguien de la unidad de armas y tácticas especiales?

Arrugó las cejas.

--¿Quiere decir un policía?

Cellucci suspiró. En su opinión, los jóvenes siempre parecían petulantes cuando trataban de fruncir el ceño.

--¿Es que pretendes decirme que en Londres no ha habido nunca un mal poli?

--Bueno... no, claro. Pero la cosa no es como en Toronto --desapareció en el interior del dormitorio y volvió un momento después, con la camisa del uniforme abierta y las botas en la mano--. Supongo que podría preguntar un poco por ahí --se ofreció mientras tomaba asiento sobre la única silla que quedaba vacía. El apartamento estaba un poco corto de mobiliario pero tanto la televisión como el equipo estéreo eran de primera calidad--. Pero, francamente, no creo que ninguno de esos tíos pudiera hacerlo --respiró profundamente--. Puede que suene un poco pretenciosos pero, incluso considerando mi poca familiaridad con las miras, ninguno de ellos juega en la misma liga que yo.

Vicky cogió la foto de la graduación de Barry en la academia de policía del lugar de honor que ocupaba, encima de la televisión. Sólo uno de los muchos rostros de sonrisa formal que aparecían en ella pertenecía a una minoría étnica: Barry Wu. *Además de cinco mujeres*

y un hombre lobo. Qué gran mezcla. Todas las mujeres eran blancas. Técnicamente, el hombre lobo también lo era. *Y la policía se pregunta porqué se están desmoronando las relaciones comunitarias.* En realidad, tenía que admitirlo, la policía sabía por qué se estaban desmoronando las relaciones comunitarias. La cuestión era que, sencillamente, no podían dar con la solución rápida que todo el mundo demandaba para un problema que databa de tanto tiempo atrás. Desgraciadamente, "tardará algún tiempo" no era una gran respuesta cuando el tiempo se estaba agotando.

--Me sorprende que los S.W.A.T. no te hayan reclutado --volvió a dejar la fotografía en su lugar con sumo cuidado. Todavía le costaba pensar en la policía y en sí misma como entidades separadas.

Él sonrió con cierto aire cohibido.

--Me han advertido que en cuanto vuelva con el oro olímpico, seré suyo --su sonrisa se desvaneció mientras se ataba los cordones de las bota--. Supongo que sería mejor que los investigara un poco, ¿verdad?

--Bueno, si puedes averiguar lo que estaban haciendo sus mejores tiradores las noches de los asesinatos, sería de utilidad.

--Sí --suspiró--. Es una pena que no tuviéramos alguna importante crisis de rehenes, porque entonces estarían fuera de toda sospecha.

--Una pena, sí --asintió Vicky. Y reprimió una sonrisa que hubiera sido completamente inadecuada. El chico --el joven-- estaba hablando completamente en serio.

--La verdad es que me resulta imposible creer que alguien esté disparando a la familia de Colin. Me refiero a que --se levantó y empezó a abrocharse la camisa con los dedos temblorosos a causa de la indignación-- probablemente son la mejor gente que conozco.

--¿No te molesta que se conviertan en animales? --preguntó Cellucci.

Barry se puso tenso.

--No se convierten en animales --le espetó--. El hecho de que tengan una forma que lo parezca no los convierte en animales. Y, además, la mayoría de los animales con los que me he cruzado últimamente caminaban sobre dos piernas. Y Colin es un gran poli. Una vez que da con el rastro de un sospechoso, el tío está acabado. Es el mejor compañero que uno podría desear cuando las cosas se ponen tensas y, además, el concepto del jugador de equipo es prácticamente un invento de los licántropos.

--Sólo te preguntaba si la cosa te molestaba --dijo Cellucci con

suavidad.

--No --mientras se metía los faldones con cierta violencia debajo del pantalón, Barry enrojeció ligeramente--. Ya no. Quiero decir, una vez que llegas a conocer a un tío, no puedes odiarlo sólo porque sea un hombre lobo.

Palabras sabias para estos tiempos, pensó Vicky.

--Volviendo a los asesinatos...

--Sí. Creo que conozco a alguien que podría ayudarnos. Bertie Reid. Es una verdadera enciclopedia. Ya sabe, la clase de persona capaz de citar hechos y cifras de los últimos cincuenta años. Si hay alguien en la zona capaz de hacer esos disparos, ella lo sabrá. O al menos podrá averiguarlo.

--¿Ella suele tirar?

--En ocasiones armas de pequeño calibre, pero las grandes ya no. Debe de tener por lo menos setenta años.

--¿Conoces su dirección?

--No. Y su número de teléfono no viene en la guía. La conocí en el campo de tiro. Pero no es difícil de encontrar. Suele dejarse caer por el Club Deportivo de Grove Road la mayoría de las tardes. Se sienta en el salón, toma algunas tazas de té y critica la forma de tirar de todo el mundo. --Levantó la vista del pedazo de papel en el que estaba apuntando la dirección--. Me dijo que mantenía el brazo trasero demasiado tenso --flexionó el brazo en cuestión y añadió--. Tenía razón.

--¿Por qué no practicas en la galería de tiro de la policía?

--preguntó Cellucci.

Barry pareció avergonzarse un poco mientras les tendía la dirección del club.

--Lo hago de vez en cuando. Pero siempre termino teniendo audiencia y, bueno, allí toda las dianas tienen forma de persona. Eso no me gusta.

--A mí nunca me gustó demasiado --le dijo Vicky mientras guardaba el papel doblado en su bolso. Podía ser algo absurdo, era indudable que cualquier cosa a la que un policía tuviese que disparar tendría forma de persona, pero el caso es que las pruebas anuales de tiro solían provocar que se avergonzase un poco de su habilidad.

Acompañaron a Barry hasta el aparcamiento y lo vieron enfundarse su chaqueta de cuero --"prefiero sudar que dejarme los codos en el pavimento"--, ponerse un casco con una tira naranja fosforescente en la parte trasera, guardar con cuidado la gorra bajo el

asiento de la moto y desaparecer envuelto en el rugido del motor.

Vicky suspiró mientras apoyaba cautelosamente la espalda sobre el metal caliente del coche de Cellucci.

--Por favor, di me que yo nunca fui tan fogosa.

--No lo eras --se burló Cellucci--. Tú eras aún peor --abrió la puerta del coche y se acomodó sobre el asiento de vinilo. No habían encontrado ningún sitio a la sombra y, teniendo en cuenta la discusión que estaban manteniendo al llegar, tampoco lo hubieran visto de haberlo habido. Mascullando entre dientes mientras su codo rozaba el respaldo, abrió la puerta de Vicky y encendió el aire acondicionado antes de que ella entrara.

El eco de su anterior pelea parecía resonar todavía en el coche. Ninguno de ellos dijo palabra, temiendo que la cosa volviera a empezar.

Cellucci no deseaba hacer un monólogo sobre el peligro de hacer juicios morales y sabía que, por lo que a Vicky se refería, el asunto estaba cerrado. *Pero si piensa que voy a marcharme antes de que este asunto acabe, se equivoca.* No tenía que volver al trabajo hasta el jueves y después de eso, si era necesario, pediría una baja por enfermedad. Ya no era sólo por Henry Fitzroy. Vicky necesitaba que la salvara de sí misma.

De momento, mantuvieron una tregua.

--Son casi las dos y media y estoy hambriento. ¿Qué te parece si paramos a comer algo?

Vicky levantó la vista de la dirección garabateada por Barry, agradecida por aquella oferta de paz.

--Sólo si comemos en el coche de camino.

--Estupendo --aparcó en la calle--. Sólo si no es pollo. Con este calor el coche absorbería el olor y nunca podría librarme de él.

Entraron en el primer establecimiento de comida rápida que encontraron. Sentado en el coche, comiendo patatas fritas mientras esperaba que Vicky volviera del cuarto de baño, Cellucci no podía apartar la vista de un jeep negro y dorado aparcado al otro lado de la calle. Sabía que lo había visto antes pero no dónde y el recuerdo llevaba consigo connotaciones vagamente desagradables.

El conductor había aparcado frente a una antigua tienda de reparación de calzado. En mitad del escaparate, Cellucci podía ver un anuncio medio borrado que rezaba. *Unos zapatos en mal estado arruinan la facha del más pintado.* Le dio vueltas y más vueltas al fragmento de recuerdo hasta que la respuesta salió caminando de la

tienda.

--Mark Williams. No me extraña que me diera mala espina

--Williams ostentaba la clase de actitud que Cellucci odiaba. Cualquier día, su redomada bajeza superaría a su encanto superficial. Sonrió mientras daba un bocado a su hamburguesa. *Todo lo contrario de lo que le ocurre a Vicky.*

Silbando alegremente, Williams dio la vuelta al coche, abrió la puerta del conductor y arrojó un voluminoso paquete de papel de estraza sobre el asiento del copiloto antes de entrar.

Si hubiera estado en su jurisdicción, Cellucci habría tenido una pequeña charla con el hombre por una cuestión de principios; hacerle saber que lo estaban vigilando y tratar de averiguar lo que llevaba en el paquete. Le gustaba anticiparse a la clase de situaciones potencialmente peligrosas que alguien como Mark Williams representaba. Tal como estaban las cosas, se limitó a sentarse y observar mientras el otro arrancaba el coche y desaparecía.

Al marcharse el jeep, se hizo visible un segundo cartel en el escaparate de la zapatería.

Se afilan cuchillos.

* * *

--¿Bertie Reid? --el hombre de mediana edad que se sentaba al otro lado del escritorio frunció el ceño--. Me parece que no ha venido todavía, pero... --sonó el teléfono y el hombre puso los ojos en blanco mientras respondía--. Club Deportivo de Grove Road. Exacto, sí. Mañana por la noche en el campo de tiro. No señora, no habrá disparos en medio de la función. Gracias a usted. Esperamos verla allí. Malditos teléfonos --continuó mientras colgaba--. A Alexander Graham Bell hubieran debido darle un buen par de zapatos de cemento y arrojarlo al océano. Bueno, ¿dónde estábamos?

--Bertie Reid --le instó Vicky.

--Exacto --elevó la vista hacia el reloj de la pared--. Acaban de dar las tres. No creo que Bertie aparezca hasta dentro de una hora. En todo caso, si no les importa que se lo pregunte, ¿qué quiere de Bertie una pareja de investigadores privados de Toronto?

Bastante divertida por la asunción del hombre de que su carné hacía referencia también a Cellucci, Vicky le obsequió su mejor sonrisa profesional, destinada a inspirar confianza en el público en general.

--Estamos buscando información sobre competencias de tiro y Barry Wu nos dijo que la señora Reid era la persona que necesitábamos.

--¿Conocen a Barry Wu?

--Hacemos lo posible por mantener buenas relaciones con la policía --a Cellucci no le molestaba que lo tomaran por el compañero de Vicky. Era mejor que ir enseñando la placa por todo Londres... un comportamiento que no le granjearía las simpatías de sus superiores en Toronto.

--También nosotros --su voz adquirió un tono defensivo--. Los miembros del club se hacen responsables de sus armas. Todas las que entran en este lugar están registradas tanto en la PPO como en la policía local y no guardamos munición. Son los idiotas que piensan que un arma de fuego es una extensión de gran calibre de sus pollas --les ruego me perdonen-- los que se dedican a disparar en medio de los restaurantes y los patios de colegio y los que le vuelan la cabeza al tío Ralph mientras le enseñan a alguien su nuevo juguete del calibre . 30. No nuestros socios.

--No es que sea mejor recibir un tiro a propósito que por accidente --señaló Vicky, mordaz. Sin embargo, a él no le faltaba parte de razón. Ya que el concepto general de arma de fuego no podía ser escondido en la Caja de Pandora, era mejor que se le privase de todo encanto y que se convirtiese solamente en una herramienta o afición más. No obstante, ella hubiera preferido una regulación universal sobre tenencia de armas tan severa que cualquiera, desde los consumidores hasta los fabricantes, prefiriese dedicarse a cualquier otra cosa antes de tener que afrontar el papeleo y que el castigo por el uso de un arma en un crimen fuese apropiado al crimen... podrían utilizar el propio arma con el bastardo y luego enterrarla con él. Había desarrollado esta filosofía después de ver lo que una escopeta del calibre doce disparada a quemarropa podía hacerle al cuerpo de un niño de siete años.

--¿Le importa si esperamos aquí a la señora Reid? --preguntó Cellucci antes de que el hombre del escritorio hubiese podido decidir si las palabras de Vicky habían demostrado conformidad u hostilidad. Suponía que ya habría tenido su ración diaria de diatribas desapasionadas.

El hombre frunció el ceño ligeramente y se encogió de hombros.

--Supongo que no hay ningún problema, dado que Barry les envió. Es el orgullo del club, ¿sabe usted? Nadie de por aquí puede

comparársele siquiera. Va a participar en las próximas Olimpiadas y, si hay justicia en el mundo, volverá con la medalla de oro... ¡Maldita sea! --mientras alargaba el brazo hacia el teléfono, señaló las escaleras con un ademán--. El salón está en la segunda planta. Pueden esperar a Bertie allí.

El salón estaba amueblado con varias sillas y sofás marrones o dorados, de aire institucional, un par de mesas de buen tamaño y una vitrina de trofeos. En una esquina había una pequeña cocina con una cafetera, varias jarras de café soluble, un hervidor eléctrico y cuatro teteras de tamaños diversos. A las tres de una tarde de lunes, el único ocupante de la sala era un pequeño gato gris acostado sobre una copia de *La Biblia del Tirador* que alzó la vista mientras Vicky y Cellucci entraban y luego, intencionadamente, los ignoró por completo.

Desde el otro lado de un gran ventanal situado en la pared norte llegaba el sonido de salvas de rifle.

Cellucci lanzó una mirada hacia el exterior y entonces tomó un par de prismáticos de una de las mesas y los dirigió a las dianas.

--A menos que estén tratando de alejarnos de la pista con gran astucia --dijo un momento después tendiéndoselos a Vicky--, ninguno de esos dos es el tirador que andamos buscando.

Vicky volvió a dejar los prismáticos sobre la mesa sin molestarse en utilizarlos.

--Mira, Cellucci, no hay razón para que nos quedemos los dos aquí perdiendo el tiempo hasta las cuatro. ¿Por qué no vas a casa del doctor Dixon, te llevas a los gemelos y a su padre a la granja y luego vuelves a recogerme?

--¿Y mientras tú que harás?

--Primero, algunas preguntas por el club y luego hablaré con Bertie. Nada para lo que necesite tus cuidados.

--¿Estás tratando de librarte de mí? --preguntó mientras se apoyaba contra los ladrillos de cenizas de la pared.

--Estoy tratando de ser amable --le vio cruzar los brazos y ahogó un suspiro--. Mira, sé lo mucho que odias esperar y dudo que por aquí haya suficiente que hacer para mantenernos ocupados a los dos durante una hora.

A pesar de que odiase admitirlo, a ella no le faltaba parte de razón.

--Podríamos hablar --sugirió con cautela.

Vicky sacudió con cautela. Otra *charla* con Mike Cellucci era la última cosa que necesitaba en aquel momento.

--Cuando todo esto haya terminado, hablaremos.

Él alargó la mano y le dio un empujoncito a sus gafas.

--Te tomo la palabra --parecía más una amenaza que una promesa--. Llama a la granja cuando quieras que venga a buscarte. No tiene sentido que me presente en medio de todo.

--Gracias, Mike.

--No te preocupes.

--¿Por qué habré hecho eso? --se preguntó una vez que tuvo el salón para ella sola--. Sé exactamente lo que va a hacer --las sillas eran más confortables de lo que aparentaban y se hundió agradecida en el velvetón dorado--. Sólo ha accedido para poder sondear a los licántropos sobre Henry sin que yo interfiriera --¿Es que *quería* que descubriera la verdad sobre Henry?

--Ya ha estado indagando sobre el pasado de Henry --le dijo al gato--. Siempre será mejor que lo descubra en condiciones controladas que por accidente.

Era una razón perfectamente plausible y Vicky decidió creérsela. Sólo esperaba que Henry lo hiciera también.

_____ 13 _____

--Lo siento. Se acaba de ir. Ha vuelto a la cama.

--¿Ha vuelto a la cama? --Cellucci consultó su reloj--. Son las cuatro menos diez de la tarde. ¿Está enfermo?

Nadine sacudió la cabeza.

--No exactamente, pero su alergia estaba empeorando, así que se ha tomado su medicina y ha ido arriba a echarse un rato --colocó con cuidado la sábana doblada sobre la cesta de la colada mientras tomaba nota mentalmente de que debía informar a Henry sobre su alergia cuando finalmente la oscuridad lo despertase.

--Tenía la esperanza de poder hablar un poco con él.

--Dijo que volvería a levantarse alrededor del anochecer. Parece que la concentración de polen no es tan alta después de que se ponga el sol --mientras hablaba alargó el brazo para coger la siguiente prenda limpia del colgadero y perdió el equilibrio. Al instante, Cellucci la sujetó con fuerza y la ayudó a enderezarse. *Casi es una lástima que no sea un licántropo*, pensó ella mientras le daba las gracias. *Y es una*

gran suerte que Stuart esté en el granero--. Si se queda a cenar --continuó--, podrá hablar con Henry más tarde.

Alergia. Henry Fitzroy no parecía la clase de hombre al que una alergia postraba en cama. A pesar de lo mucho que Cellucci quería creer que un escritor, y más aún un escritor de novelas románticas, era un ser débil e incapaz que vivía en un mundo de fantasía, no podía negar la sensación de fuerza que emanaba de aquel hombre. Todavía la faltaba mucho para convencerse de que lo de la escritura no era una tapadera que ocultaba sus conexiones con el crimen organizado. Después de todo, ¿cuánto podía tardarse en escribir un libro? Sin duda debía de contar con mucho tiempo libre para involucrarse en toda clase de cosas repugnantes.

Por desgraciada, no podía quedarse allí indefinidamente.

--Gracias por la invitación pero...

--¿Detective?

Se volvió.

--Es la señorita Nelson. Quiere hablar con usted.

--Si me disculpa...

Nadine asintió, apenas visible bajo los pliegues de una sábana de cuatro picos ligeramente desgarrada. Las transformaciones nocturnas eran fatales para las sábanas.

Preguntándose qué habría ido mal, Cellucci entró en la casa y siguió a la adolescente pelirroja hasta el pequeño despacho que había al otro lado de la cocina. Saltaba a la vista que aquella habitación era cuanto había quedado de una más grande después de que la casa fuera equipada con fontanería interior y se le añadiese un cuarto de baño.

--Gracias, eh... --había conocido a las dos gemelas apenas quince minutos antes, cuando se habían presentado para ayudar a Peter y Rose a llevar a Donald a su dormitorio, en el piso de arriba, pero no estaba seguro de cuál de las dos era aquella.

--Jennifer --ella soltó una risilla mientras se apartaba el cabello pelirrojo de la cara--. Soy la más guapa de las dos.

--Discúlpame --Cellucci la sonrió--. Recordaré eso para la próxima vez.

Ella volvió a reír y salió corriendo.

Sin dejar de sonreír, Cellucci levantó el receptor del viejo aparato que probablemente no había sido cambiado desde que la línea fuera instalada, treinta años antes.

--Cellucci.

Vicky, que había aprendido modales telefónicos en la misma escuela que él, no tenía problemas con la falta de formalidades. Lo cierto es que rara vez las utilizaba.

--Me acaban de decir que Bertie Reid no llegará hasta las cinco, como muy pronto.

--¿Vas a esperarla?

--No creo que tenga elección.

--¿Quieres que vaya?

--No tendría mucho sentido, la verdad. Quédate en la granja para que pueda localizarte cuando sea necesario. Y trata de mantener a los lic... a los Heerkens apartados de los campos del sur.

--No debería de haber peligro a la luz del día.

--No me importa. No van a disparar a nadie más aunque tenga que sujetarlos a todos con correa.

Colgó sin preguntar por Henry. A Cellucci le resultó un poco sorprendente. Parecía como si ella asumiese que no estaría por allí. Naturalmente, podía ser que estuviese mostrando más tacto de lo habitual, pero él lo dudaba.

Mientras meditaba sobre ello, regresó al patio, con Nadine.

--Parece que voy a quedarme un rato más por aquí. Vicky tiene que hablar con alguien que tardará en llegar.

--No hay problema --lo cual no era del todo cierto pero, en opinión de Nadine, Stuart tenía que acostumbrarse a tolerar a otros machos dominantes no licántropos. Aquel policía de Toronto podía ser una buena práctica para la próxima ocasión en que Stuart tuviese que ir a la cooperativa; la última vez había sido casi un desastre. Ya era bastante difícil mantener el secreto de su existencia sin que Stuart quisiese desafiar a cada macho alfa con el que se encontraba. Y aunque podía comprender la dificultad que suponía para su marido aceptar la presencia de extraños como protectores de la manada, las cosas eran así y tenía que aprender a vivir con ello. *O todos moriremos sin ello. Como Plata.* Le pasó a Cellucci un puñado de pinzas para la ropa.

--Ponga esto en la cesta, por favor.

Cellucci la obedeció, frunciendo ligeramente el ceño ante la repentina congoja que había aparecido en los rasgos de la mujer y preguntándose si debía decir algo. Pero, ¿el qué?

--¿Mamá? --Daniel, la perfecta representación del abatimiento en un niño de seis años, apareció desde detrás de la esquina y se sentó sobre el escalón--. Quiero ir al estanque pero no hay nadie para

llevarme. Papá está arreglando el tractor y dice que Rose y Peter tienen que arreglar la cerca de la entrada y tío Donald esta malo y Colin se ha ido a trabajar y Jennifer y Mane están cuidando a tío Donald... --dejó que su voz se desvaneciera y suspiró profundamente--. Yo quería saber si...

--Ahora mismo no, cariño --ella alargó la mano y le apartó el cabello de los ojos--. Quizá más tarde.

Daniel arrugó sus cejas color ébano.

--Pero yo quiero ir ahora. Tengo calor.

--Yo puedo llevarlo --Cellucci abrió las manos mientras Nadine se volvía para mirarlo--. No tengo nada mejor que hacer --lo cual era cierto tal como estaban las cosas. Además, se le había ocurrido que los niños, de cualquier especie, a menudo sabían más de lo que los adultos sospechaban. Si Fitzroy era un viejo amigo de la familia, tal vez Daniel pudiese ayudarlo a llenar algunos de aquellos irritantes vacíos.

--¿Sabe usted nadar? --preguntó Nelson al fin.

--Como un pez.

--*Por favor*, mami.

Ella ponderó los deseos de su hijo contra su seguridad en manos de aquel extraño. Para ser honestos, lo ocurrido la pasada noche no se le podía echar en cara. Los machos no eran responsables de sus acciones cuando se les calentaba la sangre.

--¡Mami!

Y, además, el desafío le había proporcionado una especie de estatus en el seno de la manada.

--Está bien.

Daniel pasó los brazos alrededor de las piernas de su madre mientras de su garganta escapaba algo muy parecido a un ladrido de regocijo, se apartó de un salto y gritó un excitado "¡Vamos!" a Cellucci, que lo siguió a un paso más comedido.

--¡Eh!

Se volvió y apenas tuvo tiempo de coger la toalla antes de que le cayera sobre la cara.

Nadine sonrió. Su lengua asomaba ligeramente sobre unos dientes muy blancos.

--Probablemente necesitará esto. Y no le deje comer ranas que luego no hay forma de que se tome la cena.

* * *

--No lo sé. Ha estado viniendo toda la vida.

Traducción: tres o cuatro años.

--¿Y lo hace muy a menudo?

--Claro. Montones de veces.

--¿Te cae bien?

Daniel se volvió y caminó hacia atrás por la vereda, mientras miraba a Cellucci a través de una rebelde mata de cabello negro y polvoriento.

--Mucho. Henry me trae regalos.

--¿Cómo qué?

--Figuritas de plástico. Ya sabes, como superhéroes y cosas así --frunció el ceño--. Pero se rompen enseguida cuando las muerdes --su talón desnudo tropezó con un matojo de hierba y cayó sobre las posaderas agitando los brazos. Dio un gruñido al obstáculo que lo había atacado y, después de advertirle que no volviera a interponerse en su camino, aceptó la mano que Cellucci le ofrecía.

--¿Estás bien?

--Sí --se alejó unos metros corriendo y luego regresó, para demostrar que estaba perfectamente--. He tenido caídas peores que esa.

Cellucci aplastó un mosquito de una palmada.

--¿Es profundo el estanque? --recogió el insecto aplastado del vello de su antebrazo y se limpió en los vaqueros.

--No --tres saltos demostraron que una rama que sobresalía era demasiado alta para él y se apartó.

--¿Pertenece a la granja?

--Ahá. El abuelo lo excavó hace un cillón de años. Cuando mamá era pequeña --añadió, sólo por si Cellucci no sabía cuánto tiempo era un cillón de años.

--¿Henry suele llevarte a nadar?

--No. No me dejan nadar de noche a menos que todo el mundo esté aquí.

--¿Y Henry nunca está por aquí de día?

Daniel suspiró y miró a Cellucci como si fuera alguna clase de idiota.

--Claro que sí. Ahora es de día.

--Pero está dormido.

--Sí --una mariposa lo distrajo y comenzó a perseguirla hasta que voló a lo alto de uno de los álamos que bordeaban el camino y se

quedó allí.

--¿Y porque no te trae nunca a bañarte durante el día?

--Porque está dormido.

--¿Sólo cuando tú quieres venir a bañarte?

Daniel arrugó la nariz y levantó la vista del insecto que estaba investigando.

--No.

El guardia de seguridad del edificio de Henry ya había contado a Cellucci que Henry parecía llevar una vida nocturna. Dormir durante el día y trabajar durante la noche no era una práctica tan inusual pero añadida a los demás detalles --o a la ausencia de otros detalles-- no contribuía a aliviar las sospechas.

--¿Alguna vez ha traído Henry a alguien más?

--Claro. Trajo a Vicky.

--¿Y alguien más?

--No.

--¿Sabes lo que Henry hace cuando está en casa?

Daniel sabía que no debía decir que Henry era un vampiro, al igual que no debía decir que los miembros de su familia eran licántropos. Era una de las primeras lecciones que le habían enseñado. Pero el policía conocía sus formas animales y era un amigo de Vicky y conocía a Henry. Así que era posible que supiese también eso. Decidió no arriesgarse.

--Se supone que no debo contarle.

Aquello sonaba prometedor.

--¿Qué es lo que se supone que no debes contar?

Daniel frunció el ceño. Aquel adulto era bobo. Todo lo que quería hacer era hablar y eso suponía que él no podía adoptar su otra forma. Con Vicky se lo había pasado mucho mejor; le tiraba palos para que fuera a buscarlos.

--¿Estás enfadado con Henry porque ella es tu hembra?

--Ella no es mi hembra --contestó Cellucci con cierta brusquedad, antes de considerar lo absurdo que era responder a una pregunta como aquella.

--Hueles como si lo fuera --arrugó las cejas--. Pero ella no.

--¿Y cómo huele ella? --no tuvo más remedio que preguntárselo.

--A ella misma.

Esta no es la clase de conversación que uno debería tener con un niño de seis años, se recordó Cellucci mientras el camino se abría a un pequeño prado en cuyo extremo brillaba con luz verde-azulada un

estanque.

--¡Oh, tío! ¡Patos! --Daniel se quitó los pantalones cortos y atravesó corriendo el campo, ladrando alegremente y meneando la cola de un lado a otro. La media docena de patos esperó hasta que estuvo casi en el estanque y entonces levantó el vuelo. Él se zambulló de un saltó detrás de ellos, chapoteó y ladró hasta que desaparecieron detrás de los árboles y entonces se sentó en el bajío, bebió un poco de agua y miró hacia atrás, jadeando, para comprobar que su acompañante le hubiera visto poner en fuga al enemigo.

Cellucci rió mientras recogía los pantalones cortos.

--¡Bien hecho! --gritó. Había sentido una cierta desazón supersticiosa al ver transformarse al niño pero le fue imposible contenerse ante el resto de la escena. Mientras cruzaba el prado decidió dejar a un lado el tema de Henry y dedicarse a disfrutar de la tarde.

--¿Es profundo? --preguntó al llegar al estanque.

--Cerca del centro, casi tanto como tú --le dijo Daniel después de unos momentos de estudio.

Un metro ochenta era bastante profundo para un niño tan pequeño.

--¿Sabes nadar?

Daniel se lamió unas gotas de agua de la nariz.

--Por supuesto que sí --declaró con indignación--. A perrito.

* * *

--¿Crees que habremos acabado para la hora de cenar?

--preguntó Rose mientras se limpiaba un reguero de sudor de la frente.

--No creo que tío Stuart nos haya dado opción --jadeó Peter mientras se apoyaba sobre el mazo--. Últimamente ha estado bastante gruñón.

--Por si lo has olvidado, la familia está siendo atacada. Tiene buenas razones para estarlo.

--Claro, pero eso no quiere decir que tenga que gruñirme a mí.

Rose se limitó a encogerse de hombros y comenzó a aplanar la tierra alrededor de la base del poste metálico de la cerca. Odiaba la cantidad de ropa que tenía que llevar para hacer aquel trabajo --zapatos, vaqueros, camisa-- pero no se podía arreglar una cerca en bañador, especialmente cuando cada una de sus secciones parecía sostener por lo menos un arbusto de moras.

--Quiero decir --Peter cortó veinte centímetros de alambre del rollo y comenzó a unir la parte inferior de la cerca al poste-- que en cuanto haces cualquier cosa te muerde.

Querrás decir que te muerde a ti. Rose suspiró y no dijo nada. Últimamente había comenzado a sentirse muy extraña. No tenía la menor intención de criticar a su gemelo.

Con los ojos entornados, él miró al sol, una ardiente presencia entre blanca y amarilla en el cielo de la tarde, y combatió el impulso de jadear.

--Menudo día para trabajar fuera. Cuesta creer el calor que hace.

--Al menos tú puedes trabajar sin camisa.

--Y tú también.

--Tan cerca de la carretera no.

--¿Por qué no? --sonrió--. Por aquí nunca pasa nadie y, además, son tan pequeñas que nadie podría verlas.

--¡Peter!

--¡Peter! --repitió como un eco mientras ella le lanzaba un manotazo--. Muy bien, si no te gusta esa idea, ¿por qué no vuelves a la casa y traes un poco de agua para los dos?

Rose bufó.

--Sí, claro. Mientras tú te apoyas en la cerca y contemplas el paso del mundo.

--No --se inclinó y recogió la cizalla--. Mientras limpio la mierda de la base del siguiente poste.

Ella miró al poste, luego a su hermano y entonces se volvió y empezó a caminar hacia la casa.

--Será mejor que lo hagas... --le advirtió por encima del hombro.

--¿O qué?

--O... ¡te morderé la cola! --soltó una carcajada mientras Peter se encogía involuntariamente y entonces echó a correr, sintiendo su mirada en la espalda, hasta que dejó el campo y llegó al camino.

Peter dio un tirón a la cintura de sus vaqueros. Eran demasiado estrechos, demasiado apretados, demasiado calientes. Quería... de hecho, ya no sabía lo que quería.

--Qué asco de verano --musitó mientras caminaba a lo largo de la cerca. Echaba de menos a tía Sylvia y a tío Jason. Ahora que los dos licántropos adultos habían desaparecido, parecía que Rose y él no tenían más remedio que madurar para reempezarlos.

Repentinamente sintió deseos de aullar pero en vez de ello se sacudió de encima parte de sus frustraciones cortando la maleza.

Quizá fuese bueno que se buscara una vida más allá de la manada, como Colin había hecho. Desechó la idea casi al instante. Colin no tenía un hermano gemelo y él no podía imaginarse la vida sin Rose a su lado. Casi no habían podido soportarlo cuando, en el undécimo curso, la organización de las clases los había obligado a separarse. La consejera escolar nunca supo lo cerca que había estado de recibir un bocado cuando se negó a cambiar las cosas. Había dicho que ya era hora de que se liberasen de aquella dependencia emocional tan poco saludable. Peter decapitó unas margaritas manejando la cizalla como unas enormes tijeras. *Menuda estupidez. Puede que si los humanos desarrollasen un poco de dependencia emocional el mundo no estuviera tan jodido.*

Escuchó el sonido de un coche que se aproximaba y se encaramó a la cerca para echar un vistazo al conductor. El jeep negro y dorado frenó mientras llegaba a su altura, se detuvo a unos pocos metros de distancia y entonces retrocedió levantando gravilla. Era el mismo jeep que había visto aparcado al final del camino el domingo por la mañana, cuando había salido a buscar a Sombra junto al buzón. Con el pelo erizado, dejó la cizalla en el suelo y saltó la cerca. Era hora de descubrir quién era aquél tío que merodeaba por allí.

Mark Williams no podía creer en su suerte. No sólo había un solitario licántropo al otro lado de la carretera, donde podía cogerlo, sino que además se trataba de uno de los pelirrojos. Uno de los jóvenes pelirrojos. Y en su experiencia, los adolescentes de cualquier clase podían ser manipulados con facilidad para que hacer se comportaran de manera impulsiva e imprudente.

Incluso en vaqueros y zapatilla, la criatura tenía una especie de elegancia lupina y, mientras Mark la veía saltar la cerca y comenzar a correr hacia el coche, se convenció de que se trataba de la otra forma del animal que había visto ayer junto al buzón. La forma de la cabeza y la expresión de cauta curiosidad eran, salvando las lógicas diferencias, idénticas.

Bajó la ventanilla. Ya había decidido cómo se aprovecharía de aquel encuentro fortuito. Siempre había creído que la improvisación era su fuerte.

--¿Eres uno de los Heerkens?

--Sí. ¿Qué pasa?

--Supongo que me habrás visto rondando por aquí últimamente.

--Sí.

Mark reconoció su postura. La criatura quería ser un héroe. *Bien,*

no te quites los pantalones. Tendrás tu oportunidad.

--Yo... eh, sé algo sobre vuestro pequeño problema.

--¿Qué problema es ese?

Mark extendió un dedo y dijo:

--Bang. He oído que habéis perdido a dos miembros de la familia este mes. Tengo... eh... --el inesperado sonido lo sobresaltó, especialmente cuando se dio cuenta de lo que era. La criatura estaba gruñendo. El sonido se originaba en las profundidades de su garganta y emergía claramente como una amenaza. Mark metió el brazo en el coche y mantuvo el dedo sobre el botón de la ventanilla. No había necesidad de correr riesgos innecesarios--... tengo información que podría ayudarte a coger al responsable. ¿Estás interesado?

Las rojizas cejas se arrugaron.

--¿Por qué me lo cuenta?

Mark sonrió, con cuidado de no enseñar los dientes.

--¿Es que hay alguien más por aquí a quien contárselo?

El gruñido se fue apagando y se detuvo.

--Pero...

--No importa. --Mark se encogió de hombros. *Ahora cuidado, casi ha mordido el anzuelo...*-- Si prefieres sentarte cómodamente en casa mientras otro salva a la familia... --comenzó a levantar la ventanilla.

--¡No! ¡Espere! Cuéntemelo.

Lo tengo.

--Mi tío, Carl Biehn...

--¿El comehierba?

La repugnancia que había en su interrupción resultaba imposible de pasar por alto. Mark refrenó una sonrisa. Estaba a punto de decir que su tío había visto algo con sus prismáticos mientras observaba a los pájaros, pero rescribió apresuradamente el guión para aprovecharse de los evidentes prejuicios de un depredador hacia un vegetariano. Aunque, por decirlo de alguna manera, así estuviese arrojando a su tío a los lobos.

--Sí. El comehierba. Es él. Pero nadie te creerá si sólo se lo *cuentas*. Reúnete esta noche conmigo en el viejo granero y te entregaré las pruebas.

--No le creo.

--Como quieras. Pero en el caso de que decidas que tu familia merece un poco de tiempo, estaré en el granero a la caída del sol. Supongo que puedes contárselo de toda maneras a tú... gente --suspiró profundamente al mismo tiempo que sacudía la cabeza--.

Pero tú *sabes* que no te creerán sin pruebas. ¿Un comehierba? ¡Ja! No, no te creerán más de lo que tú me crees y, si no vienes, estarás dejando pasar tu única posibilidad. No es algo que me gustaría tener sobre mi conciencia...

Mark levantó la ventanilla y arrancó antes de que la criatura tuviera tiempo de evaluar las implicaciones de esta última frase y hacer más preguntas. Muchas cosas podían fallar en el plan pero estaba bastante seguro de que había interpretado a la bestia de manera correcta y el riesgo que corría estaba dentro de lo aceptable.

Miró por el espejo retrovisor. La criatura seguía inmóvil a un lado de la carretera. Muy pronto se convencería de que, al margen de los motivos de aquel extraño, no había razón para no comprobar si su historia era cierta. Como suelen hacer los jóvenes, no se molestaría en contárselo a nadie, no hasta que estuviese seguro.

--Vamos. Salva al mundo. Sé un héroe. Impresiona a las chicas -- dio unas palmaditas al paquete de trampas que había sobre el asiento del copiloto--. Hazme rico.

* * *

Rose regresó a la cerca con una jarra de agua mientras la nube de polvo levantada por el coche comenzaba a asentarse. Había visto a Peter hablar con alguien pero no había tenido tiempo de verlo u olerlo.

--¡Eh! --le gritó--. ¿Estás parado junto a la carretera por alguna razón en especial?

Peter dio un respingo.

--¿Peter? ¿Qué ocurre?

--Nada --el muchacho se sacudió y regresó junto a la cerca--. Nada.

Rose frunció el ceño. *Aquello* era una mentira descarada. Estaba a punto de decírselo cuando recordó el consejo que le había dado tía Nadine cuando le mencionara los cambios de humor que últimamente sufría Peter.

--*Dale un poco de espacio, Rose. Las cosas son difíciles para los chicos de su edad* --nunca había habido secretos entre ellos, pero quizá tía Nadine tenía razón.

--Toma --le tendió la jarra--. Puede que esto haga que te sientas mejor.

--Puede --pero lo dudaba. Entonces sus dedos se tocaron y él sintió que la suave caricia crepitaba en su brazo y resonaba por todo

su cuerpo. El mundo se alejó de él mientras se embriagaba con su aroma, almizclado, cálido y muy, muy próximo. Se balanceó. Sintió que la jarra resbalaba de su mano y luego, de pronto, el contacto helado del agua sobre su cabeza y su torso.

Rose trató de no reírse. Él parecía estar furioso pero ella podía enfrentarse a eso.

--Pensé que ibas a esquivarlo --se disculpó mientras retrocedía un paso.

--Si pudiéramos cambiar --gruñó Peter mientras sacudía la cabeza y esparcía agua por todos lados--, te perseguiría hasta el siguiente condado y cuando te cogiera...

--¿Qué harías, eh? --se burló ella al mismo tiempo que se alejaba de él danzando, embargada por una extraña sensación de poder. Ojalá no estuviese llevando tanta ropa.

--Yo te... --un reguero de agua se abrió camino hasta el talle del pantalón--. Yo te... ¡Demonios, Rose! ¡Está helada! ¡Te mordería la cola, eso es lo que haría!

Ella se rió entonces, era imposible no hacerlo, y el momento pasó.

--Vamos --recogió el mazo y se aproximó a la cerca--.

Terminemos esto antes de que tío Stuart nos muerda la cola a los dos.

Peter recogió el rollo de alambre y la siguió.

--Estoy empapado --murmuró mientras frotaba la humedad que empapaba el pelo de su pecho.

--Deja de quejarte. Hace apenas unos momentos tenías demasiado calor.

Levantó el mazo por encima de su cabeza y el olor de su sudor lo embargó. Peter sintió que comenzaban a arderle las orejas y, en el mismo momento, tomó una decisión: aquella noche iría al granero de Carl Biehn.

Jugueteó con la idea de contárselo todo a su tío Stuart y entonces la descartó. Una de dos, o bien no creía en la información sobre el comehierba y decidía averiguar lo que pretendía aquel humano o la creía y quería recibir las pruebas él mismo. En cualquier caso, Peter quedaba fuera de juego. *Eso* era algo que no iba a ocurrir.

Se lo contaría a tío Stuart cuando tuviera las pruebas. Se lo presentaría como un hecho consumado. Eso le demostraría que era alguien digno de tenerse en cuenta. Que había dejado de ser un niño. La cabeza de Peter se llenó de visiones en las que desafiaba al macho alfa y ganaba. En las que gobernaba la manada. En las que ganaba el derecho a aparearse.

Las aletas de su nariz temblaron. Si conseguía volver con la información que salvase a la familia, sin duda Rose quedaría impresionada.

* * *

--¿Es usted la joven que quiere hablar conmigo? --Vicky despertó con un sobresalto y miró su reloj. Las 6:10.

--¡Maldita sea! --murmuró mientras se subía las gafas. La boca le sabía como el interior de una alcantarilla.

--Tome, puede que esto le ayude.

Vicky miró la taza de té que, repentinamente, había aparecido en su mano y pensó, *¿Por qué no?*

Un momento después tuvo su respuesta.

Porque yo odio el té. *¿Por qué habré hecho eso?*

Dejó la taza sobre la mesa con muchísimo cuidado y forzó a sus dispersos pensamientos a reagruparse. *Esto es el salón del Club Deportivo de Grove Road. De modo que esta pequeña anciana vestida con vaqueros azules debe de ser...*

--¿Bertie Reid?

--La misma que viste y calza. O lo que queda de ella --la anciana sonrió, mostrando una dentadura demasiado regular para ser real--. Y usted debe de ser Vicky Nelson, Investigadora privada --la sonrisa se ensanchó mientras el rostro que la rodeaba se convertía en una red aún más densa de líneas delgadas--. He oído que necesita mi ayuda.

--Sí --Vicky se estiró, se disculpó y observó cómo Bertie tomaba asiento cuidadosamente en una de las sillas de forro dorado, con la taza de té apoyada con precisión sobre una rodilla--. Barry Wu me ha dicho que si alguien puede ayudarme en esta ciudad, es usted.

Ella pareció complacida por su comentario.

--¿De veras lo dijo? Qué encanto. Un chico muy simpático, este Barry; conseguirá una medalla en la próxima Olimpiada.

--Eso dice todo el mundo.

--No, todo el mundo dice que conseguirá el oro. Yo no. No quiero gafar al chico antes de que vaya allí y no quiero que se sienta mal si regresa con la plata. Ser el segundo mejor del mundo no es algo por lo que uno deba sentirse mal y todos esos atletas que miran despectivamente a los segundos se merecen una buena patada en el culo. Pero veamos, ¿qué es lo que quería usted saber?

--¿Hay alguien por los alrededores, no sólo en el club, que sea

capaz de disparar con una precisión similar a la de Barry Wu?

--No. ¿Algo más?

Vicky pestañeó.

--¿No? --repitió.

--No que yo sepa. Oh, hay un par de chicos que podrían llegar a ser pasables si practican y un par de veteranos que de vez en cuando demuestran un destello de lo que antes eran capaces de hacer pero la gente con la habilidad de Barry y la disciplina necesaria para desarrollarla es rara --sonrió y saludó con la taza--. Por eso sólo dan una medalla de oro.

--¡Mierda!

La anciana estudió el rostro de Vicky un momento y entonces dejó la taza sobre la mesa y se reclinó en su silla cruzando las piernas. Los lazos verdes de su blusa eran el detalle de colorido más intenso de toda la habitación.

--¿Cuánto sabe usted sobre las competencias de tiro?

--No demasiado --admitió Vicky.

--Entonces dígame por qué me hace esa pregunta y yo le diré si está haciendo la pregunta adecuada.

Vicky se quitó las gafas y se frotó la cara con las manos. No logró que las cosas resultaran más claras. De hecho, advirtió mientras tocaba involuntariamente el moratón de su sien, había sido una cosa bastante estúpida. Volvió a ponerse las gafas y registró su bolso en busca del frasco de pildoras que le habían dado en el hospital. *Hubo un tiempo en el que yo era capaz de hacer el amor con un vampiro, sobrevivir a un accidente grave de coche, llevar a un cliente al hospital, permanecer despierta hasta el amanecer y pasar un día entero discutiendo de ética con Cellucci sin el menor problema. Debo de estar haciéndome vieja.* Se tomó la pildora sin agua. La única alternativa era otro sorbo de té y no creía que estuviera preparada para eso.

--Me di un golpe en la cabeza --se explicó mientras volvía a meter el pequeño frasco de plástico en su bolso.

--¿En acto de servicio? --preguntó Bertie con aire intrigado.

--Algo así --Vicky suspiró. Por alguna razón, en el transcurso de los dos últimos minutos había llegado a la conclusión de que Bertie estaba en lo cierto. Sin saber más sobre competencias de tiro no *podía* saber si su pregunta era la adecuada. Bajó el volumen de voz para evitar que la única otra persona que había en el salón del club pudiera oírla y relató a Bertie una versión censurada de los

acontecimientos que la habían traído a Londres.

Bertie silbó con suavidad al oír la descripción de los disparos que habían acabado con "dos de los perros de la familia" y entonces dijo:

--Veamos si lo he entendido bien: ¿un blanco móvil a quinientos metros de distancia, de noche y desde lo alto de un pino a siete metros de altura?

--Quinientos como mucho, pero podrían ser sólo trescientos.

--¿Sólo trescientos? --Bertie dio un bufido--. ¿Y ambos animales fueron asesinados de un único disparo idéntico? Vamos --dejó a un lado la taza de té y se levantó. Sus ojos azul pálido brillaban tras el cristal doble de sus bifocales.

--¿Adonde?

--A mi casa. Un solo disparo como ese podría haber sido suerte, pura chiripa, nada más. Pero dos suponen un tirador entrenado y nadie adquiere esa habilidad de la noche a la mañana. Como le dije antes, hay poquísima gente en el mundo capaz de hacer un disparo como ese y ese tirador suyo no ha podido salir crecido de la boca de Zeus. Creo que puedo ayudarla a encontrarlo pero tenemos que ir a mi casa para hacerlo. Allí tengo todo mi material de referencia. La gente de aquí no reconocería un libro aunque le mordiera en el culo --hizo un ademán que englobaba a toda la habitación. El cuarentón que se sentaba junto a una de las mesas, acariciando al gato pareció sobresaltado y le devolvió el gesto--. Revistas de armas, eso es todo lo que leen. Siempre les estoy diciendo que necesitamos una biblioteca. Probablemente les legaré la mía cuando muera. Se pasará diez o veinte años criando polvo y quedándose obsoleta y entonces se desharán de ella. ¿Ha venido usted en coche?

--No.

--¿No? Yo pensaba que todos los detectives privados poseían un elegante deportivo rojo. No importa. Iremos en mi coche. Vivo bastante cerca --una repentina salva de disparos llamó su atención y se acercó con paso firme a la ventana--. ¡Ja! Le dije que no se comprara un Winchester si quería competir este otoño. Tardará meses en acostumbrarse a la compensación de esa mira. El muy idiota tendría que haberme hecho caso. ¡Robert!

El hombre de la mesa pareció todavía más sobresaltado por el hecho de que se dirigieran a él.

--¿Sí?

--Si Gary sube dile que he dicho, "Ya te lo dije".

--Eh... claro, Bertie.

--Su esposa está abajo, en la galería de tiro de pistola --le confió a Vicky mientras se encaminaban hacia la puerta--. Vienen la mayoría de las tardes, después del trabajo. Él odia las armas pero ama a su mujer, así que han llegado a un compromiso: ella sólo dispara a dianas y él no mira.

El coche de Bertie era una enorme y vieja furgoneta Country Squire, de color blanco y con paneles color madera. Sus ocho cilindros rugieron mientras se dirigían hacia la autopista y entonces se acomodaron a un suave ronroneo en torno a los setenta y cinco kilómetros por hora.

Vicky trató de no impacientarse por aquella velocidad --o falta de ella-- pero el paso del tiempo la estaba reconcomiendo. Era de esperar que lo ocurrido con Donald recordase a los licántropos que debían permanecer cerca de la casa durante la noche pero no podía contar con ello. Mientras los hombres lobo siguiesen insistiendo en su derecho a recorrer sus tierras, cada puesta de sol, cada día que tardase en resolver el caso pondría a otro de ellos en peligro. Si no podía convencerlos de que permanecieran a salvo, y hasta el momento no había tenido demasiada suerte en ello, tendría que coger al asesino cuanto antes.

Un coche las adelantó a toda velocidad e hizo sonar la bocina.

--Quería poner una pegatina en el parachoques que dijera "Pítame y te reventaré las ruedas de un tiro" pero un amigo me convenció para no hacerlo --Bertie suspiró--. Conducir a esa velocidad es un derroche de los escasos recursos naturales del planeta --mientras lo decía disminuía su velocidad otros cinco kilómetros por hora, como si pretendiese reforzar su argumento.

Vicky suspiró también, aunque por razones ligeramente diferentes.

_____ 14 _____

Bertie Reid vivía en un pequeño bungalow situado a unos diez minutos del campo de tiro.

Diez minutos si cualquier otro hubiera estado al volante, suspiró Vicky en silencio mientras salía del coche y seguía a la anciana hacia el interior de la casa.

--¿Puedo usar su teléfono? Será mejor que llame a mí... --*Oh, demonios, ¿cómo llamo a Cellucci?*-- chofer y le diga dónde me encuentro.

--Allí lo tiene --señaló hacia el salón--. Voy a poner la tetera al fuego. A menos, claro, que prefiera usted café.

--La verdad es que sí.

--Sólo tengo instantáneo.

--Por mí estupendo. Gracias --Vicky no era ninguna esnob del café y prefería cualquier cosa antes que té.

El teléfono, un aparato blanco, de tonos, descansaba sobre un montón de periódicos, junto a sillón tapizado con motivos florales y un escabel a juego. Una lámpara de pie con tres luces ajustables se erguía detrás de la silla y el mando a distancia para la televisión se encontraba encima de uno de sus brazos, enterrado parcialmente bajo una *Guía de TV*.

Evidentemente, el centro de mando. Vicky marcó el número de los Heerkens y examinó la habitación mientras esperaba que alguien respondiera desde la granja. La habitación estaba atestada de libros, sobre estanterías, en el suelo, encima de los muebles, obras clásicas, novelas rosa --distinguió dos obras de Elizabeth Fitzroy, el seudónimo de Henry--, novelas de misterio, ensayos... Había visto librerías con colecciones menos eclécticas.

--¿Sí?

--Rose, soy Vicky Nelson. ¿Sigue Mike Cellucci todavía por allí?

--Ahá. Tía Nadine lo ha invitado a cenar. Voy a avisarlo.

Cenar. Vicky sacudió la cabeza. Aquello podría resultar interesante, un pequeño macho alfa en medio de los perritos calientes. Escuchó voces de fondo y alguien cogió el receptor.

--Tan oportuna como de costumbre; acabamos de sentarnos. ¿Voy a recogerte?

--No, todavía no. La señora Reid llegó tarde. Ahora mismo estoy en su casa y creo que todavía tenemos para rato. No sabe quién puede ser el tirador pero cree que podría averiguarlo.

--¿Cómo?

--Alguien tan bueno como ese tío tiene que haber dejado un rastro escrito y si existe algo escrito, ella asegura que tiene una copia. Pero --recorrió todo el salón con la mirada; nada parecía ordenado de una manera particular--, es posible que tardemos en dar con ello.

--¿Quieres que vaya?

--No --cuanto menos tiempo pasase con él, menos posibilidades

habría de que volviera a comenzar la pelea de aquella tarde y en aquel momento ella tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos. Dejar que Cellucci la sacase de sus casillas no sería bueno para nadie. Su trabajo consistía en encontrar al asesino y detenerlo, no en discutir la ética del caso--. Preferiría que te quedaras allí y vigilaras.

--¿Y que hay de Henry?

¿Y que hay de Henry? Se preguntó cómo habrían explicado su ausencia. Cellucci se jactaba siempre de su habilidad para detectar sus mentiras, de modo que eligió las palabras cuidadosamente:

--Él no tiene entrenamiento.

--Jesús, Vicky, éstos son hombres lobo; yo no tengo entrenamiento --con el ojo de su mente, Vicky pudo verlo apartándose el rizo de la cara--. Y no me refería a eso.

--Escucha, Mike. Ya te dije lo que pensaba de tu teoría del crimen organizado y ahora mismo no tengo tiempo de complacer a tu lastimado ego masculino. Arregladlo entre Henry y tú --la mejor defensa es un buen ataque: no recordaba dónde lo había escuchado por vez primera pero tenía mucho sentido--. Te llamaré cuando haya terminado --pudo oírlo hablando mientras colgaba. No parecía contento. *Lo más probable es que lo repita más tarde, así que no me he perdido nada.*

La luz de la primera tarde proyectaba sus alargados dedos sobre la habitación. Por lo menos quedaban dos horas y media hasta el anochecer. Casi sin darse cuenta, Vicky deseó poder esconder aquella esfera amarilla bajo el horizonte para liberar a Henry de la prisión del día. Henry comprendía las cosas, a diferencia de Mike, que trataba de aplicar las reglas de un juego al que nadie estaba jugando.

¿Pero no estaba pensando hace sólo un momento que era bueno tener a Cellucci por aquí, prestándole un aura de normalidad a todo este asunto? ¿Cuándo se ha vuelto tan complicada mi vida?

--¿Crema y azúcar? --preguntó Bertie desde la cocina.

Vicky sacudió la cabeza tratando de limpiar las telarañas de su interior.

--Sólo crema --respondió al mismo tiempo que se movía hacia la voz. No podía hacer otra cosa más que seguir adelante y esperar que, al final, todo se solucionara por sí solo.

El segundo dormitorio se había convertido en una biblioteca, con estanterías en tres de las cuatro paredes y un fichero en la cuarta. Un enorme escritorio cubierto de papeles ocupaba gran parte del espacio central. El escritorio atrajo la atención de Vicky.

--Se le llama un escritorio de pareja --le dijo Bertie mientras acariciaba con la yema de un dedo un brillante borde de madera marrón--. En realidad se trata de dos escritorios en un solo mueble --levantó un montón de papeles de una de las sillas e invitó a Vicky con un gesto a que tomara asiento--. Ruth y yo lo compramos hace casi veinticinco años. Sin contar el coche o la casa, es la cosa más cara que jamás compramos.

--¿Ruth? --preguntó Vicky mientras hacía un espacio en el escritorio para su café.

La anciana tomó una fotografía enmarcada de una de las estanterías, la contempló un instante con una sonrisa en los labios y entonces se la tendió.

--Ruth era mi pareja. Estuvimos juntas treinta y dos años. Murió hace tres. Un ataque al corazón --su sonrisa contenía más pena que alegría--. La limpieza de la casa no parece haber tenido mucho sentido desde que ella falta. Tendrá que disculpar el desorden.

Vicky le devolvió la fotografía.

--Es duro perder a alguien tan cercano --dijo con suavidad mientras pensaba que los ojos de Bertie habían tenido el mismo aire afligido que los de Nadine cuando hablaba de su gemela--. Y yo soy la persona menos indicada para hablar sobre tareas domésticas. Lo importante es encontrar las cosas cuando uno las necesita.

--Sí, bueno... --con todo cuidado, Bertie volvió a dejar la fotografía de Ruth en la estantería y señaló con un ademán las numerosas filas de títulos: *Historia del Tiro, El Tiro con Rifle como Deporte, Rifles de Tiro de Posición, La Guía Completa del Tirador*--. ¿Por dónde empezamos?

Vicky introdujo la mano en el bolso, extrajo las listas de aquellos que frecuentaban la reserva --los dos grupos de ornitólogos y los miembros del club de fotografía-- y las dejó sobre la mesa.

--Creo que deberíamos empezar por el principio y comparar primero estos nombres con los de los miembros de equipos olímpicos canadienses, luego con los de los ganadores de competiciones regionales y luego con los de los ganadores de competiciones locales.

Bertie se inclinó y examinó las listas.

--No obstante, sería más fácil si supiera qué personas de estos grupos poseen armas registradas. ¿La PPO no tiene...?

--Sí.

La anciana pareció sobresaltarse un poco ante su tono y los músculos que rodeaban su boca temblaron, pero la expresión de Vicky

la ayudó a refrenar su curiosidad. Después de un momento, preguntó:

--¿Sólo los equipos canadienses?

--Para empezar, sí --Vicky tomó un largo sorbo de café y se preguntó si debía disculparse. Después de todo, si no tenía la lista de armas registradas era precisamente por su maldita culpa.

--Si no encontramos nada, buscaremos en los de otros países. Si usted tuviera...

--Tengo todos los equipos de tiro olímpicos de los últimos cuarenta años, así como los de los campeonatos nacionales americanos y la mayoría de los de las competiciones regionales y locales de Pensilvania, Michigan y Nueva York.

Los equipos canadienses figuraban en siete gruesos archivadores de color rojo. Incluso ignorando las estadísticas, las fotocopias, los artículos de periódicos y los resultados finales, el desalentador número de nombres que había que comprobar provocó que regresara el dolor de cabeza de Vicky.

Si esto fuese una serie de televisión, habría encontrado un trozo de camisa en aquel árbol que sólo podría pertenecer a un hombre, habría habido una persecución en coche, una pelea, tiempo para ir al cuarto de baño y todo estaría envuelto en un bonito y ordenado paquete en menos de una hora. Colocó la primera lista de ornitólogos junto al primero de los archivadores y se subió las gafas. *Bienvenida al mundo real.*

* * *

Al menos media docena de veces durante la cena, Peter cambió de idea sobre si debía contarle al resto de la familia lo que sabía. Otra media docena de veces, volvió a cambiarla. Merecían saberlo. Pero si pudiera presentarles las pruebas... Adelante y atrás. Adelante y atrás.

Una parte de él no quería más que dejar el asunto en manos de los licántropos de más edad para que ellos se encargaran de todo, pero la rodilla de Rose, que de vez en cuando se juntaba con la suya debajo de la mesa, alejaba ese pensamiento de su cabeza. Apenas probó bocado porque cada vez que inhalaba lo único que podía oler era el aroma de su gemela y la única cosa en la que podía pensar era en probar su valía delante de ella.

--¡Peter! ¿Y el pan?

--Lo siento, tía Nadine --no recordaba que ella le hubiese pedido el pan pero, a juzgar por su tono, era evidente que lo había hecho.

Mientras le pasaba el plato lleno de grueso pan negro se dio cuenta de que, decidiese lo que decidiese, no podía contárselo a su tía. Decir *creo que quizá sepa quién mató a tu gemela* sin tener pruebas que le permitiesen actuar sería como reabrir sus heridas. Además, ella seguía pensando que no era más que un cachorro y no lo trataba de manera muy diferente que a Daniel. Tenía que demostrarle que ya era un hombre. Hasta entonces no lo había advertido, pero la tía Nadine olía de manera muy parecida a Rose.

Tampoco podía decírselo a su padre. Estaba herido. Ni siquiera podía comentarlo con él porque su padre no hacía nada sin hablarlo antes con tío Stuart.

Tío Stuart. Peter desgarró un pedazo de carne mientras el tío Stuart aceptaba el salero de Rose. *No tenía que haberla tocado. Se cree que es tan... tan jodidamente fuerte. Se cree que lo sabe todo. Pues mira, yo sé algo que él no sabe.*

--¿Por qué estás enfadado, Peter?

Peter miró a su joven primo.

--No estoy enfadado.

Daniel se encogió de hombros.

--Hueles a enfadado. ¿Vas a saltar sobre papá otra vez?

--Te he dicho que *no* estoy enfadado.

--Peter --Stuart se inclinó hacia Daniel, con las cejas arrugadas y enseñando los dientes.

Peter tuvo que combatir el impulso de echar la cabeza atrás y ofrecer la garganta. Sus orejas estaban apretadas contra el cráneo y el borde que su tío le había desgarrado palpitaba siguiendo el ritmo de sus latidos.

--¡No he hecho nada! --gruñó, se puso en pie y abandonó con paso decidido la cocina. *Esperaos*, pensó mientras se desvestía y cambiaba, *ya veréis*.

Rose hizo ademán de seguirlo pero Nadine alargó el brazo y la obligó a volver a sentarse.

--No --dijo.

Stuart suspiró y se rascó una cicatriz que tenía sobre el entrecejo, resultado de su primera pelea de desafío como macho adulto. Tenía que ocurrir todo aquello precisamente cuando había un extraño con la familia. Observó a Cellucci mientras éste se limpiaba con calma una mancha de ketchup del codo --Daniel había vuelto a mostrarse demasiado entusiasta con la botella-- y luego a Nadine. Los planes para separar a Rose y Peter tendrían que hacerse aquella misma

noche. No podía demorarse ni un día más.

* * *

Huracán merodeaba por el corral, buscando ratas con las que desahogar su mal genio. No encontró ninguna, lo cual no contribuyó a mejorar su humor. Persiguió a una bandada de estorninos mientras alzaban el vuelo pero no logró coger a ninguno. Fracasado, se dejó caer a la sombra del coche de Cellucci y se lamió un mechón de pelaje de la cruz.

La vida es una mierda, decidió.

Quedaban casi dos horas para el anochecer. Para el momento en que podría probarse a sí mismo. Para el momento en que tomaría la garganta de aquel hombre entre sus dientes y le arrancaría la verdad. Imaginó la reacción de su familia, de Rose, cuando irrumpiera en la casa y dijera, *Sé quién es el asesino*. O, mejor aún, cuando entrara y arrojara el cadáver al suelo.

Entonces, vagamente, sobre los olores del acero, la gasolina y el aceite, captó el rastro de un aroma conocido. Se alzó. En el lado del pasajero del coche de Cellucci, junto al borde de la ventanilla, había un área que olía de manera muy semejante al hombre del jeep negro y dorado.

Frunció el ceño y se lamió el hocico.

Entonces recordó.

El olor que había percibido en el taller, el que pendía del manguito del destrozado coche de Henry, era, salvo por su intensidad, idéntico al que acababa de encontrar.

Eso cambiaba las cosas. El encuentro de aquella noche sólo podía ser una trampa. Huracán arañó la tierra y la excitación le hizo gemir un poco. Aquello era fantástico. Bastaría para convencer a todos de que debían tomarlo en serio.

--¿Peter?

Alzó las orejas. Era la voz de su tío, junto a la casa, no llamándolo sino hablando de él. Avanzó sigilosamente y rodeó el coche para poder ver la fachada de la casa sin ser visto. Afortunadamente para sus propósitos, se encontraba a favor del viento.

Su tío y el detective Cellucci estaban sentados en el porche trasero.

--Está bien --continuó Stuart--. Sólo es... eh, un adolescente.

Cellucci dio un bufido.

--Comprendo. Adolescentes.

Los dos hombres sacudieron la cabeza.

Huracán gruñó suavemente. De modo que podían despreciarlo con una sola palabra, ¿verdad? Decir *adolescente* como si fuera algún tipo de enfermedad. Como sí todavía fuera un niño. Se le erizó el pelaje, retrajo los belfos y mostró sus blancos y alargados colmillos. Él les demostraría lo contrario.

Aquella misma noche.

* * *

--...supuesto, hasta principios de los 60, la mayoría de los tiradores pensaban que nadie superaría jamás la puntuación de 1150 en una competición internacional pero entonces, en 1962, un tipo llamado Gary Anderson obtuvo 1157 puntos en tiro con rifle. Bien, muchos se quedaron boquiabiertos aquel día y la mayoría pensó que nunca sería superado --Bertie sacudió la cabeza para mostrar la opinión que le merecían las cosas que decía la mayoría de la gente--. Naturalmente, se equivocaban. La barrera de 1150 sólo era lo que llaman un factor psicológico y una vez que Anderson la rebasó... vaya, todo se fue a la mierda. Por decirlo de alguna manera. Voy a hacer otra tetera. ¿Está segura de que no quiere más café?

--No gracias --desde que dejara el Cuerpo, la tolerancia de Vicky a la cafeína se había reducido sensiblemente y ya podía sentir los efectos de las tres tazas que se había tomado hasta el momento. Tenía los nervios tan crispados que casi podía oírlos zumbar cada vez que se movía. Dejando a Bertie en la cocina, se dirigió apresuradamente al salón y descolgó el teléfono.

La tarde había transcurrido sin que se diera cuenta mientras comparaba las listas de nombres. El sol, un disco tan enorme, tan rojo y tan claramente definido contra el cielo que parecía falso, vibraba sobre el borde del horizonte. Vicky consultó su reloj. Las 8:33. Treinta y cinco minutos hasta el anochecer. Treinta y cinco minutos hasta Henry.

Le había dicho que su brazo estaría curado aquella noche así que era posible que Cellucci y él pudiesen vigilar el árbol juntos mientras Peter cogía el coche y venía a recogerla. Mientras se sentaba en el sillón y encendía una de las luces, la visión conjurada por ese pensamiento le hizo pestañear. Indudablemente había tomado demasiado café.

Los apellidos de once tiradores olímpicos coincidían con los de miembros de los clubes locales. Era hora de dar el siguiente paso.

--Hola, ¿señor Scott? Me llamo Terri Hanover. Soy escritora y estoy preparando un artículo sobre deportistas olímpicos y me preguntaba si tenía usted alguna relación con el Brian Scott que fue miembro del equipo de tiro canadiense que acudió a las olimpiadas de Montreal 76. ¿No? Pero estuvo usted en Montreal... eso es muy interesante, pero me temo que tengo que hablar con los propios atletas --Vicky refrenó un suspiro--. Siento haberlo molestado. Buenas noches.

Uno menos. Quedaban diez. Mentiras para llegar a la verdad.

Hola, buenas noches. Me llamo Vicky Nelson y soy investigadora privada. ¿Ha estado usted o algún miembro de su familia disparando últimamente a hombres lobo?

Se subió las gafas y marcó el siguiente número sin abrigar la menor esperanza de éxito.

* * *

Para Henry, el momento del anochecer llegaba como el momento entre la vida y la muerte. O acaso, entre la muerte y la vida. Un instante no era. Al siguiente, la consciencia comenzaba a arrancar el velo del día a sus sentidos. Yacía inmóvil, escuchando los latidos de su corazón, su respiración, el roce de las sábanas contra el vello de su pecho mientras sus pulmones comenzaban a llenarse y vaciarse. Sentía el tejido de la tela debajo de sí, el colchón debajo de ésta, la cama debajo de ambos. El olor de los licántropos se imponía incluso al de sí mismo pero, considerándolo todo, esto no era de extrañar. Redefinido para una noche más, abrió los ojos, se incorporó y extendió sus sentidos más allá de su santuario.

Vicky no estaba en la casa. Mike Cellucci sí.

Maravilloso. ¿Por qué no se había librado de él? Y por cierto, ¿dónde *estaba* ella?

Flexionó los brazos y examinó el área de piel nueva que había crecido en lo alto de su hombro. Aunque la carne, todavía un poco tierna, formaba un hoyuelo allí donde el músculo tenía todavía que ganar peso, en lo esencial la herida estaba curada. El paso del día le había devuelto las fuerzas y el hambre se había atenuado hasta convertirse apenas en un murmullo que podía ignorar con facilidad.

Mientras se vestía pensó en el detective sargento Cellucci. Era

evidente que los licántropos lo habían aceptado porque no sentía miedo o cólera alguna en él. Aunque seguía pensando que borrar los recuerdos de los licántropos y de la transformación presenciada de la mente de Cellucci era el plan más sensato, no podía tomar una decisión hasta que supiera lo que había ocurrido durante el día. Deseaba saber qué sospechas albergaba el hombre con respecto a él, qué le había dicho a Vicky la pasada noche y que le había contestado ella.

--Sólo hay un modo de averiguarlo --abrió la puerta y salió al pasillo. Mike Cellucci estaba en la cocina. Allí se encontraría con él.

* * *

Justo antes de que el sol se escabullera detrás del horizonte. Huracán saltó la cerca que había detrás del corral y, oculto detrás de ella, se alejó de la casa. Si su tío lo veía, lo obligaría a regresar. Si Rose lo veía, le pediría que le explicara a dónde pensaba que se marchaba sin ella. Ambas posibilidades supondrían un desastre, de modo que utilizó cuantos trucos había aprendido acechando a sus presas para pasar inadvertido.

No importaba lo mucho que pudiera tardar. El humano lo esperaría. Estaba seguro de eso. Bajó las orejas y sus ojos centellearon. El humano obtendría más de lo que esperaba.

* * *

--¿Ha habido suerte?

--No --Vicky se frotó los ojos y suspiró--. Y creo que ya he tenido bastante por esta noche. No creo que pueda volver enfrentarme a estas listas sin al menos doce horas de sueño.

--No hay razón para que lo haga --le dijo Bertie mientras se llevaba los platos de los bocadillos--. No es un caso de emergencia ni nada parecido. Seguro que esa gente puede mantener a sus perros atados durante unos días.

--No es tan sencillo.

--¿Por qué no?

--Porque nunca lo es --una explicación chistosa, pero no tenía otra mejor. Aunque hubiese podido contárselo, Vicky dudaba que aquella mujer pudiese comprender los imperativos territoriales de los licántropos. No cuando implicaban acciones tan estúpidas como

exponerse al fuego enemigo. Mientras consultaba su reloj, sacó otros dos analgésicos de su bolso y se los tragó. A las once terminaba el turno de Colin. Al cabo de aproximadamente una hora se dirigiría al departamento de policía y volvería a la granja con él. Mientras tanto...

--Si no le importa soportarme un rato más, creo que sería mejor que empezase con los equipos no-canadienses.

Bertie parecía dubitativa.

--No me importa. Si cree que tendrá fuerzas para hacerlo.

--Tendré que tenerlas --Vicky se alzó desde las profundidades del sillón, que parecía querer engullirla--. Es posible que la gente con la que he hablado esta noche mencione la llamada --levantó la voz para poder oírse en medio del grupo de percusión que se había instalado en el interior de su cráneo--. Tengo que actuar antes de que nuestro tirador se asuste y se esconda --le dio una rápida sacudida a su cabeza, tratando de devolver las cosas a donde pertenecían. El grupo de percusión añadió una sección de cobres, las rodillas de Vicky se combaron, se aferró desesperadamente a la estantería más cercana tratando de sujetarse y tiró tres libros al suelo.

Apoyando todavía la mayor parte de su peso sobre la estantería, se inclinó para recogerlos y se quedó helada.

--¿Está usted bien? --la preocupada voz de Bertie parecía venir de muy lejos.

--Sí. Perfectamente --se incorporó lentamente con el tercer libro, que había caído abierto, entre las manos. *MacBeth*.

Aquella mañana Carl Biehn se frotaba las manos, tratando de limpiarse una mancha de polvo. Como Lady MacBeth, pensó mientras levantaba el libro y se preguntaba qué era lo que le causaba tal ansiedad al anciano. Pero el frotar de las manos de Lady MacBeth había estado causado por culpa y no por ansiedad. ¿Por qué se sentía culpable Carl Biehn?

¿Por algo que había hecho su viscoso sobrino? Quizá, pero Vicky lo dudaba. Apostaría algo a que Carl Biehn era el tipo de persona que aceptaba la responsabilidad por sus actos y que esperaba lo mismo de los demás. Si se sentía culpable, es que había hecho algo.

Vicky seguía sin poder creer que fuera un asesino. Y sabía que lo que ella creyera no significaba nada.

Los asesinatos suelen ser cometidos por una persona que conoce a la víctima.

Las creencias religiosas han justificado baños de sangre arbitrarios a lo largo de toda la historia.

No había nada de malo en comprobarlo. Sólo para asegurarse. No había formado parte de ningún equipo olímpico canadiense, pero Biehn era un nombre europeo y, aunque no tenía acento, aquello no significaba demasiado.

--¿Está *segura* de que se encuentra bien? --preguntó Bertie mientras Vicky se volvía hacia ella--. Tiene usted un aspecto... vaya, bastante peculiar.

Vicky volvió a colocar el ejemplar de *MacBeth* en la estantería.

--Tengo que mirar los equipos europeos. Alemanes, holandeses...

--Creo que sería mejor que se sentara con una compresa fría en la frente. ¿No puede esperar hasta mañana?

No había razón para no aceptar su consejo. Pero, a pesar de ello...

--No --Vicky se detuvo cuando estaba a punto de sacudir la cabeza. La imagen del anciano frotándose las manos de manera obsesiva se había apoderado de su mente--. No creo que pueda.

* * *

Huracán comprobó el viento mientras se acurrucaba en el linde de los bosques, vigilando el viejo corral de Biehn. El hombre del jeep amarillo y dorado estaba solo en el edificio. El comehierbas seguía dentro de la casa.

La ruta más directa atravesaba el campo pero incluso con la oscuridad para esconderse, no tenía la menor intención de exponerse tanto. No lejos, hacia el sur, la parte baja de una antigua cerca discurría desde los bosques hasta la carretera y en un momento determinado pasaba a menos de veinte metros del corral. La delgada línea de árboles y arbustos deshacía la noche en irregulares dibujos. Seguro de que hasta otro licántropo tendría dificultades para detectarlo, Huracán atravesó rápidamente aquel corredor de sombras cambiantes.

Un conejo de cola blanca huyó aterrorizado pero, a pesar de que todo su cuerpo le pedía que lo persiguiera, lo ignoró. Aquella noche iba en busca de caza mayor.

* * *

Ni el equipo de tiro de la Alemania Occidental ni el de la Oriental habían contado entre sus miembros a un tal Carl Biehn. Vicky suspiró

mientras pasaba las hojas del archivador en busca de la lista que correspondía a Holanda. Cuando cerraba los ojos, todo lo que veía eran pequeñas marcas negras sobre página blancas.

Tal como se mueve la gente en la actualidad, Biehn podría haber venido de cualquier parte. Puede que debiera hacer esto alfabéticamente. Alfabéticamente... Se quedó mirando a una página con aire ausente, sin verla y su corazón empezó a latir con inusitada fuerza.

Macizos de flores se extendieron delante de ella y una voz de hombre dijo: *"Todo, desde la A hasta la Zeta"*.

Zeta. Los canadienses pronunciaban la última letra del alfabeto como Zed. Los americanos decían Zeta.

Alargó el brazo en dirección al archivador que contenía la información sobre los equipos olímpicos de EE.UU., pero ya sabía lo que iba a encontrar.

* * *

Henry se encontraba de pie, entre las sombras del pasillo del piso de abajo, escuchando cómo Cellucci explicaba pacientemente a Daniel que fuera estaba demasiado oscuro para jugar con el frisbee. No había pensado que aquel mortal fuera de esos a los que le gustan los niños, pero claro, lo cierto es que no había pensado demasiado sobre aquel mortal. Evidentemente, tendría que rectificar eso.

El hombre estaba muy próximo a Vicky. Era un buen amigo, un camarada, un amante. Aunque sólo fuera por intermedio de ella, continuarían encontrándose. Por tanto, y para seguridad de ambos, su relación tenía que ser definida.

Como la mayoría de los de su raza, Henry prefería relacionarse lo menos posible con el mundo de los mortales y mantener bajo control aquellas relaciones. Mike Cellucci no era la clase de hombre con la que él se asociaría en condiciones normales. Era demasiado...

Henry frunció el ceño. ¿Demasiado honesto? ¿Demasiado fuerte? ¿Así había acabado, él, que fuera un príncipe, buscando la compañía de los débiles y los picaros y desdeñando a los fuertes y los honestos? No era menos ahora de lo que había sido en el pasado. Salió a la luz.

Mike Cellucci no oyó aproximarse a Henry pero sintió que había algo a su espalda y se volvió. Durante un instante no reconoció al hombre que se encontraba de pie junto a la puerta de la cocina. Un poder y una presencia adquiridos a lo largo de siglos lo golpearon con

una fuerza casi física y cuando los ojos avellano se encontraron con los suyos y vio que lo consideraban digno, tuvo que combatir el impulso irracional de hincar una rodilla en tierra.

¿Qué demonios está ocurriendo aquí? Sacudió la cabeza para aclararse, reconoció a Henry Fitzroy y, para cubrir su confesión, gruñó:

--Tengo que hablar contigo.

El teléfono sonó y los dejó helados a los dos.

Un momento después Nadine entró en la cocina, los miró a ambos y suspiró.

--Es Vicky. Parece que le pasa algo. Quiere hablar con...

Cellucci no esperó a escuchar el nombre pero mientras irrumpía en la oficina y cogía el teléfono era consciente de que Henry Fitzroy le había permitido responder a la llamada, de que sin el implícito permiso de Fitzroy, no habría sido capaz de moverse. *Si ese hombre es sólo un escritor de novelas románticas, yo soy un...* No se le ocurrió una comparación lo suficientemente potente.

--¿Sí?

--¿Dónde está Henry?

--¿Por qué? --sabía que no debía volcar su cólera en Vicky. Lo hizo de todas formas--. ¿Queréis hacer manitas por teléfono?

--Que te follen, Cellucci --el agotamiento empapaba cada una de sus palabras--. Carl Biehn formó parte del equipo olímpico norteamericano en las Olimpiadas de 1960, en Roma.

La cólera había dejado de tener sentido en la conversación, así que Cellucci la ignoró.

--Parece que has encontrado a tu tirador, pues.

--Eso parece --no parecía complacida.

--Vicky, tienes que darle esta información a la policía.

--Tú díle a Henry que se ponga. Ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo.

--Si tú no informas, lo haré yo.

--No. No lo harás.

Él había estado a punto de decir que ni su amistad ni los licántropos podían interponerse a la ley pero la frialdad resuelta de su voz lo detuvo. Durante un momento sintió miedo. Luego sólo sintió cansancio.

--Mira, Vicky, voy a ir a recogerte. No haremos nada hasta que hayamos hablado.

Una brusca algarabía procedente de la cocina ahogó la respuesta de ella y Cellucci se acercó a la puerta para cerrarla con el teléfono

bajo el brazo. Entonces se detuvo. Y escuchó.

Y supo.

Los buenos polis jamás se ríen de una corazonada. Demasiado a menudo, hay vidas en la balanza.

--La situación ha cambiado --cortó a Vicky en seco, sin escuchar lo que estaba diciendo--. Tendrás que arreglártelas sola para volver. Peter ha desaparecido.

* * *

Huracán cruzó arrastrándose los veinte metros de espacio abierto que había desde la cerca hasta el corral. El pelaje de su estómago rozaba la tierra. Cuando llegó a la base de piedra del corral, se detuvo.

Los tablones eran viejos y estaban combados y la mayoría de ellos dejaba escapar luz por las junturas. Cambió --para que no le estorbara el hocico, no porque una forma tuviera mejor vista que la otra-- y colocó un ojo sobre una de las grietas.

Una lámpara de queroseno ardía en un extremo de una mesa alargada, iluminando el perfil del hombre del jeep mientras se ponía en pie y jugueteaba con algo que Peter no alcanzaba a ver. Una escopeta descansaba contra el borde de la mesa, al alcance de su mano.

Bajo el olor del hombre, el de la linterna y el que todavía perduraba de los animales que el corral había albergado en el pasado, había un intenso aroma de acero engrasado que no podía deberse tan solo al arma. Peter frunció el ceño, se transformó y caminó en silencio hasta las grandes puertas. Una de ellas estaba entreabierta, lo suficiente para permitirle deslizarse al interior en cualquier forma pero no tanto como para que pudiera irrumpir directamente en el corral y atacar al hombre que se encontraba junto a la mesa. Los dientes asomaron por debajo de los arrugados bellos y en su garganta vibró un silencioso gruñido. El humano lo subestimaba; si un licántropo no deseaba ser oído, nadie lo oiría. Podía entrar, volverse y atacar antes de que el hombre tuviera tiempo de coger el arma, por no hablar de apuntar y disparar.

Se movió hacia delante. El aroma del aceite engrasado se hizo más fuerte. El suelo de tierra se movió delante de sus patas delanteras y se detuvo en seco. Entonces vio las trampas. Tres de ellas, colocadas frente a la abertura que dejaba la puerta, en agujeros cavados en el suelo y después cubiertos con algo demasiado liviano para hacerlas saltar o para estorbar su movimiento una vez que sus

fauces se cerrasen. No estaba seguro pero olía como el musgo que tía Nadine solía utilizar en el jardín.

Podría saltarlas con facilidad pero el suelo detrás de ellas también parecía removido y no podía decir con certeza dónde resultaría seguro apoyarse. Y tampoco podía transformarse y hacer saltar las trampas sin convertirse en blanco fácil para la escopeta.

Con el hocico pegado a las paredes, rodeó el edificio. Todas las entradas posibles tenían el mismo olor.

Todas excepto una.

En lo alto de la pared este, casi escondida detrás de las ramas de un castaño joven, había una abertura cuadrada, utilizada, cuando el corral todavía albergaba ganado, para introducir balas de heno en el pajar. Por lo general, los licántropos no solían trepar a los árboles pero eso no quería decir que no pudieran hacerlo y sus callosos dedos encontraron asideros que unas manos y pies meramente humanos podrían no haber sido capaces de utilizar.

Moviéndose con cuidado por una rama peligrosamente delgada, Peter examinó el otro lado de la abertura, no encontró trampas en ella y se deslizó silenciosamente el interior mientras se felicitaba por haber sido capaz de superar a su enemigo.

El viejo pajar olía tan solo a heno rancio y a polvo. Agazapado, Peter se arrastró sobre un enorme travesaño de sección cuadrada hasta que pudo ver el interior del corral. Se encontraba casi encima de la mesa, sobre la que descansaban, además de la linterna, un paquete de papel de estraza, un cuaderno de notas y un gran delantal de cuero.

El hombre del jeep consultó su reloj y esperó, con la cabeza alta, escuchando.

Todo aquello era una trampa preparada específicamente para su forma animal.

Ya no cabía ninguna duda. Aquel era el hombre que estaba asesinando a su familia. Un hombre que lo conocía lo suficientemente bien para saber qué forma adoptaría aquella noche.

Peter sonrió y sus ojos resplandecieron a la luz de la linterna. Nunca se había sentido tan vivo. Una energía vibrante lo poseía. No tenía la menor intención de defraudar al humano; si quería una forma animal, la tendría. Los colmillos y las garras acabarían con él. Se movió hasta el extremo de la viga, se transformó y se arrojó gruñendo sobre la espalda del humano que había debajo.

Lo dos cayeron juntos al suelo.

Durante un instante breve, Mark Williams se había sentido complacido al ver la forma que caía sobre él desde el pajar. Había previsto con total acierto las reacciones de la criatura. Pero no había tenido en cuenta el pajar ni había sido consciente de a qué se enfrentaría exactamente.

Más aterrorizado de lo que hubiera estado en toda su vida, luchó como un poseso. Una vez había visto a un pastor alemán matar a una ardilla. El animal la había aferrado por la nuca y le había roto la columna vertebral. Eso no le ocurriría a él. Sintió unas garras que le desgarraban la delgada camisa y la piel, un aliento caliente en la oreja y logró revolverse e introducir el antebrazo en las fauces abiertas del animal mientras, frenéticamente, su otra mano buscaba a tientas el arma, que había caído al suelo.

Huracán echó la cabeza atrás, soltó el brazo y se precipitó sobre la garganta, repentinamente expuesta.

Mark vio acercarse a la muerte y entonces la vio detenerse.

Mierda, hombre. ¡No puedo desgarrar sin más la garganta de alguien! ¿Qué estoy haciendo? Repentinamente, el ansia de sangre había desaparecido.

Con las piernas bajo el vientre de la bestia, Mark se puso en pie con esfuerzo.

Completamente desorientado, Huracán cayó al suelo con un ruido sordo y trató de levantarse de nuevo. El suelo se movió bajo su pata trasera izquierda. Una mandíbula de acero se cerraron sobre ella.

El chasquido, combinado con el aullido de miedo y dolor hizo que Mark cayera lentamente de rodillas. Sonrió mientras veía cómo el lobo bermejo se debatía contra la trampa, se revolvía y gruñía en un esfuerzo aterrado por liberarse. Su sonrisa se fue ensanchando a medida que sus esfuerzos se debilitaban. Finalmente, la criatura yació, inmóvil y jadeante, sobre el suelo.

¡No! ¡No, por favor! No podía transformarse. No mientras su pata permaneciera aprisionada por la trampa. *Duele. Oh, Dios, cómo duele.* Podía oler su propia sangre, su propio terror. *¡No puedo respirar! Duele.*

Vagamente, Huracán supo que la trampa era el menos importante de los peligros que lo amenazaban. Que el humano que se le acercaba, enseñando los dientes, era mucho, mucho más letal. Gimió y sus patas delanteras arañaron el suelo pero parecía como si algo le impidiese ponerse en pie. Repentinamente, la cabeza le pesaba demasiado como para levantarla.

--Ahora sí que te he cogido, hijo de puta --le habían asegurado que el veneno era muy eficaz. Estaba encantado de comprobar que había sido un dinero bien gastado. Se encogió y alargó el brazo por encima del hombro. Al volver, su mano estaba teñida de rojo. Cuidándose de permanecer a distancia, sólo por si acaso, escupió en el suelo, junto al rostro de la criatura--. Espero que duela como el infierno.

Quizá... si aúllo... me oirán...

Entonces empezaron las convulsiones y ya fue demasiado tarde.

____ 15 ____

--¡...no lo sé! ¡Últimamente ha estado actuando de manera tan extraña...!

Stuart y Nadine intercambiaron una mirada por encima del hombro de Rose. Nadine abrió la boca para decir algo pero la expresión de su pareja le hizo guardar silencio. No era el momento de dar explicaciones.

--Rose --Cellucci salió de la oficina y atravesó rápidamente la cocina hasta que pudo mirar directamente a los ojos de la chica--. Esto es importante. ¿Con quién más ha hablado Peter hoy, aparte de la familia, Vicky, el señor Fitzroy y yo?

Sabe algo, pensó Henry. Nunca debí dejarle coger esa llamada.

Rose frunció el ceño.

--Bueno, habló con el mecánico del taller, con el doctor Dixon, la doctora Levin, la sustituía del doctor Dixon, estuvo en su casa un rato... humm... la señora Van Torpe, una vecina del doctor Dixon y alguien que pasó en coche por la carretera, pero no pude ver quién era.

--¿Viste el coche?

--Sí. Era negro, en su mayor parte, con una franja dorada y unos radios de oro falso en las ruedas --arrugó la nariz--. El coche de un verdadero pretencioso --entonces su expresión volvió a cambiar mientras interpretaba la reacción de Cellucci--. Ese es el que usted estaba pensando, ¿verdad? ¿Verdad? --dio un paso hacia él, enseñando los dientes--. ¿Dónde está Peter? ¿Qué le ha pasado a mi hermano?

--Creo --dijo Stuart con voz terminante mientras salía de detrás de su nieta-- que será mejor que nos cuente todo lo que sabe.

Sólo Henry era consciente del conflicto al que Cellucci se estaba enfrentando y no le inspiraba simpatía alguna. La cuestión de la ley frente a la justicia sólo podía tener una respuesta. Vio cómo se tensaban los músculos de la espalda de Cellucci y escuchó cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

Todo cuanto le habían enseñado le decía a Cellucci que debía darles una respuesta ambigua y ocuparse personalmente del asunto. Si los hombres lobo esperaban ser tratados como el resto de la sociedad, dentro de la ley, entonces no podían actuar fuera de la ley. Y si el único modo que tenía de cumplir con su deber era abrirse paso luchando... sus manos se convirtieron en puños.

Un gruñido sordo comenzó a formarse en la garganta de Stuart.

Y en la de Rose.

Y en la de Nadine.

Henry avanzó un paso. Ya había tenido suficiente.

Entonces Daniel empezó a lloriquear. Se aferró a las piernas de su madre y enterró la cabeza entre los pliegues de su falda.

--¡Van a matar a Peter! --el tejido apenas pudo sofocar el llanto de un niño de seis años que sólo comprendía una pequeña parte de lo que estaba ocurriendo.

Cellucci miró a Daniel, que parecía tener una capacidad asombrosa para devolver la atención de todos a lo verdaderamente importante y entonces a Rose.

--¿No pueden dejar que yo me encargue de esto? --preguntó.

Ella sacudió la cabeza, cada vez más asustada.

--Usted no lo comprende.

--No *puede* comprenderlo --añadió Nadine al tiempo que apretaba a Daniel con tal fuerza que el muchacho se revolvió.

Cellucci vio el dolor en los ojos de la mujer, un dolor que se retorció y desgarraba y se prolongaría mucho más tiempo del que cualquiera debiera tener que soportar. Era posible que su decisión pudiera ahorrarle ese dolor a Rose.

--Carl Biehn fue tirador olímpico. Su sobrino, Mark Williams, conduce un jeep negro y dorado.

Rose abrió mucho los ojos.

--Si era él el que estaba hablando con Peter esta tarde... --se volvió como un torbellino, su bañador cayó al suelo y Nube salió como una exhalación de la cocina y se perdió en la noche.

--¡Rose, no! --sin que lo estorbase la necesidad de transformarse, Henry se precipitó detrás de ella antes de que Stuart, todavía enzarzado en el enfrentamiento con Cellucci, empezara a reaccionar.

¡Jesucristo! ¡Nadie puede moverse tan rápido! Cellucci aferró a Stuart por el brazo mientras Henry desaparecía en la oscuridad.

--¡Espere! --exclamó--. ¡Le necesito para que me lleve a la granja de Carl Biehn!

--¡Déjame ir, humano!

--Maldita sea, Stuart, ese hombre tiene armas de fuego. ¡Estuvo a punto de acabar con Henry una vez! Salir corriendo sólo servirá para que todo el mundo acabe muerto. Podremos llegar antes en mi coche.

--No lo creo --Stuart soltó una risotada, pero el sonido no transmitía ninguna alegría--. Y esta es nuestra caza. Tú no tienes derecho a estar aquí.

--¡Llévatelo, Stuart! --el tono de Nadine no dejaba lugar a discusión alguna--. Piensa en lo que pasará después.

El licántropo gruñó pero un instante después se soltó de un tirón y se dirigió hacia la puerta.

--Vamos, pues.

¿Lo que pasará después?, se preguntó Cellucci mientras la pareja atravesaba el césped a la carrera. *María, Madre de Dios, me quieren allí para que explique la presencia del cadáver...*

* * *

--¿Por qué tarda tanto? --Vicky se subió las gafas y se apartó de la ventana del salón. Ahora que el sol se había puesto, no veía más allá de su propio reflejo pero, a pesar de ello, no podía dejar de recorrer la habitación a grandes zancadas y asomarse a la oscuridad una vez tras otra.

--Tiene que venir desde Adelaide y Dundas --señaló Bertie--. Tardará algunos minutos.

--¡Ya lo sé! --suspiró y respiró profundamente--. Lo siento. No tenía que haberle gritado. Es sólo que..., bueno, si no fuera por mis malditos ojos, podría haberme ido sola. ¡A estas alturas ya estaría a medio camino!

Bertie apretó los labios mientras parecía reflexionar.

--¿Es que no confía en que su compañero se encargue de ello?

--Cellucci no es mi compañero, es un amigo. No tengo compañero. Y tiene razón.

Y aunque podía confiarse en que Henry impediría a Cellucci hacer cualquier cosa estúpida, ¿quién salvaría a Peter, vigilaría a los licántropos, cogería al bastardo asesino --Vicky seguía viéndolo con la cara de Mark Williams, convencida de que él era el responsable de las muertes aunque no hubiese apretado el gatillo-- y... y después qué?.

¡*Tengo* que estar allí! ¿Cómo puedo *saber* que se ha hecho justicia si no estoy allí?

Advirtiéndole que ciertas preguntas no obtendrían respuesta, Bertie decidió guardar silencio. Las dudas que empezaba a albergar tendrían que esperar.

--¡Maldita sea, le dije que era una emergencia! --Vicky se volvió de nuevo hacia la ventana y escudriñó el exterior con la mirada entornada--. ¿Dónde está? --sólo quedaba una hora para el fin del turno y Colin ya había vuelto a la comisaría, así que no le había resultado difícil convencer al sargento de guardia de que lo dejara salir antes por una emergencia familiar--. ¿Por qué demonios...? ¡Allí! --unos faros aparecieron frente a la entrada.

Vicky recogió su bolso y corrió hacia la puerta, al tiempo que exclamaba por encima de su hombro.

--¡No hable de esto con nadie! Me pondré en contacto con usted.

Ya en el exterior, completamente ciega, se dirigió a tientas hacia los faros y estuvo a punto de ser atropellada por uno de los viejos coches blancos y azules de la policía de Londres. Abrió la puerta trasera y, mientras éste se detenía haciendo chirriar las ruedas, se arrojó a su interior.

Barry hizo girar el coche a toda velocidad y se lanzó quemando las ruedas hacia la autopista mientras Colin se revolvía y, con un gruñido, preguntaba:

--¿Qué demonios está ocurriendo?

Vicky se subió las gafas y se sujetó al asiento mientras el coche doblaba una esquina sobre dos ruedas.

--Carl Biehn fue tirador en las Olimpiadas después de haber estado en Corea y en los marines.

--¿Ese comehierba?

--Puede que él lo sea --dijo Vicky con voz brusca--, pero su sobrino...

--Fue acusado de fraude en el 86, de posesión de bienes robados en el 88 y de conspiración para asesinar hace nueve meses --intervino Barry--. Salió libre. Las tres veces, por tecnicismos. Lo he investigado esta tarde.

--¿Y la emergencia? --gruñó Colin apretando los dientes.
--Peter ha desaparecido.

* * *

Las hierbas y la maleza le azotaban las piernas; los árboles parpadeaban y se perdían en la periferia de su visión, sombras irreales apenas visibles antes de desaparecer; la barrera de una cerca dejó de serlo mientras la atravesaba de un salto sin dejar de correr. Henry siempre había sabido que los licántropos podían correr muy rápido, pero nunca, hasta aquella noche, había sabido cuánto. Nube no quería dejarlo atrás. Se limitaba a correr tan rápido como le era posible en busca de su gemelo. No estaba demasiado lejos pero sí lo suficiente para que él temiera que nunca podría alcanzarla.

Mientras aquella forma plateada como la luna permanecía, para su espanto, fuera de su alcance, Henry hubiera cambiado su vida inmortal por la capacidad de transformarse que la tradición le otorgaba a su raza. Si todo lo demás era igual, cuatro patas corrían más deprisa y con más seguridad que dos piernas.

Por tanto, lo demás no podía ser igual.

Corrió como no lo había hecho en muchos años, esforzándose hasta el límite de sus fuerzas por cerrar la brecha que se había abierto entre los dos. Esta era una carrera que tenía que ganar porque si sólo uno de los dos iba a sobrevivir, se aseguraría de que fuera Rose.

* * *

Arrojando tierra y grava en un gran arco con forma de abanico, Cellucci hizo girar el coche al extremo del camino sin perder un ápice de velocidad. La suspensión sufrió mientras el coche entraba y salía de un enorme socavón y el depósito del aceite chirrió como protesta al chocar contra una piedra saliente. El constante staccato de ametralladora provocado por las piedras al chocar contra los bajos del coche imposibilitaba toda conversación.

Stuart no dejaba de gruñir desde las profundidades de su garganta.

Y mientras tanto, Cellucci no podía apartar de sus pensamientos la voz de un recuerdo:

--*¿Estás dispuesta a ser juez y jurado? ¿Y quién será el verdugo?
¿O es que también vas a encargarte de eso?*

Temía estar a punto de saber la respuesta y pedía en silencio que Vicky llegase demasiado tarde para formar parte de ella.

* * *

Justo cuando Nube se lanzaba hacia la puerta del corral, Henry alcanzaba su cola. Un paso más, puede que dos, y podría detenerla, apenas a tiempo, pero a tiempo al fin y al cabo.

Entonces ella captó el olor de su gemelo y, con un gruñido, se lanzó adelante dando un salto.

Mientras sus patas abandonaban la tierra aplanada, Henry vio con horror dónde aterrizaría. Vio el falso suelo. Vio las mandíbulas de acero que escondía. Con todas las fuerzas que le quedaban, se arrojó sobre ella en un placaje desesperado.

Supo mientras la sujetaba que no bastaría, así que se revolvió y, mientras caían al suelo y giraban, escudó con su cuerpo al licántropo, que se debatía con todas sus fuerzas.

Dos trampas saltaron. Una de ellas se cerró, impotente, sobre unos pelos de un blanco plateado mientras a la otra se le hurtaba por completo su premio.

Desde el suelo, Henry recibió un calidoscopio de imágenes: el cuerpo bermejo que yacía inmóvil sobre la mesa, el mortal que se encontraba de pie a su lado, cubierto de la cabeza a los pies con un delantal de cuero, el delgado cuchillo que despedía un brillo apagado a la luz de la lámpara... y para cuando logró alzarse de rodillas, aferrando todavía a Nube con un brazo, supo lo que estaba ocurriendo. La cólera, roja y caliente, lo atravesó como una oleada.

Entonces Nube se sacudió su abrazo y atacó.

Por segunda vez aquella noche, Mark Williams miró a la muerte a la cara; sólo que esta vez sabía que no se detendría. Gritó y retrocedió contra la mesa, sintió un aliento ardiente contra su garganta, luego el beso de unas mandíbulas de marfil y entonces, repentinamente, nada. El instinto de preservación se apoderó de él y, sin detenerse a pensar, sus manos buscaron la escopeta.

Henry luchaba con Nube y con su propia ansia de sangre. *Es una chica de diecisiete años, apenas una niña. No le permitiré que mate.* Los licántropos ya no vivían ajenos a los humanos y sus valores. ¿Qué sentido tenía vencer ahora si tenía que arrastrar ese pecado consigo durante el resto de su vida? Una vez tras otra, mientras ella trataba de liberarse con frenética furia, repitió las únicas palabras que sabía que

podrían abrirse paso hasta su consciencia.

--Todavía está vivo, Nube. Huracán todavía está vivo.

Por fin, ella se detuvo, gimió una vez y se volvió hacia la mesa con el hocico levantado para captar el olor de su hermano. Un segundo gemido se convirtió en aullido.

Con la atención puesta ahora en Huracán y no en la muerte, Henry se puso en pie.

--Quédate donde estás --ordenó. Nube se dejó caer al suelo, temblando por la necesidad de estar junto a su gemelo pero incapaz de desobedecer. Mientras el vampiro levantaba la cabeza, se encontró frente a frente con los dos cañones de la escopeta.

--Así que todavía está vivo, ¿eh? --tanto la escopeta como la risa temblaban--. Yo no pude sentir ni siquiera un latido. ¿Estás seguro?

Henry podía oír los lentos y trabajosos latidos del corazón de Huracán, podía sentir el empeño de su sangre por seguir atravesando los pasajes que el veneno había obstruido. Permitió que su propia ansia de sangre creciera.

--Conozco la vida --dijo mientras avanzaba un paso--. Y conozco la muerte.

--¿Sí? --Mark se humedeció los labios--. Pues yo conozco a Bo Jackson. Quietecito donde estás.

Henry sonrió.

--No --Vampiro. Príncipe de la Oscuridad. Vástago de la Noche. Todo eso estaba en su sonrisa.

La mesa contra la espalda de Mark impedía la retirada. No tenía otra opción que mantenerse firme. El sudor empapaba su frente y resbalaba por ambos lados de su nariz. Este era el demonio al que había disparado en el bosque. Tenía forma de hombre pero no había nada humano en su expresión.

--No... no sé lo que eres --balbució mientras obligaba a sus temblorosas manos a mantener el arma en alto--, pero sé que puedes ser herido.

Un paso más apartaría los cañones del arma lo suficiente para que Nube estuviera fuera de la línea de fuego. *Un paso más*, pensó Henry mientras alimentaba su hambre con cólera, *y esta cosa es mía*. Levantó el pie.

La puerta del corral se abrió súbitamente, chocó contra la pared y los tablones se partieron.

--¡Suéltala! --ordenó Cellucci desde la entrada.

Detrás de él, Stuart dejó escapar un gruñido. El esfuerzo de

voluntad necesario para contener su ataque mientras Nube permanecía en peligro hacía trepidar los músculos de su espalda. El aullido de la muchacha lo había arrancado del coche antes de que se detuviera por completo, se había arrojado irreflexivamente contra el corral en forma humana y ahora la ropa le impedía transformarse.

El cañón de la escopeta se inclinó hacia abajo y volvió a levantarse.

--Creo que no.

--¿Qué demonios está ocurriendo aquí? --exclamó Carl Biehn mientras, rifle en mano, apuntaba a los dos hombres de la entrada. Había escuchado la furiosa aparición del coche en la entrada; lo había oído detenerse arrojando gravilla; había escuchado el aullido de la criatura de Satán y había sabido que los seguidores del Diablo estaban allí. Sólo había tardado un momento en recoger su rifle y había llegado a la puerta del corral apenas un instante después que los hombres del coche. Todavía no sabía lo que estaba ocurriendo pero era evidente que su sobrino necesitaba su ayuda.

--Póngale el seguro al revolver y tírelo al suelo --hizo un gesto con el rifle--. Allí, lejos de todo el mundo.

Cellucci hizo lo que se le ordenaba con los dientes apretados. No tenía elección. El chasquido de las mandíbulas de hierro al cerrarse cuando el revólver tocó el suelo sobresaltó a todos los presentes por igual.

--Trampas --dijo Stuart mientras las señalaba--. Allí y allí --la tierra que había junto a su pie desnudo se había levantado--. Y aquí.

Mark sonrió.

--Es una lástima que no podáis dar saltos más largos.

--Ahora moveos hacia allá --ordenó Carl--. Junto a los otros, para que pueda verlos... --mientras se abrían camino entre las trampas y aparecían bajo la luz de la lámpara, reconoció a Stuart y entornó la mirada. Había pasado el día entero rezando en busca de una respuesta y ahora el Señor le enviaba al líder de los impíos en persona. Entonces vio a Nube, todavía agazapada detrás de Henry, ignorándolo todo y a todos salvo el cuerpo que yacía sobre la mesa.

Entonces vio a Huracán.

Bajó el rifle del hombro a la cadera, sujetándolo por la empuñadura y sin apartar el dedo del gatillo. Sin dejar de apuntar al grupo de intrusos que ahora se encontraban juntos en un lado del corral, caminó hasta el borde de la mesa.

--¿Qué --repitió-- está ocurriendo aquí? ¿Cómo ha muerto esta

criatura?

--¡No está muerto! --Rose se arrojó a los brazos de Stuart--. ¡No está muerto, tío Stuart! No lo esta.

--Lo sé, Rose. Y lo salvaremos --le acarició los cabellos mientras observaba a la joven humana que se encontraba a su lado como si no hubiese visto piel en toda su vida. Ella necesitaba consuelo pero si esperaban salvarse y salvar a Huracán, era mejor que pudiese contar con colmillos y garras. Maldijo en silencio las ropas que lo aprisionaban en su forma humana--. Ahora cambia --le dijo--. Vigila. Estate preparada.

--¡Ya basta! --el rifle se movió de Stuart a Nube y de vuelta a él--. ¡No haréis más trucos diabólicos!

Nube gimió pero Stuart pasó su mano por el pelo detrás de la cabeza y dijo con tranquilidad:

--Espera.

Carl tragó saliva. El dolor en los ojos de la criatura mientras alzaba la vista hacia él se unió al dolor de la que había herido y la duda comenzó a pesarle en el corazón. La obra del Señor no podía traer dolor. Se volvió y contempló a Huracán con horrorizada fascinación.

--Te he hecho una pregunta, sobrino.

Mark puso algo más de distancia entre Henry y él mismo antes de responder --moviéndose al mismo tiempo hacia la puerta, sólo por si acaso--, mientras pugnaba en silencio contra el silencioso mandato que le ordenaba *mírame*.

--Asumo --dijo con una sonrisa forzada-- que, puesto que, tal como nos han asegurado, mi huésped no está muerto, te refieres a "¿Qué demonios está ocurriendo aquí?". En realidad es muy sencillo. He decidido combinar tu plan de santo exterminio con un negocio provechoso.

--¡No puedes sacar provecho de la obra del Señor!
--repentinamente inseguro de tantas cosas, Carl se aferró con firmeza a esta creencia.

--¡Y una mierda! Tú cosecharás tus recompensas en el Cielo. Yo quiero las mías... ¡aquí y ahora! --hizo un gesto con la escopeta y Henry se quedó helado--. No sé lo que eres, pero estoy bastante seguro de que a esta distancia, los dos cañones de mi arma bastarán para enviarte al infierno y estoy más que dispuesto a probarlo --la piel alrededor de sus ojos estaba blanca y respiraba pesadamente. El sudor ardía en los arañazos de su espalda.

Cellucci miró de soslayo el perfil de Henry y se preguntó qué habría podido ver el otro hombre para estar tan aterrorizado. Se lo preguntó pero en realidad no deseaba saberlo. En su opinión, su única posibilidad radicaba en Carl Biehn, que parecía terriblemente confuso y, a pesar de su indudable habilidad con el rifle, viejo y cansado.

--Esto ha ido demasiado lejos --dijo tranquilamente, haciendo que su voz, la voz de la razón, se posara sobre la tensión como un bálsamo--. No importa lo que creyera cuando empezó esto. Las cosas han cambiado. Debe usted ponerle fin.

--¡Cierra la boca! --le espetó Mark--. No necesitamos tus estúpidos consejos.

Carl levantó la mano, que se había posado casi en un gesto de bendición sobre la cabeza de Huracán y sujetó el rifle con más fuerza.

--¿Y qué has planeado hacer ahora? --preguntó con voz desesperada, un eco de las plegarias que no habían recibido respuesta.

--Tú mismo dijiste que las criaturas del diablo debían morir. De esa --señaló a Huracán con un gesto de la cabeza-- ya me he encargado. A esta otra --Nube volvió a gemir y se apretó contra las piernas de Stuart-- también puedo utilizarla. Es una pena que no podamos conseguir que el grande se transforme antes de morir.

Stuart gruñó y se preparó para saltar.

--¡No! --la orden de Henry paralizó a Stuart donde se encontraba, furioso e impotente. Con las dos armas apuntándolos desde ángulos diferentes, un ataque, tuviera éxito o no, provocaría la muerte de alguno de ellos. Tenía que haber otra salida y tenían que encontrarla rápidamente porque aunque el corazón de Huracán seguía luchando por sobrevivir, Henry podía sentir lo mucho que se había debilitado, lo escasas que eran las fuerzas con las que se aferraba a la vida.

--Cierra tu bocaza de hijo de puta --le sugirió Mark. Tenía las manos empapadas de sudor pero, a pesar de que su tío seguía apuntando a sus "huéspedes" no se atrevía a secárselas. Sabía perfectamente que en el momento en que empezaran los disparos y ya no tuviera nada que perder, aquella criatura se arrojaría sobre él. Si quería que sus pieles y él salieran de allí de una pieza tenía que andarse con mucho cuidado. Y si no podía salvar al tío Carl... *Pobre viejo, de todas formas no estaba del todo cuerdo*--. Muy bien. Todos vosotros, poneos de cara a la pared.

--¿Para qué, Mark?

--Para que pueda vigilarlos mientras tú los envías de vuelta al

infierno al que pertenecen --tuvo un repentino destello de inspiración y añadió--. Se hará la voluntad del Señor.

Carl levantó la cabeza.

--Se hará la voluntad del Señor --él no era quién para cuestionarla.

--Señor Biehn --Cellucci se humedeció los labios. Era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa--. Soy detective sargento de la Policía Metropolitana de Toronto. Mi placa está en el bolsillo izquierdo de mis pantalones.

--¿Es usted policía? --el cañón del rifle descendió lentamente hacia el suelo.

--¡Está aliado con las criaturas de Satán! --dijo Mark con brusquedad. El poli iba a morir de un disparo de rifle. *Pobre tío Carl...*

El cañón del rifle volvió a levantarse.

--Los policías no son inmunes a las tentaciones del diablo --miró a Cellucci con atención--. ¿Ha sido usted salvado?

--Señor Biehn, soy católico practicante y recitaré para usted el Padrenuestro, el Credo de los Apóstoles y tres Avemarias si es lo que quiere --la voz de Cellucci se hizo amable, la voz de alguien en quien se podía confiar--. Comprendo por qué ha estado disparando a esta gente. De veras. Pero, ¿no se le ha ocurrido que Dios tiene planes que usted desconoce y que quizá, sólo quizá, esté usted equivocado?

--dado que seguían con vida era evidente que sí se le había ocurrido. Cellucci intentaba aprovecharse de ello--. ¿Por qué no baja esa arma para que podamos hablar? Quizá entre usted y yo podamos encontrar una manera de salir de este embrollo --y entonces, desde las mismas profundidades de su infancia, cuando su diminuta abuela vestida de negro le había hecho aprender, domingo tras domingo, un verso de la Biblia de memoria, añadió--. "Pues nada hay oculto que no haya de manifestarse, nada secreto que no haya de saberse".

--San Lucas, capítulo doce, versículo dos --Carl se estremeció y Mark se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

--Incluso el Diablo puede citar las escrituras, tío.

--Y si no es el diablo, ¿qué es entonces? --un músculo saltó en la mejilla del anciano--. ¿Serías capaz de asesinar a un agente de la ley?

--¡La ley del hombre, tío, no la ley de Dios!

--¡Contesta a mi pregunta!

--Sí, contesta a su pregunta Mark. ¿Serías capaz de cometer un asesinato? ¿De romper un mandamiento? --ahora, Cellucci utilizaba su voz como un bisturí, esperando sacar a la luz el corazón

putrefacto--. No matarás. ¿Qué hay de eso?

Mark había escapado a la muerte dos veces aquella noche. Desde que reconociera a la criatura que lo había atacado en el bosque había sabido que hacerlo una tercera vez requeriría algo más que suerte. Si él iba a vivir, alguien en ese corral tendría que morir. Y él *iba* a vivir. Ese jodido poli hijo de puta estaba estropeando la cosa que le permitiría sacar el culo del fuego, y encima con algunas ganancias. Prefería al viejo como un aliado vivo que como una excusa muerta.

--Tío Carl --hacer hincapié en la relación. Recordarle los lazos de sangre, la lealtad debida a la familia--. Éstas no son criaturas de Dios. Tú mismo lo dijiste.

Carl miró a Nube y se estremeció.

--Éstas *no* son criaturas de Dios --entonces alzó sus atormentados ojos hacia el rostro de Cellucci--. Pero, ¿qué hay de él?

--Sus propias acciones lo han condenado. Se ha aliado deliberadamente con los sicarios de Satán.

--Pero si es un oficial de policía, la ley...

--No te preocupes tío --Mark no se molestó en ocultar su alivio. Si el anciano estaba preocupado por las repercusiones es que se había decidido a actuar. Estaba en el bote--. Puedo hacer que parezca un accidente. Tú sólo preocúpate, cuando mates al lobo blanco... o perro, o lo que sea, de no estropear la piel.

Sólo con un instante de retraso, se dio cuenta de que había dicho la cosa equivocada.

El anciano volvió a estremecerse y entonces se enderezó, como si una terrible carga le pesase sobre los hombros.

--Son muchas las cosas de las que no estoy seguro, pero esto sí lo sé con toda certeza: lo que ocurra esta noche será por la gracia de Dios. No sacarás provecho de ello --giró el rifle hasta apuntar directamente a Mark--. Baja el arma y ponte junto a ellos.

Mark abrió la boca y volvió a cerrarla pero ningún sonido salió de ella.

--¿Qué va a hacer? --preguntó Cellucci, cuidándose de mantener una expresión neutra.

--No lo sé. Pero *él* no será parte de ello.

--No puedes hacerme esto --Mark recuperó al fin el habla--. Soy de la familia. Carne de tu carne y sangre de tu sangre.

--Deja el arma y ve con ellos --Carl sabía ahora cuándo había cometido su error, cuándo se había apartado del camino que el Señor le mostrara. Sólo él debía llevar la carga. Nunca debiera haberla

compartido.

--No --Mark lanzó una mirada horrorizada a Henry, cuya expresión le invitaba a acercarse todo cuanto quisiera--. No puedo... no lo haré... no puedes obligarme...

Carl hizo un gesto con su rifle.

--Sí que puedo.

Mark vio aproximarse a la muerte que hasta entonces había conseguido mantener a raya mientras la sonrisa de Henry se ensanchaba.

--¡NO! --giró la escopeta hacia el que pretendía arrojarlo a ella.

Carl vio el cañón volverse hacia él y se preparó para morir. No podía, ni siquiera para salvarse a sí mismo, disparar al único hijo de su única hermana. *A tus manos encomiendo mi espír...*

Nube reaccionó sin pensar y se arrojó hacia delante. Sus patas delanteras golpearon al anciano en el pecho y el disparo de la escopeta se desperdigó sin causar daño sobre la pared este mientras los dos caían juntos al suelo.

Entonces Henry se movió.

Un instante, más de tres metros los separaban. Al siguiente, Henry arrancó la escopeta de las manos de Mark y la arrojó con tal fuerza que atravesó los tablones de madera del corral. Sus dedos se cerraron alrededor de la garganta del mortal y apretaron. Sus uñas se hincaron en la piel y la sangre empezó a correr por sus dedos.

--¡No! --Cellucci se arrojó hacia él--. ¡No puedes!

--No voy a hacerlo yo --dijo Henry con voz tranquila. Alzando su carga en vilo, retrocedió; un paso, dos. La trampa se cerró con un chasquido y Henry abrió la mano.

El brazo que había detenido a Mark era una barrera impenetrable. No podía moverlo. No podía rodearlo.

El dolor tardó un momento en superar al terror. Con ambas manos en la garganta, Mark apartó los ojos del rostro de Henry y miró hacia abajo. Sus zapatos de piel blanda apenas habían hecho nada para protegerlo de la dentellada del metal; la sangre comenzó a manar, espesa y rojiza. Gritó, un sonido sordo y estrangulado y cayó de rodillas, aferrado a los goznes de la trampa con dedos lacios. Entonces comenzaron las convulsiones. Tres minutos después estaba muerto.

Henry dejó caer el brazo.

Mike Cellucci apartó la vista del cadáver, miró a Henry y dijo, con la boca seca a causa del miedo.

--No eres humano, ¿verdad?

--No exactamente --los dos se miraron un momento.

--¿También vas a matarme a mí? --preguntó Cellucci al fin.

Henry sacudió la cabeza y sonrió. Una sonrisa diferente a la que había acompañado a Mark Williams a la tumba. La sonrisa de un hombre que había logrado sobrevivir cuatrocientos cincuenta años sabiendo cuándo podía volver la espalda. Lo hizo ahora y se unió a Nube y Stuart junto al cuerpo de Huracán.

¿Y ahora qué?, se preguntó Cellucci. ¿*Me marchó sin más y me olvido de que todo esto ha ocurrido?* Técnicamente, acababa de presenciar un asesinato.

--Un momento, si Huracán sigue vivo, es posible que él...

--Ha visto usted muerte más que suficiente como para poder reconocerla, detective.

Fitzroy estaba en lo cierto. *Había* visto muertes más que suficientes como para saber que lo que yacía desparramado sobre el suelo era un cadáver; ni siquiera la titilante luz de la lámpara podía ocultarlo.

--¿Pero por qué tan deprisa?

--El --gruñó Stuart-- era sólo humano --la última palabra sonó como una maldición.

--Jesús. ¿Qué ha ocurrido?

Cellucci giró sobre sus talones, con los dos puños cerrados a pesar de que --o quizá a causa de ello-- había reconocido la voz.

--¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¡Eres completamente ciega en la oscuridad!

Vicky lo ignoró.

Colin la adelantó y entró en el corral, desesperado por encontrar a su hermano.

Barry venía detrás de él. Un paso, dos, y el suelo cedió bajo su pie. Sintió el impacto de unas mandíbulas de acero cerrándose sobre su bota de policía en busca de la pierna.

--¡Colin!

Colin se detuvo y se volvió a medias. Bajo el haz de la linterna que Vicky acababa de sacar del bolso, su rostro aparecía convulsionado por la necesidad de estar en dos lugares al mismo tiempo.

Vicky no podía hacerle elegir.

--Ve --le ordenó--. Yo me ocuparé de Barry.

La obedeció.

Apoyada sobre una rodilla, Vicky apuntó la luz hacia el pie de Barry. Los músculos de la pierna, apoyada contra el hombro de ella, temblaron. Aseguró la linterna bajo su barbilla y estudió el mecanismo de acero.

--¿Sabes si ha atravesado la bota?

Le oyó tragar saliva.

--No estoy seguro.

--Muy bien. Creo que no lo ha hecho, pero tendré que abrirlo para asegurarme --sus dedos apenas habían tocado el metal cuando Cellucci los apartó de un manotazo.

--Está envenenada --dijo antes de que ella pudiera protestar. Introdujo una barra de hierro oxidado en la bisagra--. Mantén su pierna recta.

Tanto la suela como el tacón reforzado habían sido atravesados, pero no del todo. Al alivio siguió una reacción y Barry, todo el cuerpo flojo, tuvo que apoyarse en Vicky para no caer. *Podría haber muerto*, pensó mientras tragaba saliva. El calor no tenía nada que ver con el sudor que le pegaba la camisa a la espalda. *Podría haber muerto*. Le dolía el pie. No importaba. *Podría haber muerto*. Respiró profundamente. *Pero sigo vivo*.

--¿Estás bien? --le preguntó Vicky mientras recorría su cara con la parte central de su visión.

--Él asintió, se puso derecho y dio un paso. Entonces dio otro, un poco menos inseguro, hacia atrás y se colocó a su lado.

--Sí. Estoy estupendamente.

Vicky le sonrió y recorrió con el haz de la linterna el interior del corral. Carl Biehn estaba sentado con aspecto aturdido sobre una especie de barril. Todos los demás --Colin, Nube, Henry, Stuart-- se encontraban con Huracán.

--¿Huracán está...?

--Está vivo --le dijo Cellucci--. Aparentemente, cayó en otra de esas trampas. Que, por cierto, están enterradas por todas partes, así que camina sólo por donde yo te indique.

--¿Y Williams?

--Está muerto --Cellucci sacudió la cabeza en dirección a Carl Biehn y le dijo a Barry--. Sácalo de aquí. Y vigílalo.

Barry asintió, agradecido de contar con órdenes y salió cojeando del corral.

Mientras se dirigían hacia el lugar, Vicky sólo había podido pensar en llegar a tiempo para hacer algo. Ahora se encontraba allí, todo

había terminado y la luz de la linterna no le mostraba más que escenas silenciosas y suspendidas en medio de la oscuridad.

--Mike, ¿qué ha pasado?

Él sopesó las alternativas durante un segundo y entonces, rápidamente, le describió los hechos, tratando de impedir que se vieran aderezados por emociones de las que ni siquiera estaba seguro. Estudió su rostro cuidadosamente cuando le contó lo que Henry había hecho pero no encontró en él nada que pudiera utilizar.

--¿Y Peter? O sea, ¿Huracán? --le preguntó ella cuando hubo terminado.

--No lo sé.

_____ 16 _____

Vicky se arrojó sobre el borrón de luz que tenía delante y las difusas figuras que se movían a través de él se fueron haciendo más sólidas a medida que se aproximaba. Si Huracán llegaba a morir, no creía que pudiera perdonarse. Si no hubiera cometido un error tan estúpido con Carl Biehn, si ni hubiera estado tan segura de que él no podía ser el asesino... Sintió que Cellucci la tomaba del brazo y se dejó guiar los últimos metros mientras la linterna colgaba olvidada de su mano.

Nube tenía las patas delanteras sobre la mesa y lamía desesperadamente la cara de su hermano, alisando y enredando alternativamente el pelo de su hocico. Los brazos de Stuart rodeaban la cruz de Huracán y sostenían su peso. Colin pasaba una mano temblorosa por el rojizo lomo mientras un gemido sordo escapaba de su garganta.

Henry... Vicky miró a Henry con los ojos entornados. Estaba inclinado sobre una de las patas traseras de Huracán. Mientras ella lo observaba, se incorporó y escupió.

--El veneno se ha extendido por su organismo. Lo matará si trató de absorberlo todo.

Un sonido que no era del todo un aullido ni un gemido comenzó a formarse en el fondo de la garganta de Colin.

--Llevadlo al doctor Dixon --Nube la ignoró. El resto se volvió para

mirarla.

--No podemos moverlo, Vicky --le dijo Henry con voz suave--. Ahora mismo está al borde de la muerte. Podríamos empujarlo al otro lado.

--Si pudiésemos conseguir que cambiase... --Stuart apoyaba la mejilla contra la parte alta de la cabeza de Huracán. La furia que había en su voz no hacía sino subrayar el dolor de su expresión.

Vicky recordó que el doctor había dicho que la transformación neutralizaba de alguna manera las infecciones. Suponía que el veneno podía considerarse algún tipo de infección.

--¿No puede cambiar porque está inconsciente?

Stuart asintió mientras sus lágrimas trazaban un dibujo oscuro sobre el pelaje rojizo de su sobrino.

--Entonces, ¿por qué no provocamos un cambio inconsciente?

--No sabes nada sobre nosotros, humana.

--Sé cuanto necesito --el corazón de Vicky empezó a latir con fuerza mientras trataba de recordar todo lo que el doctor Dixon le había contado, añadía lo que había observado por sí misma e imaginaba una solución que podía funcionar--. Si no puede cambiar por sí mismo, puede que cambie por Rose. Los gemelos están ligados. El doctor Dixon lo dijo, Nadine lo dijo... demonios, todos podéis verlo. Y Rose y Peter son... --no se le ocurría una manera de expresarlo mientras Rose... no, Nube, estuviese presente. *Oh, al demonio, no hay manera de evitarlo*--. A medida que Rose se acerca a su celo, atrae a Peter hacia sí. Sus reacciones están más ligadas ahora de lo que nunca hayan estado. Si Rose, no Nube, pudiera... bien, es posible que eso llevara a Huracán a convertirse en Peter.

Stuart alzó la cabeza.

--¿Te das cuenta de lo que podría ocurrir? ¿Eres consciente de lo fuerte que es un lazo como ese para los de nuestra raza?

Vicky suspiró.

--Mira, incluso si funciona, él está demasiado débil para hacer nada y además... --alargó un brazo y recorrió con un dedo la inerte pata delantera de Huracán. *Incesto o muerte, menuda elección*-- ¿no es eso mejor que la alternativa?

--Sí, oh sí --Rose no aguardó a la respuesta de Stuart. Se acurrucó al lado de su gemelo y lo atrajo tan cerca de sí como le fue posible mientras frotaba su rostro contra el suyo.

Stuart soltó a Huracán y se enderezó, con una mano posada suavemente sobre la cruz de su sobrino.

--Llámallo --dijo, la voz resignada y la expresión vigilante. No permitiría que la cosa fuera más lejos de lo necesario--. Tráenoslo, Rose --*pero no te pierdas tú*. La última cosa que necesitaban en aquel momento era que ella entrara en celo mientras Nadine no estaba cerca para protegerla. Las reacciones a la procreación habían destruido manadas enteras en el pasado.

--¿Peter?

Mientras se le erizaba el vello de la espalda, Vicky sintió el poder que podía haber en un simple nombre. *Ese eres tú*, decía, *vuelve con nosotros*.

--Peter, oh por favor. ¡Por favor, Peter, no me abandones!

Durante unos momentos agónicos pareció que no ocurriría nada. Rose siguió llamándolo, con la congoja, el dolor y el anhelo suficientes para resucitar a un muerto. Sin duda su súplica había de tener algún efecto sobre alguien que todavía no había partido.

--Se mueve --dijo Henry súbitamente--. He visto cómo su nariz se movía.

--Ha captado el olor --dijo Stuart. Tanto Colin como él se agitaron, incómodos.

Entonces ocurrió. Esta vez con la suficiente lentitud como para que Vicky jurara más adelante que había visto el momento exacto de la transformación.

Peter movió la cabeza y gimió. Su piel estaba gris, fría y húmeda y tenía el pie izquierdo horriblemente desgarrado a causa de la mordedura de la trampa.

Rose le cubrió de besos los labios, la garganta, los ojos, hasta que su tío la levantó en vilo, la apartó de la mesa y la sacudió con fuerza. Entonces rompió a llorar y enterró el rostro en el pecho de su hermano, mientras con las dos manos se aferraba a una de las de Peter.

--Los latidos de su corazón se hacen más fuertes --Henry escuchó cómo luchaba, obligando a la perezosa sangre a fluir de nuevo--. Su vida ya no corre tanto peligro. Creo que ahora es seguro trasladarlo.

--Enseguida --Vicky respiró profundamente. Se sentía mejor que en mucho tiempo e incluso el aire polvoriento y empapado de olor a queroseno del corral le parecía un aroma fragante. *Jesucristo, ¿cómo vamos a explicarle todo esto a la policía?*--. Esto es lo que vamos a hacer...

--Discúlpenme.

Dio un respingo y, por un instante, no reconoció al anciano que

entraba sigilosamente, seguido por Barry Wu como si fuera una sombra ansiosa.

Carl Biehn alargó una mano temblorosa y acarició levemente la mata plateada del pelo de Rose. Ella se secó la nariz en el revés de la muñeca, alzó la mirada y entornó los ojos al ver de quién se trataba.

--Sé que no basta --dijo. Sólo le hablaba a ella. Sus palabras estaban empapadas de dolor--, pero me doy cuenta ahora que estaba equivocado. A pesar de todo lo que os hice, a ti y a los tuyos, e incluso en medio de tu dolor, me salvaste la vida poniendo en peligro la tuya. *Ese es el camino del Señor* --tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta--. Sólo quería darte las gracias y decirte que lo siento, aunque sé que no tengo derecho a esperar tu perdón.

Se volvió entonces y Vicky pudo verle los ojos.

Estaban rojos y empapados en lágrimas pero, al mismo tiempo, sorprendentemente claros. Aunque el dolor se había convertido en una parte de ellos, toda duda se había disipado. Aquel era un hombre que estaba en paz consigo mismo. Vicky escuchó que la voz de su memoria decía, *"Es un ser humano decente y eso es algo raro en nuestros días"*. Asintió, sólo una vez. Él le devolvió el gesto y pasó a su lado, encorvado pero, de alguna manera, dueño de una dignidad silenciosa.

--Muy bien, gente. Vamos a tratar de hacer esto de la manera más sencilla posible --pestañeó repetidas veces para aclararse los ojos y se subió las gafas--. Esto es lo que ha ocurrido. La policía ya sabe que alguien ha estado disparando a los perros de los Heerkens --y a los Heerkens-- y que yo estoy investigando el caso. Evidentemente, Peter descubrió algo...

--Habló con Mark Williams esta misma tarde --le contó Cellucci mientras se preguntaba lo lejos que iba a permitir que llegara esa explicación vagamente surrealista.

--Estupendo. Sospechando de él, lo siguió hasta aquí. Mientras tanto, yo descubrí la misma información, llamé, descubrí que Peter había desaparecido, saqué a Colin del trabajo y me dirigí hacia aquí. Al mismo tiempo, tú --señaló a Cellucci-- y tú --el dedo se desplazó hasta Stuart-- veníais corriendo al rescate. Nos atendremos a la verdad cuanto sea posible. Y en cuanto a ti, Henry, no te encontrabas aquí.

Henry asintió. No verse implicado en las investigaciones de la policía había sido siempre uno de los pilares de su supervivencia.

--Colin, meted Barry y tú a Peter en la parte trasera de vuestro

coche. Rose, acompáñalos. No le dejes cambiar de nuevo. Y, Rose, tú tampoco has estado aquí. Los chicos te recogieron de camino a la ciudad mientras corrías por la carretera, tratando de llegar hasta aquí, furiosa porque Stuart y Cellucci no te hubiesen llevado consigo. ¿De acuerdo?

Rose volvió a sorber por la nariz y asintió. Sólo se alejó de su gemelo lo suficiente para ponerse la camiseta que Stuart acababa de quitarse. Le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas y bastaría como atuendo hasta que llegaran a casa del doctor, donde toda la familia guardaba algo de ropa para ponerse.

Colin levantó a su hermano con cuidado y, con la cabeza de Peter apoyada sobre el cuello, se encaminó hacia la puerta, seguido de cerca por Rose, que acariciaba con ambas manos el cuerpo de su gemelo.

--Esperadme junto al coche --dijo Vicky en voz alta mientras enviaba a Barry tras ellos--. Hay unas cuantas cosas más que tenéis que saber.

--Se diría que estás planeando qué hacer con el cadáver --le espetó Cellucci mientras se pasaba ambas manos por los cabellos. Su paciencia empezaba a agotarse--. No sé si le has echado un buen vistazo pero salta a la vista que alguien lo ayudó a alcanzar su actual condición, cosa que va a resultar un poco difícil de explicar. ¿O es que vas a enterrarlo en los bosques y olvidar convenientemente lo ocurrido? ¿Y qué me dices del señor Biehn? ¿Cómo encaja él en ese cuento de hadas que acabas de inventa...

La detonación, incluso extrañamente amortiguada como había sido, hizo volverse a Cellucci. Stuart gruñó y comenzó a quitarse los pantalones cortos que lo aprisionaban. Incluso Henry giró sobre sus talones en dirección al sonido y desde el exterior se alzaron exclamaciones inquietas y el sonido de unos pasos apresurados.

Vicky sólo cerró los ojos y trató de no escuchar, trató de pensar en las flores desperdigadas en una mañana de agosto como un arco iris caído a tierra.

--Fue tras la esquina, se puso el cañón en la boca y apretó el gatillo con el pie.

Sintió las manos de Cellucci sobre los hombros y abrió los ojos.

--Sabías que iba a hacerlo, ¿verdad?

Se encogió de hombros todo lo que pudo teniendo en cuenta su abrazo.

--Lo sospechaba.

--¡No, lo sabías! --comenzó a sacudirla--. ¿Por qué demonios no trataste de impedirlo?

Ella pasó ambos brazos entre los de él y los apartó. Se quedaron un momento mirándose a los ojos y cuando ella creyó que él estaba preparado para escuchar, le dijo:

--No podía vivir con lo que había hecho, Mike. ¿Quién soy yo para decirle que tenía que hacerlo? --se subió las gafas, miró más allá de él y respiró profunda y agitadamente--. Esto no ha acabado todavía.

¿Hay una lata de queroseno para la lámpara por aquí?

--Aquí, junto a la mesa --Stuart se inclinó sobre la lata de veinte litros.

--No, no la toques.

En aquel preciso momento, Cellucci supo lo que ella pretendía hacer y supo también que aquella era su última oportunidad de detenerla, de llevar todo lo ocurrido aquella noche ante la ley. Sospechaba que si lo intentaba, tanto Stuart como Henry se pondrían del lado de ella. El problema era que, si se llegaba a tener que elegir bandos...

Vicky extrajo un par de guantes de piel del fondo de su bolso y, mientras se los ponía, le preguntó como si pudiera leerle la mente:

--¿Querías añadir algo, Cellucci?

Lentamente, mientras se daba cuenta de que no tenía otra opción, él sacudió la cabeza, sin darse cuenta de que ella no podía verlo. En realidad lo había decidido allí en la granja, cuando les dio la información que ella le había revelado. Ella lo sabía tan bien como él. *Puede que sea lo mejor.*

Una vez tuvo los guantes puestos, Vicky se inclinó y levantó cuidadosamente la lata. Estaba casi llena. Desenroscó el tapón y se detuvo. Necesitaba ambas manos para alzar la lata pero sin su linterna dejaría de ver en cuanto se alejase de la lámpara.

--Maldita sea esta...

Cellucci se descubrió mirando a Henry, cuya expresión decía con tanta claridad, *tú decides*, que tardó un momento en darse cuenta de que tales palabras no se habían pronunciado en voz alta. *Yo decido. Estupendo. Como si tuviera alguna elección.* Pero de todas formas avanzó y cogió la linterna.

Vicky miró su rostro con los ojos entornados, pero la luz era demasiado escasa para distinguir matiz alguno. *Como si Cellucci y los matices no fueran cosas incompatibles.* Bastaba con que estuviera allí; ayudaba. *Terminemos con esto.*

Caminó a lo largo del haz de luz hasta el cuerpo de Mark Williams, derramando cuidadosamente el queroseno sobre el suelo de tierra mientras lo hacía, dando gracias al peso de la lata por ocultar el temblor de sus manos. En algún momento del pasado la ley lo había significado todo para ella.

--A juzgar por lo que podrán averiguar, hubo una pelea, probablemente porque Carl Biehn descubrió lo que quiera que Mark Williams le estaba haciendo a Peter. Durante la pelea, Mark quedó atrapado en una de sus pequeños y horribles juguetes de hierro. Ya fuera por pena, culpa o Dios sabe qué, Carl Biehn se suicidó de un disparo. Desgraciadamente, en algún momento de la pelea, la lata de queroseno se volcó.

La luz incidió sobre el cuerpo. Era evidente que Mark Williams había muerto sufriendo grandes dolores y las marcas dejadas por los dedos de Henry todavía podían verse en su garganta. Vicky no encontró lástima para él. La única cosa que había sentido por Mark Williams era desprecio y su muerte no había cambiado eso. *Antes me sentiría culpable por aplastar una cucaracha*, pensó mientras volcaba la lata junto al cuerpo y la vaciaba.

--¿Qué hacemos con Carl Biehn?

--Dejadlo en el lugar que eligió --regresó caminado por la luz y recogió la lámpara. El movimiento de las llamas proyectaba luces en la oscuridad que continuaron danzando en su visión después de que apartase la mirada--. Por desgracia, en algún momento durante la pelea, la lámpara se rompió.

La fuerza con la que la lámpara se hizo pedazos contra el suelo expresó con toda elocuencia las emociones que se agazapaban detrás de su tono desapasionado.

El queroseno del depósito roto fue el primero en prender y luego le siguió el que Vicky había derramado.

--Mike, Stuart, miradlo con atención. Esto es lo que visteis al llegar --respiró profundamente, se quitó los guantes y volvió a guardarlos en el interior de su bolso--. Además del cuerpo de Peter, tendido desnudo sobre la mesa. Entrasteis corriendo, cogisteis a Peter y salisteis. Para entonces las llamas eran demasiado intensas para volver. Ahora, sugiero que salgamos de aquí, porque este corral es muy antiguo, está seco como la yesca y no creo que tarde mucho en arder por los cuatro costados.

Con un estruendo furioso, las llamas prendieron en las ropas de Mark Williams y el queroseno ardiente delineó el contorno de su

cuerpo.

Ella se detuvo en la entrada, soltó la mano con la que Cellucci la guiaba y miró atrás. Una enorme mancha naranja trepaba por la superficie de la pared norte. Ahora no podrían detenerlo aunque quisieran. Por un instante se preguntó *quiénes* se creían que eran. Entonces se irguió y salió para hablar con Barry y Colin junto al coche.

--Cuando llegamos --les contó-- Cellucci y Stuart tenían a Peter tendido sobre la hierba. El corral estaba ardiendo. Olvidad cualquier otra cosa. Metisteis a Peter en el coche, disteis aviso del fuego, os dirigisteis a la ciudad y recogisteis a Rose por el camino.

--¿Pero qué hay de...? --Barry no parecía contento.

Vicky aguardó en silencio, inmóvil. No podía ver su cara pero tenía una idea bastante aproximada de lo que debía de estar pasando por sus pensamientos en aquel momento.

Le escuchó suspirar.

--No hay otra manera de hacerlo, ¿verdad? No sin exponer a los licántropos y... --ella se dio cuenta de que su vacilación hacía referencia a Henry y de que finalmente decidía no expresar sus sospechas con palabras--... otras cosas.

--No, no hay otra manera. Y no dejes que nadie vea tu bota.

Los observó mientras los faros de su coche desaparecían, entraban en la carretera y luego giraban. Entonces se volvió y regresó junto a los tres hombres --el vampiro, el licántropo y el policía--, cuyos contornos dibujaban las vacilantes llamas del incendio. Cuando el fuego se hubiese apagado, quedarían cenizas y poco más.

Como si le hubiese estado leyendo el pensamiento, Cellucci dijo con voz seca:

--Si investigan las cenizas, cualquier equipo forense medianamente competente encontrará una docena de lagunas en tu historia.

--¿Y por qué iban a investigar? Contigo, conmigo y con dos policías locales en la escena del crimen, creo que estarán dispuestos a aceptar nuestra palabra.

Tenía que admitir que, muy probablemente, ella estaba en lo cierto. Tres polis y una ex poli que no ganaban nada mintiendo --y era poco probable que a alguien se le ocurriera que estaban encubriendo a una familia de licántropos-- lo archivarían y se dedicarían a cualquier otro caso que pudiesen resolver.

--Sin embargo, siguen quedando muchos cabos sueltos --dijo Stuart con aire reflexivo.

Vicky dio un bufido.

--La policía prefiere los cabos sueltos. Átalos con demasiado cuidado y pensarán que les estás entregando un paquete --la noche era calurosa y húmeda, no soplaba ni la más suave brisa. El corral ardía por los cuatro costados, pero Vicky se envolvió en sus propios brazos. Habían ganado, debería sentirse feliz, aliviada, cualquier cosa. Pero sólo se sentía vacía.

--Eh --Henry deseó poder ver sus ojos. Todo lo que distinguía era el reflejo de las llamas sobre sus gafas--. ¿Estas bien?

--Sí, perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

Él alargó el brazo y le subió las gafas.

--Por nada.

Ella sonrió, de manera un poco agitada.

--Será mejor que te vayas cuanto antes. No sé lo que tardarán en llegar los camiones de bomberos y la PPO.

--¿Regresarás a la granja?

--Tan pronto como la policía haya terminado conmigo.

Lanzó una mirada a Cellucci pero logró refrenar el comentario.

Vicky suspiró.

--Vete.

Se fue.

Cellucci ocupó su lugar.

Vicky volvió a suspirar.

--Mira, si pretendes darme otra lección de ética o moral, te advierto que no estoy de humor.

--En realidad me estaba preguntando si un incendio formaba parte de tu plan. ¿Quizá como diversión? Están empezando a saltar algunas chispas y el campo que hay al otro lado del corral está completamente seco.

Ahora las llamas recorrían el tejado y toda la estructura estaba envuelta en destellos rojos y dorados.

La última cosa que ella deseaba era causar más daño.

--Hay una bomba de agua en el jardín con una manguera muy larga. Bastará con que riegues el campo.

--Muy bien, ¿y cómo se supone que iba yo a saberlo?

--¡Podrías haber mirado! Jesús, ¿es que tengo que hacerlo yo todo?

--¡No gracias, ya has hecho suficiente! --quiso tragarse sus palabras en cuanto las hubo pronunciado pero, para su sorpresa, Vicky estalló en carcajadas. No sonaban a histeria. Sólo sonaban a

carcajadas--. ¿Qué?

Pasó un momento antes de que ella pudiera volver a hablar e incluso entonces la amenaza de un nuevo estallido parecía inminente.

--Sólo estaba pensando que todo ha terminado salvo los gritos.

--¿Sí? ¿Y?

--¿Y? --su mano dibujó un ademán en el aire mientras ella se alejaba--. Pues que ahora sí que ha terminado todo.

* * *

--¿Volverás a vernos alguna vez? ¿Cuándo necesites alejarte de la ciudad?

--Lo haré --Vicky sonrió--. Pero en este preciso momento, la paz y la quietud de la ciudad me parecen bastante sugerentes.

Nadine dejó escapar un bufido.

--No sé cómo lo soportas. Malos olores y demasiados extraños en tu territorio... --aunque seguía llevando consigo la marca de la pérdida de su gemelo, en el transcurso de las últimas veinticuatro horas la herida se había curado a ojos vista. El que ello se debiera a las muertes de Mark Williams y Carl Biehn o al hecho de que Peter hubiera salvado la vida era algo que Vicky ignoraba. Y tampoco deseaba saberlo.

Rose también había cambiado y de su rostro había desaparecido parte de la niña que había sido, reemplazada por la mujer en la que se convertiría. Nadine la mantenía muy cerca de sí y gruñía cada vez que uno de los machos se acercaba.

Vicky se dirigió hacia la puerta, junto a la que Henry la esperaba. La tensión que existía entre Stuart y él trazaba una línea casi visible.

--En el corral, antes de que llegaras --le había explicado antes--. Le di una orden que tuvo que obedecer.

--¿Utilizaste tus poderes vampíricos con él?

--Si quieres decirlo así... Ambos estamos fingiendo que no ocurrió pero él tardará algún tiempo en olvidarlo.

Sombra, el negro pelaje manchado de polvo, se arrastró desde su escondite bajo la cocina de madera, con un enorme hueso de caldo entre las fauces. Trotó hasta la puerta y lo dejó caer a los pies de Vicky.

--Es mi mejor hueso --le dijo solemnemente--. Quiero que lo tengas tú para que no te olvides de mí.

--Gracias, Daniel --el hueso desapareció en el fondo del bolso de

Vicky. Ella alargó el brazo y le quitó una bola de pelusa de lo alto de la cabeza--. Creo que puedo garantizarte que nunca, nunca me olvidaré de ti.

Daniel se revolvió y luego Sombra se arrojó sobre sus rodillas, ladrando excitadamente.

Oh, qué demonios, pensó Vicky. Se puso de cuclillas e hizo lo mismo que había hecho con Huracán cuando todo aquello empezó, hundir los dedos en el pelaje suave y espeso de su cuello y rascarlo generosamente.

Era difícil decir cuál de los dos disfrutó más de ello.

* * *

Cellucci, apoyado sobre el coche, se arrojaba las llaves de una mano a otra. Hacía una hora y media que se había puesto el sol y quería marcharse; después de aquellos dos días, el sencillo y viejo crimen de la gran ciudad sería un alivio bienvenido.

Todavía no estaba seguro de por qué se había ofrecido a llevar a Henry y a Vicky hasta Toronto. No, eso no era cierto del todo. Sabía por qué se lo había propuesto a Vicky, pero no sabía por qué había incluido a Henry en la oferta. Sí, el BMW del tío pasaría por lo menos otra semana en el taller pero eso no era una verdadera razón.

--¿Qué demonios los está reteniendo tanto? --murmuró.

Como en respuesta a sus palabras, la puerta trasera se abrió y Sombra apareció dando saltos y meneando la cola en el aire. Vicky y Henry lo seguían, acompañados por el resto de la familia salvo Peter, que continuaba en casa del doctor Dixon.

Vicky no se había equivocado sobre la investigación de la policía. Todo el asunto era tan insólito y los testigos tan fiables que la PPO había llegado más o menos a las mismas conclusiones aventuradas por ella y estaba dispuesta a imaginar el resto. Los antecedentes policiales de Mark Williams también habían contribuido, especialmente después de que un informe referente a su última aventura empresarial llegara desde Vancouver.

Cellucci tuvo que sujetarse mientras Sombra saltaba sobre su pecho, le lamía la cara dos veces y se alejaba. Empezó a correr en círculos alrededor del grupo que se acercaba cruzando el césped. Hombres lobo. Nunca podría volver a mirar a nadie de la misma manera. Si los hombres lobo existían, ¿quién sabía qué otras criaturas míticas podían aparecer en cualquier momento?

Vicky parecía estarse tomando todo el asunto con calma pero la verdad es que él siempre había sabido que se trataba de una mujer notable. Una mujer detestable, arrogante y testaruda la mayor parte del tiempo pero, a pesar de ello, notable. Por otro lado, pensó mientras cerraba la mano alrededor de las llaves, Vicky conocía a Henry desde Pascua, así que era posible que nada de esto fuera nuevo para ella. ¿Quién sabía en qué habían estado implicados esos dos?

Mientras se intercambiaban agradecimientos y despedidas, Stuart se le acercó y le tendió la mano.

--Gracias por su ayuda --el tono no era exactamente amable pero Cellucci sabía algunas cosas sobre el orgullo. Sonrió, con cuidado para no enseñar los dientes y aceptó la mano que se le ofrecía--. Es usted bienvenido en nuestra casa.

La fuerza del apretón no era excesiva pero no tardó en aumentar hasta que las venas de los dos antebrazos se marcaron sobre los músculos y Cellucci, a pesar de ser veinticinco centímetros más alto y proporcionalmente más robusto, comenzó a temer que sus nudillos se partieran.

Nadine captó el olor de la competición y dio un codazo a Vicky. Las dos se volvieron hacia ellos.

--¿Piensan seguir así hasta que uno de los dos se rompa la mano? --preguntó Vicky con voz seca mientras contemplaba la doble silueta que se esforzaba al límite de sus fuerzas bajo el abanico de luz de los faros del coche.

--Es difícil de decir con los machos --contestó Nadine más o menos en el mismo tono--. Sus cuerpos parecen capaces de seguir funcionando durante horas después de que sus cerebros se hayan apagado.

Vicky asintió.

--Ya me he dado cuenta.

Si el momento en que, repentinamente, se soltaron, estuvo acompañado por el intercambio de alguna señal visible entre los dos hombres, Vicky no lo advirtió. Un momento estaban enzarzados en un estilizado combate mano a mano y al siguiente se daban palmadas en los hombros como si fueran amigos íntimos. Se imaginó que la presión interna adecuada se había alcanzado por fin, lo que había disparado un interruptor y había permitido que la vida continuara. Pero no tenía la menor intención de preguntarlo porque en realidad no deseaba saberlo.

Mientras Stuart exigía a su hembra que le explicara de qué se

estaba riendo, Cellucci se vio inesperadamente enfrentado a un problema logístico; quién se sentaría a su lado en el asiento delantero durante el viaje de vuelta a casa. Parecía una chiquillada pero, aunque por derecho el asiento debía corresponderle a Vicky --era la más alta y por tanto necesitaba más espacio para las piernas-- no quería tener a Henry Fitzroy sentado detrás de él en la oscuridad durante las tres horas que duraría el viaje.

Vicky tomó la decisión por él. Pasando los dedos por al carrocería del coche hasta encontrar la puerta trasera, la abrió, arrojó su bolso al interior, entró y cerró la puerta, no sin antes apartar cuidadosamente a Sombra, que había tratado de darle algunos lengüetazos más. Conocía a Mike Cellucci desde hacía ocho años y tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba pasando por su cabeza en aquel preciso momento. Si creía que iba a interferir de alguna manera en al relación entre Henry y ella, estaba muy equivocado.

Henry mantuvo una expresión impasible mientras se deslizaba al asiento delantero y se abrochaba el cinturón de seguridad.

Sombra siguió el coche hasta el final del camino y entonces se sentó junto al buzón, ladrando, hasta que desaparecieron de su vista.

Para cuando por fin entraron en la 401, Cellucci no podía soportar el silencio un segundo más.

--Bueno --se aclaró la garganta--. ¿Todos tus casos son igual de *interesantes*?

Vicky sonrió. Sabía que él sería el primero en romper el silencio.

--No todos --dijo--. Pero tengo una clientela bastante exclusiva.

--Por llamarla de alguna manera --gruñó él--. ¿Qué va a pasar con Peter y Rose? ¿Te lo han dicho?

--En cuanto Peter se encuentre mejor, Stuart lo enviará con su familia de Vermont. Rose está bastante destrozada.

--Al menos está vivo.

--Eso es cierto. Lo más probable es que Rose pase la próxima semana aullando en su habitación mientras los tres machos adultos se alejan.

--¿Los tres machos? ¿Hablas de su padre...?

--Por lo que parece, es un imperativo biológico bastante fuerte.

--Sí, pero...

--No te hagas un lío, Cellucci. Nadine se asegurará de que no ocurra nada.

--Sólo los machos alfa pueden aparearse --dijo Henry, prosaico.

--¿Ah, sí? Estupendo --Cellucci tamborileó con los dedos sobre el

volante y lanzó una mirada de soslayo al otro hombre--. Todavía no sé con certeza dónde encajas tú en todo esto.

Henry alzó una ceja rojiza.

--Bueno, en este caso particular, actué como intermediario. Sin embargo, normalmente sólo soy un amigo --y entonces, incapaz de resistirse, añadió--. Algunas veces ayudo a Vicky con el trabajo nocturno.

--Sí. No me cabe duda --el motor rugió mientras Cellucci adelantaba a un camión--. Y probablemente tienes más que ver con aquella... aquella... cosa con la que se topó la pasada primavera de lo que ninguno de los dos me estáis contando.

--Quizá.

--Quizá leches --Cellucci se pasó una mano por el pelo--. Mira, Vicky. Puedes enredarte con todos los fantasmas, espectros y criaturas nocturnas --volvió a mirar a Henry con el rabillo del ojo-- que quieras. Pero de ahora en adelante, déjame al margen.

--Nadie te invitó a venir --señaló Henry con voz tranquila antes de que Vicky pudiera responder.

--¡Deberíais estarme jodidamente agradecidos por haberme presentado!

--¿De veras?

--Sí señor.

--Quizá te gustaría explicarte en más detalle, detective sargento.

--Quizá debería hacerlo.

Vicky suspiró, se reclinó sobre su asiento y cerró los ojos. Iba a ser un viaje muy largo.

FIN